

AILIN SKYE



*Si  
fuera un  
Caballero*

*PERO NO  
LO SOY*

*Si*

*Fuera un*

*Caballero*

**Pero no lo soy**

# **SI FUERA UN CABALLERO**

© 1ª edición septiembre 2017

© Ailin Skye

Portada: L.C.

© Fotolia Diseño

Maquetación: Borja R. Caetano

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del

Copyright.

Obra Registrada.

Nº Registro: 201799900994478

ISBN-13: 978-1975956608

ISBN-10: 1975956605

Todos los derechos reservados

Un caballero se avergüenza de que sus palabras sean mejores que sus actos.

Confucio

A Yasnaia.

Mi apoyo en los momentos más oscuros y que me ha sostenido este año. Por  
creer en mí, por ser simplemente tú.

Esta es para ti.  
Con cariño, Ailin

# Prólogo

—¡Si, oh Dios! ¡Oh, Dios mío!

Los gritos de la mujer dejaban claro que disfrutaba siendo poseída con fuerza.

—¿Te gusta así? —La voz varonil era ronca y excitada.

El vigoroso macho dio un fuerte azote al trasero perfecto, lleno y redondo de su compañera, el cual no paraba de apretarle en su interior provocando que cada vez le fuese más difícil controlar la eyaculación.

—¿Quieres más? —preguntó.

La gran mano masculina tomó en un puño la larga y rubia cabellera de su amante, provocando que el femenino cuerpo se arqueara hacia atrás, recibiendo con ello la dura vara que frotaba su interior haciéndola enloquecer.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Oh, fóllame!

El intercambio de miradas fue suficiente para dejar claro que estaba a punto de llegar al séptimo cielo. Los gritos y gruñidos eran cada vez más salvajes. El exuberante y bronceado cuerpo suave chocaba contra la pelvis del hombre. La fricción de las carnes exaltaba la lujuria y el deseo de la pareja. La mujer se entregó sin ningún pudor a su orgasmo. Joe, mantuvo el trasero de su compañera firme entre sus manos.

—Me quiero correr en tu boca —demandó en un gruñido.

La rubia lo miró lasciva. Lamió sus labios y se puso de rodillas frente a él con la boca abierta y la lengua estirada esperando la simiente.

—Oh sí, nena.

La mano masculina comenzó a frotar con ritmo frenético su miembro hasta que llegó su orgasmo, vertiendo su espesa leche en la boca y el bonito rostro de su amante.

—Delicioso.

La joven tomó el pene en su mano y terminó de ordeñarlo. Con una satisfecha sonrisa mostró el lujurioso placer que significaba saborear el semen.

—¡Y..., corten! —La voz de la directora puso fin a la escena que acababa de suceder.

Joe ofreció la mano a su compañera para levantarse y siendo cuidadoso,

como siempre, se encargó de limpiar su rostro con la ayuda de una toalla húmeda. Ella lo miró con una ansiedad que le causó preocupación.

—¿Estás bien, Rubi? —preguntó a la curvilínea rubia mientras la ayudaba a colocarse la bata.

—No te puedes ir, Joe. No puedes dejarme. ¡No puedes ocultar que estás loco por mí! —objetó la muchacha cerrándose la bata cubriendo su desnudez. Sus ojos lo observaban una vez más con admiración y una sonrisa enamorada se dibujó en su cara—. Estamos hechos el uno para el otro. Siempre ha sido así. Por eso, no te puedes ir. ¡No me puedes abandonar! —exclamó en un grito ahogado—. Seguro que puedo hacer algo para hacerte cambiar de opinión.

Pegó su cuerpo de forma seductora, ofreciéndose a él.

La sonrisa de Joe no tardó en aparecer. Le dio un beso en los labios y después otro en el lunar de la mejilla, prefiriendo ignorar esa fascinación que sentía por él. Estaba muy seguro de que era un enamoramiento pasajero y que pronto lo olvidaría. Después de todo, lo que hubiese entre él y ella jamás saldría del plató de grabación.

—A pesar de que me seduzca la idea de montarte una vez más, mi decisión ya está tomada y no voy a cambiar de opinión.

—Creo que te estás equivocando. No estás pensando de manera coherente, te puedes arrepentir, es un error. —Su tono parecía amenazante.

—Es una lástima y una pérdida para el negocio, Joe —corroboró la directora que se acercaba a ambos cortando así aquella despedida—. Pero aún no está todo perdido. Todavía me debes unas cuantas escenas más, ¿verdad? Por los viejos tiempos.

Joe, que en esos momentos estaba ocupado poniéndose un albornoz, agradeció la intervención.

—Ya se acabó para mí, Vicky. Estoy viejo para seguir haciendo esto —declaró encogiéndose de hombros.

—Eres el primer hombre que dice una estupidez como esa antes de cumplir los cuarenta —dijo su amiga y directora mientras firmaba unos papeles—. Aún estás a tiempo de recapacitar y quedarte. ¡Vamos, Joe! —exclamó levantando la vista—. Tenemos películas muy interesantes, contratos jugosos y unas escenas...

—Eso se lo dejo a tus chicos. —Se dirigió a la ducha deteniéndose solo un momento para coger su ropa.

—¿A dónde irás, Joe? —preguntó la actriz con curiosidad—. Necesito saberlo, por si llego a necesitarte

Ella le siguió sin pudor al baño donde él ya comprobaba la temperatura del agua.

—Voy a buscar una vida más... —Necesitó unos segundos para encontrar la palabra adecuada—. Más tranquila —continuó girándose para enfrentar a la muchacha—. Estoy seguro que no me necesitaras. Siempre habrá alguien interesado en satisfacerte, Rubi.

El albornoz de Joe cayó al suelo, mientras entraba en la ducha dejando que el agua lo relajara. Cerró la mampara dejando claro que la charla había terminado y que necesitaba intimidad. Sí, era cierto que había tomado una decisión. Estaba dispuesto a comenzar un nuevo camino. Su lado cínico se negaba a dejar la profesión, pero su conciencia, a la que hasta ahora siempre había escuchado, le decía que era el momento de hacer lo correcto.

Joe, aparcó en el garaje y salió del coche casi de un salto. Se recogió el cabello húmedo en una coleta y entró como una exhalación en la casa, subiendo de dos en dos los escalones hasta la habitación de la mujer. Ahí la encontró, sentada en su silla de ruedas, mirando el portátil y mordiéndose el labio. Su corazón se retorció, como sucedía cada vez que la veía anclada a esa odiosa silla. Inspiró profundamente y fingió una sonrisa que en ese momento no sentía.

Todo esto era por ella.

La joven elevó la vista de la pantalla y al verle bajo el marco de la puerta su rostro dibujó una sonrisa, pero al momento quedó ensombrecido por un semblante serio al recordar el motivo de la visita.

—¿Estás seguro de querer hacer esto, Joe? —preguntó casi en un susurro la voz femenina.

—Lo estamos y lo haremos —afirmó acercándose a su lado, para a ver la imagen que se presentaba en el monitor—. Bonita y acogedora. Ideal para reiniciar una vida y comenzar desde cero. —Volvió la mirada hacia el rostro que tanta paz le transmitía—. Quiero poner un negocio y ver qué tal se nos da todo.

—No lo sé, no veo justo que hagas todo esto solo por mí.

—Créeme, Golondrina. Lo hago también por mí. —Comenzó a estudiar la

carpeta que estaba en la mesilla junto a ella—. Todo está listo, aunque me adelantaré para los últimos detalles.

—Una nueva oportunidad, en total anonimato y encadenado a una inválida...

—¡No! —Apretó los dientes unos segundos—. Esto es una oportunidad para reencontrarnos, hermanita. —Se relajó un poco y agachándose a su lado le dedicó una sonrisa antes de continuar—. Una oportunidad para ser lo que siempre hemos sido: Una familia.

Al ver que la joven iba a contestar algo, se incorporó de un salto y dio dos palmadas indicando que se ponían en marcha.

—¡Muévete, Sandra! «Pueblomuerto» nos espera. Nada de excitaciones. Solo una vida tranquila para unas pobres almas pecadoras.

—Ya. ¿Y si alguna vez tienes pareja? ¿Cómo encajo yo en esa ecuación? —Por un momento la sombra del dolor oscureció el rostro de la muchacha.

— ¿Pareja yo? —Joe la miró con obviedad y desestimó su pregunta—. Tú estás de coña. Yo no pretendo tener nada que ver con más mujeres. Creo que en esta vida ya he follado demasiado. Además, para nada me veo sentado compartiendo limonada con alguna mujercita.

—¿Tan mal te ha tratado la profesión? —preguntó la joven.

—Al contrario, me ha tratado demasiado bien, diría yo, pero no creo que exista una mujer que comprenda y acepte cómo me he ganado la vida, y mucho menos que pueda entender que no me arrepiento. Me he retirado porque no me aportaba nada —aclaró para que no le contradijera—. Y antes que digas que tú eres el detonante de esta decisión, tengo que decirte que estaba tomada desde hace tiempo.

—Joe, te vas a chocar contra la pared cuando te des cuenta que una simple pueblerina puede mantenerte sentado en una mecedora tomando limonada mientras una tropa de críos está sentada sobre tu regazo.

El hombre comenzó a reír mientras la atrapaba de manera protectora entre sus brazos y besaba su frente.

—Si me ves cayendo como un tonto en los brazos de cualquier autóctona de «Pueblomuerto» te doy permiso para que me mates al momento. —Guiñó un ojo.

—¿Cuándo salimos? —La mirada verde demostraba idolatría.

—En unas semanas, las suficientes para que puedan llegar las cosas que he

encargado. Tú mientras llama a tu médico, hay que dejarlo todo confirmado.

—¿Estás seguro de querer hacer esto, Joe?

—Más que nunca. Y ahora, mi preciosa Golondrina, ¿me acompañas a cenar?

—Vamos a cenar. Esta vez te seguiré —prometió.

—Buena chica.

# Capítulo 1

*Dos meses después.  
Pueblo: Buena Esperanza.  
6,999 habitantes.*

—¡Serás hija de puta! —El chillido indignado de Lynette, al ver la aguja de la báscula marcar aquel endiablado número, era la clara señal de que algo terrible iba a sucederle a aquel artilugio—. ¡Se acabó, maldita traidora!

Cogió la báscula con una mano, mientras que con la otra sujetaba la toalla rosa que cubría su cuerpo. Ni siquiera tuvo que dar dos pasos para llegar a la ventana del baño, la abrió y lanzó la dichosa báscula por los aires. Un par de segundos después escuchó con regocijo cómo se rompía en mil pedazos. Se asomó por la ventana para comprobar en qué estado había quedado el artilugio. En seguida, se dio cuenta que muy cerca del impacto estaban Gladys y su hija, “*La Blanqui*”, que la observaban con los ojos como platos. En ese momento, sintió un aire fresco acariciar su piel desnuda. Al bajar la mirada se dio cuenta que la toalla estaba en el suelo desparramada como si fuera un charco. Se lamió los labios, dibujó una sonrisa y elevó la mano agitando los dedos en forma de saludo, mientras que, poco a poco, se agachó a recogerla desapareciendo de la vista de cualquier transeúnte.

¡No pensaba disculparse! Nadie le echaría a perder ese momento glorioso de triunfal desahogo. ¡Se acabaron las dietas y matarse de hambre! Había aprendido todas las malditas lecciones, habidas y por haber. No pensaba volver a perder el tiempo en estupideces.

Cerró sigilosa la ventana y se fue al espejo del baño. Aquel reflejo le era muy conocido. No era una belleza, eso siempre lo había sabido. Su rostro no era destacable, estaba gorda y sus pechos eran un claro recordatorio de la ley de la gravedad.

—Vamos Lyn, de verdad necesitamos volver a nuestro trabajo de autoestima. ¡Venga! ¿Qué encontramos bueno de nosotras? —habló al reflejo que la miraba igual de perdida de lo que se sentía en ese momento.

Inspiró profundamente e intentó concentrarse de nuevo. El trabajo iba a requerir de todo su esfuerzo para no salir huyendo de la imagen que veía frente a ella. Observó su rostro: los ojos eran algo destacable; grandes, un poco saltones y de tono verde oliva enmarcados con unas largas y rizadas pestañas. La naricilla era recta y chiquitina adornada con una lluvia de pecas, y sus labios, pálidos, tenían forma de corazón. Si el conjunto fuera perfecto sería un rostro de esos de revista. ¡Pero la puta naturaleza le había dado una belleza mediocre!

Su rizado cabello castaño exigía tiempo extra incluso para secarse. No, jamás podría hacerlo con un simple secador, eso era cosa de chicas con una melena cooperativa, la suya tendía a expandirse como un muelle.

¿Las tetas? Daba igual que tuviera un pecho pequeño, eso lo aceptaba, pero lo que no soportaba era saber que podía ser tan: ¡Caído! ¡Sí, señor! Los pezones parecían unos ojos sonrosados con tendencia a mirar al suelo. ¡O a lo mejor es que tenían la mirada tímida!

¿Y los michelines? Eso era culpa de los donuts, pastelillos y demás cosas deliciosas que la llamaban como la miel a las moscas. Lyn era golosa, si se tuviera que comparar con alguna caricatura, su adicción a lo dulce podría ser equivalente a la de *Winnie de Pooh*.

Era alta. Alta, pero no del tipo que parecía una pértiga, su cuerpo era más “curvilíneo”. Puso las manos en su cintura, se giró a un lado y luego al otro para contemplar su desnudez reflejada. Si tan solo las curvas volviesen a estar de moda, sí como esas de «Las Tres Gracias» de Rubens. A sus treinta y cinco años era la dueña de unas caderas redondas y un culo firme. ¡Menos mal que la naturaleza había decidido no hacer del todo estragos con ella!

—¡No es tan difícil, joder! ¿Desde cuándo me cuesta tanto trabajo encontrar algo que destaque en mí?

Volvió a colocarse de frente. Metió barriguita a la vez que llevó sus manos a la nuca recogiendo su cabello.

Ahora venía la parte que costaba realmente trabajo: Exteriorizar en voz alta una cosa buena de ella para ese día. Cerró los ojos e inspiró una y otra vez de forma pausada. Por fin, los abrió y se animó a concluir la ceremonia matinal.

—Eres... —Contuvo la respiración un segundo mientras se recorría entera con la mirada—. Tienes los... las... —Ladeó la cabeza de un lado al otro—. ¡Madre mía! Esto parece peor que una reunión de padres en la escuela. ¡Venga

Lynette! Si podemos enfrentarnos contra niños pequeños, podemos con esta prueba. —Lo intentó de nuevo—. Tienes... tienes... la sonrisa más alegre y contagiosa que existe —dijo apresuradamente—. ¡Hecho!

Necesitaba volver a sentirse sexy. ¡Sexy! Por ella y para ella. No para ningún mindundi que no tenía ni idea del mujerón que podía ser.

En teoría, el plan era sencillo: sentirse sexy y hermosa era la actitud a seguir, Su sensualidad no tendría que estar supeditada a una talla, sino a su maravillosa personalidad, a su inteligencia y, por supuesto, a su succulento cuerpo; pero en la práctica, la cuestión era creérselo de verdad. Estaba trabajando en ello. Sí, había momentos en que el espejo y la maldita báscula no ayudaban, pero eso tenía una razón lógica: ¡La maldición femenina! Nunca somos felices con lo que nos da la naturaleza.

Se pensaba reconquistar. Eso sí, ni una dieta más. Odiaba no tener los resultados esperados mientras los helados la atacaban en bandada entre sus sueños. ¡Hasta ahí acababa su sacrificio! Bajaría de peso, pero ya encontraría alguna manera en que no tuviera que morir de hambre y perderse lo mejor de la vida.

Lynette aparcó a tiempo en el aparcamiento de la Escuela Santa Úrsula. Adoraba ser profesora. Los niños eran maravillosos, la hacían reír y ella disfrutaba dando clases. Avanzó por el patio saludando a las madres que dejaban a sus retoños. Algunos de los pequeños ya estaban jugando en el patio, esperando que el timbre anunciara el inicio del día.

—Hola *Seño* Lynette. ¿Me contarás como te hiciste gigante? —Nairy, la curiosa y pequeña niña, le preguntaba lo mismo cada día antes de comenzar las clases.

—¿Tu qué crees? —preguntó a su vez.

—Pues que sí, pero que no creciste tanto. A lo mejor tu mamá no te daba batido de chocolate y plátano; es muy bueno, ¿sabes? —La niña pelirroja se pasó el dedito por la nariz, como siempre hacía observándola con sus curiosos ojos azules.

—Yo digo que te voy a comer entera —contestó fingiendo atacarla, haciendo que la niña soltará un grito y se fuera corriendo con sus demás amigas.

En ese momento sonó su móvil. No conocía el número y estuvo a punto de no atender la llamada, pero algo le dijo que era importante. Así que tocó la pantalla.

—¿Diga? —Lynette avanzó hacia las aulas abriéndose paso entre los niños.

—Hola... Preciosa... —Sonó el susurro de una voz masculina, ronca y madura. Una que ella conocía demasiado bien.

Esa llamada provocó que se le erizasen todos los pelos de su cuerpo.

—¿Leo? —Alejó el móvil para ver de nuevo quien llamaba y siguió sin reconocer el número—. Cariño, ¿desde dónde llamas? —preguntó extrañada.

Se escucharon unos sollozos. La voz rota del hombre intentó decir algo, pero solo se oían palabras inconexas. Su amigo tardó unos segundos en recomponerse y por fin pudo continuar.

—Lynette... Ana ha muerto. —Se hizo un silencio eterno antes de volver a escuchar su voz—. Me he ocupado de todo en su funeral —dijo con voz suave—. Llegaré hoy y... Me gustaría verte y poder leerte su última voluntad. Eras su única pariente viva.

—¿Ana? —El nudo en la garganta se formó de manera clara mientras las lágrimas comenzaban a llegar a sus ojos. Negó sin permitirse llorar, habían hablado y estaba preparada. Sabía que sucedería. Fue en ese momento que entendió la última frase que había escuchado y volvió a negar—. Ni lo pienses, Leo. Te puedo asegurar que yo no necesito ¡absolutamente nada! —La evidencia del dolor que sentía recorrió su rostro.

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras. Sobre todo, al recordar que ese hombre también sufría una pérdida, la de su gran amor.

La joven inhaló una bocanada de aire. Realmente había adorado a su tía. De hecho, era su pariente preferida, precisamente por la alegría y la fuerza que irradiaba. Siempre le había dado la impresión que Ana era alguien adelantada a su tiempo. Fue descarada y plenamente feliz.

—Era su última voluntad, Lynette. —La voz rota de Leo la sacó de sus pensamientos.

—Lo que tenía que haber pasado, Leo, es que debería haber sido tu mujer, ¡tuya! Tenías que haberla convencido y tener hijos con ella, muchos. Para que así ahora no estuvieras solo. ¿Por qué no me has llamado antes?

—Tú la conocías demasiado bien. Ana jamás hubiera permitido que la

recordarás en sus últimos momentos. Además, era mi derecho ¿entiendes? Este dolor es mío. —Estas últimas palabras salieron desgarrando su garganta—. Quedando claro esto, te veré en mi despacho hoy mismo, ¿de acuerdo?

—¿No podemos hacerlo otro día? —Un nudo no le permitía hablar—. Yo... Leo, esto también es duro para mí.

—Ven a mi despacho. Hay cosas que no pueden esperar, Lynette. Te necesito.

—Ahí estaré.

—¿Qué has dejado la dieta? —Myrna la miraba incrédula.

Lynette mordió con regocijo un donut de fresa recubierto con chocolate blanco y virutitas de colores.

—¡Se acabó! Jamás volveré a caer en esa tontería.

—¡Olé tus ovarios! Brindemos por eso, amiga. Si los tíos no nos quieren así, entonces no son para nosotras.

—Tú lo has dicho, hermana. —Lynette agradeció compartir con una de sus mejores amigas su despedida de las dietas *Matamedehambre*.

Myrna era profesora del departamento de música de Santa Úrsula, la misma escuela en la que trabajaba Lynette. Llegó a Buena Esperanza hacía siete años y se habían hecho grandes amigas desde el inicio. De apariencia anodina, tan delgada como un palillo y tan alta como su amiga. Tenía el cabello negro como el azabache, y ese día, lo llevaba invariablemente peinado en un apretado moño. Su piel era tan blanca como la leche y sus ojos: grandes y azules. Gracias a su carácter alegre la gran cicatriz que tenía en el rostro pasaba desapercibida la mayor parte del tiempo.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora? —Esta vez el tono de la profesora de música era serio, reconduciendo la conversación al tema que habían eludido.

—Supongo que tengo que enfrentarme a Leo. No quiero ni pensar en el dolor que ha debido sentir al perder al amor de su vida, aunque Ana fuese una loca majara. —Se lamió un resto de chocolate de los labios—. Y después de eso planeo firmar ante el mismo diablo, si es preciso, que no quiero nada de ella. Pero nada... nada.

—Dale un beso a ese hombre de mi parte. Realmente, creo que ahora mismo

os necesitáis mucho.

—Él me necesita más que yo a él, esa es la verdad. Ese hombre la amó con locura. —Ambas asintieron, Lynette era consciente que aún no había tenido un amor como aquel—. No me quiero imaginar lo que debió sentir al ver cómo se consumía con el tiempo. —Por lo que sintió una pizca de envidia.

—Deberíamos hacer una gran fiesta. Es la mejor forma de despedirla a su manera —sugirió Myrna—. ¿Qué tal si hoy nos sentimos atrevidas y valientes? —La joven se golpeó el mentón con un dedo, sus ojos brillaban traviosos—. Ana no nos permitiría lágrimas por ella. En cambio... —concluyó seria.

—¿Hablas de lo que yo creo que estás hablando? —La mujer, se acercó a su amiga con ojos brillantes.

—Helado, patatas fritas y... La peli Magic Mike XXL. —Se encogió de hombros—. Conociendo a tu tía habría sido capaz de mandarnos a un stripper, pero...

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! —Lynette comenzó a reírse—. ¡Vamos a ser chicas muy malas!

La otra asintió convencida de lo que decía la alta pecosa.

—Chicas perversas y traviesas. Malas, pero malas, malas.

—Espera, espera...

Lynette se levantó para comprar una pequeña magdalena glaseada. Pidió que le colocaran una velita y una vez que la encendieron se volvió a su mesa.

—Esto es por ella y por nosotras —continuó Lynette—. ¡Haremos «El Ritual»!

—¿Y pediremos el deseo? —preguntó Myrna no muy convencida.

—¡Pues claro! —afirmó—. Venga, quiero... Hum. —Cerró los ojos un segundo—. Sorpresas, giros inesperados y aventuras locas.

La otra comenzó a aplaudir mientras sonreía.

—¡Yo quiero tetas!

—Se supone que era algo más...

—Un deseo es un deseo, Lyn.

—Vale... —Levantó las manos a modo de rendición—. ¿Quién soy yo para robarte tu deseo?

—Estamos locas. —Myrna comenzó a reírse a carcajadas—. Nuestros planes son...

—Calla, no pienso escucharte. Son la leche.

Ambas miraron con reverencia aquel pastelito iluminado por una diminuta vela. Guardaron un silencio prolongado, recordando y añorando momentos vividos. Después intercambiaron una mirada antes de apagar juntas con un soplo aquella luz candente que se llevaría recuerdos y, a la vez, podría alegrar al espíritu de una mujer que admiraron y quisieron con todo el corazón.

## Capítulo 2

—El frigorífico va a explotar si llaman a la puerta una vez más —dijo para sí misma la asistente.

Miró con desprecio la nueva fiambarrera que había traído la última buscona del día; ya habían venido cinco en lo que llevaban de mañana. Indignada negaba con la cabeza por el poco decoro que tenían aquellas mujeres. Se les notaba a kilómetros que babeaban por el dueño de la casa.

Carmen era una mujer madura, a sus sesenta años no esperaba que le volvieran a dar trabajo, aunque no lo hacía por dinero, simplemente para evadirse de su familia.

—¿Pasa algo, nana? —Sandra la sorprendió mientras depositaba sobre la encimera el nuevo regalo vecinal.

Al ver a la joven aparecer por la puerta de la cocina se sintió enternecida y a la vez un rayo de tristeza atravesó su corazón. No era justo que alguien tan joven, tan llena de vida, estuviese en una silla de ruedas.

—Pasar, lo que se dice pasar, no pasa nada, mi pequeña. —Intentó componer una sonrisa complaciente—. Es solo que las visitas de tu hermano...

El timbre sonó de nuevo.

—Juro que voy a volverme loca si vuelvo a oír ese infernal sonido una vez más —maldijo la asistente—. ¡Es que no han visto más hombres en este pueblo! —masculló entre dientes.

¿Podría tirar un cubo de agua congelada a todas las lobas en celo que llamaban de manera obsesiva?

—Llévame, nana. —La joven sonrió con malicia—. Esta vez quiero ser yo la anfitriona que reciba las atenciones de tan bondadosas damas. —La travesura brillaba en su rostro.

—Con mucho gusto —exclamó.

La asistente salió de la cocina y ayudó a Sandra con su silla hasta llegar a la puerta de entrada. La abrió con decisión, esperando encontrar a la típica mujer de vestido entallado, llena de fiambreras y sonrisa sensual en una abierta invitación para el pecado.

—¡Carmen! —exclamó con sorpresa la rellenita mujer que había al otro lado del umbral de la puerta.

La joven se lanzó a abrazar con ímpetu a la asistenta.

—¿Lynette? —preguntó con asombro y después miró con decepción a la muchacha—. ¿Tú también, hija?

—¿A qué te refieres? —preguntó la otra—. Necesito ayuda. Soy un caos con el coche. Tengo que llegar pronto al despacho de Leo, pero mira mi *manzanito*.

Se hizo a un lado para dejar ver un Citroën Dos Caballos de color verde manzana, con el motor en marcha y humeando.

—Dios mío, muchacha. —Ya había quedado claro a esas alturas que la joven maestra no tenía intenciones románticas en esa casa.

—Ejem... —llamó la atención la rubia en silla de ruedas, preocupada.

—Oh sí, disculpa —dijo Carmen al darse cuenta de la presencia de Sandra—. Te presento a Lynette, ella fue la maestra de mi nieto y...

—Carmen —interrumpió Lynette—, perdona tengo prisa. Mi móvil se ha muerto. ¿Podría llamar desde aquí a la grúa? O mejor aún, llama tú. Mira. —Le entregó un papel con un número garabateado—. Solo necesito que vengan por si yo no consigo que ande de nuevo.

Ambas mujeres la observaron alejarse. De pronto, chillaron al escuchar que algo explotaba en aquel extravagante vehículo.

La marcha de Joe era rítmica y medida. Le gustaba estar en forma, pero desde que se habían asentado en Buena Esperanza, no había tenido muchos momentos de paz y los pocos de los que disponía quería dedicarlos a Sandra y a correr.

Por alguna extraña razón, había creído que iban a pasar totalmente desapercibidos. Sin embargo, lo que no se esperaba era llegar a tener tanta «atención» femenina. Parecía como si nunca hubieran visto a un hombre. Pero la verdad es que, aunque sonara arrogante, no podía culparlas. Joe sabía que él no era uno cualquiera. Siempre fue consciente que desde joven poseía el atractivo de un verdadero semental. Guapo y extremadamente varonil. Estas cualidades le sirvieron para poder abrirse paso en su carrera como actor en películas dirigidas exclusivamente al público femenino; un campo menos conocido del cine adulto,

pero aun así le reportaron innumerables horas de placer.

Para él jamás había sido difícil llevar a una mujer a su cama, pero ahora el verdadero reto era no permitir que alguna lo lograra. Esta vez, tenía un compromiso importante, algo que requería de su completa atención y que por ninguna razón pensaba perder de vista.

Un fuerte sonido le hizo regresar a la realidad, seguido del choque de un cuerpo contra su pecho, cuyo impacto los derribó al duro asfalto.

—¡Que me da algo! —gritó la mujer que tenía sobre él.

Estaba a punto de hablar cuando un segundo petardazo llegó de nuevo. Él, instintivamente se giró cubriéndola de forma protectora con su cuerpo. En ese momento, le llegó un aroma que le sorprendió: Vainilla, dulce y pura vainilla. El olor que menos soportaba y que ahora despertaba sus sentidos. Volvió a inhalar con fuerza antojándosele dar un mordisco a un delicioso bizcocho de ese sabor recubierto con nata. ¡Maldición! ¿Desde cuándo le gustaban los pasteles?

—¡Deja de aplastarme, bruto!

El quejido asfixiado de la mujer le hizo aflojar la sujeción en la que la tenía atrapada. Se incorporó un poco, lo suficiente para poder apreciar un delicioso trasero en forma de corazón, cubierto por una anodina falda gris que dejaba marcada la costura de sus bragas; unas bragas de abuela, al parecer. Por alguna razón desconocida, Joe no podía apartar la mirada de aquel succulento trasero que se alejaba gateando. Un instinto básico le hizo atraerla hacia él. La giró deseoso de conocer a la dueña de tan portentoso monumento.

—¿Se puede saber qué haces, pedazo de animal? —Forcejeó la mujer intentando de nuevo quitárselo de encima.

—¿Salvarte la vida? —preguntó con ironía.

No, no era una belleza, por lo menos no una que llamase la atención, pero poseía algo que le provocaba curiosidad.

La mujer bufó exasperada. Se mojó los labios y se cruzó de brazos, atenta al escrutinio al que estaba siendo sometida. Con un reto en sus ojos también hizo lo mismo. Después, suspiró.

—Dudo mucho que mi coche explote de verdad —apuntó la joven bastante molesta.

—¿Eso era tu coche? —preguntó extrañado—. Bueno, no podemos estar totalmente seguros de eso. Por si acaso no te separes. Confía en mí —añadió él

sin apartarse.

Sorprendentemente ese cuerpo relleno le llamaba, aunque no de la forma que le provocase una erección lista para el ataque. Lo meditó un instante. Bueno, en realidad sí que podría estar listo para eso.

—¿Me estás sobando? —declaró la pecosa indignada—. Oh demonios, eso que estoy sintiendo es tu...

—Mi rodilla —aclaró él fingiendo inocencia—. Estoy salvando tu vida y deberías ser un poco más agradecida.

—¿Así salvas mi vida, apretando mi culo con tus manazas? —preguntó escéptica.

Joe chasqueó divertido la lengua. ¡Maldición! La muchacha realmente le intrigaba.

La cuestión era que él sabía que tendría que levantarse y, si fuera un caballero, la ayudaría a incorporarse. Pero, en realidad no lo era. Estaba demasiado a gusto en esa posición y disfrutaba de sus indignados resoplidos ante sus discretos toqueteos.

Un último estallido proveniente del tubo de escape llegó de forma tan escandalosa como las otras dos. Joe tomó el rostro de la joven y lo colocó en su pecho, mientras él a su vez se cubría en aquella mata castaña que lo atraía con un solo pensamiento: «Vainilla, dulce y tentadora vainilla».

—¡Lynette!

El grito de Carmen los hizo girar la cabeza al ver a la asistente acercarse corriendo con el teléfono en mano.

—¡Apártate, bruto! —Lo empujó la succulenta desconocida—. Oh, maldición. ¿Me sigues salvando la vida?

Joe sonrió de lado, elevó una ceja y sin levantarse extendió la mano para recibir el teléfono.

—Gracias, Carmen —dijo sin apartar la vista de la joven—. Ahora metete en casa, no sea que ese cacharro mate a alguien de un susto.

—Ey, Batman, si me dejaras respirar te lo agradecería mucho. Levanta —ordenó molesta.

—¿Sin darme las gracias? —preguntó de forma burlona.

Joe se retiró a regañadientes. La cuestión era que por alguna extraña razón ella tenía toda su atención.

—¿Las gracias? ¡Me has aplastado! Y te pusiste cachondo... Sentí tu...

—Rodilla. —Volvió a aclarar.

—Ya...

La muchacha le arrebató el teléfono y comenzó a marcar el número del seguro de coches y no se movió de ahí hasta terminar la llamada.

Joe se puso de pie y, de un tirón como si no pesara nada, hizo lo mismo con ella, haciéndola gritar. Era alta, maldición, demasiado alta, justo para poder empotrarla en cualquier sitio. Joder, estaba caliente.

—¿Ya has dejado de devorarme con la mirada? —preguntó la mujer, retándolo claramente.

—Si te giras un poco más... —contestó con cinismo.

—Está claro que si lo hago acabarás por pedirme una cita.

—¿Tú crees?

—Es muy obvio —replicó—. Te has quedado como un baboso admirando mi belleza. Estoy segura de que tu «rodilla» también opina lo mismo. Pero te diré algo, Batman, esta nena no está interesada.

La risa varonil comenzó a reverberar desde el interior de su pecho hasta el exterior, contagiando a su vez a la mujer que también rio a carcajadas.

—Lo siento, de verdad. Gracias. —Extendió su mano acercándose a él—. Te debo una.

Joe aceptó aquel contacto cálido, sintiendo como un hormiguelo recorría su brazo. La miró con sorpresa y se sintió aliviado al percibir que ella también lo había sentido, lo supo por su mirada confusa.

—Quizá si me dejaras invitarte...

—¡La grúa! —Lynette soltó el aire aliviada—. Nos vemos, Batman.

Y allí lo dejó plantado, admirando como el contoneo de sus caderas, su aburrida ropa y su feminidad se alejaban de él. Dio gracias a la providencia de haber evitado que cometiera la estupidez de invitarla a salir. Levantó la mano y frotó sus dedos, aún circulaba en ella una electricidad que jamás había sentido. Negó con la cabeza y entró como un huracán en casa.

—Estaré en el sótano, que nadie me moleste —dijo apresuradamente.

El cuerpo tonificado trabajaba sin tregua. El sudor corría libre por los

marcados músculos, pero aun así se seguía sintiendo intranquilo.

Lynette, así la llamó nana, ese era el maldito y jodido problema que regresaba a su cabeza de forma recurrente. Uno de curvas definitivamente succulentas y rellenas. Nada que ver con lo que él estaba acostumbrado y que, por alguna razón que no entendía, mantenía enhiesta su «rodilla» reclamando atenciones.

—Ni hablar, chaval tú y yo no vamos a buscarla. —Miró su entrepierna—. De hecho, ni siquiera pienso hacerte caso. Así que «Gran Joe», céntrate en lo importante. —Negó con la cabeza—. Esto de no follar...

Continuó con una sesión más agresiva entre pesas y boxeo. Todo lo necesario con tal de olvidarse de ese dulce olor a vainilla, dulce vainilla.

## Capítulo 3

—¿Se puede saber qué cojones le has hecho al *Manzanito*?

La indignada voz de Regi llegó primero, antes de emerger debajo del capó del coche. Lynette dio un respingo y dejó caer los hombros. Salir huyendo del taller ya no era una opción. De todo lo que había sucedido en el día, quizá ese era el momento más temido. De sobra era conocido el genio de la diminuta dueña del único taller mecánico, en cientos de kilómetros a la redonda que, aún hoy, guardaba alguna pieza para su antiguo automóvil. A pesar de ello, ese carácter la ayudaba a dirigir con mano de hierro y ganarse el respeto de cada trabajador.

—Oye, ¿sabes qué es lo que explotó? ¿Pude morir ahí dentro?

Regi la observó tras sus grandes gafas. Sus ojos aceitunados hicieron un rápido escrutinio desechando después cualquier observación.

—Sigues de pie, ¿verdad? Puedes caminar y si a eso le añadimos que te quejas como una niña, entonces yo diría que estás en muy buen estado. —Empujó las gafas a su nariz y se cruzó de brazos dirigiendo la vista hacia el vehículo—. Cosa que no podemos decir de *Manzanito*... ¡Te lo has cargado entero! Se ha roto la correa de distribución, —empezó a enumerar—, ahogado el filtro, inutilizado el alternador y reventado el escape. Menos mal que la trócola ha quedado intacta. ¿Sabes lo que cuesta encontrar una pieza así en buen estado para este coche?

—Eh, que yo no le he hecho nada. Él solito se ha parado humeando y ha comenzado a explotar. Por su culpa me he caído, me han aplastado y se me ha roto una uña.

—Bla, bla, bla, bla, bla... —Elevó su mano Regi y movió los dedos imitando la boca de un pato, hasta que se detuvo y dijo con tranquilidad—. Es imposible que este pequeño explote así sin más. ¡Tienes manos de estómago!

—¿Que tengo qué?

—Ma-nos-de-es-to-ma-go —repitió en ritmo lento para que la entendiera.

—¿Qué intentas decirme?

—Que todo lo que tocas, lo haces mierda —señaló Regi antes de ignorarla.

Solo en ese momento Lynette pudo apreciar a su amiga de tantos años. Regi, no alcanzaba el metro y medio de altura, era muy bajita, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba su mal genio. Cuando se enfadaba su rojo cabello trenzado destacaba tanto que parecía que ardía en llamas. Sus ojos estaban protegidos por unas enormes gafas que ocupaban la mitad del rostro de la muchacha. Su naricilla recta era igual de pequeña que la dueña y su nívea piel estaba bañada por una lluvia delicada de pecas que la hacían parecer aniñada. Su cuerpo siempre quedaba oculto tras aquel horroroso mono gris sin permitir adivinar sus formas.

—¿Vas a seguir ahí quieta como un semáforo en un día de atasco o piensas ser de utilidad y contestar lo que te pregunte? —Regi la miraba impaciente, esperando una respuesta que ni había escuchado.

Lynette arrugó la nariz y se sintió como uno de sus alumnos cuando no sabían de qué iba la lección.

—¿Sabes, Regi? Entiendo que te angustie mucho lo que ha ocurrido con *Manzanito*. De hecho, yo soy la primera que lo va a sufrir, pero ahora me vendría bien un poco, solo un poco de...

—Espera. —La pelirroja empujó de nuevo las gafas con su índice hasta tenerlas a la altura que las quería—. ¿Pretendes que te dé un achuchón y te pregunte por tu estado emocional y físico?

—Guárdate la ironía y sí, para variar no vendría mal que por un momento dejaras los cacharros y preguntaras por tu amiga, la misma que casi se va al hospital del susto por tanta explosión.

—La ternura no va conmigo, Lynette, eso tú y yo lo sabemos. Te repito lo que te vengo diciendo desde hace meses: ¡Cómprate un puto coche nuevo y deja a este pequeño para momentos especiales, leches!

Lynette dejó caer los hombros derrumbada y aceptó una verdad que no quería reconocer.

—Tú sabes que ahora mismo no puedo, Regi. —La respuesta llegó con el tono de pesar que verdaderamente sentía.

—Oye, tienes un trabajo fijo, un sueldo que puede...

—¿Se te olvida que tengo que seguir pagando la hipoteca del piso en el que viví con Alan? —preguntó retóricamente con cierto resquemor en su voz.

Fue escupir aquel nombre y abrirse la caja de Pandora. Ambas

intercambiaron en silencio una mirada que desbordaba cualquier emoción. Para una, esa sensación se convertía en la ira más absoluta y para la otra en una enorme decepción que le calaba el alma.

—¡Ese gilipollas no tiene derecho a quedarse a vivir ahí! —Regi elevó la voz dos octavas hasta casi romperle los tímpanos.

—Ya. Pero fui yo la que lo dejó —dijo pausadamente—. Así que, él se quedó el piso. Creo que ha sido justo el precio de mi dignidad y mi orgullo, ¿no crees?

—No, cariño. —Regi negó tomando a su clienta y amiga de la mano y cruzaron el taller hasta entrar a su oficina, donde la invitó a sentarse—. La realidad, es que él te obligó a dejarle.

—Me gusta más mi versión —rezongó Lynette molesta—. Además, la que abandonó ese piso fui yo.

—Miéntete a ti misma si quieres, pero cuanto más rápido pases por todos los duelos, antes lo superarás. Alan es un hijo de pu... —Regi se paró en seco y resopló—. Es un idiota —dijo pausadamente intentando controlar sus palabras—, que ni siquiera tiene derecho a pisar el mismo suelo que tú. Es un tipo despreciable que, si tuviera un poco de vergüenza, la cara y los huevos se le caerían con solo mencionarte.

—¿Tienes que ser tan soez? —recriminó Lynette.

—En realidad, podría ser peor y lo sabes.

Su amiga abrió un cajón de dónde sacó una pequeña botella y dos vasos en los que sirvió un poco de whisky.

—La cuestión es que, después de tantos años juntos, se supone que me merecía un poco de lealtad por su parte. Pero me encontré con que no tuvo ninguna consideración conmigo.

Regi ofreció el vaso y llevó el suyo a su boca para beber.

—Sigo sin entender cómo es que acabasteis juntos. —Se reclinó en la silla de masajes y elevó los diminutos pies para acomodarlos en el escritorio—. No me malinterpretes Lynette. Eras diferente en todo, tú siempre has sido alegre y él es un soso. De hecho, siempre me ha dado mala espina. Un tipo que nada más quiere aparentar ser tan recto, tan soberbio, tan... No sé, ¿de verdad no te olías nada?

—Pues no. Quizá fue que yo estaba tan concentrada en hacer que funcionara que no me di cuenta de lo que ocurría en realidad.

—La cuestión Lynette —La mecánica apuró su vaso de un solo trago—, es que yo no te veía feliz y eso se notaba a la legua. Ni siquiera creo que lo fueras en la intimidad. Con él te apagabas. Siempre que ibais juntos a algún lugar tú parecías más una sombra que la mujer que tengo enfrente.

—No sé realmente por qué lo aguante tanto, cuando la verdad es que él nunca se cortaba en resaltar mis grandes defectos o lo gorda que estoy, aun estando en público. —Lynette miraba fijamente el vaso entre sus manos—. Y yo lo aceptaba sin rechistar. No quería tener problemas con él. Quería que lo nuestro funcionase y por eso le daba siempre la razón —confesó en susurros.

—¿También en la cama? Porque amiga mía, bien follada no te vi nunca.

Un embarazoso silencio siguió a esa pregunta. Lynette apartó la mirada y se removió incómoda para un segundo después, sincerarse.

—Sí —contestó con un tono casi inaudible.

La respuesta fue patética. «¿Bien follada?» Lynette no estaba segura de lo que era tener un buen polvo. Solo se había acostado con Alan y esos recuerdos aún le dolían.

—Joder, ¿no era considerado contigo?

—Si... No... ¡No lo sé!

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó escandalizada Regi.

Lynette la miró sonrojada. Tomó fuerzas para confesar algo que llevaba tiempo carcomiéndole las entrañas.

—Resulta patético que a mi edad no haya estado con ningún hombre más a parte de él. Se supone que, si vives con una persona con la que has compartido media vida, es porque la relación funciona, ¿verdad? —Sus ojos empezaron a inundarse—. Pero ahora me doy cuenta de que no era así. ¡Joder! ¡Ni siquiera me buscaba para hacer el amor! Tener sexo cada dos meses no creo que sea estar bien follada. Encima tenía que sentirme agradecida cuando ocurría. —Su voz sonó quebrada—. Después de todo, ¿quién en su sano juicio querría acostarse conmigo? ¡Soy un asco!

Regi se levantó de su lugar y fue al encuentro de su amiga. La abrazó con fuerza dándole todo el consuelo que necesitaba.

—De eso nada. El patético es él. Joder, si por ti no le pinché las ruedas. —Regi le levantó el rostro para ver dentro de aquellos ojos claros—. ¿Aún lo quieres?

Lynette se alejó de su amiga a la vez que negaba dubitativamente con la cabeza. Se perdió en sus pensamientos un momento y luego contestó con más seguridad.

—Lo cierto es que no. —Secó sus lágrimas con la manga de la camisa—. Me duele la traición. Estoy enfadada, no con él sino conmigo misma. Creo que el amor se esfumó quedando solo la comodidad y la costumbre. En realidad, no lo culpo, aunque tampoco lo disculpo. Si hubiera sido honesto cuando tuvo tiempo, hubiera terminado todo mejor.

—Pues, parece que os lleváis bien —enfaticó su amiga.

—¿Qué otra opción tengo cuando trabajamos en el mismo sitio? —Rio de forma irónica a la vez que se encogía de hombros—. Me niego a tener una guerra en el trabajo. Me fui como tenía que ser, con mi dignidad por delante. Entre él y yo solo queda una relación de compañeros de trabajo. Si al final ni siquiera le puedo guardar rencor.

—Eres demasiado noble, Lynette. Yo, la verdad, no podría.

—No te equivoques, no es nobleza, simplemente no me gustan los conflictos. Ya lo llevo mal cuando me cruzo con la tipa a la que hace llamar su novia. Siempre me suelta unas perlas cuando me mira. Así que, no pienso tener problemas en mi santuario personal. Además, mirándolo por el lado optimista, yo salí ganando.

Regi elevó una ceja esperando la respuesta que había tardado tanto en valorar.

—Lo sé, me deshice de un lastre, aunque el precio fue dedicar casi mi sueldo entero a pagar la hipoteca. Menos mal que no vendí la casa de mis padres. Para mí, ahora me doy cuenta, él ya es agua pasada.

—¡Así se habla, leches! Ahora vamos a buscarte un buen polvo, que necesitas recuperar el tiempo perdido.

Lynette le enseñó la lengua.

—No sé yo.

—Tu di que sí mujer, que lo mereces. Un tipo buenorro, de esos que robe el aliento con su presencia y con una polla kilométrica, enterita para ti.

Al oír aquello, la joven recordó el incidente de esa tarde. El baboso que la aplastó y que, según él, le había salvado la vida. Si Dios fuera justo, le enviaría uno de esos muñecos esculturalmente inalcanzables como ese, para tenerlo en su

cama dándole un buen meneo y por supuesto muriéndose de amor por ella.

«¡Genial! Lo único que me faltaba era pensar en cosas calientes. Joder, ¿hace cuando no echo un polvo?»

—Venga, no me pongas cara de circunstancias. Te urge follar en condiciones.  
—Regi se levantó corriendo hecha una furia y abrió la puerta de la oficina—. ¡Eh tú, gilipollas! —gritó a uno de sus muchachos que salía de uno de los coches—. Como te vea fumando en mi taller te corto los huevos ¿Has entendido? ¡Ley antitabaco!

Ya era de noche cuando Lynette abría la puerta de su casa. Caminó por el pequeño pasillo que conducía al salón comedor, dejó caer su bolso en la mesa, se descalzó y siguió avanzando hasta el sofá. Estaba a punto de sentarse cuando el móvil comenzó a sonar. Con un gruñido deshizo sus pasos y encontró el aparato que aún sonaba.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó un muy enfadado Leo.

—Mierda, lo siento cariño. —La joven regresó al sofá dejándose caer en él—. Hoy es el día de las tragedias, mi coche explotó.

—¿Estás bien? —Sonó preocupado—. Dime que estás bien, no soportaría perderte a ti también.

—Tranquilo, Leo. Yo estoy bien, *Manzanito* fue el que ha quedado en coma. Le he dejado el coche a Regi y aún estoy temblando por todo lo que le tienen que hacer. Creo que voy a necesitar un hígado y un riñón extra porque voy a vender los míos para pagar la reparación.

—Eso ya lo solucionaremos. Mañana te quiero en mi despacho.

—Vale, pero...

—Solo recuerda algo. Quizá la fortuna llama a tu puerta en forma de...

—No... Suena demasiado perverso decir que, tras la muerte de alguien, puede haber un golpe de suerte. Además, no me fio de lo que dispuso Ana para mí. De verdad, a veces me daba miedo.

—Eso era lo que la hacía única.

—¿Leo? —susurró.

—Dime, pequeña.

—Sabes que ella te amó, ¿verdad? y que para mí tú eres más que el notario de

la familia.

—Lo sé, y tú siempre has sido como una hija para mí.

—Te quiero —diciendo eso, cortó la llamada.

¿Por qué eran tan difíciles las relaciones? Si dos personas se amaban, debería ser todo mucho más fácil. Se acercó a la ventana y en aquel manto de estrellas del cielo observó cómo, con un tenue destello, una estrella fugaz arañaba el firmamento. Sin pensarlo mucho pidió un deseo. Un segundo después abrió con ímpetu la ventana y clamó al cielo.

—Escúchame tú. —Elevó la voz con fuerza—. Pero no te atrevas a traerme a un hombre cualquiera. Por lo menos, que sea uno que sepa lo que quiere, cuando lo quiere y como lo quiere. Y caliente, muy caliente para que él y yo...

«Ja. ¿Cómo si algo así pudiera hacerse realidad?» pensó la joven que comenzó a reír a carcajadas. Nuevamente le llegó el recuerdo de aquel patán que no había parado de rozarla con su «rodilla» todo el tiempo que estuvo sobre su cuerpo.

Un escalofrío le llegó desde el coxis y subió por su espalda hasta su nuca. No lo recordaba del todo bien. Solo sabía que aquella mirada la había desarmado tanto, que se sintió como un delicioso pastel de chocolate que a punto de ser devorado. Menos mal que salió huyendo. Ese tipo de hombre solo salía con buenorras, de esas delgaduchas, con piernas interminables y unas tetas enormes rellenas de silicona, no con mujeres reales que despertaban con el pelo alborotado y mal aliento por la mañana.

—Ese guaperas no, ¿verdad? —dijo mirando con el rabillo del ojo el firmamento.

Se desinfló, apenas por un momento.

—Y una mierda que no. Ese me miró lascivamente. Así que Lynette, aún tienes lo tuyo. Mañana toca salir a caminar. ¡Vamos a poner este culito en forma!

Envarada y con una sonrisa, cerró la ventana y sintiéndose más segura de sí misma se acercó al espejo que había en el pasillo de entrada. Al ver su reflejo se guiñó el ojo.

—Eres sexy. Este cuerpecito puso muy caliente a Batman. ¡Estás que ardes!

Una vez dicho algo bueno de corazón subió las escaleras camino a su habitación. Comenzó a desnudarse lista para su sesión de burbujas y... Abrió su cajón. Dentro un pequeño estuche negro esperaba por ella.

—A falta de pan... —destapó la cajita negra y encontró su amado estimulador

de clítoris con cabezales intercambiables.

Lynette se perdió en el baño y en sí misma. Esta era ella en su labor de rescate. No le importaba jugar con su cuerpo, bajo sus propias reglas e imaginando a cualquier actor de Hollywood, aunque esta vez sería distinto. Mordiéndose el labio cerró los párpados y se permitió visualizar al dueño de unos ojos azules con una «rodilla» palpitante exclusivamente para ella.

## Capítulo 4

Después de dar varias vueltas en la cama, Joe supo que no podría dormir ni una pizca más. «¡Demonios de noche!» Aún no se podía creer que seguía cachondo perdido. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se empalmó como un adolescente al contemplar una hembra? Porque, definitivamente, no podía ser que aquella mujer del día anterior lo hubiera puesto como una moto solo con aquella ropa anodina. «¡Es culpa de este maldito celibato, seguro!»

—Dos putos meses sin echar un polvo —gruñó al notar esa conocida incomodidad entre las piernas.

Salió de la cama, tan desnudo como había llegado al mundo, se metió en el baño y se mojó la cara para ver si así se despejaba. Usó ambas manos para recogerse la cabellera y peinarse rápidamente con una coleta, luego con unos movimientos más lentos se apoyó en el lavabo y durante unos silenciosos segundos se observó en el espejo.

Nada nuevo había en él como para preocuparse. Seguía siendo un tipo guapo. Sí, era verdad que podía pecar de hombre vanidoso, pero jamás de exagerado o mentiroso. Su piel morena tostada por el sol, su cara cuadrada de rasgos angulosos y su cabello largo y rubio le daban un aspecto de chico rebelde y deseable. También poseía otros rasgos igualmente destacables como: esas cejas gruesas y bien tupidas junto a unas pestañas largas que acababan enmarcando unos penetrantes ojos azul cobalto; su nariz recta y boca carnosa terminaban de hacerlo un ejemplar notablemente varonil. Si hasta poseía una sonrisa socarrona que tanto había conquistado el cine adulto para mujeres, convirtiéndolo en uno de los actores favoritos del estudio.

Entonces, ¿por qué sentía que algo estaba cambiando? Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, nuevamente se observó. Sí, había un cambio con el Joe anterior, ahora su cuerpo estaba cubierto de vello. Al inicio había sido nefasto, picaba una barbaridad, pero después la fina capa de pelo le hacía sentirse más cómodo. «Comodidad», una palabra que necesitaba que Sandy

aprendiera a dominar. Ese pensamiento fue lo único que necesitó para que aquel subidón de calentura se fuera al traste: Sandy y sus mil silencios; Sandy y su dolor; Sandy y aquella pesadilla que estaba viviendo y de la que él se sentía totalmente culpable. Si tan solo hubiese estado aquel día con ella no habría pasado nada y su hermana estaría bien, a salvo. Ahora eran dos almas de mundos distintos que habían escapado juntos; él para apoyarla y recuperarla; ella, para esconderse y dejarse caer en la depresión.

Regresó a la habitación y encendió la televisión para comprobar que por fin la prensa se había olvidado de él por completo. No entendía como la retirada de un actor porno podía ser noticia. Necesitaba que no lo reconocieran.

El timbre en la puerta le hizo elevar una ceja y sonreír.

—Vaya, las chicas de este pueblo madrugan mucho —exclamó.

Salió de la habitación y bajó las escaleras de la primera planta hasta llegar a la entrada del hogar. Dudó por un momento. Esperaba que su entropierna no lo pusiera en evidencia, después de todo, se había puesto cachondo con... ¿Lynette se llamaba?

—Buenos días —dijo nada más abrir la puerta.

Una morenaza de cuerpo de infarto estaba frente a él con una fiambarrera en la mano. Sintió como la mujer no evitó recorrerlo con la mirada de forma descarada sonriendo ante lo que veía.

—Buenos días —contestó la joven—. Mi nombre es Mónica y vengo a darte la bienvenida. Después de todo, es de buenos vecinos hacerlo, ¿verdad?

Joe estudió a la mujer que estaba en su puerta. Él sabía que si la invitaba a pasar no le costaría mucho convencerla para subir a su habitación y desfogar sus deseos más lujuriosos y carnales, pero esta mujer no lo encendía. «¿Cómo era posible que una voluptuosa joven como la de ayer me pusiese tanto y una mujer como esta nada?»

—Mónica. —Recargó su hombro en el marco de la puerta—. Supongo que debo agradecerte el tener mi frigorífico lleno de comida.

La morena, nada discreta, lo seguía devorando con los ojos.

—Bueno —contestó—, está claro que un hombre soltero tiene muchas necesidades. Por eso te traigo estos bollos para que los rellenes con lo que quieras.

¿Eso era una invitación sexual? Sí, Joe reconocía claramente esa sonrisa y

esos gestos. Sabía que le estaba mandando un mensaje cristalino.

—¿Cariño? —La voz cantarina de Sandra a su espalda llegó como un salvavidas—. ¿Por qué tardas tanto? Se está derritiendo la nata.

Mónica al escuchar aquello lo miró sorprendida, poco después pasó al sonrojo. Joe tuvo que controlar las ganas de reírse ahí mismo.

—Estoy atendiendo a nuestras amables vecinas. —Se acercó, le quitó la fiambrera y le dio un beso en la mejilla—. Las mujeres de este pueblo sois estupendas. Mi chica y yo os lo agradecemos mucho.

La joven se quedó con los brazos extendidos sujetando una invisible fiambrera y la sonrisa quedó congelada en sus labios.

—Cari... ¿Qué tal unos bollos para acompañar a la nata? —exclamó mientras cerraba la puerta sin esperar nada más.

En el salón de la casa Sandra y Carmen lo esperaban con cara de triunfo antes de romper a reír los tres a carcajadas. La asistenta le quitó el obsequio que sostenía en sus manos y Sandy abrió los brazos para recibirlo. En dos zancadas, Joe estaba a su lado, elevándola entre sus brazos y dejando aquella odiosa silla de ruedas abandonada.

—Demonio tendrías que llamarte —maldijo a aquel trasto de hierro.

—Dame las gracias. —La joven le miró divertida mientras se apoyaba en su pecho—. A saber, qué clase de brujería te tendría lista para embaucarte.

—Ya te dije, Golondrina, que tú tienes el deber de matarme antes de caer rendido en las redes del amor. —Dirigió sus pasos a la cocina y la sentó con dulzura en una de las sillas.

—Alguna de ellas te conquistará —sentenció Sandy.

—Pues cuando eso ocurra procura cumplir tu misión de forma rápida e indolora.

Joe se sentó a su lado. Realmente su hermana era una mujer hermosa; su cabellera rubia y rizada encuadraba a un rostro en forma de corazón de rasgos finos y femeninos; sus ojos eran casi grises; su boca pequeña pero bonita. En realidad, todo en ella era armónico. Era una mujer que llamaba la atención ahí donde iba. No por algo había sido una modelo conocida, con una gran carrera hasta que... El hombre gruñó por lo bajo al recordar el por qué ahora estaba ahí, encerrada en su casa y condenada a una maldita silla de ruedas.

—Vosotros dos sois demasiado blandos. —Carmen les sirvió una taza de

café—. Esas merecen que se les corte de raíz. En mis tiempos, la mujer era conquistada, no al revés. Y nada de que al hombre se le conquista por el estómago, no señor. Una dama siempre es una dama. Las mujeres de ahora... —Siguió mientras avanzaba a la despensa para guardar los bollos.

—Oh, mi dulce dama. —Joe guiñó un ojo a su hermana a la vez que se ponía de pie alcanzando a nana con un brazo rodeándola por la cintura—. Creo que debería quedarme contigo; sexy, madura, una mujer con experiencia.

—Quita, quita sinvergüenza. Desde que has llegado no paras de coquetear conmigo. A ver si me lo voy a acabar creyendo —bromeó Carmen sin apartar la vista de la joven que los observaba divertida.

—Créeme, amor mío. Piénsalo. Tú y yo, juntos...

—Anda ya, lo primero que pasaría es que saldrías corriendo. No, tú lo que realmente quieres es pedirme mis deliciosas magdalenas rellenas de arándanos, ¿verdad? Que esta me la veo venir.

—En realidad, —Joe se rascó la nuca—, quiero que esta vez hagas unas magdalenas de vainilla, asegúrate de ponerle mucha nata, demasiada nata.

Al momento Joe se dio cuenta. ¡Pero si él odiaba la vainilla! El recuerdo de cierta rolliza y sexy mujer estaba detrás de aquello. Algo estaba fallando estrepitosamente en su deseo de mantener sus hormonas fuera de juego, cuando se trataba de aquella desconocida de rellenitas y suculentas curvas con olor a delicioso pastel.

—¿Vainilla? —preguntaron al unísono.

—Y con mucha nata —añadió ante las sorprendidas mujeres—. Asegúrate que al de Sandy le pones mucho chocolate.

—Oye...—La joven iba a comenzar a protestar.

—No, no tienes derecho a replicar. Comerás chocolate. Te darás los gustos que yo crea que te mereces y a los que renunciaste tontamente. Además, te lo aclaro: si quieres que vivamos en franca paz, comenzarás a alimentarte como debe ser. Así que, adiós a comer como un conejo.

—Joe... —advirtió su hermana enrojeciéndose mientras maldecía para sus adentros por no tener su silla de ruedas cerca.

Sandra ya comenzaba a detestar ese sermón.

—No, ni Joe, ni leches. Estamos en esto juntos. Me he comprometido a estar a tu lado siempre, a cambio de recuperar a mi hermana. —Se acercó a ella y le

tomó las manos con delicadeza—. Puede que a veces me odies y lo más probable es que lo hagas a diario, pero no vas a quedarte escondida. No voy a permitir que lo hagas. Vas a comer como una persona normal. Vas a recuperar tu vida y, por Dios, que volverás a caminar.

La joven se abrazó a él con lágrimas en los ojos. Incluso Joe estaba a punto de llorar, sintiendo ese nudo en la garganta. Apretó entre sus fuertes brazos a su pequeña y la mantuvo ahí hasta que los sollozos dieron paso a la tranquilidad.

Carmen limpió con una servilleta sus ojos. Ella también ayudaría en aquella titánica tarea.

—Dime que tienes algo. —Tomó la llamada Joe con el manos libres sin perder ni un segundo su ritmo al correr.

—¡Ehhh, imbécil! —La voz al otro lado se escuchaba casi alegre—. Sabes que soy la leche y que me debes una buena.

—No hasta que me digas lo que quiero. —Observó el camino antes de cruzar la carretera y continuar su ruta.

—Veras, encontré una inmobiliaria allí en ese *Pueblomuerto*. ¿Sorprendido? Así que te envié por email los datos.

—Bien, y de lo otro ¿tienes información?

—También la tienes en tu correo, pero no es la que quieres. Antes que te encabrones, piensa en esto: Lo primero es ella y por eso me he tomado la libertad de investigar algo más para ti. Sorprendentemente, lo creas o no, hay una clínica cerca de *Pueblomuerto* que tiene un genio de la rehabilitación. Creo que sería interesante que le dieras la oportunidad.

—Ella no lo va a aceptar.

—La cuestión es que si la quieres la vas a convencer de hacer lo mejor. Deja de sentirte culpable, Joe. Tú no puedes estar al cien por cien, ni aun viviendo con ella. Lo que pasó, pasó. Ahora tu misión es hacerle ver que hay una oportunidad, aunque no le guste. Créeme, en alguien depresivo es en lo último que quieres que se convierta —continuó su amigo—. Sí, es una desgracia que esté en silla de ruedas, pero mientras haya una mínima esperanza no te rindas. Llama a este tipo y haz las cosas bien.

—Y tú, Dalton, ¿qué harás? —preguntó Joe.

Dalton era de sus mejores amigos, un antiguo compañero actor. Aunque retirado poco antes que él, Joe sabía que tenía su propia cadena de culpas.

—Lo que debí hacer hace años. Seguir buscando.

—Suerte, sabes que puedes quedarte aquí cuando quieras.

—Y sabes que estaré ahí antes de lo que esperas, solo estoy dándote la oportunidad para organizarte.

Joe iba a añadir algo más cuando un delicioso olor a vainilla llegó a sus fosas nasales abriéndole el apetito. El resto de sus sentidos se agudizaron hasta que lo vio: Aquel succulento culo relleno, vestido con un pantalón deportivo entallado y, ¿cómo no?, con aquellas bragas de abuela indiscretas que se marcaban con aquel bamboleo. Su depredador interior estaba listo para seguir a la deliciosa joven que caminaba a paso ligero concentrada en el camino.

—¿Sigues ahí? —preguntó su amigo.

—Dalton, recuérdame qué tipo de mujer me gusta —preguntó sin apartar la mirada de aquel trasero.

—¿La que esté desnuda y dispuesta?

—*Touché*. —Sin pensarlo dos veces giró y comenzó a desandar su camino.

Ni hablar, las mujeres podían ser un conflicto, pero esa en particular suponía un peligro. Que se lo dijeran a su entrepierna que estaba más que lista para perseguir a aquella delicia que olía a bocadito de vainilla.

«¿Problemas a mí? Ni de coña, la vida es genial siendo un soltero empedernido. Así que, gran Joe, nada de pensar en vainilla... Joder, dulce vainilla».

Y volvió a girar, corriendo con más ahínco, sin hacer caso a lo que decía Dalton. Si fuera un caballero continuaría su rutina al correr, pero como no lo era, había decidido disfrutar de aquel culo un rato más, a una distancia prudencial, eso sí. Solo un momento, el suficiente para llenarse de pensamientos perversos que le permitieran el alivio. Después de todo, un hombre también podía jugar un poco con su mano, ¿o no?

## Capítulo 5

—¿Heredera universal? —Negó Lynette asombrada y ahogando sus lágrimas—. No lo entiendo, se supone que no me dejaría nada, no después de nuestra última discusión. ¿Cómo es posible?

—¿Has escuchado aquello de «el amor de una madre»? —Leo, el notario de la familia, la miraba con una sonrisa paternal—. Eras su sobrina más querida —dijo levantándose de su asiento y rodeando el escritorio.

—Sin contar que era la única, ¿cierto? —repuso Lynette.

—¿Sabes? —dijo sentándose al lado de la joven—. Aunque Ana nos mandase a la mierda cada vez que no tenía lo que quería, debemos aceptar que era una mujer que cuando amaba lo hacía con verdadera pasión.

Leo cogió sus manos apretando con cariño.

—Ana te quería, Lynette —dijo mirándola a los ojos—. Te quería más de lo que pudieses imaginar.

—¿Entonces por qué...? —preguntó casi en un susurro.

—Era una mujer fuerte como pocas hoy en día. Cuando se enteró de su enfermedad la aceptó con valentía. Estaba dispuesta a luchar hasta el final contra ese destino.

Lynette se levantó dolida, evitando el contacto.

—¿Y por qué me lo ocultó? —reprochó casi llorando—. Se alejó de mi deliberadamente, Leo. ¿Por qué? —Volvió a preguntar mientras bajaba la mirada a sus puños cerrados—. ¿Desde cuándo lo sabíais?

—Ana. —Su voz se rompió—. Ana lo supo hace dos años. Luchamos contra el cáncer en la casa de la playa. Si discutí contigo fue porque quería que te cabrearas y así conseguir que te alejaras. No quería que la recordaras enferma y débil. Pensó que de esta forma no sufrirías al final su ausencia.

Lynette lloró. Esta vez sentía estrujado el corazón, olvidando todos los celos, la furia o indignación.

—Debió ser muy duro para ti, Leo.

—Lo más duro y lo más hermoso que he hecho. No estuvimos casados por

ley, pero ella fue mía, mi compañera de toda la vida.

Ella no pudo contener las emociones que se agolpaban en su interior, corrió a los brazos de su amigo. Ambos necesitaban consuelo, llorar a la mujer que habían amado y que ahora se había marchado dejándolos con su recuerdo.

—¿Estás preparada para firmar los papeles?

—No me siento a gusto, de verdad. No lo esperaba y tampoco es lo que quiero. Yo no ambiciono nada.

—Tienes que entenderla. —Leo cerró los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro—. Esa casa lo fue todo para ella. El hecho de que te la deje simboliza el gran amor que te tuvo. Así que, puedes mirarlo como un obsequio de amor.

—Amor... —Se abrazó a sí misma—. Ahora mismo de ese tengo muy poco.

Leo la observó preocupado.

—Espero que no le estés llorando a ese pelele —advirtió con seriedad.

El exnovio de Lynette, siempre le había parecido un sinvergüenza. Jamás le había gustado para la muchacha.

Ella se sentó de nuevo a su lado y dejó caer su cabeza en el hombro del letrado, secó sus lágrimas y negó.

—Eso ya es agua pasada. Muchos años de ser su sombra hicieron que perdiera mi norte. Ahora quiero recuperar a mi yo anterior a Alan —dijo con determinación—. Aunque la verdad, aun no creo estar lista para otra escaramuza con Cupido, Leo.

—Olvídate de tonterías. —Colocó dos dedos en su mentón y elevó su rostro—. Vosotros fuisteis pareja casi desde el bachillerato. Así que, estamos hablando de que tendrías que recuperar a una adolescente y yo no te veo fumando porros.

Sin apartar la mirada, le acarició de forma paternalista el cabello.

—Quieres recomponerte, me gusta la idea —afirmó Leo—. Pero no caigas en ideas ridículas creyendo que eres una mozuela. Eres una mujer, una mujer hermosa. Recuérdalo siempre.

—Vale. Ahí estamos de acuerdo: soy hermosa, inteligente y estoy buenorra —afirmó alejándose un poco del notario—. Que estas curvas no se hicieron solas. Fui bendecida por Afrodita.

Ambos comenzaron a reírse y se abrazaron como siempre lo hacían, entregándose al cariño que existía entre dos personas que llevaban años

conociéndose, como amigos y como familia.

—Leo. —Aún abrazada, Lynette decidió plantear las cosas—. Yo vivo en casa de mis padres, no necesito una casa más. ¿Por qué no la restauramos y la vendemos o alquilamos? Creo que si dividimos los gastos a la mitad...

—No. Si intentas decirme que me vas a dar la mitad de tu herencia me voy a enfadar y mucho. Esto es tu patrimonio y sí, necesita reparaciones por eso adelantándome a tus deseos he movido algunos hilos, pero antes necesitamos pagar todos los impuestos. Luego tendremos que ir al banco. Lo haremos el lunes, está claro que mañana sábado no vamos a encontrar nada abierto.

—Este lunes imposible.

—Bueno, entonces yo puedo ir adelantando algunas gestiones. ¿Te parece bien?

Lynette le dio un beso en la mejilla.

—Haré algo mejor. —Tomó varias hojas en blanco y las firmó—. Confió en ti plenamente, así que, creo que puedes hacer lo que nos convenga, y digo nos porque no pienso hacer nada sin ti.

La muchacha miró el reloj de la pared y frunció el ceño.

—Tengo que irme, quedé con Myrna, tenemos algunas cosas que hablar.

—Vete, pero te quiero aquí el martes, hay cosas que necesitan de ti. —Tomando las hojas que la joven le había dejado en la mesa llamó su atención—. Acepta el consejo de un viejo lobo: «Jamás firmes en blanco ni a tu sombra». Dicho eso, rompió cada hoja asegurándose que la rúbrica quedase destruida.

—Tú eres más fiable que mi sombra, mi querido Leo. —Guiñó un ojo y salió del despacho del notario.

Tenía que pensar en tantas cosas. Su corazón estaba agitado, compungido. ¿Qué clase de amor había sentido por Alan? Ni siquiera se había enfadado cuando le había encontrado en la cama con otra. Una semana después de dejarlo y volver al nido familiar lloró por el tiempo perdido, por la deslealtad y por todo aquello que había aguantado y frustrado en todos los años que estuvo con él, pero ahora tenía una oportunidad de descubrir quién era Lynette, esa desconocida que pedía que se aceptara y amara con todo su corazón.

Salió del edificio y tomó aire. Los rayos de sol la saludaron recordándole que ahora era dueña de su propio destino. Dibujó una sonrisa enorme en su rostro y

avanzó con paso seguro. Hoy era un día especial. Lo sabía.

El local se encontraba en pleno centro de Buena Esperanza. *Dulce&Salado* era la única pastelería del pueblo. Tenía una decoración muy al estilo Pin Up; todo estaba pintado de verde agua, recordando el ambiente de aquellas películas cincuenteras y sesenteras. La vitrina lucía llena de deliciosos pastelitos decorados en tonos pastel.

—Lyn, dame cinco minutos y vuelvo contigo. —Yasnaia, la dueña del lugar salió de detrás del mostrador—. No te vayas, solo voy a por mis cigarros—. Y sin más desapareció por la puerta dejándola sola con el eco de la campanilla de entrada.

Lynette se acercó al mostrador para echar un vistazo a las delicias que había para ese día. Sospechaba que Myrna aún tardaría un poco más, así que podía darse el gusto de contemplar embobada aquellos manjares.

La campanilla de la puerta sonó, anunciando la entrada de alguien.

—Yo que tú no me metía nada en la boca, estás a punto de reventar hasta las bragas.

Mónica, la nueva novia de Alan, acababa de entrar. Su tono prepotente y grosero dejaba claro que disfrutaba dedicándole esos comentarios dañinos.

Lynette decidió ignorarla. Se suponía que le estaba agradecida por quitarle al lastre de su exnovio.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué te dejan los hombres? —Mónica se le acercó más, sabía que la incomodaba—. Es porque estás gorda, les da asco tocar carnes blandas. —Saboreó el dolor que le provocaba. Una sebosa como ella no merecía tener atenciones de un hombre de la posición de Alan. Por su culpa había pasado tiempo a la sombra, disfrutando de tiempos robados siendo la otra, pero eso había acabado

Lynette miró el reloj detrás del mostrador, seguramente Myrna estaría por llegar. Quizá sí la esperaba afuera... Se giró para encontrarse de frente con su adversaria.

—¿Sabes por qué te dejó Alan? —incredó Mónica.

—Seguramente me lo volverás a decir una vez más. —Esta vez no se pudo callar—. Pero te diré algo: Afortunadamente, lo que tenga que decir la gente

como tú, no me importa.

Intentó salir de ahí, estaba comenzando a sentirse asfixiada. Se dirigió a la puerta con determinación, dando por finalizado aquel incómodo encuentro.

—¿Sabes que estoy embarazada? —Y ahí estaba el golpe final.

Lynette se paró en seco como si una losa hubiese atrapado sus pies. Su corazón se detuvo al mismo tiempo que una lanza lo atravesaba. ¿Embarazada?

—Lo que no quiso contigo, lo va a tener conmigo. ¿Qué se siente al ser tan inútil que no sirves ni para eso? —Se regodeó con placer.

La puerta del establecimiento se abrió frente a Lynette. Alan apareció ante sus ojos, ese hombre que la había engañado y que le había negado hasta el deseo que tanto añoraba.

—Mónica, se supone que solo venías a... —Paró en seco la frase al ver a Lynette.

Solo el sonido de la campanilla rompía aquel silencio tan incomodo que duraba más de lo que Lynette hubiera deseado.

—¡Mi amor! Compartía nuestra buena nueva —exclamó Mónica echando a un lado a la joven paralizada.

—Ya...

El hombre se encontraba realmente incómodo y como cobarde que era no se atrevía ni a mirarla.

—Supongo que ya le recordaste que tiene que pagar la hipoteca de este mes, ¿verdad? No me gustaría que pensarán que somos morosos.

—Tú tienes un morro que te lo pisas. —Lynette no podía más ante el descaro de la tipa que tenía enfrente.

—No voy a consentir que le hables así a Mónica. Te lo digo en serio —advirtió desafiante su exnovio.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

—Lo que estás escuchando. Hay cosas que debes superar ya. Además, creo que te hacen falta modales. Compórtate como una dama, no como una mujer despechada.

—¿Despechada? —repitió cada vez más asombrada de lo bizarro de la situación.

—Se supone que tú y yo terminamos como adultos. Pero entiendo que ya tienes una edad y puede que te sientas...

—Me largo. No tengo porqué seguir escuchando esto, no de ti.

En ese momento se oyó que alguien salía de los servicios. Los pasos se acercaban aceleradamente. Lynette dio un chillido sorprendida al sentir que una mano la rodeaba por la cintura y la pegaba a un fuerte y duro pecho.

—Cariño —dijo la voz masculina.

Lynette se perdió en unos ojos azules que la miraban brillantes un segundo antes de ser besada hasta quedar sin aliento. La mente de la joven se olvidó de todo, salvo de la boca que la devoraba entera, de esa lengua invasora que indiscreta paladeaba y la invitaba a continuar hasta que sintió una mano sobarle el trasero. Eso la trajo a la realidad de golpe.

—¿Batman? —preguntó aturdida, reconociendo al momento al tipo que el día anterior la había aplastado.

—Sabes que me pones como una moto cuando jugamos al rol de súper héroes, Catwoman —ronroneó mientras la abrazaba por la cintura cubriéndola entera para acabar mordiendo su cuello—. ¿No me presentas a tus amigos? —preguntó sin levantar la vista.

Alan miraba sorprendido al hombre sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Mónica incrédula reconoció a aquel adonis que mantenía entre sus brazos, como si fuera un tesoro, a la «gorda». Esa misma mañana lo había visitado.

—Yo... yo... —dijo entrecortadamente— Ellos son...

—Oh, déjalo. ¿Qué te parece si vamos a continuar con lo nuestro a casa? —Volvió a besarla de forma sutil—. Señores, si nos disculpan, mi chica y yo tenemos por delante una tarde entretenida.

Sujetándola del brazo salieron de ahí.

Lynette aún estaba tratando de digerir lo que había pasado ahí dentro, pero, sobre todo, estaba sorprendida por no haberse soltado aún de aquel pelmazo que le había metido mano y la lengua hasta las amígdalas.

¿En qué lío se acababa de meter? No. ¿En qué lío le acababa de meter aquel patán?

Estaba a punto de soltarse cuando giró y pudo observar como Alan había salido del establecimiento y los observaba incrédulo. Detrás de él, su discola novia que tampoco les perdía el ojo.

Con una sonrisa Lynette se puso casi a la altura del apetitoso hombre y sin

más le dio un azote en el trasero.

—Vamos a darte un meneo, Batman.

No pudo observar la reacción lobuna de su compañero en ese momento, como tampoco se percató de que era ella la que lo guiaba. Simplemente, quería alejarse de ahí y por alguna extraña razón quería llevarlo con ella, aunque todos sus sentidos le gritaban que corriera hacia el otro lado.

## Capítulo 6

Joe sacudía la cabeza mientras recuperaba poco a poco la sensatez. ¿Qué demonios le había pasado allí dentro?

Recordaba haber entrado a la pastelería *Dulce&Salado* cuando percibió el olor a vainilla proveniente del interior; un olor que definitivamente se le estaba volviendo una obsesión y lo mantenía confuso. Su estómago empezó a gruñir. Decidió que se llevaría alguna de las delicias que estaban en exposición en las vitrinas, pero antes de eso fue a los servicios para lavarse las manos y cuando ya se encontraba secándolas bajo el chorro de aire caliente escuchó el alboroto que se formó afuera. Abrió discretamente la puerta y vio la espalda de una silueta femenina. En seguida reconoció aquellas formas rellenas y succulentas. Sin lugar a dudas era su pesadilla personal enfundada en un vestido azul cielo. Adoró ver como aquellas bragas seguían marcándose indiscretas en su ropa. Anhelaba poder arrancarlas con los dientes y dejar al descubierto aquello que tan celosamente guardaban.

Por el tono de la conversación parecía que estaba teniendo un enfrentamiento con otra joven que le resultaba extrañamente familiar. Joe sabía por propia experiencia que si se acercaba a aquella pelea de gatas no le traería nada bueno, a fin de cuentas estaba en aquel pueblo tranquilo para huir de ese tipo de problemas. Así que decidió cerrar la puerta lentamente y aguardar a que aquello terminase, pero cuando estaba a punto de hacerlo oyó una voz masculina. La curiosidad le pudo más. Al parecer el recién llegado y la otra mujer estaban del mismo lado. Les escuchó increpar y menospreciar a la dueña del portentoso trasero del vestido azul. Su furia fue más rápida que su sensatez y ya había salido en defensa de la joven. A medio camino pensó que con solo abrazarla haría huir a sus acosadores, pero una vez que la rodeo con sus brazos la tentación fue demasiado grande.

Un piquito, solo era eso. ¡Un jodido y dulce beso que se volvió fuego al solo rozar aquellos labios! Si él hubiese sido un caballero, habría mantenido las manitas quietas, pero ¿quién en su sano juicio le diría que no a aquel culo que pedía a gritos un apretón? Él no, por supuesto. Ni siquiera se dio cuenta cuando

salieron del local ni del camino que recorrían, ¿Cómo era que se encontraba en aquel lío?

Ninguno de los dos dijo nada, ni siquiera se atrevieron a mirarse a la cara, simplemente caminaban a un ritmo cómodo. Él se dejaba guiar sin poner resistencia.

La marcha llegó a su fin. Atravesaron una pequeña verja de madera que custodiaba un verde y cuidado jardín perteneciente a una bonita casa de dos plantas. La fachada era de un estilo clásico y sencillo; con un suave color crema que combinaba muy bien con las blancas contraventanas y que hacían destacar aún más la amplia puerta principal de madera que era coronada en la parte superior por una cristallera de forma semicircular.

La mujer que le había ignorado todo el camino abrió la puerta y cruzó el umbral.

Bien, este era el momento en que él daba media vuelta y se largaba, pero al parecer sus piernas opinaban distinto porque la siguió para entrar en la boca del lobo.

«¡Imbécil! ¿Qué puñetas estoy haciendo?» pensó.

Cerró la puerta tras él.

El golpe de un cojín en su rostro le sacó de sus pensamientos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —Lynette estaba lista con un florero en mano.

—Quieta fiera —advirtió Joe mientras se abalanzaba sobre ella para evitar que le lanzase más objetos contundentes.

Del impulso sus cuerpos chocaron perdiendo ambos el equilibrio y cayendo al suelo. El florero rodó hacia un lado. Ahí estaba de nuevo, sobre ella, teniéndola exactamente donde la quería; debajo de él, aunque en ese momento la hubiera preferido totalmente desnuda y dispuesta a darle caña.

—¿De verdad? ¿Otra vez? —exclamó la indignada joven.

Lynette luchaba contra aquel pétreo cuerpo; lo golpeó, lo empujó y finalmente lo acarició con sus manos.

«Joder, joder, y más joder.» Joe se dio cuenta que la joven ofrecía cada vez menos resistencia como si en el fondo también desease lo mismo que él. Si aquello continuaba así, iba a tener serios problemas para salir de esa casa sin follarla, como había deseado hacer desde el día que la conoció.

Le elevó ambas manos por encima de la cabeza y la besó de nuevo.

«Maldición.» Ese beso resultó ser aún mejor que el que ya le había dado hacía un rato. Ella era todo fuego, pasión abrasadora y, a pesar de estar furiosa, respondía con el mismo ímpetu que él imprimía.

—Así está mejor —susurró entre sus labios.

—Quítate —pidió la muchacha con el mismo tono suave de voz.

—Si me prometes relajarte y mantener tus manos quietas —advirtió.

Lynette bufó y aceptó el trato con un leve movimiento de cabeza. Joe se incorporó a regañadientes y se sentó en el suelo ayudándola a hacer lo mismo. Se quedó mirándola mientras ella se arreglaba el pelo.

—¿A qué demonios estabas jugando en la pastelería? —preguntó por fin—. Maldita sea, he dado un verdadero espectáculo.

Joe elevó una ceja, mejor no le confesaba el tipo de espectáculos a los que él estaba acostumbrado a dar.

—Eh, te estaba ayudando con esa pareja —recalcó quitándole hierro al asunto—. Así que, un simple «Gracias», no estaría de más.

—Lo tenía controlado. —Se defendió envarada, mientras lo miraba con la dignidad de una diosa.

Adorable, simplemente se veía adorable; azorada y negando lo evidente. La habían desarmado en la primera contienda.

—Nena, yo solo acudí al rescate —argumentó—. Pero si tú crees que lo tenías todo controlado... —Estaba por guardar silencio, pero decidió añadir algo más—. Permíteme decirte una cosa: Ningún hombre que se precie le habla a una mujer de esa manera.

—¿Cuánto has escuchado? —preguntó Lynette visiblemente incómoda.

—Lo suficiente para saber que estabas sola y necesitabas una mano amiga.

La joven se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro.

—Es un gilipollas —afirmó cada vez más cabreada—. ¿Cómo permití que esto pasara? ¿Cómo pude haber estado con un tipo así?

Joe seguía sentado en el suelo observándola en silencio. Estaba claro que esas preguntas eran para ella. Podía tener alguna respuesta, pero seguramente no le gustaría saber lo que él pensaba de todo eso. El amor podía volver ciego a cualquiera. Una relación de pareja complicaba demasiado la vida. Tener una relación con emociones incluidas era un conflicto donde uno de los dos

terminaba mal parado. No era nunca suficiente, jamás lo sería.

—... pero me lo tengo bien merecido, eso lo aseguro. ¿Qué hacía yo quedándome allí como una idiota cuando me estaban ofendiendo? —Lynette seguía hablando consigo misma—. En cuanto vi a esa arpía tenía que haber salido de ahí, llamar a Myrna y...

—Preciosa, ha sido un placer hablar contigo. Me largo. —Joe se levantaba cuando aquella voluptuosa figura se detuvo frente a él, con la mirada fija.

Maldijo tres veces para sus adentros. Aquellos ojos estaban perdidos, llenos de tristeza, de rabia, de soledad. La distancia entre los dos era corta y en lugar de darse media vuelta y salir de aquella casa, la abrazó con fuerza. Dio varios pasos hacia atrás sin dejar que se separara de su cuerpo y se dejó caer en el sofá. El movimiento fue apenas perceptible, pero le permitió sentarla en su regazo de forma paternal a la vez que frotaba suavemente sus manos en los brazos femeninos.

—Eh, tranquila. Todo ha sido porque te han pillado de sorpresa. No pienses más en eso, no permitas que las palabras te hieran. Sigue adelante y no te compliques la vida con una tontería de estas.

—¿Alguna vez has entregado tanto que te acabas olvidando de ti? —Inclinó su cabeza sobre el cuello de Joe—. Estuvimos juntos años, ¿sabes?

—¡Ah!, el jodido tiempo. ¿Cómo se recupera? ¿Es a eso a lo que te refieres? —La masculina mano le quitó un mechón rebelde y lo colocó atrás de la oreja.

Lynette asintió. Realmente no sabía por qué le hablaba y permitía aquel contacto tan íntimo a ese desconocido, pero la sensación que le producía la reconfortaba.

—El tiempo es irrecuperable, eso es cierto —continuó hablando Joe—, pero no lo veas como una inversión errada. Seguramente aprendiste muchas cosas sobre ti en esos años. Además, se supone que por amor ese tipo de cosas no deben importar, siempre y cuando se entreguen mutuamente de corazón.

¿Él había dicho esa cursilada? Joe decidió que ni siquiera analizaría lo que acaba de decir.

—Suenan muy fácil decirlo, pero no sé ahora mismo si de verdad lo hice de corazón o fue por temor a la soledad o, peor aún, a empezar algo nuevo.

—Esas son las peores razones para seguir con alguien. —Le alzó el rostro para mirarla a los ojos—. Mira, yo no sé qué te llevó a estar con ese tipo, pero

ahora eres una mujer libre. Vive, disfruta y nunca más mires atrás. El pretérito es un tiempo perdido. No puedes hacer nada, en cambio hay un presente y ese es el que te debe importar.

—Qué bien hablas, Batman. —Lynette le puso la mano en la mejilla— ¿Tienes nombre o te llamo Bruce Wayne?

Joe tomó la mano femenina entre sus dedos y besó su palma. Joder, se sentía tan bien tener a esa mujercita en apuros entre sus brazos. Resultaba natural y eso le gustaba. Lo que provocaba que se despertaran todas sus alarmas.

—Joe. Joe Kramer. Pero puedes llamarme cómo te dé la gana. Batman no está mal. —Guiño el ojo de forma cómplice.

—Mucho gusto, Joe Kramer, soy Lynette Carlo, aunque tú me puedes llamar Diosa.

La risa de la joven fue como un afrodisíaco para él. Se veía preciosa despreocupada. Era la segunda vez que la escuchaba reír desde que la conoció y le encantaba ese sonido cantarín y alegre.

—Joe, te agradezco que acudieras a rescatarme. Solo tengo una pregunta.

—Dispara.

Estaba listo para cualquier tipo de pregunta. Por alguna razón que aún no entendía le gustaba que ella intentase saber algo de él.

—¿Tenías que sobarme el culo? —preguntó Lynette levantándose de su regazo y poniéndose de pie.

—Y tanto que sí —afirmó rotundo—. Preciosa, si voy a hacer algo, lo hago bien. Y la culpa es tuya porque tienes un culo destacable. Yo no tendría problemas en demostrarte a lo que me refiero.

—Ni tú, ni tu «rodilla», supongo. —La joven se sentó en otro sofá a un par de metros y lo miraba inquisidora—. Supongo que nuevamente te debo una, ¿verdad?

Joe negó tratando de desestimar aquello. Sin embargo, él también tenía una pregunta que lo rondaba.

—Dime una cosa. ¿Por qué dejaste que te afectara tanto?

Lo miró sintiéndose perdida por un momento.

—No lo sé, a veces creo que...

—No, creo que hice mal la pregunta. —Miró hacia cualquier punto dudando si decir lo que tenía en mente, pero al final ganó la lengua—. Eres consciente que

ella no tenía razón, ¿verdad?

—¿En qué parte de todo lo que dijo? —preguntó Lyn casi sin voz.

—En la gran mayoría. No sé si eres consciente de lo sensual y peligrosa que llegas a ser. —Levantó la mano para silenciar las palabras que iban a salir de la boca femenina—. No lo digo para animarte. —Tomó aire y lo soltó sonriendo con sinceridad, la franqueza se le daba bien—. He... trabajado con muchas mujeres a lo largo de mi vida, de todos los caracteres, colores y tallas. —Se encogió de hombros—. Así que créeme en lo que te digo, la talla realmente está sobrevalorada.

—¿Eres entrenador? —preguntó burlona.

—Escucha. —Ignoró la intervención de ella—. Eres una mujer sensual, demasiado para mi propia seguridad —confesó sin tapujos—. No permitas que te intenten ofender como lo han hecho hoy, no lo mereces.

—Visto así soy un portento —soltó bromista la muchacha.

—Eres más que eso: eres una mujer en mayúsculas, ¿entiendes?

Lynette, sonrió permitiendo que esas palabras la llenaran en un momento en que realmente necesitaba escucharlas

—¿Quieres un café? —preguntó agradecida.

«Joder, no.» pensó Joe.

Este era el momento en que se marcaba su salida del espectáculo. Su nueva conciencia le dictaba poner pies en polvorosa. Así que abrió la boca listo, para negarse.

—No tomo café, pero si tienes una cerveza, la acepto.

«¿Quién había dicho eso?» Y todo se fue al traste, en el momento en que la joven con olor a vainilla se perdió en la cocina. «Joder y más joder. Solo una cerveza» —se prometió—. Palabra de boy-scout.

Furioso y frustrado destrozaba el saco de boxeo. ¿Qué demonios le estaba pasando? No tomó una, ni dos, sino tres cervezas. A cada momento que pasaba con ella, sus pensamientos se dirigían al dormitorio, donde su cama hubiera estado perfecta para ser usada varias veces con aquella deliciosa belleza.

Volvió a golpear el saco con fuerza. El sudor le cubría todo el pecho y la espalda.

Jamás había sentido un silencio cómodo con alguien del sexo opuesto. Por regla general, las mujeres hablaban y hablaban, el silencio las tensaba. ¿Por qué ella, en específico, pudo guardar silencio y sonreír desplegando su encanto?

Peligro, eso era lo que su ser entero le estaba avisando. Si era listo, después de ese día no volvería a encontrarse con ella. Ni una sola vez. Tuvo que recordarse lo complicadas que eran las relaciones, lo inapropiado que era estar con alguna mujer cuando Sandra le necesitaba. Se juró que, si volvía a encontrar a aquella diosa voluptuosa, daría la vuelta, cambiaría de acera, saltaría cualquier muro y cruzaría a nado cualquier río para evitar un nuevo percance.

Aún mantenía en las yemas de sus dedos el hormigueo del tacto de aquellas sugerentes curvas. Pero lo peor, era que sus labios aún vibraban y guardaban aquel dulce sabor de aquella boca prodigiosa que lo besó con vehemencia.

—Ni hablar Lynette. Tú por tu camino y yo por el mío.

Golpeó con más furia. Él no era un caballero, jamás lo había sido y no lo sería ahora. Se juró no pensar en ella, a pesar de que el olor a vainilla lo mantenía despierto en todos los sentidos.

Una misteriosa figura dentro de un automóvil negro golpeaba el volante. Se arañaba el rostro con furia e indignación.

—No, no te atrevas a volverlo a hacer, Joe. Esta vez no voy a tener clemencia con otra. Eres mío. Mío.

Finalmente arrancó y se alejó furiosa. Había tardado un tiempo en dar con él, pero ahora ya estaba todo donde tenía que estar. Él era suyo y se lo haría saber muy pronto.

## Capítulo 7

—A ver... —Myrna cortó un trozo de tarta mientras intentaba digerir lo que su amiga le relataba—. Entonces, la zorróna de plástico y el inútil de tu ex comenzaron a atacarte mientras estabas en la pastelería de Yasnaia y, de pronto, de no sabes dónde, salió... —Hizo una pequeña pausa— ¿Batman a rescatarte?

—Mmh... Algo así... —Lynette se escondió tras la humeante taza de infusión de frutas del bosque, evitando así que su amiga se diera cuenta de lo mucho que la afectaba el recuerdo de su héroe personal.

La pequeña morena de ojos azules comenzó a reírse a carcajadas y con el puño de su manga se limpió una lagrimilla.

—Lo siento, lo siento. Sé que debería ser una buena persona, pero tal como lo cuentas me he imaginado a un tipo entrando con su traje de látex. Ya sabes, alto, buenorro, con esa máscara y esa voz tan sexy diciéndote: «Nena, yo me deshago de esta escoria. Putiwoman y Cabronazo». —Poniéndose de pie comenzó a fingir que luchaba— Zas. Pum.Badabum...

—¿Qué tiene tu bebida? —Lyn olisqueó el vaso de su compañera que no paraba de reírse—. Sabes que estás fatal, ¿verdad?

—Acepta que me lo has puesto a huevo. Ten en cuenta que para mí es una novedad que tengamos a Batman en Buena Esperanza.

—Bueno, Batman, Batman... —Hizo énfasis en la segunda repetición—. Dudo mucho que el verdadero le meta mano a la chica que ha rescatado.

—¡No jodas! ¿Te metió mano? —Myrna pasó rápidamente del asombro a la risa de nuevo; esta vez se hizo más fuerte acompañado de golpes en la mesa—. ¿Y yo dónde estaba para perderme todo eso?

—¡Eso mismo es lo que me pregunto yo! Myrna, de verdad, cada vez estás peor. ¿Cómo es posible que te olvidases de que habíamos quedado?

Su amiga pasó de la risa a un estado más bien serio. En ese momento, Lynette fue consciente del cambio de actitud, que acentuó más los rasgos de la joven: Su rostro, ahora serio, era el de una mujer bonita a pesar de la cicatriz que surcaba el lado derecho de la cara. Comenzaba al final de su ceja atravesando su

mejilla hasta la comisura del labio; su cuerpo era menudo, más bien escuálido, con curvas muy suaves, del tipo modelo de pasarela por la delgadez que tenía; su vestimenta siempre era abundante, fuese a donde fuese iba cubierta hasta el cuello sin importar la época del año en la que estuviesen.

—Tuve una mala noche —respondió— y ya me conoces, si no duermo me despisto. ¿Me perdonas?

—¿Tus fantasmas te siguen acechando? —Lynette la observaba preocupada—. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Unos siete años —calculó la morena—. Tú fuiste la primera mano amiga que tuve cuando llegué.

—Mira, jamás te he presionado para que me cuentes nada que no quieras contar, pero necesito que tengas presente que siempre voy a estar aquí y que, si necesitas hablar, de lo que sea, estaré feliz de escucharte. O eso o llamamos a las cazafantasmas.

—No hay fantasmas, ni hay nada en especial. Simplemente pasé una mala noche. No te preocupes. —Y ahí sonrió Myrna para demostrar que no había nada de qué preocuparse.

—¿Segura? —inquirió Lynette evidenciando su preocupación.

—Se lo que estás haciendo y no te va a funcionar —sentenció su amiga advirtiendo con la mirada—. Por más que lo intentes no me voy a olvidar de tu reciente aventura. —La joven se acercó y suplicó uniendo sus manos—. Dame detalles, venga mujer. *Porfa*, dime quién es ese Batman que te mete mano y te tiene tan pánfila.

Lynette puso los ojos en blanco y negó rotundamente.

—De eso nada. El tipo está que te caes de bueno, pero de ahí a que yo esté babeando por él... —Negó con la cabeza—. No quiero ningún hombre en mi vida y menos a un niño bonito que a la primera insinuación se largará con otra. Yo renuncié a los hombres y por muy bien que bese... él por su lado y yo por el mío. Además, dudo mucho que lo vuelva a ver.

—¿Te olía el aliento? —preguntó Myrna casi escandalizada.

—¿Qué? —Lynette le dio un pellizco— ¡Grosera! Por supuesto que no me huele el aliento. Pero está claro que ese juega en otra liga.

—Como me digas lo de que juega en primera, ¡te pego! —amenazó su amiga con la mano extendida y lista para el ataque.

—No me refiero a eso, es solo que un tío de esa envergadura no va a estar con chicas como yo. No es que me sienta menos, es simplemente que un buenorro como él termina con una tía como Mónica: tetas grandes, cinturita de avispa, ya sabes.

—Hablas de tetas de silicona ¿no? —preguntó la otra.

—Mujer, yo creo que al final da igual. Las tetas son las tetas, y bueno ni tu ni yo tenemos una delantera especialmente portentosa.

—Tener amigas como tú son las que inflan mi autoestima, chata. —reclamó indignada Myrna.

—Anda, anda. Qué es mejor que sepamos nuestra realidad a que nos reclamen por andar de mentirosas. Los hombres te querrán a ti con ese cuerpecito de tallarín que tienes y a mí por mi figurita curvilínea al estilo muñeco de nieve y ya está. La realidad no se pelea con el sex-appeal.

—¿Tallarín y muñeco de nieve? —La morena boqueaba indignada—. Vamos a ir aclarando las cosas, lista que vas de lista. No porque mi esbelta línea I carezca de alguna que otra curva, te da derecho a compararme con algo así. Jolín, que yo culito y algo de tetas tengo.

—Es cierto, ¡maldita sea! Si estamos más buenas que cualquier modelo de Victoria Secret y nada operado. Mira nada más esas tetitas chiquitas que tienes, sacan a uno más de un suspiro. Y qué me dices de las mías, ¿eh? Yo no las tengo caídas, es solo que son un poco tímidas y por eso miran al suelo. Ya nos veo caminando por la pasarela, tú con ese traje de buzo, que usas siempre en verano y yo con mi bañador de abuela que resaltaré mis encantos.

—¿Y ese culo que tienes? —preguntó Myrna.

—Es el más delicioso. Si hasta yo me lo veo y me dan ganas de apretarlo. ¡Y eso que es mío!

—¿Te das cuenta que otra vez se nos ha ido de las manos?

Myrna se reía tan alto y de forma tan contagiosa que seguramente los vecinos que la oyesen acabarían riendo también, sin entender qué pasaba, simplemente por el sonido de aquella risa que pronto fue acompañada por la de su amiga.

—Dios, de verdad necesitaba reírme después de este día —exclamó Lynette casi sin aliento.

—Y yo. Reír es una excelente terapia. —Ambas se relajaron un momento, cada una pérdida en sus pensamientos.

—¿Sabes qué es lo único que si me duele del encuentro de hoy? —Lyn cerró los ojos.

—Sácalo ahora, ya hemos ahuyentado los fantasmas con nuestro escándalo. —Myrna la observaba, siempre con comprensión y una pizca de compasión.

—Le pedí a Alan que tuviéramos un hijo y él, una y otra vez, me repetía que antes de eso tendríamos que casarnos porque no quería un hijo fuera del matrimonio. Jamás quiso hablar de una boda y cuando lo hacía era para aclarar que aún no era el momento. Y ahora...

—Bah, ni lo pienses más. —Después de un breve silencio vino la parte comprensiva—. Me imagino que debe ser muy duro para ti que ella esté viviendo parte de tu sueño. Pero míralo de esta forma: un sueño puede volverse pesadilla sin que te des cuenta. —Myrna tuvo problemas al tragar saliva al soltar aquellas palabras—. De verdad amiga.

—Me merecía un final feliz.

—Se supone que aún estás buscando uno, ¿cierto?

—Sí, en eso tienes razón. Quiero un final feliz conmigo misma. Quiero recuperarme, volver a pisar con seguridad y poder sentirme sexy. Eso es cierto, pero...

—Pues ve pasito a pasito. Además, ¿quién te dice que Batman no es tu chico?

—Que no, pesada. Demasiado guapo, demasiado varonil —negó—. Es de esos tipos irreales que aparecen en novelas. Seguramente, lleve consigo sus cincuenta sombras...

—¿Le va el sado? —preguntó Myrna puntillosa.

—¡Qué boba eres! —exclamó Lyn—. Pero no lo sé, un tipo tan perfecto seguro que tiene algún secreto oculto. —Volvió a negar con la cabeza alejando cualquier pensamiento—. Yo paso, no pienso descubrir si hay o no hay alguno. Ya aguanté a mi propio Grey.

—Alan no llega a Grey y eso que no nos gustó el de los libros. Pero aceptémoslo, el actor de las pelis está más bueno que un bocata de chorizo en pleno día de campo.

—¿Sabes qué te digo? Ni una palabra más de mi Batman, ni de ningún otro. Vamos a pasar una tarde de pelis, con margaritas para olvidarnos de tonterías.

—¡Fuera hombres! —gritó Myrna saltando del sofá y dirigiéndose a la cocina.

—¡Eso es!

La noche había sido perfecta. Myrna y ella lo pasaron en grande. Pusieron la película *Magic Mike* y era como si fuera la primera vez que la hubiesen visto: Gritaron de emoción cuando los actores bailaron las sensuales coreografías; abuchearon a las chicas que volvían locos a los sexys protagonistas y a cada beso en la peli, cientos de palomitas salieron volando dejando clara la inconformidad de las jóvenes. Desde luego con su amiga no podía aburrirse.

Después de una velada como esa Myrna se quedó a dormir. Lynette sentía su reconfortante compañía y esa noche agradeció su presencia, no quería estar sola a pesar de que su amiga dormía en la habitación de invitados.

Tres vueltas más en el colchón y aún se mantenía despierta. En mal momento sus pensamientos y sus sueños se habían dirigido a pensar irremediablemente en un hombre que no debería ocupar su mente, pero era imposible no hacerlo, había estado en su casa esa tarde.

Aún recordaba sus besos como si acabase de suceder: El primero, el de la cafetería, fue una sorpresa, si tuviera que catalogarlo sería en la sección de salvavidas, llegó en un momento de necesidad; pero el segundo, ese fue otra cosa, un beso devorador que seducía y dominaba, que era hambriento y carnal, y que la llevó a responder con el hambre que llevaba años conteniendo.

Aún guardaba la sensación de todo aquel cuerpo musculoso sobre ella, elevando su temperatura y despertando todas sus hormonas.

Era imposible dormir así. No podía, simplemente no podía hacerlo. Se levantó de la cama y se colocó la bata de seda. Se acercó a la ventana como si algo le llamase, corrió la cortina y ahí lo vio: su Batman personal. Se encontraba apoyado en la farola de la calle, mirando a su puerta. Supo el momento en que alzó la vista y sus miradas se encontraron. Lynette era consciente de que si él se lo pedía lo dejaría pasar. Había una química y una atracción que surgía entre ellos, una que ella no podía evitar. Sin darse cuenta del cómo o cuándo se encontró saliendo de su casa, acercándose al hombre que no apartaba su mirada de ella.

—Sabes que esto raya en el acoso, ¿verdad? —Fue lo primero que salió de su boca al acercarse.

Joe la miró a los ojos y asintió con seriedad sin decir nada.

—Supongo que has venido a asegurarte que dormía bien y que no había

ningún maleante cerca —continuó Lynette ante la pasividad de aquel hombre—. ¡Oh Batman, gracias por preocuparte!

Él sonrió y mordió su labio, a la vez que daba un paso hacia ella.

Lynette sintió que la boca se le secaba en ese momento y que las gallinas en el estómago comenzaban a revolotear y cacarear. Porque lo suyo no eran mariposas, no señor, ese hombre la obnubilaba con su sola presencia. Provocaba que le resultase casi imposible respirar si él estaba cerca.

—Bueno, pues todo está bien por aquí. Como habrás comprobado —añadió como si con eso pudiese mostrar una seguridad que desde luego no sentía—. Así que, puedes irte. Cuando te necesite, ya sabes, te llamo con la batseñal.

Se giró nerviosa y molesta. ¿Qué hacía él ahí y por qué cojones no respondía? La respuesta llegó enseguida. Sintió como la agarraba por su muñeca y tiraba hacia él haciéndola girar y caer en sus brazos.

—Eres una complicación. Un peligro que necesito urgentemente eliminar —declaró antes de pegarla más a él—. Lynette, espero que estés preparada, porque te pienso besar una vez más.

—Uff...

Se le ocurría más de una forma de mandarlo a la mierda, pero algo pasaba con sus neuronas que en ese momento estaban totalmente perdidas en el campo de batalla. Eso sí, su respiración era cada vez más acelerada y sus latidos tan fuertes como el galope de un caballo.

Al parecer algo similar pasaba con él, porque la miraba curioso, enfadado y... ¿Excitado? Lynette lamió los labios en un acto más bien reflejo, pero eso fue lo que rompió la voluntad de Joe.

—Joder.

No dijo nada más. Su boca fue posesiva y hambrienta. Tomó su nuca con la otra mano para afianzarla y evitar que saliera huyendo. Los labios masculinos devoraban y marcaban un ritmo endemoniadamente lujurioso. Lynette sintió que imprimía un desesperado intento por tomar de ella todo, lo mismo que ella tomaba de él, porque en algo estaban de acuerdo: Los dos eran una completa tentación el uno para el otro. No sabía quién había gemido primero y ni quien se había pegado a quién. Se encontraban bajo la farola, entregados a las sensaciones que se despertaban mutuamente. Joe cerniéndose y apretándose a ella para que sintiese la evidencia que despertaba en él y Lynette totalmente receptiva y

anhelante.

La joven jadeó cuando sintió algo frotándose entre sus piernas. ¿Eso era de verdad? Un gran bulto se amoldó al vértice de sus muslos, haciéndola gemir mientras él tomaba su trasero para asegurarse que sintiera toda aquella protuberancia.

El beso terminó como comenzó: de forma precipitada y robándole el aliento. La soltó casi de golpe. Lynette sintió un frío terrible que se instaló en su pecho.

—Buenas noches, Lynette. —Joe la miró con evidente deseo—. Ten suerte en tu vida. Hasta siempre.

Ella asintió aún atontada sin haber digerido bien lo que había pasado ni lo último que le había dicho. Avanzó hacia la casa con pasos torpes hasta cerrar la puerta tras ella.

—Dios...

—¡Dios! —Una voz llegó desde las escaleras.

—Yo... yo... —Con la mirada aún perdida intentó articular alguna palabra más.

—No lo digas. ¡Por Dios no lo digas! —Myrna bajó un par de peldaños, pero los volvió a subir rápidamente—. Si me permites me voy a dar un baño. Sí, creo que es una buena idea. Vaya calor me ha dado al ver ese beso.

Lynette asintió preguntándose «¿Qué ha pasado exactamente?» Se giró para abrir la puerta, pero después negó con la cabeza. No, no quería complicaciones, estaba claro que pensaban lo mismo. Solo había sido un beso, un tonto beso a mitad de la noche.

—Ay Dios...

## Capítulo 8

El serrucho se deslizó violentamente sobre la madera, descargando así la frustración de todo lo que sentía desde aquel encuentro nocturno. A su regreso a casa le fue imposible conciliar el sueño y el cobertizo del jardín era un buen lugar para intentar distraer su mente en otra cosa.

Trabajó la madera toda la noche. Disfrutaba usando sus manos, no solo en las artes amatorias. Aquellas piezas de madera acabarían formando un bonito baúl para el dormitorio de su hermana.

Sandra había perdido toda la esperanza; se había resignado a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Pero no lo iba a permitir, no ahora con él al mando. Joe sabía que si todo salía como lo había planeado al final su hermanita lo acabaría odiando, pero al menos lo haría lejos de aquel infierno de metal en el que insistía en vivir.

Se limpió el sudor, como si con ello pudiese deshacerse de los remordimientos. Tenía la certeza de que el estado de Sandra era todo culpa suya y, por lo tanto, tenía que ser él quien viviera ese infierno.

Las piezas estaban casi terminadas, pero antes volvería a pasarles la lija. Era un perfeccionista y no iba a escatimar en detalles.

La alarma del reloj le anunció que había amanecido hacía rato y ya casi era la hora del desayuno. Necesitaba darse un buen baño y así ordenar sus ideas para la charla que planeaba tener con Sandy, pero antes... Salió del cobertizo cruzó el jardín y entró por la puerta trasera, ágilmente subió las escaleras dirigiéndose a su habitación. Dentro del cajón de la mesita de noche estaba la tarjeta que años atrás le habían entregado con la promesa de que solo marcaría ese número en caso de extrema necesidad. La cogió y tecleó los números en su móvil.

—O'Connor —contestó una familiar voz masculina casi al momento.

—¿Sean O'Connor? —preguntó Joe solo para verificar lo evidente.

—Imagino que eres Joe Kramer, ¿verdad? —La voz sonó cordial, cosa que agradeció.

—Veo que aún recuerdas a tus antiguos compañeros —respondió divertido.

—Tu y yo no fuimos compañeros, lo sabes —aclaró con un gruñido.

—Venga ya. El hecho de que no se publicaran tus escenas no quita lo buen compañero de reparto que fuiste. —Sonrió al escuchar el bufido del detective, el muy cabrón le caía bien, era un tío limpio y honorable.

—Supongo que no me llamas para recordar viejos tiempos, ¿no?

—Me debes una y creo que ha llegado el momento de cobrármela.

El silencio se prolongó por lo que a Joe le pareció una eternidad y le dejó claro que a Sean O'Connor no le hacía ni puñetera gracia el motivo de aquella llamada.

—Si estás en un lío —dijo por fin—, dudo mucho que yo pueda ayudarte. Por otro lado, debes saber que las cosas han cambiado mucho. Ya no estoy en la ciudad, ni formo parte de... —Se detuvo un momento—. Te voy a dar un consejo, llama a Calígula, él te podrá ayudar mejor que yo.

—Detective, te quiero a ti.

—No lo entiendes. Yo ya no estoy en la ciudad. De hecho, me he mudado y ahora formo parte del cuerpo de policía de un pueblo diminuto; uno que apenas existe en el mapa. Así que, haznos un favor a ambos y deshazte de mi tarjeta y mi número.

—Casi mataron a mi hermana. —Joe enfatizó las palabras con rabia—. Aparentemente fue un accidente, pero yo no me lo creo. Quiero al culpable Sean, me lo debes. Salvé ese culo blanquito que tienes. El tiempo que estuviste con nosotros fui tu amigo y compañero. No quiero sangre, pero necesito saber que Sandra tendrá justicia.

—¿En qué te basas para sospechar que no fue un accidente? —preguntó ahora interesado el detective.

—Tú más que nadie sabe que estos mundillos pueden ser una mierda. De alguna forma fui —enfatizó esa última palabra— una figura pública y sabes que eso tiene sus cosas buenas, pero también sus cosas malas. Sospecho que alguien está obsesionado conmigo.

—Con suposiciones no ganas nada. Tu mundillo y el de cualquiera siempre tiene enemigos. Así que, para mí esas sospechas no son algo sólido.

Joe dirigió su mirada a un sobre marrón que reposaba dentro del cajón abierto de su mesita de noche. Tan solo verlo le causaba un profundo dolor. Tragó saliva y continuó.

—Y si te dijera que tengo pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas? —inquirió Sean.

—No pienso hablar por teléfono. Creo que lo ideal es que las veas y decidas por ti mismo.

—¿Sabes que eres como un grano en el culo? Mándame todo lo que tengas y espero que no sean meras suposiciones. Recuerda una cosa Joe: Cuando suceden desgracias siempre buscamos culpables, pero a veces tienes que ser consciente que las cosas simplemente pasan sin ningún motivo en especial.

—Si después de ver las pruebas me dices que estoy exagerando, entonces me creeré, pero si no, quiero al culpable, Sean.

—Espero la información y ahora, si me lo permites, me voy a dormir, he estado de guardia esta noche y estoy agotado.

Tras colgar, la mirada de Joe se volvió a posar en el sobre marrón. Con mano temblorosa lo sacó del cajón. Vacío su contenido sobre la cama y un escalofrío le recorrió la espalda. Fotos desperdigadas, fotos de aquel horrible día. Todas mostraban a Sandra inconsciente a los pies de una escalera. Separó algunas hasta que apareció debajo de una de ellas un trozo de papel. Aquel anónimo amenazante y esas fotografías debían de ser suficientes para encontrar a la mente enferma que destrozó la vida de su hermana.

—¡No me puedes obligar! —Sandra escupió con furia.

—Y tanto que lo haré. Mi casa, mis reglas. Así de fácil. —Joe se cruzó de brazos.

—¡Y una mierda! Eso no fue lo que acordamos. Me dijiste que estábamos juntos en esto. ¡Acepta que soy una discapacitada! ¡Mírame, una jodida parálitica! El hombre furioso la cogió por las axilas y negando la levantó.

—¿Te estás escuchando? No te vas a rendir, no te lo permito. Aún hay esperanzas.

Los delicados puños de la joven le golpearon el pecho, agitándose, intentando huir a pesar de que sabía que no podría.

—Quieres irte, ¿verdad hermanita? ¡Pues no puedes! —exclamó—. No puedes porque ahora eres una inválida. ¿Lo comprendes?

—¡Vete a la mierda! Eres igual que ellos.

—No te atrevas a compararme con ellos, eso no. Puedes culparme, odiarme y

dejar de hablarme, pero voy a hacer todo lo posible para que vuelvas a ser como antes. —Tomó un poco de aire—. Así que, mañana va a venir una persona. Me va a dar igual que grites, llores o lo intentes echar. Vas a comenzar a ejercitar esas piernas y hasta que no camines no vas a parar.

—¡No puedo andar! —gritó desesperada—. Ya no puedo con más fracasos. Me quieres dar esperanzas, sin darte cuenta de que al final me romperá el corazón en mil pedazos cuando te des cuenta que no es posible. ¿Por qué no lo aceptas?

—Porque no todo está perdido, Sandy. Eres tú la que se rindió al primer fracaso, no yo.

—¿Entonces por qué hemos venidos a este lugar?

—Porque lo necesitábamos. Tú necesitas volver a creer en ti misma fuera de los medios de comunicación que te acosaban y yo... Yo ya estaba cansado de lo que estaba haciendo.

—Ya... Te pagaban por follar. ¿No te jode?

—¿Y? No me arrepiento. Si piensas atacarme por ahí, te lo dejé claro al inicio y te lo repito ahora: Tengo mi conciencia muy tranquila en ese aspecto.

Sentó a su hermana en la silla de nuevo y bajó el tono.

—Confía en mis decisiones, Sandy. Solo quiero lo mejor para ti.

—¿Y si no funciona? ¿Qué pasa si no hay resultados?

—Entonces venderé mi alma al diablo. No mereces esto, Golondrina. Jamás me perdonaré que estés así, jamás me rendiré, ¿entiendes?

Sandra asintió angustiada, tiró de la mano de su hermano y se abrazó a él con fuerza.

—Tú no tuviste la culpa, no la tuviste.

Joe inspiró profundamente. Él no pensaba lo mismo, el dolor lo recorría y perseguía como a su sombra.

—Lo sé. —Mintió.

No iba a cambiar de opinión, pero tampoco iba a discutir con ella por eso.

—Te quiero —susurró Sandra.

—Y yo a ti.

—¿Voluntarios? —La voz de Carmen desde la cocina les hizo girar la cabeza—. Oh, querida. Haremos correr la noticia. Aunque te lo digo en serio, alguien que trabaje gratis, aunque sea para una buena causa... —La mujer hizo

una pausa mientras se escuchaban sus pasos por la cocina—. Sí, sé que los niños merecen la pena, pero ya no hay gente así. Todos quieren sacar un mínimo y la situación no está para regalar, así como así las cosas... Mucha suerte, muchacha.

Ambos hermanos entraron en la cocina cuando la asistenta colgó el teléfono. Carmen volvió a la encimera y continuó amasando a buen ritmo lo que parecía la masa para algún tipo de tarta.

—¿Quién necesita voluntarios? —preguntó Sandra, intrigada por lo que habían escuchado.

—Oh, cariño. —La mujer espolvoreaba un poco más de harina sobre la masa—. La escuela del pueblo necesita algunas mejoras y aunque la cuota anual debería de cubrir ciertos desperfectos, no da para todo. Las chicas están buscando un alma caritativa que quiera hacerlo de forma voluntaria.

—O lo que es lo mismo, un buen samaritano ¿no? —Joe se cruzó de brazos.

—Es para los niños. —Le señaló con el rodillo—. Vosotros los jóvenes de ahora, sobre todo los solteros, ven a esas pobres criaturas como un estorbo o como una obligación. No sienten la paternidad, pero lo cierto es que las chicas de la escuela hacen una labor encomiable, créeme. La maestra Lynette y el resto de profesoras se sienten impotentes por la situación.

—¿Lynette? —Joe alzó la cabeza.

—Su exnovio Alan es el tesorero en la mesa directiva y les está haciendo la vida difícil a las muchachas. Dicen que su nueva prometida le está comiendo la cabeza, pero yo sé que no es así. —La mujer extendía la masa con vigor—. Esa rata cobarde siempre ha sido mala de corazón. Estoy segura de que si pone tantos impedimentos para que arreglen la escuela es porque está pensando en hacer algo deshonesto.

—¿De qué tipo? —Ya en ese punto el hombre había tomado una decisión.

—Yo qué sé, pero jamás me dio buena espina.

—A ver, dime exactamente que necesitan. Quizá si me paso por allí podría echarles una mano.

Carmen obedeció. Le contó con detalle las necesidades que tenía la escuela pública del pueblo.

—Pues me apunto. —Joe cogió una manzana y le dio un mordisco.

La mujer lo miró con un brillo en los ojos. Soltó todo lo que tenía en las manos y corrió chillando a sus brazos llenándolo de harina y de besos.

—Yo sabía que la providencia te había enviado. Mañana, mañana mismo te llevo a la escuela. No te vas a arrepentir.

—No te molestes, no hace falta que me acompañes.

Joe ya se estaba arrepintiendo. Se suponía que no quería saber nada de Lynette. Algo le decía que ese Alan debía ser el mismo que la había atacado el otro día. Volvió a sentir la rabia correr por sus venas. Odiaba a los abusones, eso lo primero, y lo segundo siempre creyó en la educación, después de todo, él había tenido la mejor, aunque se hubiese decidido a «disfrutar» de la vida. En su juventud siempre fue un alumno aventajado. ¿Por qué no ayudar ahora al prójimo?

Miró a Sandra que observaba sorprendida a la vez que orgullosa.

—No me miréis así. Esto lo hago para que no me molestéis más las dos. Así que, Carmen, —La giró dirigiéndola a la encimera—, termina lo tuyo y tú Sandy, quita esa sonrisa. A partir de mañana tendrás mucho trabajo.

Eso sí logró que su hermana frunciera el ceño y a él le hiciera sonreír. Salió de la cocina y escuchó la euforia de las dos brujas que vivían con él.

«Maldición» pensó. Eso de portarse bien no era nada bueno. La gente iba a hablar.

## Capítulo 9

—¿Cómo es que ya no hay fondos? —Lynette no pudo evitar sonar horrorizada frente al consejo de administración estudiantil—. Teníamos planeado ampliar la biblioteca y los chicos merecen un buen proyector de cine para los viernes. ¡Habíamos dicho que ese era el plan al inicio del curso!

—Ha habido unos gastos imprevistos, querida. —Alan intervino mirándola de forma retadora, como si con eso pudiera hacerla callar.

—¿Qué tipo de gastos? Vamos, se supone que deberías haber pasado un informe con esos «imprevistos». ¿Dónde está ese informe? ¿Y dónde está el dinero?

—¿Estás insinuando que lo estoy dilapidando? ¿Qué estoy robando los fondos de la escuela? —El muy zorro se levantó captando la atención del grupo de profesores para dar el golpe—. ¿No será que tú aún no has superado lo nuestro y pretendes hacerme quedar mal delante de la junta? —Sus oscuros ojos la observaban de forma burlona—. Insinuar eso solo demuestra que una mujer despechada es un peligro. Señores, ustedes son testigos.

Varios pares de ojos cambiaron de ella a él. Algunos de sus compañeros cuchicheaban, otros simplemente atestiguaban divertidos, mientras que otros se mostraban visiblemente incómodos con la situación.

—¿En serio vas a jugar a eso, Alan? —Lo miró dolida—. Pensé que eras mucho más listo. No hablamos de un capricho, no estoy peleando por un piso o la custodia de un perro. Estamos hablando de trabajo, de que hay un fondo creado por los padres que religiosamente pagan al inicio del ciclo escolar para que sus hijos tengan en buen estado el lugar donde pasan la mayor parte del día. —Observó a los demás—. No sé vosotros, pero yo tengo un compromiso con todos ellos.

—Nadie lo está negando, querida. Pero hay otros gastos que no se pueden evitar y tienen prioridad.

Alan le arrebató la palabra y volvía a imponer su presencia. A pesar de su 1.70 de estatura no era un hombre que destacase mucho, ni siquiera por esa mata de pelo negro engominado hacia atrás y sus ojos de zorro. Su rasgo más

destacable no era su físico sino más bien su carisma y su facilidad para manipular a las personas, Lynette lo sabía muy bien porque ella fue su víctima.

—Os he venido avisando que la cuota anual no es suficiente —continuó Alan con su defensa—. Así como también os recomendé que es necesario elevarla. Si es pertinente, deberíamos expulsar temporalmente a los alumnos de los padres que no estén al corriente de los pagos.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Asustada miró a su exnovio—. ¿Te estás escuchando?

—Digo lo que es necesario para nuestra queridísima escuela y así poder estar entre los mejores de...

—¿De qué? —Lynette le cortó abruptamente—. Alan, entiende una cosa. Esta institución educativa acoge día a día a hijos de padres trabajadores, en su gran mayoría de clase media-baja, no somos un colegio de clase alta. Son familias con pocos recursos y también madres solteras que trabajan de sol a sol. ¿De dónde piensas que van a sacar más dinero por qué a ti te dé la gana?

—Quieren darles una buena educación a sus vástagos, ¿no? —La voz cínica del hombre con el que compartió tantos años sonaba irónica.

La joven observó incrédula a todos sus compañeros. ¿Dónde se supone que estaba el director en estos momentos?

—Mi deber como maestra es velar por los niños y su educación, al igual que el vuestro. —Señaló con el dedo al resto de presentes en la asamblea—. Tenemos mobiliario estudiantil que necesita reparaciones. Algunos alumnos tienen que compartir mesa por la falta de recursos. La pintura tanto de la fachada como del interior de algunas aulas se está viniendo abajo. Llevamos dos años con lo mismo. ¿Realmente no hay fondos para hacer esto que es tan básico?

—¿No se supone que eso lo ibas a conseguir gratis, querida? —Alan se adelantó—. A ti no tengo qué darte ninguna explicación. Pero te invito a que traigas a ese súper equipo que te va a apoyar.

Lynette se giró hacia él. Lo tenía tan cerca. Estaba a punto de darle tal bofetada que de la onda expansiva despertaría de la tontería a los demás.

—¿Tu eres gilipollas o qué? —preguntó lo suficientemente bajo para que solo él pudiese escucharlo—. No te reconozco. —Negó frustrada y esta vez se dirigió al resto de profesores—. Yo solo os invito a que hagáis un examen de conciencia. Ser profesor no solamente es pasar conocimiento, es ser tutor y guía.

Somos como los segundos padres. Cada niño que es puesto a nuestro cargo merece una educación justa, una que se les prepare para el futuro que no está siendo fácil en el actual mundo que dejamos. Los padres de cada pequeño confían en que nosotros sabemos lo que hacemos.

—El ideal del maestro. —Alan aplaudió tres veces—. Eres una magnífica oradora, querida. Pero deja que los que sabemos cómo llevar la administración arreglemos las cosas. Tú haz lo que sabes hacer: cuidar niños.

Diciendo eso se dirigió a la puerta de la sala y se la abrió invitándole a salir.

Con toda la dignidad que pudo reunir, se giró sobre sus talones y salió de la sala de juntas con la cabeza alta. Las lágrimas pugnaban por salir, pero no le daría ese gusto. Ya el tiempo pondría a Alan, ese hijo de la gran pu... No, su madre no tenía la culpa. El tiempo se encargaría de poner cada cosa en su lugar.

—¿Qué ha pasado? —Myrna la esperaba afuera a pocos metros de la sala de juntas—. ¿Conseguimos algo?

—Una migraña—resopló enfadada y frustrada—. Pero no nos va a ganar ese imbécil, lo vamos a lograr. Está por terminar el recreo, vamos a dar las clase y después hablamos.

—Te has olvidado de que Leo te está esperando, ¿verdad?

—Mierda, pues te veré esta la tarde y hablamos.

Se despidió de su amiga justo cuando el timbre anunciaba que el tiempo de juegos había terminado. Lynette inspiró profundamente e intentó relajarse. Sus niños lo eran todo y merecían lo mejor. Incluso su mejor sonrisa.

—Lo siento, pequeña. —Leo le dio dos palmaditas en la mano antes de volver a tomar la palanca de cambio y meter otra marcha.

—Ya lo esperaba, aunque no reconozco a ese hombre, lo digo en serio. ¿Estuve tan cegada viviendo en un mundo aparte?

—A veces, somos muy ciegos con los nuestros —aclaró el notario girando en una avenida—. Pero has despertado y ahora puedes hacer algo.

—Cómo no sea entrar a escondidas a su oficina.

—Toda una espía, ¿eh?

—¡Qué bien me conoces! —Lynette por primera vez en el día se sintió un poco mejor.

—Eh, ahí está una sonrisa, vamos mejorando —dijo Leo mientras detenía el coche—. Hemos llegado.

La joven salió del automóvil en cuanto aparcaron y estudió el edificio al que habían llegado. Una oficina inmobiliaria. Leo la alcanzó rápidamente y juntos entraron. Pronto fueron atendidos por la recepcionista que les hizo esperar en un despacho. La espera no fue larga.

—Disculpen la demora, estaba... ¿Lynette Carlo? —Una mujer bajita miraba con asombro y un brillo en los ojos a la maestra—. ¡No me lo puedo creer! —La muchacha avanzó con una sonrisa sincera en su rostro—. Soy Miriam, Miriam Buñuel. Mmhh... Seguro que no te acuerdas de mí.

—¿Miriam? —Lynette se levantó y la abrazó con cariño, aunque le sacaba varios palmos—. ¡No me lo puedo creer! Te creía viajando y conociendo mundo.

—¿Yo? ¿Qué dices? —Negó divertida—. Bueno, mundo he conocido, pero el momento de echar raíces me trajo de vuelta a casa y... —Mostró su mano derecha portando en su dedo un delicado anillo de diamante.

—¿Estás comprometida? —Lyn comenzó a reír a carcajadas—. Madre mía, estas...

—Más guapa, lo sé. —Robó la palabra antes de que juntas, estallaran en risas abrazándose de nuevo con verdadero cariño.

—Leo, seguro que la recuerdas. Estábamos juntas en la escuela.

El letrado sonreía y asentía divertido al ver a ambas jóvenes reencontrarse.

—Sí, no la reconocía por lo guapa que se ha puesto, pero esa risa es inolvidable.

—¡Leo! —Miriam reconoció al hombre, le dio un fuerte abrazo y dos sonoros besos

—Cuidado, señorita. Que aún estos huesos pueden destrozar corazones, a ver si no te robo el tuyo.

—Contigo al fin del mundo, cariño. —Miriam le dio un ligero piquito y por fin se sentó detrás de su escritorio—. ¡Qué emoción, madre mía!

La muchacha veía a sus clientes con ilusión y añoranza de viejos tiempos.

—Bueno, sentaos y decidme en qué os puedo ayudar.

Leo tomó la palabra entregándole un sobre.

—Lynette acaba de recibir una propiedad en herencia de su tía Ana.

—Lo siento mucho, Lyn. —Miriam le apretó una mano—. Recuerdo lo unidas

que estabais.

—Gracias, corazón.

Sintió aquellas palabras sinceras y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. De seguir así terminaría en drama aquella visita y no lo quería. Así que, tomó aire y se centró en lo importante.

—Bueno —continuó Lynette mientras se removió en el asiento observando a la joven ojear los documentos—, la cuestión es que no estoy interesada en tener dos casas. No me puedo costear en estos momentos los impuestos que eso supone.

—Puedes ponerla en alquiler con opción a compra. —La ejecutiva ya en ese momento estaba metida en su papel—. Esta casa está muy bien situada: En la entrada del pueblo y cerca de la estación de tren. ¿Por qué no te mudas?

—¡No! Adoré a Ana y su casa es preciosa, pero la casa de mis padres siempre será mi casa y no quiero ninguna otra —enfaticó la respuesta la joven.

—Bueno, en ese caso, por lo que veo va a necesitar una buena reforma. —Miriam se giró sorprendida al leer un documento. Esta vez se dirigió al notario—. ¿Esta es la tasación real?

El letrado asintió con una sonrisa.

—Se mandó preparar todo esto hace algunos meses.

Miriam se levantó y se dirigió a una de sus estanterías, tomando una pequeña agenda.

—Creo que hay posibilidades para encontrar un buen cliente y puedo buscaros a los indicados para las reparaciones. —La muchacha se pasó un dedo por el mentón mientras su mente no paraba de trabajar.

—¡Genial! Cuanto más rápido lo hagamos, antes respiro. —Lynette se puso de pie.

—Espera, bruja. —La muchacha hizo sentar a su amiga—. Antes de irte, vamos a quedar para tomar un café, ¿no? ¿O que esperabas? Tenemos que ponernos al día, me muero por saber que ha sido de ti.

—Vosotras dos no tenéis remedio, ¿lo sabíais? —Leo negaba con la cabeza imitando aquel tono duro como el que usaba cuando eran niñas.

—Y tu vienes con nosotras, nada de escaquearse —advirtió la ejecutiva.

Los tres comenzaron a reír. Muy a pesar de las jóvenes, Miriam tenía que continuar con aquella jornada laboral.

Lynette avanzaba por la calle dejando que el frío de la noche le acariciara el rostro. Demasiadas cosas pasaban a su alrededor y aún le quemaba el corazón por lo de Alan.

¿Existiría en algún lugar un tipo decente para ella? Realmente podría rehacer su vida en algún momento. No quería ni pensarlo, tenía pánico a hacerlo, pero lo cierto es que tampoco le hacía especial ilusión quedarse sola. Anhelaba un amor fuerte, uno que trascendiera. Deseaba tener a su lado a un hombre lo suficientemente valiente como para luchar por ella. No quería un caballero de brillante armadura, quería algo real que le hiciera palpar el corazón y ciertamente su pecho empezó a palparle con ímpetu y fuerza. La farola de su casa estaba iluminaba y le pareció ver bajo aquella tenue luz la silueta del tipo que ocupaba su mente últimamente. Aceleró el paso. Quería más besos. ¡Por todos los demonios, le urgía meterlo en su cama, aunque fuese el peor error de su vida!

Cuando llegó al punto justo donde dos noches atrás él se encontraba, sintió desilusión. Por supuesto, no estaba. Su imaginación la había engañado. Sabía que lo de ellos no era amor, sino atracción, una que ambos habían aceptado tener. Sin embargo, le dolía. No sabía por qué. Pero él había sido categórico: No se volverían a ver.

—Ni hablar, te juro que no volverás a ocupar mis pensamientos. Idiota.  
—Negó fuertemente con la cabeza hasta casi marearse.

Se metió en su casa con decisión. Después de todo, ella era dueña de sus pensamientos y ningún estúpido tenía derecho a ocuparlos. Por lo menos eso era lo que se decía, porque no pudo evitar levantarse al día siguiente de su cama y abrir su cortina esperando ver al hombre del que aún ahora guardaba su sabor varonil.

## Capítulo 10

Joe estaba terminando de vestirse para salir. Se encontraba inquieto, aún no sabía por qué, pero algo le decía que su suerte estaba a punto cambiar y eso no le gustaba nada. ¿Sería que estaba perdiendo la batalla contra su fuerza de voluntad? Últimamente sus pensamientos se dirigían una y otra vez a Lynette y eso era un problema. Se suponía que no tendría distracciones pues Sandra era su prioridad y las otras mujeres no estaban dentro de la ecuación. Además, Lynette era el epítome de todo lo que de una mujer no le gustaba: Era rellenita, nada que ver con aquellos cuerpos delgados y flexibles; sin olvidar esas bragas de abuela que usaba y que, en teoría, no exaltaba en nada su sensualidad.

—El celibato me está afectando. No puede ser que me ponga cachondo cada vez que la veo. —Negó molesto—. Debo estar bastante caliente si estoy pensando en serio en ese bizcocho de vainilla.

Salió de su habitación y se detuvo en el descansillo antes de bajar las escaleras. Inspiró profundamente, debía alejar todos aquellos pensamientos y centrarse en sus nuevas labores en aquella escuela a la que se había ofrecido como «voluntario» el día anterior.

De pronto, lo escuchó: un peculiar rugido se escuchó en la calle. Sonrió complacido, aquel fuerte ronroneo lo reconocería en cualquier parte de este planeta. Bajó las escaleras dirigiéndose con paso ágil hasta la puerta de entrada. Salió de la casa y la vio aparecer: Una Ducatti Diavel negra, de suaves curvas policromadas y hecha a medida para el imbécil que la montaba.

Su gran amigo Dalton enviaba un claro mensaje a cualquiera que pasase a su lado: mírame y te rompo la nariz. Aceleró a propósito, haciendo que el ronroneo se hiciera potente y molesto para los transeúntes. Sin embargo, para Joe era lo mejor que le podía pasar esa mañana. Con su amigo allí seguramente se podría olvidar de la belleza de curvas peligrosas.

La moto se detuvo exactamente frente a él y el conductor bajó de ella. Dalton Bolton era un tipo realmente alto, medía dos metros justos; llevaba el cabello castaño oscuro cortado a lo militar; vestía con una chaqueta de cuero negra, jeans desteñidos y botas de motero; sus gafas negras que cubrían la mitad

de su rostro le conferían un aire amenazante. Exudaba peligro por donde se le observase.

—¿Te piensas quedar ahí admirándome como un idiota? —La ronca voz de Dalton llegó como siempre, con un gruñido.

—¡Hombre! ¡Tú de malas!

—Mira, no es un buen momento. Necesito una ducha caliente y una cama confortable.

—¿Y si lo pidieras por favor? —Joe se cruzó de brazos divertido.

—¿Y si te rompiera la nariz? —replicó Dalton irascible.

La conversación fue interrumpida por un sonido que venía del otro lado de la calle y que llamó la atención de ambos. Cada vez se hacía más intenso hasta que lo pudieron reconocer como música; alguna canción de Stratovarius. Cuando era casi ensordecedora apareció un todoterreno negro tuneado con dibujos de llamas en el capó y en los laterales. Joe y Dalton lo reconocieron enseguida.

—Ese gilipollas va a despertar a todo vecindario. —Intentó quejarse Dalton desatando los bártulos de su moto.

—De eso ya te encargaste tú. —Le recordó Joe metiendo los pulgares en los bolsillos traseros de su pantalón.

Tanto el coche como la música se detuvieron al llegar a pocos metros de ellos y de él vieron cómo bajaba Bryston Hayes conocido en el mundillo como «El Duque».

La sonrisa de ambos murió y fue sustituida por un gesto de incredulidad que luego dio paso al de asombro cuando el recién llegado se quitó la gorra mostrando una cabeza totalmente afeitada y un rostro cubierto a la mitad por un intrincado tatuaje que distorsionaba sus facciones angulosas y perfectas.

—¿Qué demonios? —Dalton no pudo contenerse.

Joe se había quedado sin palabras tratando de digerir la nueva apariencia de su amigo.

—¡Ey, gilipollas! Parece que habéis visto a un muerto. —Bryston saludó a los otros dos.

—¿Qué cojones te has hecho, capullo? —Esta vez fue Joe el que expresó en voz alta la sorpresa que sentía.

—Te has destrozado la cara, imbécil. —Dalton se pasó las manos por el

cabello—. ¿De repente has comenzado a meterte mierda en el cuerpo?

—Yo también os he extrañado. —La ironía teñía el tono del recién llegado—. Seis meses sin vernos y ¿este es el emocionante recibimiento que me dais? Estoy a punto de las lágrimas.

—Joder, sigues siendo igual de sensible.

No era momento para hacer preguntas, ya habría tiempo para ello. Joe se acercó y le dio un fuerte abrazo de bienvenida. Dalton se les unió abrazando a ambos con fuerza. El anfitrión se separó un poco y miró a sus amigos con orgullo. Sus pensamientos volaron al pasado, cuando todavía eran compañeros de trabajo. Los tres habían comenzado juntos en la profesión, de hecho, se habían conocido en el casting cuando eran hombres jóvenes con ganas de marcha. La juventud, la lujuria y el buen físico les hizo ganar cierta fama y prestigio en un nuevo cine para adultos dirigido a mujeres. Con el tiempo la amistad de los tres jóvenes se fortaleció haciéndolos casi inseparables. Trabajaban juntos, comían juntos, salían de juerga juntos y hasta dormían juntos; «pero sin mariconadas». Como decía Dalton. Todo cambió hace aproximadamente seis meses, cuando los tres decidieron dejar la carrera de actor porno, cada uno con sus motivos y razones. Habían decidido tomar su propio camino, eso sí, sin perder el contacto.

—¿Estas escuchando? —Bryston lo miraba con sus penetrantes ojos grises.

—Nop —contestó Joe directo.

—Te lo dije, al parecer se está volviendo imbécil —añadió Dalton.

—Pfff y yo que pensaba que no se podía más. —El tatuado se mostraba divertido—. O eso o ha quedado visiblemente afectado por el honor que le hemos hecho al venir a su casa sin avisar.

—Seguro que le ha gustado la sorpresa. —Guiñó un ojo a Bryston antes de volver a dirigirse a Joe—. ¿Y bien? ¿Nos vas a dejar entrar o planeas que acampemos aquí fuera?

—Está bien, podéis pasar —contestó Joe—, pero hay una regla muy sencilla a cumplir: Las mujeres de esta casa son intocables, ¿queda claro?

—Eso quiere decir que todas las demás en el pueblo son tocables —ironizó Bryston—. Que considerado por tu parte.

—Eso suponiendo que en este pueblo haya mujeres —fingió susurrar Dalton justo en el momento en que vio a Joe girarse y avanzar hacia la puerta.

—¿Venís o qué? —Se escuchó la voz amortiguada del rubio desde dentro la casa.

Los otros dos sonrieron casi al mismo tiempo y siguieron a su amigo. Más tarde arreglarían cuentas.

Cuando la calle se quedó vacía, poco a poco empezaron a salir de sus casas varias mujeres abanicándose, mirando con anhelo y deseo aquella puerta recién cerrada tras la cual estaban los hombres más deseables y calientes que Buena Esperanza había tenido la dicha de cobijar.

—¿Desde cuándo eres una hermanita de la caridad? —preguntó divertido Dalton estirando las fuertes piernas buscando una posición más cómoda en el sofá.

—Espera... esto no suena tan mal como aparenta —observó Bryston después de escuchar a Joe—. ¿Hay alguna dama en apuros?

—Vosotros, gilipollas, deberíais saber que hay ocasiones en que una buena obra se puede hacer sin necesidad de que exista algo que sacar a nuestro favor —sentenció Joe molesto por las burlas.

—Uhhhh, has usado un «nosotros», y en esto hermano estás solito. —El moreno se terminó de repantigar en el sofá—. Yo no pienso participar en esa cosa. De hecho, ¿qué cojones haces tú en eso? ¿Sabes en el pueblo que eres un actor de películas porno?

—¿De esas donde las pollas chorrean de lujuria y las mujeres son la fantasía de adolescentes y no tan adolescentes? —completó Bryston divertido.

—Nadie en este pueblo sabe quién soy ni a qué me dedicaba —aclaró Joe algo inquieto—. Además, no creo que mi currículum sea necesario para pintar paredes en una escuela o darles mantenimiento a las sillas de los chiquillos.

—Tú mismo, pero no me pidas que sea parte de tu plan de subir escaleras al cielo. —Dalton miró a sus amigos—. Os lo vuelvo a repetir, ser buena persona es sinónimo de ser imbécil y yo paso de esas mierdas. Bryston y yo estamos aquí para montar contigo un negocio de reparaciones y mantenimiento de viviendas, ¿lo olvidas?, y para que salga adelante debe de ser rentable. Así que, por mi parte nada de caridad. No me pidáis que sea un buen samaritano, eso no va con un buen follador —sentenció—. Yo me centraré en encontrar una casa necesitada de

reparaciones y así empezar con buen pie nuestro nuevo negocio.

—¿Y tú? —Joe miró a Bryston—. ¿Piensas igual?

El aludido se puso de pie, se estiró y se encogió de hombros.

—Yo no tengo ningún problema en ayudarte, siempre y cuando mantengas a los mocosos lejos de mí, me dan alergia.

—Lo sé...

—Bueno, aclarado eso, ¿cuándo empezamos?

Joe miró el reloj y maldijo, ya llegaban bastante tarde. La cita con la profesora Carlo, había pasado hacía una hora. Pensándolo bien, poco importaba la puntualidad, después de todo esperaban que trabajaran gratis.

¿En qué estaba pensando en el momento en que se le ocurrió aquello? Negó dos veces y miró a su amigo. Lo que le empezó a preocupar era encontrarse con cierta mujer de curvas llenas. Joe no quería que sus compañeros se dieran cuenta de lo que aquella delicia le provocaba.

«Un polvo es lo que necesito» —aseguró para sí.

Pensó en darse una escapada con alguna chica en un bar muy, muy lejos de Buena Esperanza. Sexo ocasional que le hiciera olvidar y relajarse.

—Vámonos de una vez, hace un rato que nos esperan —soltó sin más.

—Suerte. —Dalton se quitó la camisa—. Ducha caliente y una buena siesta para recuperar fuerza, es lo que pienso hacer en cuanto vosotros dos os larguéis.

—Gilipollas —contestaron ambos antes de salir.

Joe conducía el todoterreno de Bryston, más pendiente de fingir que no se daba cuenta de la mirada que le echaba su compañero que de la carretera, hasta que, en un paso de peatones, dio un fuerte frenazo cuando cruzaba una joven pelirroja.

—¡Gilipollas! —gritó sin inmutarse cuando el coche frenó a pocos centímetros de ella—. ¿Os creéis que por tener coches así sois los dueños de la carretera? ¡Imbécil!

La pequeña mujer le dio un golpe en el capó mientras se ajustaba las gafas, después siguió su camino maldiciendo.

Bryston ignoró lo sucedido sin apartar los ojos de su amigo.

—¿Se puede saber que cojones te pasa? —ladró Joe exasperado.

—Estoy intentando discernir si lo idiota se te ve en el rostro, pero no —dedujo Bryston.

—Déjate de tonterías. ¿Lo vas a soltar o no? —preguntó reanudando la marcha ya un poco más calmado ante la respuesta de su compañero.

—¿Notaste que Dalton está intranquilo?

—Normal, una ligera pista de dónde puede encontrarse la persona que le destruyó la vida, haría ponerse a cualquiera como loco. —El rubio giró en una esquina, mucho más relajado.

—Eso es a lo que me refiero. Encontrarla ha sido su obsesión, pero, y una vez que la encuentre, ¿qué piensa hacer? —reflexionó—. No sé, creo que ha pasado demasiado tiempo.

—Solo él puede decidir qué le afecta y qué no. Si quiere terminar con eso para estar en paz, genial, pero sospecho que hay mucho más de lo que a nosotros nos ha contado.

—Ese es el problema —Bryston miraba al frente—. ¿Qué te ha contado? Dalton es tan ambiguo como...

—Tú y yo no somos quien para preguntar lo que él no quiere que se sepa. —Joe cortó en seco.

Justo en ese momento apareció a pocos metros la fachada de la escuela a la que se dirigían: Escuela de Enseñanza Primaria y Secundaria Santa Úrsula.

El silbido de su amigo le dejó claro lo que se temía. Tenían mucho trabajo por hacer, demasiado.

—Ni una palabra —advirtió el rubio.

Ambos bajaron del automóvil y avanzaron con paso seguro hacia la puerta de entrada. Joe tocó el timbre y esperaron. Después de unos segundos de espera volvió a pulsar el timbre esta vez con más energía y prolongación. Nada.

—Bueno, otra cosa más para la lista de arreglos —concluyó Bryston mientras llamaba a la puerta con los nudillos.

Enseguida una pequeña mujer con gafas apareció tras la puerta. Los dos hombres se presentaron. Los miró extrañada y un poco temerosa, sobre todo del hombre del rostro tatuado.

—¿Sois los nuevos voluntarios? —preguntó.

—A vuestro servicio, madame. —Se adelantó Bryston a contestar mirando burlón a su amigo.

La aludida asintió y aunque desconfiada abrió la puerta lo suficiente para que pudieran pasar, cerrándola rápidamente tras ellos, como si con eso pudiera evitar que escapasen aquellas almas samaritanas.

—Un momento, voy a avisar.

Se empezó a alejar, pero se detuvo de pronto girando sobre sus talones y advirtiéndoles con su huesudo dedo.

—No os mováis de aquí. —Una vez hecha la advertencia retomó su camino.

—Com-por-ta-te —Joe habló entre dientes intentando aparentar una tranquilidad que por supuesto no sentía.

—Yo solo hago méritos con las damas que buenamente nos has dicho que podemos conquistar. Aún seguimos teniendo derecho a las que restaban en el pueblo, ¿no? —Bryston lo observaba con cara inocente, como si no supiera que lo incordiaba.

—Gilipollas.

Joe lanzó una mirada de advertencia a su amigo y prefirió evitar ignorar el beso que el otro le lanzó a modo de provocación.

Solo pudo echar una ojeada rápida a la escuela. La entrada era un amplio pasillo adornado por dos grandes murales, dando acceso a un patio central. Al costado izquierdo de dicho patio se encontraban las aulas de los alumnos, un edificio de dos plantas, al fondo un gran muro que custodiaba un bonito jardín y a la derecha una estructura pequeña que supuso sería la biblioteca.

Volvió su vista distraídamente a uno de los murales de la entrada cuando de pronto lo reconoció; le bastó solo inhalar por un segundo y ese suave y dulce aroma a vainilla llegó a sus fosas nasales haciendo su boca agua. Volvió de nuevo la vista al patio y la vio. Lynette salía de una de las aulas hablando con la mujer que les había recibido. Esta vez vestía una blusa negra y unos jeans que no deberían resaltar esas curvas. Nuevamente, esa ropa que aburriría a cualquier hombre menos a él, lo excitaba. Negó rotundo, todo eso era un error, él no debía estar ahí, pero lo remediaría en ese momento, se inventaría cualquier excusa. Mejor donaría el dinero antes de estar allí ante esa succulenta hembra. Así habría salido todo, de verdad que se habría largado de no ser porque vio cómo su ex novio, aquel de la pastelería, se acercaba burlón a su pesadilla personal.

—Quédate aquí —ordenó Joe antes de avanzar resuelto a no permitir que la intimidaran de nuevo.

No fue consciente ni por un segundo de la mirada divertida de su amigo cuando se olvidó del sitio en que estaban. Solamente un instinto le guiaba hipnotizado a la mujer que había jurado no volver a ver ni en pintura.

# Capítulo 11

Lynette presentía que ese día no iba a ser bueno desde que salió de la cama. En cuanto se miró en el espejo, lo encontró. El rastro indeleble que le decía que los años estaban pasando y la lozana juventud estaba comenzando a hacer las maletas: ¡Una maldita y puñetera cana en medio de sus mechones castaños! Lo peor era que no se podía ocultar. La muy mal nacida parecía un alambre que se burlaba de ella en el espejo. Por supuesto, no había perdido el tiempo ni lo había gastado en remordimientos al arrancarla con toda la rabia que sus años le ofrecían.

—¿Canas a mí? ¡Y una mierda! —Se había rebelado contra el espejo y la madre naturaleza.

Pero ese había sido solo el comienzo de lo que se avecinaba. Había llegado a la escuela y cuando los pequeños fueron a saludar a Murray, la mascota de la clase, comenzaron los chillidos, llantos y mocos desesperados. El bicho había estirado la pata literalmente. Lynette intentó por todos los medios relajarlos, lo cual fue una tarea titánica. Para colmo de males, Alan, seguido de su séquito, hizo una entrada de lo más inoportuna para hacer una revisión a su aula. Sabía que aquello era una encerrona. De ser otro día su clase hubiera sido ejemplar, pero en ese momento los infantes no estaban cooperando.

El recreo, su único momento libre de la mañana, no fue la bocanada de aire que esperaba. Myrna sorprendentemente, se encontraba de baja, así que no tenía con quien desahogar aquellas calamidades. El poco optimismo que le quedaba era saber que Carmen había encontrado a un ángel caritativo dispuesto a brindar su ayuda por la escuela. Al menos algo bueno tenía que salir de aquel día tan espantoso. La cita había sido concertada a la hora del recreo, pero este terminó y el puñetero ángel nunca apareció. Por primera vez se sentía realmente enojada con el karma y con todo lo que tuviera que ver con él.

Tina, la maestra interina, que esa mañana había llegado más que tarde, estaba a su lado en clase en el justo momento en que la conserje Gracia entró como un vendaval. Le explicó que habían llegado unos hombres que decían ser

voluntarios.

«¡Aleluya!» exclamó en su interior.

Dejo unas rápidas indicaciones a Tina y salió al patio acompañada de Gracia en dirección a la entrada. Su estómago vacío rugía provocándole mal genio.

—Precisamente iba a buscarte. —Alan la alcanzó con una carpeta en la mano y la mirada cargada de veneno—. Tengo aquí algunas observaciones de la visita que te hicimos esta mañana y no nos ha gustado lo que vimos.

—Yo mejor me voy a revisar los aseos de los niños —dijo Gracia alejándose de ellos, sabiendo la que se avecinaba.

—No tengo tiempo, Alan —Lyn locortó de tajo y avanzó con paso firme dispuesta a dejarlo plantado.

Sin embargo, su ex no tenía pensado dejarla ir así como así. Aprovechando que la conserje ya se había adelantado, la sujetó del brazo y tiró hacia él para que solo ella pudiera oír lo que le pensaba decir.

Sí la asquerosa gorda aún le debía la humillación que le había hecho pasar al dejarlo. ¡Se había atrevido a dejarlo la insignificante zorra! Aún tenían cuentas pendientes y la haría pagar en su momento cada año que la tuvo que soportar para tener un buen puesto en el consejo estudiantil. Después de todo no había resultado ser tan inútil tomando en cuenta que la buena reputación de la familia Carlo le había reportado muchas ventajas en su trabajo.

—Espero que a partir de hoy te comportes como se espera de ti. —La miró como si ella hubiera cometido un pecado—. No me gustó nada que me atacaras ayer en el consejo.

—¿Ataque? ¿En serio? Me parece que quien intentó ridiculizar a alguien fuiste tú a mi sacando cosas personales. —Los ojos de Lynette estaban cargados de furia—. No entiendo qué cojones te ha pasado ¿Crees que no te he superado? ¿Crees que sufro por ti? Lo único que quería en esa reunión era obtener los fondos para comenzar las mejoras.

—Pusiste en tela de juicio mi palabra y eso es jugar con fuego. ¿Lo entiendes? —amenazó entre dientes.

—¿Tu eres gilipollas o te haces el listo?

—Sin insultar, Lynette. Si realmente fueras una dama...

—Si fuera una dama —cortó—, entonces te daría la bofetada que estás pidiendo a gritos. Pero soy una profesora y no voy a hacer un escándalo. Ahora,

si me permites, me están esperando.

—¿Quién? —preguntó divertido—. Lynette... Lynette... —El tono burlón y condescendiente era más que una ofensa, recordándole lo poco que valía a los ojos de su exnovio.

—Suel-ta-me.

La joven, llegados a ese punto había perdido la paciencia. No tenía tiempo y no quería montar una escena, pero no estaba dispuesta a que la volviese a menospreciar.

Alan la soltó, aunque su mirada seguía siendo envenenada.

—Eh, preciosa.

Una voz los interrumpió y una mano se posó descarada en el trasero de la joven que giró la cabeza sorprendida. La mirada lobuna de Joe la recorrió entera.

—Lamento la demora —continuó mientras dirigía una mirada desafiante a Alan—. Mmh... ¿Va todo bien por aquí?

La profesora se quedó helada y sorprendida por encontrarse a la única persona que jamás pensó ver en su trabajo. Su mano seguía ahí, sobando su culo mientras una sonrisa arrogante afloraba en el hombre que la mantenía pegada a él, haciendo que sus piernas se le derritieran y casi se olvidase del lugar en el que se encontraban.

—Señorita Lynette para ti —consiguió decir intentando dejar claras las distancias, más para ella que para él—. Y sí, todo va muy bien por aquí.

—Preciosa señorita Lynette —corrigió Joe mirándola de nuevo—. Lamento de verdad el retraso. En fin, si quieres podemos empezar a hablar para lo que he venido.

—Esto es una escuela seria, profesora Carlo —intervino Alan— y esperamos que el personal docente sepa comportarse. Sabe que no se admiten las visitas personales en horario de clase.

—No es una visita personal —contestó Joe—. He venido por el asunto de las reparaciones y el mantenimiento.

—Así que tú eres el voluntario, ¿eh? —El tono era burlón lo mismo que la mirada del hombre que tenía enfrente—. Clásico de ti, Lynette, un mamarracho es lo que podías conseguir. —Alan disfrutó de ese momento de humillación como ningún otro.

Joe elevó una ceja ante el insulto y trató de contenerse apretando los puños

hasta que los nudillos se le pusieron blancos. No era ni el lugar ni el momento.

—Me temo que tengo una mala noticia para ti —continuó Alan dirigiéndose al hombre—. Aquí no pagamos la mano de obra, así que...

Cogió a Joe por el codo para intentar llevarlo por el mismo camino que había venido, pero no consiguió moverlo ni un milímetro.

—En realidad, —Joe tomó la palabra soltándose del agarre con suma facilidad—, no solo voy a aportar la mano de obra a una causa que vale la pena como lo es la educación, sino que yo mismo voy a encargarme de la compra de los materiales que sean necesarios.

Sintió la mirada de su femenina pesadilla y continuó sin volverse.

—Y me parece muy bien que aclares este punto tan importante, pero no es necesario ofender a mi chica con ninguna de tus insinuaciones. —Esta vez fue él quien le cogió por el codo a Alan con un sutil pero rápido movimiento—. Si he aceptado a hacer esto, —Pausó unos segundos mientras desplazaba sin ninguna dificultad el cuerpo de Alan alejándolo de Lynette—, es porque así puedo asegurarme que ningún idiota se le acerque. Ya ves, soy un hombre posesivo.

La risa nerviosa del exnovio no se dejó esperar, miró de arriba abajo a Lynette y negó divertido.

—No te preocupes, eso es lo único que ni aquí ni en ningún sitio va a suceder, ¿verdad, Lynette? —Alan aguantó una mueca de dolor a causa del agarre de su codo.

La joven sintió en lo más hondo aquella humillación fría y sin respeto del hombre con quien una vez compartió una vida. Esta vez no pudo evitar mirar con todo su odio a su ex pareja, incrédula por lo que acababa de decir. Apretó los puños y sonrió como si aquello tuviera verdadera gracia. Se acercó lo suficiente para que pudiese oír claramente lo que le iba a decir.

—Vete a la mierda, Alan.

No paró de sonreír incluso cuando el nudo de la garganta apenas le permitía tragar la vergüenza que en ese momento sentía.

Dio dos pasos hacia atrás y miró a Joe que ya había soltado a Alan y se había girado hacia ella. Daba igual que fuese su Batman personal aquel que la desquiciaba. En realidad, poco le importaba que le robara el aliento, después digeriría eso. Lo importante era que aún existían las buenas personas.

Después de almorzar un buen filete al vino tinto acompañado de té frío y zamparse un flan napolitano como postre, Lynette por fin se sintió con fuerza suficiente para salir de casa y continuar con ese día que parecía a ser eterno.

Al menos había sobrevivido a aquella mañana, cuando todo parecía que no podía ir a peor, Alan la abordó. Por suerte o por desgracia, Joe apareció de la nada detrás de ella «salvándola» a su manera de aquel enfrentamiento con su ex. Después de aquello tuvo que pasar más tiempo con él enseñándole la escuela e intentando hablar —Evitando los pensamientos pecaminosos— sobre las reformas que debían realizar.

—¿Cómo demonios se le ocurrió ofrecerse como alma caritativa? —preguntó al cielo intentando obtener una respuesta—. Se trata de una escuela, si al final todas las madres van a terminar en la clase de: «Como no babear admirando a un macho viril» y ¡hay que ver qué macho!

Iba hablando en alto, quejándose de todo lo que le venía encima con ese hombre. Dobló en la esquina donde se divisaba la inmobiliaria y suspiró aliviada.

«Ni un solo pensamiento más para ese... ese idiota» —decidió en ese instante.

—Eso, nada de pensar en tíos buenos sin camisa pintando la fachada de la escuela, no señor —dijo en voz alta mientras avanzaba por la calle—. Tampoco perderé el tiempo en imaginarlo sudoroso mientras lija la madera de alguna silla. Mi mente se concentrará en una clase sana, con pequeñas almas inocentes. Y mis hormonas no van a suspirar por un macho alfa en potencia.

—Si encuentras la manera de mantener tus hormonas estables, sería un placer que me digas el secreto. Lo digo, para ponerlo yo en práctica y no imaginarme cómo un alumno atontado que necesita clases particulares contigo como mi maestra calentorra.

Ahí, detrás de ella, estaba de nuevo aquella voz que hacía que el corazón le latiera a mil por hora, los calores la atacaran y el sueño se le espantara.

Lynette tragó aire intentado darse valor para girar el rostro y enfrentarse a lo que esperaba que fuera una mera ilusión para una pobre mujer con pensamientos indecentes. Sin embargo, tuvo que maldecir su boca en el justo momento en el que comprobó que realmente él estaba allí; arrogante, peligroso y exudando virilidad a manos llenas. Con esa sonrisa y esa mirada que avisaba de la llegada de una tormenta lujuriosa si no salía de su campo de visión.

—¡Tú!

Joe chasqueó la lengua y se encogió de hombros. Dio los pasos pertinentes para llegar a ella, tomó su rostro y la besó de tal manera que la desarmó entera.

—Yo —susurró entre sus labios.

No pudo decir nada más porque a lo lejos escuchó el grito de Miriam llamándola por su nombre.

—Te puedo asegurar algo, Lynette. Si yo fuera un caballero te dejaría ir sin más. —Tiró de su brazo ocultándola entre un portón y su cuerpo, colocando ambas manos apoyadas en la pared a ambos lados de su rostro, dejándole claro que estaba atrapada—. ...pero no lo soy. —Procedió a demostrarlo.

Por supuesto que Lynette le iba a dar dos bofetadas, pero después de que terminara ese endemoniado y alucinante beso.

—Mala cosa, que tenga tu sabor tan presente —susurró Joe a su oído—. Eres demasiada tentación, Lynette. Y no me puedo dar ese lujo.

—Vamos a aclarar una cosa, muchachote.

Lynette intentó empujarlo buscando un poco de espacio que él no dominara con su presencia y que no la pusiera más cachonda de lo que ya comenzaba a estar. Aunque moverlo resultó imposible. Así que lo pellizco en el pecho.

—Aquí, eres tú el único que va besuqueando y abordando —continuó con voz temblorosa—. Y ya que estamos. ¡Te prohíbo que vuelvas a besarme o tocarme o hablarme o...!

Silenciada de nuevo por esa maldita boca que la devoraba sin piedad ni contención. Esta vez intentó morderlo antes de sucumbir, pero o no lo hizo con rotundidad o dejó clara una invitación para algo más. Joe la tenía apresada entre sus fuertes brazos con una mano precisamente en su trasero. No le permitió una retirada y, ¡qué carajo!, tampoco es que ella la quisiera. Ya tendría tiempo de mandarlo a tomar viento fresco después. Pero antes muerta que dejarle ganar terreno. Ni hablar, si él devoraba, ella también. ¡Como que se llamaba Lynette Carlo!

—Creo que tenemos que cambiar la táctica —soltó Joe un gruñido, separándose de ella y dejándola ir.

Con toda la dignidad y la poca fuerza que sus piernas le permitieron se alejó escopetada a la oficina de su amiga sin mirar atrás. Mejor no pensar en lo que su mente le quería sugerir para cambiar de táctica: un juego en horizontal a ser

posible en una cama grande.

¿Qué demonios le estaba pasando? No tenía respuesta ninguna en aquel momento, pero la trataría de encontrar. Porque de algo estaba segura, cada vez que ese hombre estaba cerca, sus neuronas eran absorbidas por sus hormonas y siempre se quedaba con ganas de más.

Lynette había pasado al aseo para refrescarse el rostro y tratar de recomponerse de lo que momentos antes había ocurrido allí en la calle. Tardó varios minutos y cuando estuvo lista, se dirigió a la pequeña sala de juntas donde Miriam la esperaba con el hombre interesado en trabajar en la reconstrucción de la casa de Ana. Cuando entró, el corazón se le detuvo.

—Oh no, ni hablar. —Negó dejándose caer en la primera silla a su alcance.

—Pequeña Lynette, esto comienza a ser divertido —dijo el hombre que momentos antes había estado devorándola.

—¿Os conocéis? —Miriam miró confusa a su amiga y luego pasó la mirada a un sonriente, pecaminoso y arrogante Joe que la estudiaba divertido.

«Mierda... Mierda... Mierda...».

Los golpes y los chillidos dentro del Smart azul cielo, llamaban la atención de los viandantes que se acercaban al vehículo al cruzar por la calle. La figura escondía su rostro tras una gorra y unas gafas oscuras unisex. Toda su ropa disimulaba las formas, pero no podía ocultar la furia que tenía al aporrear el volante.

—¡Maldito, maldito! ¿Quieres jugar? —gruñó como un animal furioso y enjaulado—. Eres mío y ninguna puta te va a volver a alejar de mí. Ella va a desaparecer y tú, tú tendrás la culpa.

## Capítulo 12

Joe aparcó el coche y exhaló un suspiro. ¿Cómo un día que había comenzado tan bien podía torcerse tanto? La culpa la tenía esa succulenta mujer que se le atravesaba en el camino a cada momento y a ese desconocido instinto protector cuando la veía en apuros. ¿Desde cuándo era un jodido caballero salvando damiselas? Joe no lo era, de hecho, distaba mucho de serlo. Él nunca se había considerado un hombre respetable y tampoco honorable; el estilo de vida que había tenido hasta ahora no era el de un caballero. Esa era una razón más para mantenerla bastante lejos de su margen de visión. Un hombre con sus antecedentes, no era precisamente, lo mejor para la reputación de una mujer como Lynette y eso le tenía jodido porque ahora que sabía que era una mujer prohibida las manos le picaban ansiosas por tocar la manzana del pecado.

Con desesperación debía mantener la cabeza ocupada en algo productivo. Agradeció recibir una llamada de la inmobiliaria que los contactó para su primer trabajo; el negocio que había montado con sus amigos comenzaba a hacer progresos. Le urgía tanto olvidar el encuentro de aquella mañana en la escuela que concertó la cita para esa misma tarde.

Pero el destino, ese pequeño cabrón hijo de puta, no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Cuando estaba a punto de bajarse la vio por el rabillo del ojo. Pasó junto a su coche hablando en voz alta. Joe apretó los puños en el volante mientras escuchaba como su pesadilla personal hablaba de él y de cómo estaba tomando la decisión de ignorarlo. Descubrir que la profesora sentía la misma atracción por él le dibujó una sonrisa arrogante, hasta que se dio cuenta por donde iban aquellos pensamientos femeninos. «¿Ignorarlo?». Eso le picó el orgullo. «¡Ni hablar!». Gritó una parte oculta en su interior. Un beso, solo uno bastaría PARA dejarle claro a esa hembra que por más que quisiera lo tendría más que presente.

Se bajó como un rayo dispuesto a abordar a aquel glorioso y bamboleante trasero que tan marcado le quedaba con ese vestido celeste.

No pudo evitar picarla y disfrutar de su cara de sorpresa, que acabó pasando al más puro enfado. La quería furiosa como él lo estaba al escuchar que ella lo

ignoraría. La arrinconó para evitar que escapase. Miró sus carnosos y sensuales labios y tomó lo que había ido a buscar. Quería impartirle una lección, pero lo que realmente consiguió fue que en sus venas corriera lava espesa ante la exigente respuesta de ella. La sangre se acumuló en su entrepierna, necesitaba más, pero sabía que ese no era el lugar para hacer lo que se le estaba viniendo a la mente. Al final, se separó un poco para dejarla marchar. Se quedó como un pasmarote de cara al portón donde la había arrinconado, tratando de calmar el infierno que se había desatado dentro. «Joder y más joder. ¿Desde cuándo pierdo el control con tanta facilidad?». Evitó por todos los medios girar la cabeza para ver cómo su pesadilla personal se alejaba de él.

—Capullo, se supone que tienes que mantenerla lejos, no abordarla. Déjala ir, es lo mejor que puedes hacer. —Se dijo a sí mismo, intentando convencerse de que aquello era lo mejor para los dos.

Debía concentrarse en lo que realmente le había llevado allí esa tarde: Trabajo. Volvió a su coche a recoger la chaqueta, debía de dar una buena impresión si quería conseguir clientes.

Al entrar al edificio lo recibió la recepcionista, una mujer mayor que le anunció por un telefonillo. De uno de los despachos salió una joven rubia con una sonrisa dibujada en los labios.

—¿Joe Kramer? —preguntó la joven.

—El mismo —extendió la mano a modo de saludo—. Tú debes ser Miriam Buñuel.

—Así es, te estábamos esperando. Ahora viene mi clienta. Pasemos mientras a la sala de juntas. —Avanzó con él hasta cruzar la puerta—. ¿Te puedo ofrecer algo?

—No, muchas gracias.

El lugar donde se llevaría a cabo la reunión era una amplia sala con un gran ventanal custodiado por unas blancas persianas verticales. Una alfombra gris amortiguaba los golpes de los zapatos. Miriam tomó asiento en una de las ocho sillas elegantes de cuero negro que rodeaban la moderna mesa de roble oscuro que se hallaba en el centro y le ofreció a Joe tomar asiento. Él declinó amablemente. Se sentía más cómodo de pie cuando tenía que esperar.

Estaba apreciando uno de los cuadros que había colgado en la pared cuando escuchó la puerta abrirse y maldijo al instante su suerte. Ese jodido olor a

vainilla que lo perseguía despierto o dormido estaba inundando el recinto.

—Oh no, ni hablar. —Un quejido femenino salió de la boca de Lynette mientras se dejaba caer en una de las sillas.

—Pequeña Lynette, esto comienza a ser divertido.

—¿Se conocen? —La agente inmobiliaria interrumpió aquel intercambio de miradas.

—¡No! —Lynette casi se levantó de un salto.

—Sí. —Se acercó a ella con paso gatuno y sonrió al verla sonrojarse.

—Bueno, lo que se dice conocerse... —Lynette tragó saliva mirando a la mujer para evitar enfrentarlo—. Él... es...

—Yo soy... —Se cruzó de brazos cuando estuvo a un solo paso de poder atraparla en caso de que saliera huyendo y con premeditada lentitud se sentó en la silla que estaba a su lado derecho y que precisamente se encontraba cerca de la puerta.

Esta vez sí que lo enfrentó con esa mirada furiosa. Elevó el mentón y sin apartar su vista de él, con una clara advertencia en su tono de voz continuó:

—Es uno de los voluntarios que piensa echar una mano en Santa Úrsula. Ya sabes, pintura de exterior, interior, mantenimiento de las mesas y sillas... —La malicia brilló en sus ojos—. Hasta va a poner césped en la zona de fútbol de los niños él solito. Imagina, Miriam, que es taaan buena persona que se ha comprometido a regalarles una equipación completa al equipo de alevines. ¿Verdad? —Miró desafiante a Joe y este elevó una ceja divertido.

—¿Es eso cierto? —Miriam ajena a todo eso comenzó a batir palmas emocionada—. ¡Lynette, por fin una persona decente llega a Buena Esperanza!

—Claro que es cierto, yo nunca miento —contestó por él sin apartarle la mirada.

—Aún nos quedan algunos detalles que acordar —aclaró Joe entrando en el mismo juego—. Por suerte hablaremos de eso mientras me acompañas a elegir los uniformes, una tarde de compras con buena compañía. ¿No es así?

—Eso no lo recuerdo —desestimó con la mano.

—Es curioso, me parece que lo aceptaste justo hace unos momentos, antes de entrar... ¿Quieres que te recuerde el entusiasmo con el que...? ¡Ay! —Joe miró sorprendido a su exuberante pesadilla. ¡Le acaba de dar una patada en la espinilla!

—¿Te pegué? —Lynette se dio un ligero golpe en la cabeza—. Lo siento tanto.

La agente inmobiliaria le lanzó una mirada curiosa a su amiga. Ya se pondrían al día. Con un suspiro miró su reloj y la carpeta que tenía frente a ella. Su apretada agenda no le dejaba mucho tiempo libre, así que decidió cortar aquella divertida charla.

—En vista que ya os conocéis, vamos a entrar de lleno en materia, ¿os parece bien? —Entregó una carpeta a Joe—. Usualmente os cito en la propiedad, pero a petición de Lynette, organicé esta reunión para que ella pudiera conocer antes a la persona se hará cargo de la remodelación de la propiedad y así dar su aprobación. Aunque creo que eso ya no hace falta. ¿Quién mejor que él para la casa de Ana? ¿Os parece? Así podréis trabajar codo a codo no solo en las mejoras de escuela. ¡Realmente esto es cosa del destino!

—¡Qué suerte! —Lynette dibujó una sonrisa irónica al girarse y encontrarse con la mirada del patán que tenía a su lado.

—Eso mismo estaba pensando yo —respondió divertido por la reacción de ella.

Joe le hizo varias preguntas a Miriam con respecto a la propiedad y ella le contestó con profesionalidad, sin saber que por debajo de la mesa un contacto suave pero seductor comenzaba a fraguarse; al inicio fue solo el choque de rodillas, un simple roce que ambos intentaron evitar y que como un imán fue inevitable; después fue un pie metiéndose entre las piernas de la otra atrayéndola hacia él, le siguió un roce sutil con la punta de los dedos que acariciaban suavemente la rodilla y que enviaban a Lynette descargas de corriente eléctrica que la mantenían sentada, anclada y perdida en la sensación. No eran caricias exigentes, más bien parecían tímidas pero decididas a seducir.

A pesar de todo, Joe aún trataba de comprender qué demonios le estaba pasando. En sus treinta y nueve años de vida jamás había sentido una necesidad de contacto como la que estaba sintiendo con esa deliciosa mujer. Por más que la parte sensata de su interior luchaba por alejarse de ella, otra parte aún más fuerte, lujuriosa y carnal, se lo impedía.

—¿Entonces os parece bien que vayamos ahora a ver la propiedad? —La pregunta sacó a ambos de aquel pequeño ensueño.

—Me es imposible, Miriam. —La muchacha se levantó sonrojada mirando su muñeca desnuda—. ¡Uy qué tarde es! Veras, tengo cita con... ¡con mi dentista!

Pero si queréis vosotros podéis ir a visitarla. Yo... esto... Si me disculpáis.

Él la vio escapar sin mirar atrás con ese halo de olor a vainilla. Joe tuvo la imperiosa necesidad de ir tras ella, pero se quedó ahí sentado, intentando controlar sus deseos y alguna que otra erección.

Al salir Joe de la inmobiliaria una misteriosa mujer entró al edificio. Miriam que acababa de despedir al actor aún se encontraba en la recepción y no dudó en atender a un futuro cliente.

—Buenas tardes —saludó con una sonrisa—. ¿La puedo ayudar en algo?

—Oh sí, mire, soy nueva en el pueblo y me gustaría adquirir una propiedad.

La agente asintió y la invitó a pasar a su oficina.

—Qué casualidad, ahora mismo se acaba de ir la propietaria de una vivienda que quizás le interese. Bien situada a la entrada del pueblo y muy cerca de la estación de tren.

—Creo que es justo lo que ando buscando.

—... Y ahí estaba él. —Bryston se metía un trozo enorme de pizza a la boca, manteniendo en suspense a su pequeña audiencia: Dalton, Sandy y doña Carmen—. ¡Hasta pensé que me habían cambiado a mi amigo! Estaba tan serio que no lo reconocía, si no fuese porque marcaba territorio con la profe.

—Me caías mejor cuando pensábamos que eras mudo. — Joe apareció tras la puerta refunfuñando y advirtiéndolo a su amigo con la mirada, se dejó caer en una silla libre.

—Pero mirad quien nos honra con su presencia —elevó Dalton una ceja burlón—. ¿De verdad, te vas a liar con una profesora de primaria?

—¿Y qué tiene eso de malo? —Sandra estudiaba que parte de su trozo de pizza morder—. Pienso que le haría muy bien, eso de sentar cabeza.

Joe exasperado, no, encabronado por ser la comidilla de la cena no quiso probar ni un bocado. Por alguna extraña razón no le gustaba que se mencionara a Lynette ni para bien ni para mal, ella era asunto únicamente suyo.

—Yo no me lio con nadie —aclaró de mal humor—. Y si ya habéis terminado de reiros de mí...

Se levantó, tomó las llaves de la moto y salió de nuevo dispuesto a cenar en un lugar tranquilo para meditar sobre su día.

Media hora después, se sentía el imbécil más grande del planeta al darse cuenta que llevaba en sus manos comida china para dos, con un paquete de seis cervezas y estaba frente a la casa de la persona de la que intentaba por todos los medios mantenerse alejado.

—¿Qué coño hago aquí? —Se preguntó mientras pulsaba el timbre de la puerta—. Estás jodido, Joe. Eres un puto acosador.

Sabía que era una pésima idea, en realidad era la peor que había tenido en varios años. «¿Por qué no muevo el culo y salgo pitando hacia el lado contrario?» pensó impaciente volviendo a tocar el timbre.

—Porque soy idiota —se contestó a sí mismo.

Joe no era un hombre que creyera en el amor, aunque sí creía en la pasión y deseo carnal entre un hombre y una mujer, eso no se podía fingir, él era experto en ello. Estaba seguro que no sentía nada emocional por Lynette, lo suyo solo era una atracción apabullante y desgarradora que comenzaba a sacarlo de quicio. Esa mujer tenía algo que lo catapultaba irremediabilmente a querer tenerla entre sus brazos, o mejor aún, bajo su cuerpo hasta que ambos se perdieran en el frenesí de la pasión.

—La polla está ganando —confesó en voz alta.

¿Qué otra razón podría existir para que siguiera esperando como un idiota a que le abrieran la puerta? ¿Qué se supone que le diría? «Ey nena, únicamente vengo para...», practicó en sus pensamientos hasta que se dio cuenta. ¿Para qué carajo había ido?

Llevarla a la cama no era opción. Ella era una mujer que se debía a su labor de profesora, era un personaje público en un pueblo pequeño alguien que debía ser un ejemplo para sus alumnos, y tenerlo a él de... ¿amante? No era bueno.

«¿Y por qué no?». Una voz en su interior se revelaba totalmente. Fuera de la escuela Lynette podía hacer lo que quisiera.

—Ni hablar. —Justo en ese momento se dio cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos—. ¿Realmente me lo estoy planteando? —negó molesto y giró sobre sus talones.

Apenas dio un par de pasos para alejarse cuando escuchó la puerta abrirse.

—Tres veces en un día. Esto ya es acoso, lo sabes, ¿verdad? —La voz femenina lo acusó con un tono divertido—. Sé que la atracción que sientes por mí te mantiene pegado a mi puerta, pero no me hagas llamar a la guardia civil.

¡Bendito Dios! La muy impertinente le recibía con un pijama de ositos en color azul cielo. Tentadora como el pecado, inocente y jodidamente excitante. Joe tragó saliva... ¡Qué el cielo lo ayudase!

## Capítulo 13

Tratamiento de Queratina para el cabello. ✓ Listo.

Mascarilla de algas para el rostro. ✓ Listo

Depilación de cejas. ✓ Listo.

Depilación de piernas. ✓ Listo.

Depilación de ingles...

Lynette miró con odio los restos de cera que tenía a su lado.

—¿Cómo es que sigo torturándome de esta forma? —se preguntó mientras se miraba al espejo.

La imagen no era muy sensual que digamos: Su cara cubierta de la pasta negra y su cabello envuelto en plástico de cocina le daban una estampa un tanto peculiar. La respuesta tocó de nuevo su orgullo:

—Antes muerta que sencilla.

Después de un día desastroso y el encuentro con cierto patán dos veces en el mismo día, subiéndole los calores perjudicaba su tranquilidad y por eso necesitaba con urgencia un tiempo para ella misma. Llegó como una exhalación directa a los recortes de revista y se decidió por un tratamiento llamado: La Operación Rescate. Luciría sexy para ella. Había decidido continuar con su rutina de caminata matinal, por supuesto, pero iba a añadir esos tratamientos de belleza para resaltar lo mejor de ella y mantenerse bella para sí misma. Productos para el cabello y cutis: para rejuvenecer o, por lo menos, mantener la lozanía algunos años más, eso no hacía mal a nadie. Piernas depiladas: para lucir vestido, que ya venía el buen tiempo.

—¿Y las ingles depiladas? —se preguntó mirando la cera caliente— Pues... para... —Buscó la respuesta entre los recortes que había seleccionado y al no encontrarla los tiró hacia atrás—. ¿Y qué demonios importa? A ver, si un día se me antoja ser una chica mala y salir con el culo al aire, pues sería una tremenda insensatez llevar «todo el campo tupido de césped».

Se acercó al espejo para asegurarse de que el secado de la mascarilla se completaba de manera efectiva.

—Por fin esta lista —comenzó a desprenderla poco a poco de la piel hasta que por fin estuvo libre de ella—. ¿Quién te ha visto y quién te ve, Lynette? Pero mírate, si hasta parece que resplandeces.

En ese momento sonó el timbre de su casa. Sonrió feliz pues estaba segura que era Myrna que por fin aparecía. Abrió la ventana del baño desde donde se podía ver la entrada y estaba a punto de gritar cuando se dio cuenta de que había una moto aparcada en su entrada y logró ver quién era su visitante.

—Mierda, mierda, mierda, mierda... —Se agachó de golpe para no ser vista.

En cuclillas se alejó de la ventana hasta llegar al espejo donde casi gritaba al darse cuenta que aún tenía envuelto su cabello en plástico. Se lo retiró de un tirón mientras se soltaba la bata desnudando su cuerpo, y sin levantarse corrió como pudo en busca de un pijama.

«¿Qué hace aquí?» pensó nerviosa.

No era que no le emocionase volver a verlo. De hecho, ni siquiera quería contar las veces que días anteriores había soñado con tenerlo precisamente ahí.

—No podía haber elegido un peor momento. ¡Coño! —Saltando a la pata coja pudo colocarse por fin la parte de abajo del pijama y en un pispas ya tenía la parte de arriba también puesta.

Por el cabello no había mucho que hacer, así que optó por lo más simple, recogerlo en un moño. Tomando un poco de oxígeno, procuró ignorar el acelerado golpeteo del corazón y poder decidir el siguiente paso.

—Creo que es momento de dejar las cosas claras. —Hablaba sola, como en varias ocasiones lo hacía a lo largo del día—. Cero besos, nada de toqueteos y mucho menos que me sobe el culo... en público. ¿No es que soy una... distracción? ¿Pues a qué viene? Este tipo me confunde con sus mensajes cifrados y yo no estoy para andar haciendo el tonto. Una mujer como yo jamás llamaría su atención y menos quiero ser el juguete de alguien.

Con toda la calma que fue capaz de reunir bajó descalza las escaleras hasta llegar al salón. Le echó un ojo para asegurarse que no había nada fuera de lugar. Se llevó la mano al pecho y fue directa a la puerta, casi se le va el corazón al sótano al darse cuenta que el pelmazo imprudente, estaba a punto de marcharse.

—Tres veces en un día. Sabes que lo tuyo ya raya en el acoso, ¿verdad? —preguntó nerviosa nada más abrir la puerta.

La visión de la espalda ancha que se reflejaba en esa camisa ceñida dejando

marcado cada músculo la hizo salivar.

—Sé que la atracción que sientes por mí te mantiene pegado a mi puerta, pero no me hagas llamar a la guardia civil.

Sacudió la cabeza, se cruzó de brazos y esperó la reacción del hombre que había llamado a su puerta hacía apenas un momento.

—Podrías —Joe se giró recorriéndola con la mirada sin perder detalle de cada curva—, pero realmente no he traído suficiente comida como para invitarlos a todos a cenar.

Lynette se apoyó en el marco de la puerta, fingió estudiarlo hasta que por fin se encogió de hombros.

—¿Qué tienes ahí? —señaló la bolsa que sujetaba y que despedía un delicioso olor—. Si vale realmente la pena, puede que perdone tu falta. Pero, créeme soy una persona demasiado exigente para que me puedan sobornar fácilmente y no acabe por denunciarte. Después de todo, un acosador no es algo para tomarse a la ligera.

Él sonrió, levantó la bolsa de plástico que llevaba en una mano y las cervezas en la otra.

—Espero que te guste la comida china. El arroz tres delicias y el pollo agridulce están deliciosos.

—¿Son de Lin Mae?

La joven estaba centrando toda su atención en el delicioso olor a especias que le llegaba.

—¿Qué otro restaurante chino podría superar su rollito de primavera? —Indignado ante la duda Joe la miraba incrédulo.

—En ese caso... —Lynette se hizo a un lado—, eres bienvenido. Puedes pasar.

Joe avanzó al interior mientras Lynette aún sujetaba la puerta. Así pudo darle un repaso a ese culo prieto que se mantenía encerrado en esos jeans que les sentaban a las mil maravillas.

A pesar de que no era la primera vez que él estaba ahí, fue una sorpresa verlo de nuevo en uno de sus lugares preferidos en su hogar: su salón. No era muy grande y lo había amueblado de forma muy sencilla, con tapizados de pequeñas flores en colores lila, algunos cuadros adornando sus paredes y una bonita mesita rústica de centro que había comprado en un mercadillo junto al sillón

individual que lo acompañaba. Ah, y por supuesto su sofá, que destacaba por la cantidad de cojines que había sobre él y donde no hacía mucho compartieron un momento íntimo. Ahora que lo pensaba un poco más detenidamente... Demasiado íntimo.

Después de un suspiro, Lynette pasó por su lado y se dirigió a la cocina para buscar los platos. Apenas dio un par de pasos cuando la mano masculina la detuvo. Giró el rostro para descubrir esa sonrisa pícaro y mirada lobuna que siempre lo acompañaban.

—¿No me dirás que tienes reparos en compartir bandeja? Te prometo que no tengo nada contagioso y que mis babas solo tocan los palillos chinos —apuntilló malicioso.

—¿Sabes algo? —Lo pinchó con un dedo—. Nunca he sido escrupulosa. Yo solo lo hacía porque pareces tan delicado que pensé que dañarías tu sensibilidad no tener ningún plato cerca.

—Si tienes algo mejor que ofrecerme para poder colocar en un plato... —dejó la frase en el aire mientras la recorría con mirada—. ...grande, entonces nena, te suplico que lo saques.

—¿Nena? —Lo miró asqueada—. Ay no, por favor. La palabra más usada por los niños bonitos. «Nena». Anda, anda que te acabas de quitar todo el encanto.

Lynette le quitó la bolsa y se dejó caer en el sillón. Tomó el primer recipiente de cartón y lo abrió inhalando aquel aroma que la invitaba a darse un verdadero festín.

Joe la acompañó sentándose en la esquina del sofá de cojines más cercana a ella. Se quedó mirándola un momento; admirando esa franqueza y chulería que desprendía a partes iguales su querida pesadilla. Le entregó su par de palillos.

—Así que, no te gusta que te llamen nena. —Comenzó a comer un trocito de pollo.

—No si quieres que te conteste. —Lynette tomó aire—. Nena, preciosa, bebé, muñeca, princesa... Tengo un nombre y me encanta. No entiendo porqué no se usa, bueno, si lo entiendo. Pero tengo algo claro, si un tipo me dice nena es para no confundir mi nombre con el de otras y eso quiere decir que no es de fiar.

—¿Sabías que se puede usar como un apelativo cariñoso? —La observó divertido.

—No. —Lo señaló con los palillos—. Venga, eres un hombre que sabes que

estás que te caes de bueno. ¿A cuántas chicas te has llevado a la cama y les has llamado nena? —Se detuvo un segundo y luego negó de manera categórica—. ¿Sabes qué? Prefiero que no me lo digas —se retractó al instante y dándole un repaso descarado negó con la cabeza fingiendo escalofríos—. Puedo hacerme una idea.

Joe ya en ese momento se sentía más que divertido escuchando la teoría, si él le contara todas las mujeres que habían pasado por su polla...

—La cuestión, Joe —enfaticó mientras hundía los palillos en el arroz—, es que te aseguro que apenas recuerdas el nombre de cada una. Y eso es lo triste. Un nombre es parte de tu identidad, ¡que para eso lo eligieron tus padres!

—¿Y qué me dices de «mi amor»? —Joe abrió una cerveza.

—Créeme, lo escuché demasiadas veces de mi ex y me di cuenta que eso no significa nada. No, definitivamente me gusta mi nombre.

—Así que, Lynette —pronunció su nombre a modo de ronroneo—, ¿cuál sería para ti el apelativo cariñoso ideal?

—¿Has venido a saber los apelativos que prefiero? —Ella lo miró a los ojos sabiendo que con eso terminaba la cena y la parte divertida. Realmente sentía curiosidad por saber a qué venía esta visita.

—No. —Y ahí estaba de nuevo esa duda: ¿qué era lo que realmente lo había llevado hasta allí?—, pero me gustaría saberlo.

La joven chasqueó la lengua y negó.

—Prefiero saber el verdadero motivo de tenerte aquí. Me traes la cena y cervezas. Aunque creo que soy una gran compañía y una excelente conversadora, dudo mucho que vengas por todo eso. Claro está que no quiero mencionar lo obvio.

—¿Lo obvio? —La miró confuso y curioso esta vez.

—Venga, Joe. Estas brutalmente atraído por mí —ironizó—. No te preocupes, es normal. Una mujer de verdad causa ese tipo de efecto en los hombres, pero tranquilo, sobrevivirás

—¿Tú crees? —Joe fingió un gesto compungido.

—¡Pues claro, hombre! —Le palmeó la rodilla, mientras enrollaba unos tallarines con los palillos para llevárselos a la boca—. Las mujeres reales existimos, dejamos una huella difícil de borrar, pero... es lo que pasa cuando te topas con alguien como yo en tu camino.

—Así que, según tú, estoy irremediablemente atraído por ti —repitió el hombretón mientras veía como la joven intentaba succionar con fuerza el último tallarín hasta que acabó golpeándola en la nariz—. ¿Y qué se supone que debo hacer con esto que despiertas en mí?

—¿Mmh? —Ella alzó rápidamente el rostro con la boca aun llena.

Lynette, que hasta entonces había aparentado seguridad, se sentía ahora sorprendida por la clase de disparates que le estaba diciendo. Siendo franca con ella misma, estaba aterrada con su visita porque ese aborrecible capullo estaba invadiendo su zona de confort. Olía demasiado bien para una pobre mujer como ella, lo cual le estaba provocando sudoraciones por lugares innombrables. Su corazón latía a mil por hora. «¿Qué le había preguntado? Ah sí...». Sus pensamientos intentaron volver a la realidad.

—Sobrevivir. —De nuevo ahí estaba su lengua sin filtro—. Te prometo que te acostumbrarás a saber que existo.

—Quizá con el trato diario... —sugirió Joe.

—Bueno, ahora que nos tenemos que ver las caras más a menudo por tu buena obra. —Chasqueó con la lengua, fingiendo un tono condescendiente—, podemos ser buenos amigos —propuso, aunque casi se golpeaba en la pared por aquella locura.

La profesora tragó saliva trabajosamente. Sabía las reglas tácitas de la amistad entre hombre y mujer; una de ellas tenía en letras fosforito la leyenda escrita: «No se besa, no se provoca». ¿Realmente quería perderse todo eso?

—¿Amigos? —repitió Joe incrédulo y sorprendido por la propuesta.

¡Pero si eso era una leyenda urbana! La amistad entre hombres y mujeres era imposible.

Lynette bebió su cerveza tratando de arreglar el entuerto. ¡Demonios! ¿De verdad estaba ella diciendo eso? Una cosa era que no quisiera un novio o amante, pero... ¿amigos?

—Sí, sí, ya sabes, de esos que salen de vez en cuando, comen juntos... —prosiguió ignorando a su conciencia.

—¿Y si quisiera algo más? —Joe se acercó peligrosamente, sonriendo ante el sonrojo de la joven.

—Oh, no es buena idea —negó ella tratando de poner distancia mientras que con una mano temblorosa intentaba dejar la cerveza en la mesa—. Yo... yo no

quiero complicaciones.

La muchacha nerviosa se puso de pie de un salto cuando sintió la varonil mano rozar su rodilla.

—¡Uy, pero qué tarde es! Estoy segura de que tienes un montón de cosas que hacer mañana y yo aquí entreteniéndote. —Rodeó la mesa torpemente en dirección a la puerta.

Joe se levantó siguiéndola muy de cerca hasta que su instinto tomó el control y alargando el brazo la atrapó a pocos centímetros de la puerta y tiró de ella hasta dejarla atrapada entre la pared y su presencia.

—En ese caso —le susurró pausadamente al oído—, permíteme al menos un beso de despedida.

—S...iiii. —Cerró los ojos nerviosa mientras sentía la caricia de los labios de Joe sobre su mejilla.

—Dime que me vaya ahora —ordenó mientras sus labios se rozaban.

—En eso estoy...—susurró ella receptiva.

—Tu no quieres complicaciones...

—No, no las quiero —aceptó tragando saliva con dificultad.

—Recházame, Lynette —suplicó una voz enronquecida.

—Lo estoy haciendo —De verdad que lo intentaba, pero su cuerpo estaba muy convencido de otra cosa.

—Lo haces fatal —gimió Joe mientras acariciaba su cuello con una mano.

—Lo sé...

Se miraron a los ojos; ambas miradas eran turbias y excitadas. La sinceridad afloraba llamándolos a aceptar lo que se negaban en voz alta.

—Tienes dos opciones, Lynette. O me echas de tu casa o me metes en tu cama.

Que Dios la amparase... ¿Porqué ambas opciones se le antojaban tan necesarias y a la vez tan peligrosas?

## Capítulo 14

Joe no apartaba sus ojos de los de Lynette. Aguardaba de pie pegado a ella entre la escalera que llevaba a su habitación a un lado y la puerta que llevaba a la calle al otro; estaba entre el cielo y el infierno esperando con desesperación cualquiera de las dos respuestas. En esos momentos, él ya estaba llegando al límite.

En su anterior trabajo, cuando tenía que grabar una escena explícita de sexo, antes debía prepararse física y mentalmente para dar lo mejor de sí, pero este no era el caso porque Lynette despertaba en él algo que lo hacía anhelarla con una tremenda lujuria infernal.

Decidió darle un incentivo besándola de nuevo, aunque se prometió que no avanzaría más hasta que no escuchará por su boca un «sigue» o «detente».

—¿Has decidido ya si me echas de tu casa o me invitas a la cama?

Su voz enronquecida, su cuerpo en tensión por la excitación y sus manos apoyadas en la pared a la altura de la cabeza de la joven, le cortaban cualquier escapatoria y a la vez intentaba por todos los medios no tocarla.

Ella tragó saliva, mordió su labio con malicia y por fin se decidió a hablar.

—En el fondo soy una mujer muy benévola y podría tener un poco de clemencia contigo.

Acompañó la frase con una cara de total inocencia, esperando expectante el siguiente paso que llegó de repente en forma de carcajadas por ambas partes. No podían parar de reír, así soltaron toda la tensión acumulada durante la cena.

—¿Cómo llevas el exhibicionismo? —Joe la cogió por la cintura.

—Uff, en esta época del año y de noche fatal. Ya sabes, lo mío es más por las mañanas.

Lynette comenzó a sacar la ceñida camisa de su compañero a tirones.

—Tendremos que hacer algo al respecto. —Joe le tomó el rostro entre sus manos—. Quiero colarme entre tus piernas y follarte con ganas hasta sentir que no puedo más.

—Que romántico... —Metió sus manos por dentro de su ropa y lo arañó—. «Follar» es una palabra muy fea.

El volvió a reírse. Le encantaban sus observaciones, le gustaba esa mirada hambrienta y su franca respuesta sin máscaras puritanas.

—No pretendo ser romántico, Lynette, y dudo mucho que haya una palabra más clara que defina lo que quiero hacer contigo —añadió mordiendo su cuello con lascivia, recreándose en el sabor de esa zona y disfrutando de esos suaves gemidos que le provocaba—. Quiero follarte con crudeza; primero... con mis dedos.

Y procedió a ello. Su mano diestra se coló dentro de la cinturilla del pijama. Sonrió sorprendido y satisfecho al darse cuenta de que ella no llevaba bragas. La escuchó inspirar justo en el momento en que su mano tocó su pubis. Sus dedos bajaron más hasta sentir una fina línea de vello que le invitaba a llegar más abajo.

Lynette se mordió el labio inferior justo cuando sintió el contacto en su punto más sensible. Al inicio solo fue un suave roce que pedía permiso para continuar con aquella caricia. Comprendió que él esperaba que le diera más acceso o la opción a una pronta retirada pero, ¿realmente quería esto último? Ambas miradas se encontraron y Lynette se dio cuenta que podía confiar en él. Sonrió y abrió un poco sus piernas. El dedo avanzó un poco más por esa zona tan sensible de su cuerpo, provocándole unos suaves gemidos.

—Estabas anhelando esto, ¿verdad? Estás empapada y eso me gusta.

No pudo evitarlo, su anular se internó con soltura y encontró lo que esperaba: una deliciosa y húmeda estrechez; una receptiva y lista vaina para continuar con el juego.

Lynette gimió esta vez con fuerza cuando sintió que el dedo trataba de llegar más y más profundo. Después notó como lentamente la abandonaba para volver de nuevo a su interior uniéndose esta vez un segundo dedo provocándole una deliciosa sensación. Ambos dedos comenzaron a hacer una gloriosa labor en su cuerpo.

Los primeros espasmos se agolpaban en su interior. Cerró los ojos justo en el momento en que Joe comenzó a imprimir un ritmo enloquecedor. Los dedos rozaban su estrechez centrándose en una pequeña zona que la hacía vibrar y gemir a la vez. Con ambas manos, Lynette cogió con fuerza la muñeca de su amante asustada por la excitación que por primera vez estaba experimentando en tal grado.

—No lo detengas, déjate llevar. Tu coño es jugoso, me está volviendo loco.

Joe sentía como goteaban sus nudillos y como aquella vulva se contraía anunciando que estaba a punto de llegar a su primer orgasmo.

Para ella todo era distinto, el significado de estar tan excitada cambió su perspectiva sobre el sexo justo en el momento en que su cuerpo se catapultó en un glorioso orgasmo que intentó acallar de mil formas sin poder lograrlo. Al final gritó con fuerza dejando que la energía que se había acumulado en su interior saliera despedida por su garganta y por cada poro de su cuerpo.

Lo besó con pasión, permitiéndose un segundo para disfrutar de él, pero sin dejarle retirar sus dedos que seguían acariciando su interior. Su boca estaba seca y notaba como sus piernas temblaban. ¿Eso había sido de verdad un auténtico orgasmo? «Jolines» —Pensó para sí misma— ¿Qué demonios había estado haciendo hasta entonces con Alan? Gimió de nuevo cuando su vagina era abandonada dejando una extraña sensación de vacío en ella.

Joe estaba en su límite. El olor del sexo de Lynette era embriagador. No podía contener el deseo de probar su orgasmo, así que elevó sus dedos y, como si fuese un delicado platillo gourmet, procedió a probar el delicioso jugo. «¡Lo sabía!» exclamó en su interior. Tenía un sabor agrio y dulzón a la vez, algo definitivamente adictivo para un hombre como él.

—No quiero follarte aquí, Lynette. ¿Dónde está tu habitación? —preguntó impaciente.

A estas alturas, después de haber probado solo un poco de ella y de haberla visto explotar, ya no le daba igual si lo hacían en cualquier sitio. Ella merecía algo más que un rápido revolcón. Quería venerarla y demostrar la admiración que en él despertaba y que jamás se atrevería a admitir en voz alta. A estas alturas del partido, ya no solo era simple deseo, era curiosidad por conocerla entera.

—Subien... —Lynette chilló cuando la tomaron en brazos.

Se aferró con sorpresa a los hombros de Joe, que subía rápido sin mostrar ningún esfuerzo.

—¡Te vas a romper la espalda con mi peso!

—Créeme, ahora mismo soy capaz de levantar un tren con tal de llevarte a una cama.

Entró en la primera puerta abierta que encontró, y que resultó ser su habitación cuando reconoció ese excitante olor a vainilla.

Avanzó unos pasos y la sentó con suavidad sobre su lecho. Él se colocó a su lado y empezó a besar con suavidad su frente, su nariz, sus mejillas hasta finalmente tomar su boca; lo hizo con hambre, con pasión, dejándole claro lo que ella despertaba en él. Acarició con su lengua sus dientes y sedujo la de ella invitándola a acariciarlo.

La joven respondió por inercia. Pronto aprendió que era lo que él esperaba de ella con esa gloriosa boca. El beso era demandante y esclarecedor. Por alguna extraña razón Joe le estaba dejando claro que no era solamente sexo y eso la hacía sentir de verdad una mujer.

Ella sintió como tiraban de la parte baja de su pijama y eso la hizo reaccionar, un solo momento.

—Espera... —Se lamió los labios—. Si hacemos esto, vamos a aclarar algo antes.

—Estoy limpio —Joe sin demora retiró la parte baja del pijama e inspiró lleno de deseo—. Usaremos condones.

La mujer no pudo evitar reírse, aquella seguridad la desarmó por completo.

—Condomes, perfecto. Pero antes que nada quiero aclararte que esto no se volverá a repetir, ¿ha quedado claro?

Intentó apagar la luz de la lámpara, pero él se lo impidió.

—Lynette, estoy a punto de comerte el coño hasta que te corras en mi boca. ¿Alguna aclaración más?

—¡No le digas «coño»! —Escandalizada, acalorada y terriblemente cachonda intentó que aquellas palabras no le afectarán más de lo que ya lo hacía él con su presencia.

—Pequeña, puedo llamarle: conchita, cosita, rajita, cuquita, chumino, chichi, chocho, sonrisa vertical... lo que quieras, pero al final su auténtico nombre es «coño» —Le mordió el cuello—. Un coño precioso al que voy a meterle mi lengua, para follarte con ella y chuparte el clítoris. Quiero escucharte gritar de nuevo, probar en mi boca tu sabor y bebérmelo entero mientras empapas mi cara con tus jugos. ¿Entendido?

Lynette había dejado de escuchar hacía un rato. Su respiración estaba totalmente agitada, tenía los ojos cerrados y no fue consciente del momento en que él abandonó su cuello para posicionarse ahí, donde le había prometido.

Si por algún momento sintió un poco de vergüenza, ni siquiera se enteró. Le

abrió las piernas, su cadera fue abrazada y levantada unos cuantos centímetros, para dejar que esa maravillosa y deliciosa lengua obrará magia.

Suave y delicada por momentos, exigente y conquistadora en otros. Con un ritmo endiabladamente delicioso, la boca de Joe la tomó sin sutilezas y le dio placer a manos llenas.

Extasiado por el sabor, Joe estaba perdido paladeando aquel manjar que se ofrecía entero para él. Había perdido zapatos, pantalones y calzoncillos rápidamente. A la vez que devoraba aquella dulce estrechez, su mano izquierda se hacía cargo del palpitante miembro.

Lynette sucumbió de nuevo a otro orgasmo justo en el momento en que sintió como succionaba su clítoris. Gritó más intensamente. Su cuerpo temblaba y las lágrimas corrían por sus mejillas al comprobar que su sexualidad había sido un total fiasco antes de este hombre.

—¿Estás bien? —preguntó su amante acercándose con ternura, mirándola preocupado.

—Demasiado bien. —Apenas tenía voz para contestar.

—¿Quieres que pare?

La mirada sincera y franca de Joe quería dejar claro que ella mandaba. Sí, eso le jodería, pero no quería que se arrepintiera a la mañana siguiente.

—No. —Estiró su mano para abrir la mesita de noche—. Condones... ahí.

¿Cómo le explicaba a Lynette que no le venía bien cualquier tipo de preservativo y que no se espantara en el momento que se mostrara en toda su gloria? Joe bendijo el instante en que se le ocurrió sacar de su cartera los que él llevaba siempre consigo.

—Quítate el pijama, quiero verte entera —pidió sin dejar opciones a réplica.

Lynette obedeció, dejando caer su única prenda al suelo. Su piel fue caldeada por la fogosa mirada de su compañero que la recorría de forma pausada. No estaba avergonzada por su curvilíneo y exuberante cuerpo, esta vez se sentía voluptuosa en un grado sensual que jamás había conocido. Por fin se decidió a enfrentar al hombre que le estaba enseñando otra forma de conocerse y lo que empezó a ver le gusto... y mucho.

Era un espécimen que jamás, ni en sus más cachondos sueños, pensó tener en su cama. Joe era guapo y excitado tenía un aura que gritaba: ¡sexo salvaje! en color neón. Su ancho y duro pecho cubierto de vello le recordaba a esos

guerreros salvajes de sus novelas románticas. Su mirada bajó un poco más a esos abdominales en forma de auténtica tableta de chocolate haciéndola paladear al querer saborearlo... Y ahí, más abajo, lo vio. ¡Enorme! Un miembro grande, venoso y ancho la apuntaba dejando clara una cosa: La única culpable de aquel estado era ella.

—Eso... eso no me va a caber —negó algo asustada.

Joe tiró de ella, sentándola a horcajadas sobre él. Con su miembro frotándose en su vientre. La besó en el cuello y subió a su boca.

—Por eso te la vas a clavar tú. Probaras poco a poco cada centímetro de mí hasta que te sientas llena. Tú te harás cargo de todo lo que puedes tomar. —Miró aquellos pezones rosados y metió uno en su boca—. Fóllame, Lynette, móntame cómo te dé la gana. Soy todo tuyo.

¿Quién podía resistirse a esa petición? Sin duda ella no. Tomó entre sus manos el miembro, se elevó sobre él y lo guio a su entrada. Su cadera fue bajando poco a poco, sintiendo como era colmada, estirada y definitivamente llevada a un estado de excitación brutal. Descubrió la sensación de una boca voraz entre sus pechos, que eran lamidos, acariciados, pellizcados, devorados y, por extraño que pareciera, venerados. Joe cambiaba totalmente el sentido de follar o hacer el amor. Alan era un hombre que se ceñía a lo seguro, no se había esforzado jamás. En cambio, el hombre que en ese momento estaba bajo ella, se encargaba de hacerse sentir por todos los sitios, de recordarle lo maravillosamente femenina que era, lo sexy que una mujer de su talla podía ser sin necesidad de palabras, solo con hechos, que eran los que realmente importaban.

La cadera de la joven bajó hasta chocar con la de Joe; había entrado hasta el fondo.

—Joder Lynette, y decías que no te cabía entera. Preciosa, me estás tragando literalmente.

Joe estaba maravillado y extasiado. Muy pocas actrices lo habían aceptado entero y mejor no hablar de sus amantes ocasionales. Aquella voluptuosa mujercita lo tenía por completo atrapado y succionado en su feminidad.

Comenzaron un ritmo perverso. No solo lo montaba, bailaba con su cadera de adelante hacia atrás, alimentando su voraz pasión. Gimiendo, besando, arañando, mordiendo y descubriendo unas terminaciones nerviosas que no sabía

que existían. Lynette quería más mucho más y, por supuesto, lo tomó.

Ambos estaban al límite. Entre gruñidos, gemidos y frases, por momento, sucias y alentadoras, Joe la guiaba en la vorágine que su deliciosa Lynette estaba creando para ellos.

Juntos se perdieron en un intenso clímax. No supieron quién llegó primero, pero sí que ambos estaban gritando, gruñendo, besando y temblando en los brazos del otro.

Sus cuerpos empezaron a relajarse. Joe la depositó en el colchón sin salir de ella, la besó en los labios y sonrió al mirarla sudorosa, sonrojada hasta el pecho. Apenas podía respirar. Estaba maravillado por ese primer encuentro y, como había presentado, aquello no le había dejado completamente saciado. Quería más, mucho más de su dulce y succulenta dama.

—Cuando te vayas, cierra la puerta —le dijo ella mientras se giraba rompiendo aquel mágico contacto y acomodando su cuerpo en el colchón.

Le jodió tanto aquella forma de despacharlo, que antes de que ella se diera cuenta y después de quitarse el preservativo él ya estaba tumbándose a su lado.

—Aún no he terminado contigo, pero por el momento duerme, recupera fuerzas porque te prometo que las vas a necesitar.

Joe no fue consciente de la sonrisa que se dibujó en el rostro de su amante. Y por primera vez se quedó dormido en una cama que no era la suya junto a una mujer que le despertaba no solo el deseo más crudo, sino también las ganas de estar simplemente con ella.

Ninguno de los dos quería reconocer que aquello había superado muchas cosas: En ella aquel terrible temor de no saber despertar el deseo y pasión en un hombre, de no saberse sensual; en él, la cosa era un poco más complicada, siempre había sido delicado con las mujeres, pero entregar más que un momento de placer no se lo podía permitir a sí mismo. porque hasta ahora no había encontrado ninguna mujer con quien sentirse en paz para hacerlo. Pero ahí estaba ella, respirando con tranquilidad, satisfecha y completamente saciada.

La luz del dormitorio se apagó y, por fin, una figura vestida de negro descendía de las ramas del árbol que había frente a la casa. Las fotos las revisaría al llegar al hotel. Había conseguido unos primeros planos que tomó a través de

la ventana del dormitorio. Una escena perfecta que poder revelar.

Había sido muy fácil esta vez. Ninguno de los dos se imaginaba el espectáculo que habían ofrecido. Pero dentro de poco uno de ellos se enteraría... Estaba claro que sí y lo pagaría.

Una sonrisa peligrosa se dibujó en el rostro enfermo que se ocultaba en la penumbra. Pronto, muy pronto esa puta desaparecería de su camino.

## Capítulo 15

Despertar con el cuerpo dolorido y saciado era una experiencia que tendría que repetirse a diario en la vida de una mujer. Ese fue el primer pensamiento que tuvo Lynette al escuchar el despertador. Se giró en la cama buscando un poco de ese calor que le habían brindado por la noche y la encontró vacía. Eso la hizo despertar del todo, resopló molesta. Claro, como todo hombre; una vez completada la noche salía huyendo como un ladrón. ¿Eso le sorprendía? La verdad es que no. Vamos, si ella misma lo había invitado a largarse. Después de todo, lo que había ocurrido entre ellos era algo que dos adultos podrían superar sin ningún rastro emocional que los afectase en el trato diario, ¿cierto?

—¡Malditos hombres! —maldijo tapándose el rostro con la almohada—No, esto jamás volverá a suceder. Definitivamente me merecía al menos un adiós por su parte. ¡Pero, si es que soy tonta!

Se levantó desnuda para ir directa a la ducha. No pudo evitar gemir al sentir el chorro del agua recorriéndola. Intentaba de verdad olvidar la magnífica noche que había tenido, pero el dolor en partes de su cuerpo que no sabía que existían era la prueba fehaciente que había tenido la noche más caliente de su vida, una que tristemente no se debería repetir. Ella no quería complicaciones y mucho menos enamorarse de un idiota así.

Esa mañana se saltó su paseo matutino, después de todo, esa sesión de sexo contaba como todo un día de gimnasio. Así que, comenzó a hacer la cama retirando las sábanas que aún olían a sexo, a cuerpos acoplados y la fragancia de un magnífico semental dispuesto a...

—¡Suficiente! —negó tajante mientras se abanicaba con la mano—. Ha sido sexo, sí; magnífico sexo, también; pero hasta ahí. Él ya se ha ido y no espero llamadas ni rosas.

Después de asegurarse que su habitación quedaba en relativo orden, bajó por fin al salón y la recibió un delicioso olor a café. Por instinto, se dejó guiar por el aroma en dirección a la cocina. La joven se detuvo un segundo a hacer memoria. Por regla general el café siempre lo ponía al regresar de su paseo matutino, le gustaba recién hecho y bien cargado. Por lo tanto, ella no lo había preparado.

Cruzó el umbral de la puerta de su pequeña cocina muy al estilo americano buscando algún rastro de presencia masculina. Miró a su alrededor hasta que sus ojos se detuvieron sobre la cafetera que había sobre la encimera de formica blanca; estaba encendida y con una taza a su lado a la espera de ser llenada.

Mordió su labio y dio dos pasos hacia la encimera. Una sonrisa afloró en su rostro en el momento justo en que la encontró: Una hoja arrancada de uno de sus cuadernos estaba a un lado de la taza con su nombre escrito en una caligrafía auténticamente masculina y elegante.

Inhaló profundamente mientras desdoblada con tiento el papel. La sonrisa se hizo más grande y el sonrojo apareció, lo mismo que una luz en sus ojos que hacía años no tenía. Para asegurarse que aquello era verdad leyó el mensaje en voz alta:

*Querida Lynette:*

*Aunque me pesa en el alma, he tenido que dejar tu cama. No me gustaría comprometerte y que lo que ocurrió esta noche se prestase a cotilleos mal intencionados entre los vecinos. Entiendo que eres una mujer discreta y no pretendo dar un espectáculo... aún.*

*No creas que me fui con gusto, me llevo el recuerdo de tus magníficas nalgas y el olor de tu cuerpo mezclado con el mío.*

*He decidido ir a la escuela al final del horario escolar para no interrumpir vuestras actividades. De sobra sé que los niños necesitan vuestra atención y tú, deliciosa Lynette, serías la única cosa que me desconcentraría en el trabajo si te veo dando clases.*

*Me tomé la libertad de dejarte aquí mi número de móvil; ya sabes, por si te apetece salir a comer, digamos... ¿esta semana?*

*Tu obsesionado acosador.*

*Joe.*

—Uff, este ya se ha quedado prendado de mí. —Fue lo primero que salió por su boca antes de releer de nuevo aquella nota—. ¡Ay Lynette! Eres toda una *femme fatale*.

Aún no había decidido que iba a suceder entre ellos. Estaba claro que había cosas que mejor no se deberían de repetir, aunque no había nada de malo en salir a comer juntos algún día, ¿verdad?

No quiso pensarlo demasiado, estaba feliz al saber que él no había huido

como cualquier otro capullo. ¡Si hasta le había preparado el café en su punto!

Una vez terminado su néctar vital, subió las escaleras y se dirigió directa al espejo de su tocador. Se veía radiante y con un brillo en la mirada. Ese día se encontró tan sexy y femenina como no lo había estado en... en... negó con la cabeza; demasiados años.

—¡Madre del amor hermoso! Lo que una buena sesión de sexo hace al cutis. —Inspiró sonriente y se guiñó el ojo. Estaba lista para su ejercicio matutino de autoestima—. ¡Estás resplandeciente! Pero más te vale que quites esa cara de mujer satisfecha, no quieres que en la escuela se den cuenta que anoche tuviste sexo intenso. ¡Cochinota!

Se comenzó a reír con el espíritu en alto y con ganas de comerse el mundo. Después de todo, el día anterior no había terminado nada mal y la mañana había comenzado de forma espectacular.

Lynette avanzaba con una marcha ligera y sonriente, se detuvo en el puesto de revistas para leer los encabezados de los periódicos, cuando sintió que alguien se detenía a su lado y la estudiaba con la mirada. Se giró y encontró a la señora Russof.

—Hola, Lynette —saludó la mujer.

—Buenos días, señora Russof.

—¿Tienes tiempo para un café?

Greta Russof era una de las mujeres más influyentes de Buena Esperanza; viuda del último alcalde, creadora de la casa de la Cultura del Pueblo y presidenta de la Asociación Estudiantil para el Desarrollo de Buena Esperanza.

Intentando disimular los nervios que le suponía la presencia de esa mujer miró su reloj y asintió. Aún tenía un poco de tiempo antes de comenzar las clases.

A unos pocos metros se encontraba la cafetería *Dulce&Salado*, tomaron asiento en la terraza.

—Veras, querida. —La mujer fue directa una vez que la camarera se retiró—. Me he enterado de tu altercado con Alan Rueda, el administrador de Santa Úrsula.

—No fue un altercado —aclaró tratando de quitar hierro al asunto—.

Simplemente creo que las cosas se deberían poder decir libremente entre compañeros.

—Y estoy de acuerdo contigo. De hecho, —La mujer mojó sus labios en la caliente bebida—, más de uno en el consejo de administración también lo está, pero hasta ahora nadie se había atrevido a levantar la voz al administrador, salvo tú. —La señora Russof dejó suavemente su taza en la mesa y continuó—. Pero en realidad quería hablarte de algo más importante que eso. —Su mirada se volvió gélida—. Algunos de la Asociación sospechamos que puede que haya habido, desde hace tiempo, algún tipo de malversación o desvío de dinero de las cuentas de la escuela por parte del administrador.

—¿Malversación? ¿De Alan? —Sorprendida negó categórica con la cabeza.

Era cierto que su ex había cambiado demasiado, se había convertido en un hombre que no reconocía, pero, sin embargo, no lo creía capaz de hacer algo así.

—Mire —continuó Lynette después de una pausa—, conozco desde hace años a...

—Precisamente por eso no habíamos hablado contigo de este asunto antes —la cortó tajante La señora Russof—. Querida Lynette, el amor es ciego. Tendemos a poner infinitas virtudes en el hombre al que amamos. Todos sabíamos de tu relación con Alan, así como también ...—Greta guardó silencio como si sopesara si era correcto lo que iba a decir.

—¿Cómo también qué? —La joven comenzó a sentir el corazón latir con fuerza y un nudo formándose en su garganta.

—Veras, era de sobra conocido en el pueblo que él llevaba años teniendo una amante mientras aún estaba contigo. Era cuestión de tiempo que te dieras cuenta de que lo tuyo con él no tenía futuro o por lo menos no un final bueno.

Un sordo dolor en el estómago y en el corazón se anidó al escuchar lo que la mujer acababa de revelarle, Si era verdad aquello, significaba que había vivido una mentira más tiempo del que ella creía.

—¿Años? —Negaba tratando de contener las emociones que se agolpaban en su interior.

—Por suerte para ti, le dejaste. Pero ahora, todo ha cambiado, ¿no? Tú has abierto los ojos y por eso has sido capaz de plantarle cara. —La señora tomó la taza y se la llevó a los labios, bebiendo un sorbo de café antes de continuar—. Simon Gordon, nuestro director de la escuela, es un buen hombre. Él es incapaz

de dudar de sus empleados y Alan es demasiado astuto, ¿entiendes?

—¿Usted cree que por que Alan sea un capullo eso también lo convierte en un ladrón? —Lyn dio un último trago a su café que ya en ese momento le sabía a mil demonios—. La verdad es que no entiendo que es lo que quieren de mí.

—Pienso que no eres una mujer tonta, Lynette. Pero si necesitas que sea más clara lo seré. —La señora Russof tomó un poco de aire y le soltó la verdadera razón por la que había ido a buscarla—. Queremos que nos ayudes a desenmascarar a ese hombre.

La profesora abrió con incredulidad los ojos.

—¿Qué? Me parece que habéis acudido a la persona equivocada —dijo con rotundidad—. De hecho, si es verdad lo que me está contando, soy la persona más estúpida en todo Buena Esperanza al no darme cuenta durante años de la persona con la que estaba. ¿No creé?

—No, en realidad creo que eres una mujer mucho más inteligente que eso. Solamente, te estoy pidiendo que, por esos niños que tanto amas, hagas algo. —La mujer dejó su taza y le tomó la mano—. Eres la única que puede ayudarnos, Lynette. Él es un hombre hábil que ha sabido ocultar muy bien sus pasos, por eso solo tenemos sospechas, pero creemos que tú puedes encontrar algún tipo de prueba de esa malversación. Necesitamos que la auditoría sepa la verdad y pueda actuar en consecuencia.

—¿Y qué le hace pensar que soy la persona adecuada? Si está enterada de lo que pasó el día de nuestro altercado, sabrá que él y yo actualmente no somos los mejores amigos.

—Pero eres una persona recta, Lynette. —La señora Russof la miraba de forma directa—. A pesar de todo eso, él sabe que eres una persona cristalina y que serías incapaz de...

—Traicionarlo —completó la joven—. ¿Desde hace cuánto sospechan de él?

La mujer acomodó su bolso mientras meditaba un momento sus palabras con esa inteligencia que la había situado entre las personas más destacables e influyentes del pueblo. Suspiró y admitió la verdad.

—Desde hace tres años y sí, antes de que preguntes, tienes que saber que tu nombre también estuvo en duda. Te investigamos bastante, tus propiedades, tus gastos...

—¿De mí también? —Lynette estaba sorprendida— ¿Desde hace tres años?

No puede ser. Cuando aún éramos pareja Alan y yo siempre estábamos angustiados por el dinero. ¡Si nunca salimos los dos de vacaciones a ninguna parte! —sentenció.

—Tu no, querida.

Greta sabía que estaba hiriendo a una persona que no lo merecía. Después de todo, esa profesora había demostrado en más de una ocasión un talante que muy pocas personas tenían, era una buena mujer de principios muy arraigados.

—¿Cómo que yo no? Alan vivía conmigo, él jamás habría ido a alguna parte sin mí.

—¿Recuerdas las excursiones conjuntas que se organizaron con las escuelas de Buena Esperanza y la del pueblo de Siempreverde? Fueron excursiones al bosque de varios días y tú siempre te ofrecías de monitora de uno de los grupos.

—Precisamente... —Y ahí palideció.

Recordó que siempre que había una de esas excursiones Alan insistía demasiado en que ella debía ir como monitora aduciendo que los niños la necesitaban.

Del bolso de Greta se presentaron sobre la mesa fotografías de Alan en pleno aeropuerto, acompañado de aquella zorra que ahora era su novia. Los húmedos ojos de Lynette no daban crédito a lo que era más que evidente. Cogió con mano temblorosa una de aquellas fotografías. Había estado contenido tanto las lágrimas que ya no pudo evitar dejarlas correr por sus mejillas. Sentía como la traición se le clavaba como un puñal. ¿Cuánto tiempo había estado haciendo la idiota? ¿Cuántos más de sus conocidos sabían de esto y se lo habían estado callado?

—Lynette, lamento mucho ser yo la portadora de todo esto. Pero realmente te necesitamos.

—No. —La profesora con la mirada herida y negando con el corazón roto arrojó la fotografía sobre las demás—. Vienes a mí para envenenarme y convencerme de que actúe de una forma que no soy. Alan es un cerdo —Casi escupió la palabra—, pero no voy a ser yo la que te lo entregue. —Se levantó como la mujer fuerte que quiso aparentar—. Lo que sí te prometo, es que mis niños seguirán teniendo a una maestra que ama su trabajo y que hará todo por ellos.

—Entonces hazlo por ellos, no por ti o por él. Esos pequeños merecen algo

digno. —La mujer la imitó levantándose y dejando unas monedas sobre la mesa, miró con pesar a la profesora—. No era mi intención hacerte daño, Lynette, aunque lo he hecho. Pero creo que merecías saber la verdad. Espero que me creas cuando te digo que sabemos que eres una gran mujer dueña de una entereza y fuerza interior admirable. Se de tu pasión por la enseñanza y el gran amor por los niños. Piénsalo.

Y se retiró dejándola sola, de pie en el café. Con la cabeza dándole vueltas y el corazón roto, pero no porque aún amaré a Alan. Descubrir la traición y ser el hazmerreír de todo el pueblo era algo duro de asimilar. Ser consciente de todo lo que implicaban las verdades que le descubrieron ese día solo demostraban una cosa: Nunca supo realmente con quién compartió su vida por años. Negaba incrédula.

—Que ciega he sido, que ciega.

Un sollozo abandonó su garganta, tragó saliva mientras las lágrimas incesantes salían de sus ojos.

—¡No! —Se metió al baño de la cafetería y comenzó a recomponerse—. No me lo permito —le dijo a la imagen al espejo—. No voy a llorar por haber sido tan idiota. No voy a llorar porque no me lo permito. ¡Saldré ahí afuera como la mujer que soy! ¡Saldré con la frente en alto, porque sigo siendo maravillosa!

Quizá las palabras no habían sido las adecuadas, pero había una verdad en todo ello. Una mujer aún con lágrimas en los ojos, el maquillaje deshecho, quizá perdía un poco su magia, pero una que caminaba con paso decidido, con los ojos limpios y el alma pura, esa mujer, era precisamente la que levantaba miradas. Una mujer fuerte se podía dar el lujo de tener el corazón roto y ser capaz de recoger los trozos y unirlos de nuevo.

Esa era Lynette Carlo. Una mujer de espíritu fuerte que no permitiría hundir a pesar del dolor. No ese día. Y sonrió, porque finalmente se había quitado una venda de encima. Sonrió porque sabía que tarde o temprano esa sonrisa sería verdadera.

## Capítulo 16

Los primeros rayos del sol ya iban saludando un nuevo día cuando Joe abrió la puerta de su casa, avanzó hasta el salón donde se encontró con cuatro pares de ojos que le observaban con expresiones distintas. Dos de ellos adivinaron enseguida qué había ocurrido esa misma noche: Bryston y Dalton lo conocían demasiado bien, como para adivinar perfectamente cada una de sus acciones. Carmen y Sandra eran otra cosa.

—¡Por fin apareces! ¿Estás bien? —Su hermana hizo girar las ruedas para acercarse a él—. ¿Dónde has pasado la noche?

—Hemos estado preocupadas —lo acusó una indignada y gruñona ama de llaves.

Joe las miró a ambas, evitando así de paso a los dos gandules que vivían por el momento con él. Besó la frente de la joven y le guiñó un ojo a la mujer mayor.

—La verdad es que me fui a beber una cerveza al otro pueblo. Me llegó la madrugada e hice noche ahí hasta ahora. —Las miró a ambas—. Lamento mucho haberos preocupado.

—Sé que ya no eres un niño, pero realmente me tenías preocupada. No me hagas esto de nuevo, Joe. —Sandra le sonrió poniendo su mano en la barba incipiente de su hermano.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —le aclaró a su hermana mirando a los otros dos que tenían una sonrisa socarrona en la boca—. Ahora iré arriba a darme una ducha

Apenas había entrado a su habitación cuando la voz de Dalton a su espalda llegó alta y clara.

—Sabes que no va a funcionar, ¿verdad? —Su amigo le miraba preocupado.

—Sé que, si no metes la nariz en otra parte, te juro que te parto la cara —advirtió Joe tirando la camisa al cesto de la ropa sucia.

El otro levantó las manos en señal de rendición, pero su lengua era otra cosa.

—¿Una profesora y un actor porno? Eso no va a funcionar. ¿Lo sabes verdad? Nosotros somos algo así como un grupo selecto para algunos círculos y

escoria para otros. En este pueblo somos lo último. —Dalton hablaba con aquella amargura que siempre lo acompañaba, algo que en ese momento cabreaba a Joe como nunca antes.

Joe se deshizo de su pantalón y calzoncillos. No había pudor alguno entre ellos. En cambio, la rabia afloraba rauda para acallar a la que pretendía ser la voz de la razón. Una que él había repasado y que había mandado al carajo.

—Vamos a aclarar una cosa. Jamás me he metido en tus problemas, así que no me vengas a sermonear.

—Te gusta demasiado —sentenció Dalton—. Hermano, deseo que tengas suerte. Las mujeres son los seres más traidores y volubles que existen. Hay pocas excepciones y espero que tu profesora sea una de ellas.

Después de decir eso salió dejando a Joe solo y desnudo frente al espejo del baño. Este maldijo al ver su reflejo y por no haberse contenido, después de todo era su amigo, sabía que se preocupaba por él. Se metió en la ducha con aquella última frase repitiéndose en su cerebro como un eco interminable.

—Ojalá seas una excepción, Lynette —suplicó tratando de evitar, solo por un momento, esa verdad que se presentaba clara.

Cuando ella supiera quien era y a que se había dedicado, saldría de su vida como había entrado. De golpe y de forma aplastante.

Iban a dar las dos de la tarde y Joe seguía descargando materiales de su coche para comenzar el trabajo en la escuela. El rugido de un motor le hizo girar la cabeza y reconocer el llamativo todoterreno de su amigo Bryston que había ido a buscar algunos materiales a su casa. Cuando se detuvo cerca de él vio en la ventana de la puerta trasera a una sonriente Sandra. Joe le devolvió la sonrisa y se acercó para abrir la puerta.

—Preciosa, ¿qué demonios haces aquí? —La tomó en brazos y sintió como ella se abrazaba a su cuello.

Luego la cogió por la cintura para que ella sola apoyase los pies en el suelo sin dejar que se soltase de su cuello.

—Soy curiosa, me moría de las ganas por conocer la escuela. —Sandra se acercó a su oído y le susurró—. ¿Sabes que lo que estás haciendo demuestra que no eres un tipo asqueroso y sin corazón, ¿verdad?

—No lo digas en alto, detestaría mancillar mi reputación. —Le habló al oído imitando el secretismo a modo de juego.

—¡Cabrón de mierda! —gritó furiosa Lynette al ver la escena y dando media vuelta se alejó con paso rápido.

—¿Pero qué...? — Joe giró el rostro al escucharla maldecirle a su espalda.

Bryston que acababa de sacar del coche la silla de ruedas de Sandra, se acercó a ambos y tomó a la joven entre sus brazos.

—La tengo, ve a por ella —lo alentó a salir tras la furiosa mujer que ya se perdía entre la gente.

Y así lo hizo Joe. Lynette era rápida, pero no tanto como él. En unas cuantas zancadas la alcanzó cogiéndola por el brazo y arrastrándola al callejón más cercano.

—¡Suéltame, malnacido! —La mujer golpeaba su pecho con fuerza, la ira brotaba por su cuerpo y había desesperación y un profundo dolor en sus ojos—. Tenía que haber sabido que ya tenías novia. Hijo de puta. ¡Suéltame!

—Quieta, fiera. —La rodeo con sus brazos y la apretó contra su pecho—. ¡Maldita sea, Lynette, cálmate!

—¡Todos los hombres sois iguales! —Lo empujaba tratando de soltarse de su abrazo—. No pienso volver a ser el hazmerreír de nadie más en este pueblo. ¡Qué me sueltes te he dicho!

—¡Yo jamás te haría algo así! —Le alzó el rostro para que lo mirara a los ojos—. Puedo ser un capullo integral, pero nunca —enfaticó con fuerza esa palabra—, podría traicionar la confianza que depositan en mí.

—¡Suéltame ya y lárgate con ella! Oh Dios, no puedo, no puedo hacer esto, no ahora. Aléjate de mí, no quiero volver a verte.

La joven no reaccionaba, transmitía tal angustia que realmente Joe estaba comenzando a preocuparse.

—Dios mío, me fui a la cama con un hombre comprometido. Soy peor que ellos. ¡Me has hecho una puta!

—¡Mi hermana!

—¿Qué?

—¡Que es mi hermana! —gritó ofendido y dolido por aquellas palabras—. ¡Joder, Lynette, es mi hermana! —La aferró entre sus brazos.

—¿Tu herm... ?

—¿Joe? —Una voz trémula los interrumpió—. ¿Ella está bien?

Sandra apareció tras una esquina y tras ella Bryston empujando su silla de ruedas. Se habían acercado al oír los gritos.

—Hola, soy Sandra, la hermana de Joe. Y mi acompañante es Bryston, un amigo de la familia. ¿Estás bien, cariño? —preguntó dedicándole una sonrisa.

Solo en ese momento, Lynette pareció salir de aquella nube en que había estado sumergida. Lo miró a él y a la muchacha y bajó la cabeza avergonzada.

—¡Ay, dios! —Se separó del amplio pecho del hombre al que había dicho de todo menos bonito—. Yo...

—Te prometo que mi hermano no es un mal tipo, es algo irritante, pero en el fondo no es mala persona —Sandra miraba a su hermano y a la profesora, rezando haber llegado a tiempo.

—Yo... yo...

—Llévatela, Bryston. —La voz de Joe sonaba aún alterada con signos de preocupación—. Lynette y yo vamos a tomar algo antes de comenzar nuestro trabajo. Nos vemos en la escuela en media hora.

—¿Tomar algo? —dijo con calma—. Eso suena bien.

La joven aceptó sabiendo que había metido la pata hasta el fondo con su escenita. Si en ese momento la tragara la tierra lo agradecería un millón de años.

Cuando los dejaron solos Lynette se giró para tenerlo de frente. Iba a tomar la palabra con una disculpa cuando Joe se fundió en un abrazo con ella.

—No digas nada, ahora no. Solo quédate así un momento. Recomponte porque después me vas a explicar exactamente qué demonios te ha pasado para ponerte de esa manera.

Joe la mantenía pegada a él, más por necesidad propia que por consolarla. En toda esa vorágine de emociones, en aquel caótico momento, el único verdadero sentimiento que predominó fue impotencia. Una impotencia enloquecedora por no saber cómo ayudarla.

Se dio cuenta que Lynette verdaderamente le afectaba en todos los sentidos y esta vez, lejos de querer alejarse, sus pasos y cada una de sus terminaciones nerviosas le exigían mantenerla a su lado. Sintió las temblorosas manos de la joven abrazarlo a su vez y suspiró.

—Eso es, respira, preciosa. Estás conmigo, no soy un caballero, pero estas a salvo conmigo.

## Capítulo 17

Compartían una mesa en un lugar cercano a la escuela. Lynette pidió solo un refresco de limón y él uno de cola. Un silencio incómodo se extendió entre ellos. Ella sabía que tenía que explicar el motivo de su comportamiento, pero no le resultaba fácil abrirse después de su escena. Inhaló un poco de oxígeno como si eso le diera el coraje necesario. Dio un sorbo a su refresco y empezó a contarle todo lo que había sucedido en su inesperado encuentro matutino con la señora Russof y lo doloroso y humillante que le había sido.

Cuando terminó cerró los ojos y negó con la cabeza intentando no llorar.

—Lo siento tanto. —Por fin lo miró a los ojos—. Te juro que me prometí que esto no me podía afectar, que saber que había sido la tonta del pueblo, el hazmerreír de Alan y su... novia, no me dolería. Pero fue verte con tu hermana, que no sabía que era tu hermana, y pensé que...

—Que la historia se repetía de nuevo y que solo me estaba burlando de ti —concluyó él.

—Sí. —Guardó silencio un par de segundos—. Pero créeme, no malinterprete lo que sucedió anoche. Sé que no hay nada romántico entre nosotros, pero lo de anoche fue...

Joe elevó una ceja y sonrió sin decir nada, en cambio su mano buscó la femenina acariciándola suavemente, disfrutando del contacto piel con piel. Observó cómo sus mejillas se ruborizaban un poco.

—Sexo maravilloso —continuó Lynette con la mirada perdida en el contacto de ambas manos—, algo nuevo para mí, ¿sabes? Durante mucho tiempo he creído que era yo la que tenía problemas en la cama. —Un nuevo silencio mientras buscaba las palabras—. Mis encuentros sexuales con Alan eran tan... Él no... no...

—No se preocupaba por ti —terminó Joe la frase por ella.

—Todo esto me supera. No soy una mala persona, Joe, tampoco soy la mejor, pero soy leal. Yo jamás habría sido capaz de utilizar a nadie como me han utilizado a mí.

Miró el vacío de su dedo anular, uno que siempre había esperado una promesa en forma de un anillo.

—Demasiados años siendo su novia. —Se lamentó con una sonrisa irónica—. Quizá yo me merezca todo esto que me está pasando. A lo mejor yo...

—De eso nada. —El tono de Joe era molesto—. No te equivoques Lynette, ninguna mujer tiene la culpa de que un hijo de puta como ese juegue con sus sentimientos. Así que, ni siquiera intentes culparte por eso. No te lo mereces.

—Ahora mismo ya no lo sé... esa es la verdad.

—Te voy a contar una verdad universal, preciosa. Un hombre, pero un hombre de verdad, cuando tiene una mujer y la ama, solo tiene una meta: hacerla feliz, solo a ella. Es imperante verla sonreír y recordarle cada vez que hacen el amor, que ella es única. Un hombre de verdad no necesita buscar fuera lo que ya tiene en casa, necesita protegerla mantenerla a salvo y eso significa que jamás le haría daño.

—Está claro que me quieres llevar de nuevo al huerto y meterte en mi cama —bromeó Lyn para quitar la tensión de ese momento.

Intentó frenar las emociones que se escondían tras esas palabras que Joe había dicho. Porque de verdad le gustaría que existiese un hombre así que luchase por mantenerla a su lado.

—Eso es un hecho, pero un caballero no lo haría en el estado en que te he encontrado —puntualizó para dejar las cosas claras.

—Pero tú, no eres un caballero, ¿verdad? Así que, creo que una regla como esa en ti no surte efecto.

—Ya, pero tú eres una dama —le recordó el hombre de mirada intensa.

—Joe. —Se acercó a él tanto como le permitió la mesa—. Sin caballero no hay dama.

—¿Qué quieres decir? —Él la imitó perdiéndose en la visión de aquellos labios tentadores.

—Que te estoy invitando de nuevo a mi cama. —Ella se mordió los labios, esperando una respuesta.

Y llegó en forma de una respiración acelerada del hombre que tenía enfrente con esos ojos azules intensos que la miraban con pupilas dilatadas. Le vio levantarse de su asiento y acercarse decidido a ella. Él y su endemoniada estatura; él y su magnífica musculatura; él y aquellos tormentosos ojos que la

devoraban.

Sintió como la mano masculina tomaba su nuca. Ella abrió los labios, deseosa de ese beso que tenía sabor a pura gloria. A promesas de una noche intensa.

Joe la besó con desenfreno. Coló su lengua seduciéndola, creando un ritmo intenso y deliberadamente caliente, para recordarle lo absolutamente deseable que era.

Ella sintió su sangre encenderse como gasolina y las lenguas de fuego creando llamaradas abrazando su piel.

—Esta noche no —dijo él mientras la volvió a besar—. Y no es por falta de ganas, sino porque no está bien hacerlo aprovechándome de las emociones y las verdades que tienes que asimilar. Necesitas estos momentos para tener un duelo justo. —Acarició sus labios con su pulgar—. Pero después de esta noche, iré a tu cama y no habrá fuerza humana o terrestre que evite que tome todo de ti.

Volvieron a fundirse en un beso lento que esta vez no fue carnal. Él la degustaba tomándose el tiempo suficiente para grabarse su delicioso sabor.

Lynette sabía que no eran novios, ni siquiera una pareja. De hecho, tampoco quería tener una etiqueta. Simplemente lo quería cerca.

El sonido del móvil llamó la atención de ambos, ella reconoció el rostro de Miriam en la pantalla, curiosa miró al actor que se encogió de hombros en señal de confusión.

—¿Rubia? —saludó extrañada.

—Que sepas que después de esta me debes de querer mucho y espero un regalo de bodas muy, muy caro. —advirtió la voz de su amiga al otro lado de la línea.

—¿Y eso?

—¡Tenemos un cliente! —chilló la voz femenina.

Lynette, sorprendida y con una gran sonrisa, miró a Joe.

—Espera —puso el móvil en altavoz—, repite.

—¡Qué tienes una futura compradora! —El entusiasmo se percibía a través de la línea—. ¿No os la encontrasteis al salir de la oficina el otro día? Entró poco después de que vosotros os fueseis; una mujer rubia, con cuerpazo y un lunar en la mejilla, muy maja. Bueno, ya os contaré. Por el momento, la voy a llevar a conocer la casa de Ana esta tarde. Bueno, te cuelgo, tengo prueba de

degustación en el lugar del banquete. Ya después te pongo al día, pero amiga, creo que esto se va a solucionar muy pronto.

—¡Es un canalla! —Leo se levantó del sofá rojo de cólera—. Soy viejo pero aún tengo la fuerza suficiente para romperle la cara a ese malnacido.

—Y si no lo hace él, lo haré yo. —Regi, aún vestida con el mono del taller, la observaba mortalmente seria—. Te aseguro que no sabrá por dónde le vienen los golpes.

Lynette se llevó las manos al rostro cubriéndolo por entero, como si con eso pudiese correr un velo y así no pudiera ver lo que sucedía a su alrededor. Había llamado a sus amigos, la única familia que le quedaba. Solo faltaba Myrna. ¿Dónde demonios estaría? En su casa por supuesto que no. Algo tenía que haber sucedido, ¿pero por qué no había acudido a ella?

La mano de Leo sobre su hombro la atrajo de nuevo a ese momento, elevó el rostro para encontrarse con su mirada, una realmente preocupada.

—Ah muchacha, lo que daría por evitarte estos golpes. —La atrajo hasta su pecho—. Lo siento de verdad.

—Me siento la mujer más imbécil del planeta. —Intentaba contener las lágrimas; se había prometido no llorar—. Os juro que jamás me imaginé que llevaba años engañándome ¡Cómo se debió divertir la otra! —Un sollozo escapó de su garganta—. ¿Sabéis lo que significa descubrir que hasta sospechan que ha malversado los fondos de la escuela?

—¿Tú crees de verdad que él ha sido capaz de hacer algo con ese dinero? —Leo, miraba a las jóvenes mientras los engranajes de su cerebro trabajaban rápido.

—La realidad es que ahora no lo reconozco. Es como si comenzara a arrancarse una máscara o más bien, soy yo que ahora me doy cuenta de qué clase de hombre es con el que estuve viviendo durante años.

—Eres demasiado buena, Lynette. Tanto corazón no es recomendable —La diminuta mujer se puso de pie caminando hasta la ventana.

—La señora Russof me ha pedido que me vuelva a acercar a él y busque pruebas para incriminarlo.

—A ver, Lynette, —Regi se sentó frente a la pareja—, él ya no puede hacerte

más daño, así que lo que pasó, pasó. —Antes de que su amiga hablase elevó la mano en señal de que aún no había terminado—. Pero otra cosa es que él esté robando a la escuela. Según lo que te ha propuesto la señora Russof, a mi entender, solo tienes dos opciones: O bien pasas de todo esto y no te metes, o decides hacer algo por Santa Úrsula.

—No es tan fácil... —Lynette mordía nerviosa su labio

—Me imagino que no, pero alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

—Ella no tiene por qué acercarse de nuevo a él —Leo interrumpió enfadado.

—Ya me dirás entonces cómo conseguir las pruebas. —Regi miró a Leo con obviedad.

—No lo sé, pero tenerlo cerca no ha sido ni será bueno para ella. Personalmente, prefiero que Lynette se mantenga al margen.

—Pues me vas a matar, Leo, pero la verdad es que yo en el lugar de Lynette lo jodía y bien jodido.

—¿Eso me convertiría en una exnovia despechada? —dijo con preocupación Lynette—. Siempre he odiado ese tipo de actitudes en las mujeres.

—¿Qué te dice el corazón? Escúchalo, ese viejo amigo siempre tiene las respuestas. —Leo la miraba con una sonrisa paternal.

—El mío es idiota—se quejó Lynette con pesar.

—No, el tuyo es noble. Eres una gran mujer. Tienes el espíritu de Ana, su fuerza y su voluntad. Siempre estuve y estaré orgulloso de ti. Si hubiese tenido una familia seguro que tendría una hija igual a ti. No dudes jamás de tus pasos, no te arrepientas de ellos. Hasta ahora tú no has actuado mal, has sido una guerrera, sigue siéndolo, pues has elegido el arma más importante: la enseñanza.

—¿Y si no es culpable? —Lyn se mordió los labios

—Entonces, solo es un capullo infiel y no un estafador a tiempo completo. —La pelirroja abrazó con fuerza a su amiga para darle ánimos.

Justo en ese momento tocaron la puerta. Regi se levantó de un salto y salió corriendo del salón, no tardó ni un minuto cuando ya estaba bailando con la cena en mano.

—¡Pizza! ¡Pizza! —Dejó caer las cajas en la mesa de centro—. Manjares deliciosos para una pobre chica que apenas ha comido hoy.

—Lo tuyo con las pizzas es un problema, lo sabes ¿verdad? —Lynette miró divertida a su amiga que daba un buen mordisco a un trozo.

—Se llama amor. ¿Qué placer más grande puede existir entre el rugir de los motores y un trozo de pizza? Para mí, ninguno.

Los tres comenzaron a reírse liberando las tensiones del momento. Pero en la cabeza de Lynette seguía una marejada de pensamientos confusos, sobre todo el que le hacía recordar al hombre de mirada intensa y sonrisa socarrona. Lo echaba terriblemente de menos. Miró hacia la ventana y algo llamó su atención, una figura que se movió rápida. Se acercó para asegurarse de lo que había visto, pero no vio nada al otro lado del cristal. Negó confundida. Al parecer comenzaba a ver cosas donde no las había. Aunque esa noche se prometió asegurarse de que las puertas y ventanas estuviesen correctamente cerradas. Un escalofrío la recorrió. Sí, era mejor tomar precauciones.

## Capítulo 18

Esa mañana del viernes, Gregor Campbell había llegado temprano a casa de los hermanos Kramer para continuar con las sesiones en la rehabilitación de su paciente.

Cuando se pusieron en contacto con él y le presentaron el caso de la joven Sandra Kramer: paraplejía por compresión de la médula espinal producida por una fuerte caída, Gregor estudió los informes médicos y llegó a la conclusión de que con una rehabilitación adecuada podía tener algunas posibilidades de recuperar la sensibilidad de los miembros inferiores.

Al inicio no pensó aceptar el caso porque cualquier otro rehabilitador cualificado podría conseguir avances aceptables. Pero fue al ver el informe psicológico de la joven lo que le hizo cambiar de opinión: «..depresión de la paciente debido posiblemente a un trauma psicológico...», «...la paciente rechaza tratamiento farmacológico...». Gregor sabía perfectamente las consecuencias que eso podía suponer.

Llevaba una semana trabajando con Sandra con suaves sesiones de rehabilitación y motivación. A pesar de que la joven no ponía nada de su parte para cooperar con su tratamiento, Gregor decidió que ya estaba preparada para el siguiente paso. No iba a ser fácil.

—¡Lárgate cabrón de mierda!

Sandra le lanzó una botella de agua. Lo odiaba tanto, que esperaba hacerle daño al malnacido. Desgraciadamente, el tipo parecía un gato y evadía cualquier ataque verbal o físico. El joven contraatacó con mayor fuerza.

—¿Qué pasa, muñequita? ¿Tus manos son igual de inútiles que tus piernas?  
—Gregor la provocó de nuevo, haciendo salir esa ira que llevaba anclada aquella muchacha.

—Acércate maldito cobarde. ¡Estás despedido, maldito cerdo! —Las lágrimas caían raudas al escuchar un nuevo insulto.

—¿Lloras? Por favor, es lo único que sabes hacer. —Cruzó los brazos sobre el

pecho mientras utilizaba palabras más crueles aún—. Mala cosa, una inválida llorona. Dar lástima, ¿te funciona con los demás? Esa es la realidad, ¿no, muñequita? Te gusta ser el centro de atención, verdaderamente disfrutas siéndolo.

El chillido de Sandra esta vez se hizo más agudo. La furia bailaba en sus pupilas al escuchar las palabras. Buscó con rabia algo a su alcance con lo que hacerle verdadero daño.

—¡Tú no sabes, nada! ¡Cállate! —exigió llegando a su límite—. ¡Acércate! ¿Qué pasa? No tengo mi silla de ruedas, me tienes aquí sentada, inutilizada y por eso me insultas... ¡Cobarde!

Gregor se colocó a dos pasos de distancia frente a ella, inspiró profundamente y la miró alentándola.

—Si tanto me odias, ¿por qué no te levantas de esa silla y vienes a por mí? Te prometo que no me voy a mover ni un milímetro de aquí.

Sandra lanzó su brazo derecho lo más lejos que pudo para intentar cogerlo mientras que con la izquierda se sujetaba a la silla para no caerse.

—Vas a tener que esforzarte más si quieres alcanzarme.

—Basta. —La joven se cogió con ambas manos de la silla.

—Vamos muñequita.

—¡Basta!

—¿Ya te rendiste?

—¡Bastaaaaaa! —gritó Sandra.

Esa mañana de viernes, Joe acababa de despertar, era el primer día que no madrugaba para salir a correr, se encontraba agotado y había preferido remolonear en la cama un poco más. Bryston y él llevaban una semana entera trabajando hasta el cansancio, limpiando y pintando la fachada de la escuela hasta dejarla en perfecto estado. Acordaron para el fin de semana continuar con las aulas, aprovechando que no había clases.

Se estaba incorporando cuando escuchó los gritos de Sandra que venían de la parte trasera de la casa. Su instinto protector despertó y en menos de un minuto bajó a grandes zancadas la escalera y cruzó el salón en dirección a la puerta trasera de la casa. La abrió de golpe y un nudo en la garganta le impidió respirar.

Joe quedó paralizado.

Sandra estaba de pie, nada la sujetaba excepto sus temblorosas piernas. Estaba hermosa, brillante, con lágrimas en los ojos, pero, sobre todo, estaba furiosa.

—Ahí está... —Gregor había cambiado el tono, ignorando la presencia del hermano de su paciente—. Ahí está lo que te impulsa, lo que te debería servir para volver a caminar. Eso se llama determinación, úsala para mantenerte en este punto.

Ella se miró incrédula los pies.

—Sandra. — Joe apenas pudo pronunciar su nombre.

La joven elevó el rostro encontrando la figura de su hermano a pocos metros.

—Joe. —Su voz denotaba sorpresa por encontrarlo ahí.

Las piernas le flaquearon, alcanzó a verlo acercarse para impedir su caída, pero fueron otros brazos los que la sostuvieron con seguridad.

—Es suficiente por hoy —concluyó el rehabilitador.

Elevó a la joven entre sus brazos bajo la atenta mirada de Joe que se acercaba sorprendido. Gregor se aproximó a la silla de ruedas, la depositó con suavidad y se alejó unos pasos.

Joe al llegar a su hermana se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Lo tranquilizó con la incredulidad aún marcada en su rostro—. ¿Me has visto?

Gregor se acercó de nuevo, ofreciéndole la botella de agua que minutos antes había volado muy cerca de su cabeza.

—Lamento mucho haberte atacado. —Se agachó frente a ella para quedar a su altura—. Tu furia, tu frustración, tu depresión y tu falta de fe son los que no te permiten ver que siempre hay esperanza. Siempre, Sandra. La tenías contenida ahí y eso te mantenía anclada a la pesadilla que estás viviendo. Tú pones tus límites.

Se incorporó y Joe le imitó.

—Una de las condiciones que puse para tratar a tu hermana es que nadie me interrumpiera durante las sesiones —le recordó—. Acabas de ver lo que es capaz de hacer tu hermana, si hasta ahora no se había puesto en pie es porque ella se

había rendido. Su lesión es más psicológica que física. Si le dabas bombones cada vez que ella se derrumbaba era más fácil que viviera en constante derrota.

—¿Estas insinuando que los médicos se equivocaban? —Sandra lo miraba confusa.

—No. Veras, Sandra.

Gregor se sentó en el suelo. Era alto aún sentado; de complexión delgada como un profesor de yoga; moreno de cabello rizado recogido en un pequeño moño que llevaba a media cabeza; su rostro parecía casi siempre estar en paz.

—Lo que estoy tratando de explicarte —continuó—, es que a veces la mente es la peor compañía. El daño te lo hiciste, pero no siempre es irreparable.

—No fue lo que dijeron...

—Sandra, tienes una lesión, pero el peor daño fue lo que escuchaste. Te centraste tanto en darte por vencida que decidiste que no tenías oportunidad a segundas o terceras opiniones, simplemente te dejaste vencer por el dolor.

—Es una luchadora —puntualizó Joe.

—No lo dudo, pero la mente es endemoniadamente perversa, nos juega malas pasadas, las peores, pero en otros casos es nuestra mejor aliada. —Hizo una pausa—. Conocí una vez la historia de un joven, hijo de un camionero, que una gélida mañana de invierno acompañó a su padre en una de sus rutas cerca de las montañas. Cuando bajaron por una pendiente, una de las ruedas del camión estalló. A pesar de lo resbaladizo del asfalto el padre consiguió controlar el vehículo deteniéndolo a un lado del arcén. El hombre agarró la llave de cruceta, se bajó y le pidió a su hijo que cogiese las cuñas y el gato hidráulico. Se tumbó en el asfalto debajo del neumático de repuesto, que se encontraba entre las ruedas de uno de los lados del camión. Tuvo que flexionar las rodillas y acercarse mucho, casi hasta apoyar las espinillas, a la rueda trasera para alcanzar mejor los tornillos. El joven estaba buscando debajo del asiento cuando notó que algo se movía. Un grito desgarrador asustó al chico que de un salto salió del camión buscando a su padre. La rueda trasera le estaba atrapando los pies y el vehículo seguía avanzando, subiendo por sus piernas, aplastándole las rodillas en su pecho mientras la parte trasera se elevaba sobre su cuerpo. El joven oía el grito ahogado de su padre mientras él empujaba con todas sus fuerzas en dirección contraria sin importarle que el ardiente tubo de escape estuviese achicharrándole el antebrazo. —Gregor paró de contar su relato mientras se

sujetaba el brazo derecho—. El hombre quedó literalmente destrozado, con varias costillas rotas y las vértebras aplastadas. Después de innumerables intervenciones quirúrgicas los médicos le pronosticaron que con tales lesiones viviría el resto de su vida en una silla de ruedas, pero él se negó a estar anclado a un trozo de frío metal. Su cuerpo sufrió, pero tal era su fuerza de voluntad, tal era su carácter que contra todo pronóstico y en menos de dos años, el padre volvió a andar.

Gregor tomó aire y de un impulso se levantó del suelo, ninguno de los hermanos se atrevió a hablar.

—¿Por qué habría de ser diferente en alguien tan joven y fuerte como tú? —Se acercó a Sandra y le dio un suave golpe con el dedo en la punta de la nariz—. A partir de ahora todo depende de ti. Puedes ingresar en una clínica especializada, les puedo enviar mis observaciones y valoraciones o seguimos tú y yo. Pero te advierto algo, a partir de ahora realmente comienza lo duro, no tendré piedad contigo. Voy a exigir el doscientos por ciento de tu voluntad y la voy a quebrantar. Va a doler físicamente, porque volver a aprender a caminar y recuperar tu cuerpo es doloroso. Me odiarías mucho más de lo que ya lo haces, pero no me va a importar, porque es mi trabajo.

Sandra abrió la boca para interrumpirlo, pero él no se lo permitió, se llevó un dedo a los labios pidiéndole de esa forma que guardase silencio.

—Lo que puedes dar por hecho es que voy a hacer que camines, estés de pie, y que te valgas por ti misma.

Joe miró a su hermana y trató de darle otra opción, aunque esperaba que eligiera la que en ese momento le estaban dando.

—No tienes que trabajar con él si no quieres.

La muchacha miró a su hermano, le dio una palmada suave en la mejilla y después se dirigió a Gregor que ya se encontraba cerca de la puerta.

—¿No piensas esperar mi respuesta? —Le preguntó contrariada.

El hombre se detuvo y se giró poco a poco cruzándose de brazos.

—A veces las mejores decisiones se toman meditándolas bien, después de todo tienen mi número.

—A la mierda tu número. —Sandra avanzó hacia él girando las ruedas de su medio de transporte—. Prométeme que estarás a mi lado hasta el final.

Le vio bajar hasta su altura y por primera vez Sandra se dio cuenta de que

tenía unos ojos negros como la noche enmarcados con pestañas largas y espesas. Le costó respirar cuando le sintió retirar un mechón de su frente y jugar con él entre sus dedos.

—Estaré a tu lado en todo esto.

La muchacha asintió, le tomó la muñeca y amenazó:

—Me alegra, porque lo primero que haré en cuanto pueda moverme de esta mierda es patear tu culo, lo pateare tan fuerte. —Cerró sus ojos mientras hablaba entre dientes—, pero tan fuerte, que terminaras en China con el coxis destrozado.

Gregor se acercó a ella hasta que su nariz chocó con la suya.

—Mantén esa promesa y contén tu furia para los próximos meses. —Se puso de pie y le guiñó el ojo—. Nos vemos mañana, descansa y abraza a tu hermano. Creo que realmente lo necesita.

Joe ya estaba con ella, sonriéndole como un bobo.

—Me he puesto de pie, Joe. —La chica se abrazó a su puente seguro.

—Lo has hecho, pequeña, y estoy orgulloso de ti.

Joe pensó que quizá después de todo, no había sido tan mala idea haber ido a Pueblo Muerto; no, a Buena Esperanza.

## Capítulo 19

¡Viernes! Lynette escuchó el timbre que anunciaba el fin de la clase. Un delicioso y necesario fin de semana la esperaba para descansar y organizar algunas cosillas del trabajo.

La maestra sonreía a todos los pequeños, pero su sonrisa se hizo radiante cuando vio al objeto de sus pensamientos aparecer detrás de uno de los padres. Sus miradas se encontraron y fue un asentimiento en forma de saludo lo que hizo sentir a su corazón galopar de emoción hasta que lo vio perderse en una esquina.

Cuando él entraba a trabajar ella siempre terminaba sus clases, lo que complicaba cualquier acercamiento más allá de un disimulado roce de manos cuando se cruzaban. Eso la hacía suspirar y anhelar un próximo encuentro.

¿Cómo podría meter a un hombre como ese otra vez en su cama? Esa era la cuestión, no sabía si invitarlo a una cena con ella como plato principal y decirle: La cena está servida, come todo lo que gustes. Cada vez que lo meditaba la incertidumbre y el miedo al rechazo la hacían declinar aquella descabellada idea.

—Podría acercarme a saludarlo y desearle un feliz fin de semana. —Meditaba en voz alta en el momento en que terminó de entregar al último de los pequeños—. Hay que armar un plan, definitivamente necesito un plan —Tiraba de su labio—, y después comprar algún conjunto sexy, digo yo.

Una vez decidida caminó entre los pequeños pupitres para asegurarse que todo había quedado en completo orden y que ningún niño había olvidado alguna prenda. Recogía sus cosas cuando la puerta se abrió y Alan entró.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

El administrador ignoró la pregunta mientras cruzaba el aula, hasta que por fin decidió girarse hacia ella y fingiendo quitarse una motita de polvo de la chaqueta respondió.

—Como cada viernes, el consejo de administración de la escuela tiene la reunión semanal.

Ella se cruzó de brazos incómoda.

—Bueno, que yo sepa la reunión es en la dirección, no en mi aula, así que

vuelvo a repetir ¿Qué haces aquí, Alan?

En ese punto Alan estaba a unos pocos metros de ella, unió sus manos en señal de disculpa.

—He oído por ahí que te han visto hablar con Greta Russof, espero que no la estés molestando, no queremos que con tus tonterías echés a perder las importantes donaciones que ella hace a la escuela.

Lynette se giró para que no percibiera la rabia que la comenzaba a carcomer.

—¿Mis tonterías? —repitió cada vez más alterada.

—A nadie le interesa lo que tienes que decir, Lynette, te lo he dicho siempre, haz lo que mejor sabes hacer, dar clases a niños y no estorbar a los demás.

—Greta...

—La señora Russof —recalcó el administrador como si con eso pudiera humillarla.

—La señora Russof, —Lo imitó en tono irónico—, únicamente se acercó a mí para saber cómo van las reparaciones de la escuela.

Alan chasqueó la lengua.

—Espero que le hayas dicho que todo va bien y no hayas metido la pata de nuevo —le advirtió antes de salir por la misma puerta que había entrado momentos antes.

Ella se dejó caer en la silla y empezó a guardar sus cosas en su bolso con tranquilidad, queriendo fingir que no la afectaba aquella nueva humillación. Cerró los ojos y justo en ese instante escuchó la puerta abrirse de nuevo y un carraspeo que intentó llamar su atención.

—¡Lárgate de una vez! —ordenó furiosa—, ¿Acaso no te has quedado a gusto?

—Pues la verdad es que no, pero si quieres puedo venir en otro momento.

La familiar voz masculina de Joe sorprendió a Lynette.

—¡Esperaaa! —gritó levantándose de un salto.

Del impulso el bolso salió volando de sus manos desperdigándose por el suelo algunos de los objetos que guardaba en él. Avergonzada se agachó a recogerlos cuando sintió la presencia masculina frente a ella a pocos centímetros ofreciéndole su móvil. Sus dedos lo aceptaron y sin querer entró en contacto con la cálida mano masculina.

Ambos se miraron a los ojos atraídos como un imán y poco a poco se elevaron hasta quedar de pie. La atracción se sentía en el aire.

—Graci...

Los labios masculinos acallaron a Lynette. El beso no era tierno, era más bien hambriento, uno de reconocimiento que dejaba claro que la había echado de menos. Sintió como su cuerpo quedaba atrapado entre la pizarra y el duro pecho del hombre que la apretaba entre sus brazos, mientras su lengua buscaba una respuesta de la suya, borrando de su memoria cada momento en que la hizo anhelarlo.

—Necesitaba besarte —Joe posó sus labios en su frente—. Me estaba volviendo loco pensando en la mejor manera de abordarte.

—Podías haber ido a mi casa —sugirió ella.

—No, necesitabas un poco de tiempo, pero creo que ya has tenido suficiente. —Con su pulgar acariciaba sus labios—. Venía a invitarte a salir. ¿Te parece bien si paso a por ti hoy a eso de las diez de la noche?

—¿Vamos a tener una cita?

—Definitivamente, sí. Vamos a bailar —aclaró poniendo distancia entre ellos a regañadientes.

—¿A bailar? —preguntó Lyn—. Hace años que no lo hago, creo que ya ni me acuerdo.

—Tonterías. Así que, ponte algo sexy. Quiero presumir de pareja.

—¿Me llevarás en tu moto? —preguntó ella mientras se ponía el bolso al hombro.

—Si te pones minifalda, sí. —Joe admiró a la profesora de curvas rellenas.

—¿Minifalda? —Ella comenzó a reír—. ¿Tú has visto mi talla?

—Si quieres subirte en mi moto, te pondrás una minifalda. —Joe abrió la puerta del aula cediéndole el paso—. Y una corta de verdad. Quiero saber que cuando estés atrás con tus muslos rozando los míos, tus bragas sean lo único que se interponga entre tú y yo.

Lynette se puso más roja que la grana sin saber si era por vergüenza o la excitación.

¿Un bonito vestido en blanco y negro corte imperio a medio muslo contaba cómo minifalda? No tenía ni idea, pero lo cierto era que Lynette había disfrutado de una tarde de compras intentando encontrar el conjunto acertado

para poder incitar la pasión de cierto hombre que le obnubilaba los sentidos, sobre todo le encantaban las medias negras sujetas por el ligero que había comprado.

Dejó suelto su cabello y onduló las puntas. Usó el maquillaje básico y se calzó unos tacones altos. Se miró en el espejo y se gustó.

Escuchó el rugir de la moto y bajó como una exhalación, abrió la puerta antes que sonara el timbre. Joe estaba endemoniadamente atractivo con esa chupa de cuero, la camisa blanca ajustada a su pecho y esos pantalones vaqueros que se pegaban a sus caderas estrechas y sus fuertes piernas.

Por cómo la miraba, Lynette supo que iba vestida de forma correcta, sin parecer ridícula embutida en el ceñido vestido.

—Más te vale no tentarme más, preciosa —advirtió Joe tendiéndole la mano—. Ni siquiera voy a intentar besarte o no salimos de tu casa.

La acompañó hasta su moto agarrándola por la cintura. Joe le entregó su casco y la ayudó a colocárselo.

—Sube —ordenó—. Quiero ver qué tal montas una moto.

—Primero tú, a mi este cacharro seguro que me tira.

—Lynette, tiene la pata de la moto echada. No te vas a caer. Venga.

La muchacha agradeció que no pudiese notar el sonrojo que le vino a la cara justo en el momento en que se subió la parte baja del vestido dejando al descubierto parte del equipo de seducción para montar el vehículo.

Le escuchó maldecir dos o tres veces mientras se ponía el casco.

—Eres una bruja, la más endiabladamente tentadora que he conocido. Voy a tener dolor de huevos toda la noche.

La sonrisa satisfecha de haber causado el efecto esperado, se dibujó en el rostro de la profesora. Era la primera vez que usaba algo para otro hombre que no fuera Alan, y se sentía realmente sexy y disfrutaba con el poder que le estaban dando a medida que conocía a ese hombre.

Su primer viaje en moto fue como estar en una nube, no existía nada más delicioso que abrazarse a Joe y sentir su calor en todo su cuerpo.

Se sorprendió al entrar en un bar de música latina. Encontraron una mesa y Joe se adelantó para pedir un Daiquirí de Fresa para ella y una cerveza sin alcohol para él.

—¿Planeas emborracharme? —preguntó bromista.

—No, pero quiero que pruebes esta bebida. Como es una de mis frutas favoritas, cuando te bese tendrás su sabor en tus labios.

—¿Me piensas besar? —fingió sorpresa divertida.

—Pienso comerte la boca en más de una ocasión, pero antes, vamos a sacudir el cuerpo.

Bailar con Joe era absolutamente divertido y fácil. Cada roce, cada acercamiento estaba hecho para exudar sexualidad por los poros. La ceñía a su cintura pegando su cadera a la de él, haciéndola sentir la potencia del fuerte cuerpo masculino al moverse y rozarse reduciendo cualquier espacio entre ellos. Se sentía liviana en cada giro, en cada paso y en cada balanceo.

Joe, se mostraba orgulloso de lucirla y la hizo sentir la reina de la noche.

Lynette era simple arcilla y Joe era el artista pecaminosamente tentador y masculinamente peligroso.

La noche llegaba a su fin. La pareja bajó de la moto y avanzó cogida de la mano hasta la puerta de la casa. No hubo necesidad de palabras, simplemente ocurrió. Se besaron con una pasión que casi rayaba en desesperación. Las manos de Joe estaban por todo su cuerpo, aunque no bajo su ropa. La pegó a él, frotando su entrepierna en la pelvis de ella, sobó y apretó su culo.

—Quiero sentirte —suplicó Lynette entre gemidos.

—¿Quieres tenerme dentro de ti? —preguntó Joe enronquecido jugando con uno de los pezones entre sus dedos.

—Oh sí, por favor. —La joven bajó la mano para frotar el bulto que se había formado en el pantalón.

Joe cerró los ojos disfrutando de la caricia, movió su cadera para que no le quedaran dudas del estado de excitación que tenía. Ella decidió aumentar la provocación para poder continuar dentro de casa. Así que, comenzó a bajar la cremallera, justo cuando iba por la mitad la mano de él la detuvo.

—Esto no va a pasar hoy, cenicienta. —La besó de nuevo y pegó su frente a la suya—. Mañana tengo que levantarme temprano y tú tienes que descansar.

Diciendo eso la soltó poco a poco antes de girarse para dirigirse a la moto.

—¿De verdad te vas así? —Lo miró incrédula.

—Lynette, la maestra para la que trabajo ha resultado ser muy exigente. Si no voy o llego tarde seguro que me mata. —Ladeó la cabeza y la miró con esos

pecaminosos ojazos azules—. Ven mañana a la escuela, hazme compañía.

—No debería. —Se apoyó en la puerta mirando el trasero prieto de su amante.

—Trae el almuerzo. —Él se subió a la moto y se perdió en la noche.

¿Qué se suponía que tenía que hacer? Lo deseaba y lo quería ya. Entró a su casa y se dejó caer en el sofá. Estaba más caliente que una hoguera de San Juan. Y de nuevo su cama estaría vacía sin él. Su mente comenzó a trabajar rápidamente. Joe era un reto y había comprobado que estaba jugando o quizá...

—¡Capullo! Seguro que está esperando a que sea yo la que lo seduzca. —Comenzó a reír al descubrir esa verdad—. Uff, pequeño. Así que tu maestra es estricta... no tienes idea de cuánto.

## Capítulo 20

Joe detuvo su moto ante la luz roja del semáforo. La voz perversa e insaciable de su interior le suplicaba, le gritaba que regresase a los rellenos brazos de su bocado de vainilla y perderse en esos muslos cremosos y deliciosos. En cambio, otra voz, la que él consideraba la justa y coherente, le decía que no, que iba por buen camino para conquistarla.

El sonido del móvil le hizo agradecer a Bryston lo oportuno que era y así tener otra cosa en que pensar que no fuese aquella mujer que lo mantenía ansioso y caliente.

—¿Se está quemando la casa? —preguntó atento al cambio de luces del semáforo.

—Peor, Dalton ha ido de bares en busca de un *Red Bull*, ya es el cuarto que lleva y sabes lo que eso significa —contestó el otro en un gruñido.

El rostro de Joe se tornó serio.

—¿Y se puede saber por qué demonios no lo has detenido?

—¿En serio me vas a preguntar eso? Solo te digo que tiene esa mirada. Ven antes que de que acaben llamando a la policía.

—Mierda. ¿Dónde estáis? —Esto eran verdaderas malas noticias.

—En «*El Rey del Camino*» A las afueras del pueblo a diez kilómetros al sur. Ven antes de que te pierdas la diversión.

—Voy para allá, retenlo todo lo que puedas —Joe cortó la llamada maldiciendo.

No esperó a que la luz del semáforo cambiara a verde, arrancó la moto haciéndola rugir, deseando llegar a tiempo para evitar que su amigo se metiera en verdaderos problemas.

Conocía a Dalton perfectamente, tenía aspecto de militar mal encarado, pero en el fondo no era un mal tipo. Sin embargo, había momentos en que el dolor y la amargura le superaban, sobre todo cuando le acosaban sus fantasmas del pasado. Alguien le había lastimado y traicionado de forma tan profunda que no importaba el tiempo que pasase, la herida seguía tan abierta como entonces. Recurrió a las drogas y al alcohol para olvidar. Fue el momento más oscuro de

su vida. Por suerte sus amigos, Bryston y Joe, le convencieron para entrar a un programa de desintoxicación, logrando alejarlo de sus adicciones.

Llegó al bar. Un sitio que anunciaba a las claras lo qué podías encontrar ahí: Problemas. Allí seguro que se encontraba su amigo. Reconoció el todoterreno tuneado de Bryston. Aparcó la moto cerca y desmontó estudiando el terreno al que se dirigía. Entró con paso seguro al local, captando las miradas de los que ahí se encontraban. *Whiskey in the Jar* de Metallica sonaba en la máquina de música, eso seguro era cosa de Dalton que la había adoptado como su himno personal cuando buscaba problemas.

—Nos estamos volviendo viejos para esto. —La voz de Bryston sonó a su espalda un poco antes de quedar a su lado y señalar con la cabeza la zona de mesas de billar.

Joe no respondió simplemente asintió con la cabeza.

Ambos hombres observaron a su amigo que estaba al borde de la mesa más cercana. Destacaba con sus casi sus dos metros de estatura, su corte de pelo al estilo militar y su cara de mala leche. Sostenía entre sus manos el taco sopesándolo al ritmo de la música. Frente a él, un grupo de hombres, a cada cual más imponente, y sobre la mesa de billar un fajo de billetes. Quien no lo conociera, pensaría que estaba estudiando una estrategia para ganar ese dinero, pero ellos sabían que era cuestión de que de un momento a otro todo se descontrolase.

—¿Cuánto lleva apostado? —preguntó Joe mientras se tomaba su tiempo en deshacer y volver a hacerse la coleta mientras estudiaba a los hombres frente a Dalton.

—Aun nada. Acaba de empezar.

—¿Y cuánto lleva él encima?

—No tiene ni para pagar lo que está bebiendo —contestó Bryston dibujándose en su rostro tatuado una mueca burlona.

—Esto no pinta bien. —Joe se quitó la chaqueta dejándola sobre el banco más cercano a la barra.

—Jamás pinta bien cuando se toma un Red Bull —puntualizó el otro a la vez que se iban aproximando.

—¿Y lleva cuatro? ¿Por qué le has dejado?

—Cinco. Y digamos que yo también me aburría.

No fue una disculpa, fue una declaración de intenciones.

—¿Tu tampoco llevas dinero? —Joe miró incrédulo a su compañero.

—¿Estás loco? —Una risita cínica afloró antes de continuar—. Yo ya he pagado por adelantado cualquier desperfecto que provoquemos.

Ambos se aproximaron hasta ser iluminados por la lámpara de la mesa. Dalton, que estaba dando tiza al taco los vio.

—¡Ey, Joe! —gritó con una sonrisa dibujada en su rostro—. Cuánto me alegro de verte. ¿Has venido a ver como avergüenzo a este grupo de nenas?

—Dalton.

—Shhh... En un minuto estoy con vosotros.

Con lentitud se inclinó sobre el tapete verde y apuntó con el taco a la bola blanca. Después de unos movimientos de vaivén sobre su mano apoyada en el tapiz, golpeó con fuerza la bola. Esta salió disparada por los aires hasta caer rodando por el suelo cerca de los incautos jugadores que observando la escena comenzaron a reírse. El más alto se aproximó a Dalton.

—Buen golpe —se rio—. Venga tío, paga. Quinientos. —exigió mientras le tendía la mano.

—¿Eran quinientos? —El susodicho negó—. Yo no recuerdo eso.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó el otro iracundo.

Dio dos pasos hacia él hasta quedar a un par de centímetros de su rostro. Intentó imponerse a Dalton elevando y echando la cabeza para atrás pues quedaba a un palmo por debajo este.

—¿Cómo piensas pagarme?

—Así. —Dalton le dio un beso en los labios, lo que provocó que su rival diera un paso atrás enfurecido.

Era la señal de que la fiesta había comenzado. Un puño le impactó en la mandíbula haciéndolo retroceder un poco, un alarido, más de placer que de dolor, escapó de su garganta antes de lanzarse por el que le había agredido.

Otro de los jugadores se acercó para golpearlo por la espalda cuando fue interceptado por Bryston que le asestó una patada en el pecho, al mismo tiempo que Joe detenía a otro por el brazo retorciéndoselo en la espalda y lanzándolo sobre el tapete de billar.

La poca gente del bar se empezó a aproximar al ver la pelea, a excepción de un hombre pulcramente vestido y engominado que estaba sentando ojeando la

carta de vinos cerca de la puerta de entrada y una rubia detrás de un periódico al otro lado del salón.

Los tres compañeros no tenían muchos problemas al esquivar y responder cada golpe, a pesar del pequeño espacio donde se desenvolvió la pelea. Para desgracia de Dalton y Bryston apenas duró cinco minutos después del primer golpe. Todos con los que se habían enfrentados estaban bastante magullados en el suelo o sobre las mesas de billar. Por suerte los desperfectos no parecían numerosos; algunos tacos de billar rotos; un par de sillas abolladas y un tapete rasgado.

Joe, intentando recuperar el aliento se acercó a Dalton quien parecía tener una pequeña brecha en la ceja izquierda.

—Que sea la última vez que...

—Ya, ya, ya, mamá. —Le interrumpió mientras se apoyaba en una mesa y se tocaba la frente—. No volverá a pasar.

—Eso dices siempre —le contestó Bryston mientras recogía una silla del suelo y la colocaba en su lugar.

Parecía que este último no había participado en la pelea pues seguía tan fresco como había llegado. Sin embargo, sus puños habían impactado más veces en las filas enemigas que los de sus amigos.

La congregación se comenzó a disipar y los actores por fin se quedaron solos.

—¿Otro Red Bull? —preguntó Dalton.

—¿Estás loco? —preguntaron al unísono los otros dos.

—Nos vamos a casa —aclaró Bryston empujándolo a la salida.

Joe siguió a sus amigos fuera del local, cuando se dio cuenta que olvidaba su chaqueta y se enfiló de nuevo hacía allí para recuperarla, acababa de entrar cuando pasó al lado de una pareja y no pudo evitar escuchar la discusión que tenían.

—Vamos, nena, para eso cobras. —El hombre se pisaba las palabras a causa de la bebida mientras atraía a la camarera a su regazo—. Solo un ratito, tu y yo.

—Yo solo sirvo bebidas, déjame o llamo a seguridad —aclaró muy incómoda la muchacha, harta del acoso del tipo engominado.

—Eres una zorra. A mí no me engañas, todas sois iguales. ¿Quieres cobrar más? —Su mano apretó el trasero de la chica pegándola a él—. ¿Cuánto quieres

por enseñarme las tetas?

—La dama te ha dicho que no.

Joe interrumpió furioso al reconocer al ex de su pequeña perdición. Odiaba a los malnacidos como él. Ninguna mujer, ejerciera la profesión que ejerciera, merecía que cerdos como Alan las incomodaran o insultaran con su sola presencia.

El aludido se giró e intentó ponerse de pie sin poder lograrlo así que se limitó a sonreír de forma burlona al reconocer al intruso que defendía a la muchacha.

—Bueno, bueno, bueno. ¿A quién tenemos aquí? —Alan tomó su copa sin permitir a la joven alejarse—. Si es el «amiguito» de Lynette. ¿Qué pasa? ¿Buscas emociones fuertes o mujeres de verdad? —Recorrió a la camarera con lascivia a la vez que continuó hablando—. Amigo, te entiendo. La gorda despierta muchas cosas menos una polla, no como esta preciosura.

—Suéltala —advirtió Joe conteniendo la ira que comenzaba a bullir en él.

Alan lo miró con ojos entrecerrados mientras estudiaba su situación, pero estaba demasiado borracho como para controlar su lengua.

—Si la quieres es toda tuya. —Levantó las manos en rendición liberando a la muchacha, que se alejó rápidamente del lugar—. ¿Te invito a una copa? ¿Una puta? Tómallo como un agradecimiento por tu labor en la escuela. Dudo que solo te contentes con la cerda.

Joe se acercó a él dispuesto a descargar su puño en la sonrisa ladina del tipo, cuando sintió una mano en su hombro.

—Chaval... —Dalton le sonreía conteniéndolo—. No pensarás seguir divirtiéndote tú solo. ¿Verdad?

La mirada de Joe se relajó un poco al ver a su compañero

—Yo ya he tenido suficiente y te estamos esperando para ir a casa. Mañana nos espera un día largo.

Joe apretó los dientes. Giró de nuevo su rostro hacia el bebedor y le advirtió:

—No vuelvas a insultar a mi chica o te rompo cada hueso del cuerpo. ¿Queda claro?

—Te la regalo...—contestó Alan burlón antes de sorber otro trago—. Si te gusta meterla en cualquier agujero, por mi vale.

—¡Quieto! —Bryston se adelantó, había llegado a tiempo de darse cuenta de

lo que sucedía—. A este no, está demasiado borracho, y es el único que te perjudicaría con tu maestra.

Los tres montaron en sus respectivos vehículos desapareciendo de aquel lugar.

—¿Te han dejado solo tus amigos? —Una sensual mujer se acercó a Alan.

El aludido se giró y se quedó embobado admirando a la mujer que le hablaba. Una rubia con una cabellera larga que le llegaba poco más arriba del culo, su piel bronceada, con las curvas en el lugar que tenía que ser y un sensual lunar en su mejilla. El hombre sintió la entrepierna despertar con tan sensual visión.

—Yo prefiero mejores compañías. —La miró de arriba abajo con lujuria.

—¿Me invitas a una copa? Soy nueva por estos lugares y realmente, me encantaría tener una buena compañía. —La joven dejó su periódico sobre la mesa e hizo un mohín con la nariz sabiendo que lo tenía comiendo de la mano.

—Nena, estás con el tipo indicado.

Alan estaba tan perdido en el escote pronunciado de la mujer que no advirtió el brillo de malicia que tenía.

La primera ficha se estaba moviendo, pronto... muy pronto.

## Capítulo 21

Esa mañana Lynette estaba dispuesta a mostrarse segura por primera vez en muchos años. Quería descubrir lo que se sentía al ser admirada, aunque fuese por poco tiempo, por un hombre como Joe; de melena larga, ojos azules y un cuerpo de dios pagano. Sabía que no podía aspirar a tenerlo para siempre, por eso quería atesorar esos pequeños momentos para sus próximos años de soledad.

Vestida para matar, con un vestido de color rojo que realzaba el tono blanco de su piel, ceñido hasta el pecho y suelto tres cuartos arriba de la rodilla, con unos zapatos de tacón medio y el pelo recogido en una coleta, dibujó una sonrisa en su rostro y avanzó dispuesta a conquistar el mundo.

Antes de salir volvió a revisar una vez más la cesta con el almuerzo que le había preparado: una ensalada ligera; varios sándwiches de pavo, de jamón, de cangrejo, vegetal; algo de queso; un poco de fruta y unas cervezas. Joe era un hombre de gran apetito, así que llevaba un poco de todo. Al fin y al cabo, a un hombre se le conquistaba por el estómago.

Un sobre en blanco tirado en el suelo de su entrada sin remitente, llamó su atención. Lo habían pasado por debajo de la puerta en vez de haberlo echado en el buzón. Suspiró pensando en la de dinero que los partidos políticos se gastaban a lo tonto. Desgarró el papel y encontró una nota que la hizo sonrojar de indignación.

—Aléjate de él si sabes lo que te conviene, zorra —repitió las palabras escritas incrédula ante lo que ella creyó que era una nueva ola de acoso de Mónica, la novia de su ex.

Quería gritar de frustración al ver que esa loca había encontrado, una vez más, la forma de ofenderla. ¿Acaso se había enterado de su encuentro con Alan del día anterior?

—¿Y si la había denunciado por acoso?

La duda llegó a su mente, merecía estar en paz después de todo lo que le habían hecho pasar. Así que desestimó la idea. Además, no era una prueba muy sólida una nota anónima sin firmar. ¿Pero quién sino ella le mandaría tal

amenaza? No valía la pena perder más el tiempo en tonterías, si la ignoraba ya se cansaría. Finamente había un dicho que decía: A palabras necias... Arrugó la nota y la tiró a la basura.

Antes de salir se volvió a echar un vistazo en el espejo, de verdad, le gustó lo que vio en él y por fin salió de casa, cerrando tras de sí la puerta del hogar aparcando el mal momento en su mente, y se centró en la única cosa que realmente importaba: Joe y esa manera suya de hacerla anhelarlo y casi enamorarla.

Cuando llegó a la escuela y Juan, el portero, le abrió la puerta. Lo encontró con ojos brillantes y sonrientes.

—Hola, muchacha —saludó eufórico el viejo guardián nada más verla—. Entra, entra. Comenzaron hace un rato. —La dejó pasar casi empujándola con energía—. Deberías estar muy orgullosa.

—Yo... ¿Qué? —Por primera vez no sabía qué decir.

La profesora seguía sin entender nada hasta que por fin escuchó los ruidos que provenían del interior de las aulas.

—Vas a ver, vas a ver... Esos muchachos tuyos han convencido a algunos padres para que se involucren por algo más que en la educación de sus hijos. —Juan le apretó la mano.

Lynette avanzó unos pasos agarrada del brazo del anciano y cuando giraron en dirección a las aulas una sonrisa de sorpresa y orgullo se dibujó en su rostro: Ahí estaban esos padres; algunos llevando materiales a las aulas; otros pintando las paredes del pasillo y en el centro del patio de la escuela, logró reconocer al padre pelirrojo de su traviesa alumna Nairy, preparando cemento para reparar las grietas y desconchados de las paredes y los techos. Todos juntos estaban ayudando y cooperando en la restauración del centro educativo.

—Tenemos suerte —declaró emocionada—. Somos parte de un gran pueblo.

—Así es hija —asintió satisfecho el portero—, voy a hacer mis cosas. Tus amigos están en el aula, ve muchacha que me dijo Joe que seguro que venías —Le echó un vistazo—, aunque no me dijo que tan guapa y elegante.

Le guiñó el ojo antes de alejarse y desaparecer tras una columna.

La joven cruzó el patio, saludó con una sonrisa al padre de Nairy y se

encaminó a la escalera que daba acceso a las aulas superiores. Lynette quería agradecer a ese petulante gorila de ojos azules y melena larga todo este esfuerzo. Su sonrisa era a cada paso más y más grande.

Aferró en sus manos la cesta de comida y comenzó a subir los escalones con paso seguro cuando recordó las últimas palabras de Juan: «*Tan guapa y elegante*». Su pie se detuvo a medio camino. «¿*En serio crees que te ves bien vestida así?*». La voz de Alan como un eco llegó a su cabeza y en ese momento la seguridad que tenía desapareció de un plumazo y bajando la mirada a su vestido empezó a sentirse ridícula. De repente se vio con los ojos que Alan la habían mirado hacía no tanto: Gorda, bofa, fea... ridícula. Su autoestima comenzó a caer en picado. Tenía ganas de llorar. Un sollozo ahogado dio paso a una realidad: «Un hombre como Joe, jamás iba a perder el tiempo con una mujer como ella».

—Soy desechable —se dijo en voz alta con la voz rota.

Se dio media vuelta dispuesta a no quedar avergonzada delante de él. Regresaría más tarde a la escuela, claro que sí, pero con ropa adecuada para echar una mano. No para...

—¿Se te ha olvidado algo, Lynette? —La voz de Joe a su espalda desde el rellano de la escalera detuvo su avance.

Quedó petrificada unos segundos. De verdad deseaba olvidarse de todas sus inseguridades y tener el valor de girarse, pero no lo logró. Antes de que pudiese darse cuenta de lo que hacía, sus pies echaron a correr escaleras abajo sintiendo una fuerte opresión en el pecho. No, no quería hacer el ridículo delante de él. ¡Esto era una locura!

Joe observó incrédulo como la joven emprendía una carrera suicida por aquellas escaleras que la alejaban de él. Maldijo realmente molesto y fue tras ella. No iba a permitir que huyera. Su olor a dulce vainilla lo había alertado de que ese succulento manjar estaba cerca. ¿Qué demonios le había pasado para que saliera corriendo como un conejo asustado?

La alcanzó justo cuando ella pisó el primer escalón de la escalera. Sin problema alguno y antes que pudiese decir alguna cosa, la tomó en brazos y la metió en el pasillo de detrás de las escaleras, buscando un poco de privacidad. Algo cayó a sus pies, pero lo ignoró centrándose solo en ella. La encarceló con sus manos y su cuerpo a la pared, solo ahí se perdió en sus labios. La pegó más a él. Lo que comenzó con un beso dulce, acabó convirtiéndose en uno salvaje.

Ella aún no había abierto la boca y los habilidosos labios masculinos sedujeron, sus dientes probaron y torturaron hasta obtener la rendición absoluta sintiendo la respuesta en el momento en que ella por fin lo recibía entre sus labios. Él no pedía permiso, llegado a ese punto conquistaba sin cuartel. Había sentido desesperación y perdición, su apetitosa pesadilla se había resistido al comienzo, pero por fin volvía a ser ella. Sensual y brutalmente apasionada.

—Demonios, mujer. —Se separó de ella para no tomarla ahí mismo, pegó la frente a la suya para mantenerse en un contacto que le parecía necesario—. Si querías que te persiguiera para volverme loco, te digo que ya lo consigues con tu sola presencia, no necesitas salir corriendo.

—Yo...

¿Qué se decía ante ese tipo de cosas? Ahí estaba nuevamente ese hombre desbaratando sus inseguridades y haciéndola sentir... mujer.

—No huyas más. —Le pidió besando su frente—. Entiendo que tengas pánico a que la ropa se te ensucie con la pintura... —Se separó a un escaso metro para observarla—. Joder, Lynette. Estás deslumbrante.

Lynette encontró una fervorosa admiración en la mirada de Joe. No solo esa hambre que siempre mostraba por su persona, esta vez sus ojos se posaban en ella enteros y se veía satisfecho, orgulloso. Y eso fue suficiente para que ella recordase que él no era un Alan, era un hombre directo, y al parecer todo suyo. «*Suyo*», una palabra tan egoísta y tan gloriosa a la vez. Porque en ese momento no tuvo dudas, ese rubio carnal y viril le pertenecía. Se acercó a él y acarició con sus yemas el rostro masculino.

—No voy a ningún sitio. —Cerró los ojos y continuó—. He venido por ti.

La sonrisa arrogante y pícara apareció en esa boca pecaminosa. Sintió como la estrechaba entre sus brazos y se acercaba a su oído para susurrar:

—Mala cosa, hubo un cambio de planes inesperado, como ya habrás notado. —Se quejó visiblemente afectado.

—Esto es gracias a ti. ¿Verdad? —preguntó agradecida.

—No. Te equivocas bella. —Le tomó la mano y apretó sus dedos cariñoso—. Nosotros no dijimos nada, fue ese endemoniado pelirrojo y su mujer los que movilizaron al resto de padres.

—Imagino que algo habrás dicho para que eso suceda —puntualizó ella contenta por la humildad que en ese momento mostraba.

—Mujer de poca fe —negó divertido—. Confía en tu gente, de vez en cuando te pueden dar buenas sorpresas.

—Ya lo estoy viendo. —Un suspiro escapó de sus manos—. Creo que voy a casa a cambiarme, vengo demasiado....

—¿Sexy, vestida de rojo?

—Adulador —lo rió juguetona—, no tardo nada.

—Espero que nos hayas traído algo para saciar el hambre.

Comenzó a reírse a carcajadas. Fue ahí cuando se dio cuenta de que había dejado caer la cesta a sus pies. Ahora lo que llevaba en ella le parecía insuficiente, menos mal que todo iba bien cerrado, pero podría hacer algo para todos los demás. Salió de su escondite para volver a casa, cuando los fuertes brazos la abrazaron por detrás.

—Sal conmigo hoy —pidió Joe con una sonrisa.

—¿De nuevo a bailar? —preguntó divertida.

—No, tengo otros planes para nosotros dos, pero quiero que lleves este vestido —Su voz se hizo ronca.

—¿A dónde iremos esta vez? —preguntó ella curiosa ladeando la cabeza.

—Es una sorpresa. Ahora haznos un favor, cámbiate de ropa y regresa, porque si sigues vestida así no me va a importar dar un espectáculo en toda regla.

La joven mordió los labios sabiendo que sería capaz. Le vio acercarse dispuesto a besarla y lo detuvo con su dedo en los labios.

—Me voy a comprar algunas cosillas, después te veo. —Se dirigió al patio por donde había venido y antes de perderse, segura de que él la seguía observando, le miró de reojo y asintió—. Saldré contigo esta noche.

## Capítulo 22

—¡Wow, wow, wow! —Sorpresa, la voz de Sandra lo detuvo casi en la puerta—. ¿A dónde vas tan elegante esta noche?

Joe sonrió y se giró para verla. Sabía lo que su hermana veía en ese momento, porque para él también era raro verse vestido de esa guisa: un smoking hecho a medida que se le pegaba al cuerpo dejando claro que su físico era el ideal para lucir una pieza de ese calibre. Aparentaba ser el caballero que no era.

—Tengo una cita, Golondrina —Le guiñó el ojo—. No me esperéis despiertos.

—¿Vas a salir con tu profesora? —preguntó la joven estudiando su respuesta.

—Podría ser... —evadió la pregunta, aunque sabía que ni aun intentándolo podría engañar a su hermana.

—Entonces, ¿vas en serio con ella?

—¿Tu qué crees?

—Creo que esa chica te gusta mucho, pero que no crees ser lo suficientemente bueno o válido para que se quede a tu lado.

Joe la miró sin verla realmente, durante unos segundos y dejó escapar un suspiro, luego bajó a su altura y le besó la frente.

—Por eso eres la lista de la familia, ¿lo sabías?

Su hermana sonrió y lo abrazó para retenerlo junto a ella un momento más.

—¿Te molesta que salga con ella?

La joven negó con una sonrisa.

—Estoy agradecida de que lo hagas. Joe, si esa mujer te hace cimbrar el mundo y resulta que te equivocas y realmente eres capaz de entregarle tu corazón, me voy a sentir muy feliz por ti. —Su voz emocionada vibraba a cada palabra—. Te has centrado tanto en mí, en mi recuperación, que no has tenido ni una cita desde que todo ocurrió. Hermanito, tú también te mereces un poco de felicidad. —Elevó el rostro con orgullo—. Yo me estoy recuperando, lo has visto con tus propios ojos. Así que, olvídate un poco de todo esto y concéntrate un poco más en ti, ¿quieres?

—Estoy en ello, Golondrina, pero aún es pronto y nadie me garantiza que después quiera continuar, ¿entiendes?

—A estas alturas Joe, su principal problema va a ser sobrevivir, cuando te vea vestido de esta guisa, créeme.

—No soy precisamente un hombre recomendable, Sandra. Ella es una profesora y yo un actor porno.

—Ex actor porno —puntualizó Sandra haciendo énfasis en la primera palabra—. Además, eso ya no es tan importante. Joe, estamos viviendo en una época en que la pornografía está a la orden del día en internet; cibersexo, porno amateur, grupos de intercambio de parejas, BDSM... Hay tanta información, es tan natural que no creo que se espante ni se ofenda por las películas que has hecho y sobre todo porque ya no lo haces, ¿verdad? ¿O planeas regresar?

—No me gusta nada que estés tan enterada de todo eso —aclaró ceñudo—. Eso no lo podemos saber del todo. Y a pesar de ser lo que soy y de no arrepentirme, me arriesgo a verla rechazándome. —Tocó su nariz cariñosamente—. Y no, no pienso regresar. Sabes que cuando tomo una decisión es inamovible. No lo digo en broma, simplemente sucede.

—Ella vale la pena, Joe. Algo me dice que es la mujer que te hará verdaderamente feliz.

Él cerró los ojos y asintió.

—Lo sé, casi desde que la conocí tengo esa sensación.

—Pues te juro que si no te acepta es muy tonta —aclaró Sandra.

—O muy lista, según se mire. —Dejó salir el aire de sus pulmones—. Es una mujer intachable, tiene un nombre respetable y una carrera honorable en este pueblo. Es demasiado buena para alguien como yo, Sandy y eso complica un poco las cosas. Si yo fuera un caballero todo sería más sencillo, pero no lo soy y tampoco es que a mi edad tenga pensado serlo. Si ella me acepta se lleva mucho bagaje, ¿entiendes?

—No —Sandra lo escuchó bufar exasperado—. Aunque tienes razón, no eres perfecto y no eres un ejemplo de hombre, pero la perfección en la sociedad realmente apesta. ¡Ya no existen caballeros! —Sandra empezó a elevar el tono de su voz—. Lo hemos vivido en nuestras carnes. Supimos lo que eran esas sombras que nuestra familia quería ocultar, vivimos una mentira en esa pesadilla con los que decían ser nuestros padres y se vendían como personas intachables.

¡Eso sí es todo mierda! —Esta vez su apasionado discurso al parecer daba fruto, su hermano la escuchaba de verdad—. Lo correcto está sobrevalorado, en cambio lo imperfecto, eso que te hace especial es lo que verdaderamente vale la pena. Ve por ella, Joe, y más te vale no volver a casa hasta que esa mujer esté loca por tus huesos, porque hermanito, si no lo haces, la que te echa de su familia soy yo.

—No tendrás que hacerlo. —Volvió a besarle la frente—. Te quiero, Golondrina.

Sandra lo abrazó con fuerza.

—Te quiero, tonto.

Joe abrió la puerta y salió de casa seguido de cerca por Sandra que se quedó en el porche. Sacó del bolsillo del pantalón el llavero apretando el botón para abrir el todoterreno, cuando Dalton apareció con bolsas de comida china en las manos.

—Eh, ¿a dónde vas figurín? —preguntó su amigo.

—A follarme a tu madre —contestó el rubio subiendo al coche y arrancando.

—Pues dale recuerdos de su Daltito —le gritó.

Sandra vio acercarse a su nuevo amigo que al verla dibujó una sonrisa de complicidad.

—Está enamorado, ¿eh? —afirmó a la joven sin dejar de ver cómo se alejaba el todoterreno.

—Hasta las trancas —aseguró la muchacha feliz.

## Capítulo 23

El timbre sonó sorprendiéndola y aquellas gallinas alocadas en su estómago comenzaron a revolotear y armar fiesta. El corazón le galopaba a mil por hora. Tuvo que tomar un respiro profundo para no desfallecer de emoción ante la cita que tenía por delante.

Se dio un último repaso en el espejo de la entrada. El color rojo del vestido hacía resaltar su tono de piel y el corte le hacía lucir cintura. Su redondo trasero no se veía como una albóndiga.

Abrió la puerta y se quedó sin aliento. Joe iba vestido con un smoking que acentuaba su varonil cuerpo, con una mano en el bolsillo del pantalón parecía más una pantera negra a punto de saltar sobre su víctima y Lynette suplicaba por ser la gacela elegida.

—Estas... —Joe contuvo el aliento mientras sus ojos repasaban esas elegantes curvas vestidas de rojo— perfecta.

—Y tú no estás tan mal. —Le devolvió el descarado escrutinio deteniéndose ahí donde su entrepierna se encontraba—. Ahí llevas el arma, Bond, ¿o es que te alegras de verme?

Él sonrió divertido ante la provocación y se apartó de la puerta para permitirle salir.

—¿Esta vez no hay moto? —preguntó mirando de un lado al otro—. Y yo que me había puesto las mejores bragas...

Joe gruñó con un tono de voz dos octavas más graves.

—Avanza, Cenicienta. Esta vez iremos en carroza.

La guio y ayudó a subir a su todoterreno y una vez dentro avanzaron por Buena Esperanza hasta encontrar la carretera de salida del pueblo.

Lynette miraba el camino con ilusión hasta que, justo detrás de una hilera de árboles, lo reconoció: *“El Castillo de Villacreces”*; un maravilloso palacete de poco más de un siglo que acababa de ser reformado para convertirlo en un hotel de lujo. ¿Cuántas veces había anhelado ir precisamente a un sitio así? Se giró incrédula para ver a su compañero que no apartaba sus ojos de ella.

—Antes que me digas que no eres una mujerzuela y que no tengo porque ofenderte llevándote a un hotel. —Él tomó la palabra—. Tengo que aclararte que, en realidad, venimos al recital de inauguración, luego habrá una cena, pero lo que ocurra después, solo tú lo decidirás.

Aparcando el coche y desabrochando el cinturón se acercó lo suficiente para que sus alientos se mezclaran.

Lynette, sintió que el aire no llegaba a sus pulmones, de alguna manera su corazón se había expandido dos veces su tamaño y lo seguiría haciendo si no se retiraba. Sus narices se rozaban y los labios la tentaban y torturaban haciéndole anhelar un beso que no llegaba. El clic del cinturón de seguridad la regresó a la realidad, haciéndola dar un saltito en el asiento. Bajaron del todoterreno y agarrados del brazo entraron al hall del hotel.

El lugar estaba lleno de mujeres despampanantes junto con hombres del mismo talante, ninguno se paraba a observarla, pero en cambio las miradas de más de una devoraban al hombre que iba a su lado.

Joe la condujo hasta una de las salas que se encontraba abierta. El lugar era un amplio salón de grandes ventanales bellamente adornado con antiguos tapices y esbeltos candiles. Del techo colgaba una elegante lámpara de araña. Las mesas eran pequeñas y estaban distribuidas alrededor de un gran piano de cola. Todo el lugar desprendía un aire romántico, bohemio y por supuesto íntimo.

—... y fue el primer Conde de Villacreces el que construyó este castillo allá por 1810, inspirándose en los castillos medievales del siglo XIV. Si te fijas en el detalle de las vidrieras...

Linda Shane tuvo que disimular un bostezo ante la charla aburrida de su compañero. ¿Cómo había llegado ahí? ¿Qué demonios hacía con el muermo de Charly el hijo de un editor televisivo? Lo observó, intentando encontrar en él alguna virtud física que no le recordase al duende que parecía; con aquella estatura realmente baja, esa calvicie que intentaba disimular peinando tres pelos de un lado al otro de su cabeza y aquella barba tupida.

Esta vez había caído muy bajo con tal de salvar su trabajo. Si tan solo encontrase una exclusiva con la que pudiese regresar al epicentro de la prensa rosa. Extrañaba estar en el plató llevando un escándalo tras otro. Su problema

fue haber confiado en la fuente equivocada, por aquel desliz se convirtió en una paria ante sus compañeros y la dejó en la cuerda floja. Un error más y su futuro estaría entre dar las noticias del tiempo o ser parte de un programa infantil, llevando coletas y poniendo voz de tonta.

Linda agradeció el momento en que su acompañante se alejó para admirar alguna de las estúpidas pinturas o la puñetera arquitectura ¿A quién le importaba que ese hotelucho hubiese sido antes un castillo? Ella tenía que estar en la ciudad buscando una noticia, en lugar de estar ahí con David el Gnomo.

Tomó una decisión y con eso se sintió un poco más liviana. Se dirigía a la salida cuando en la entrada divisó un rostro conocido. Por instinto se escondió tras una columna.

—¿Joe? ¿Joe Kramer el actor porno? ¿Qué hace aquí? —La mujer no apartó sus ojos de él y lo siguió a discreción—. ¿No se había retirado? —Observó que le acompañaba una mujer de curvas rellenas a la que susurraba al oído con demasiada intimidad—. ¿Y quién es ella? ¿Amante? ¿Novia? ¿Compañera de reparto?

Su mente ya estaba trabajando, sacó el móvil y comenzó a tomar fotos y un vídeo hasta que se perderse en el salón.

—Ni hablar, tú me vas a devolver a donde pertenezco. Esto huele a noticia. —Buscó entre los invitados a su pareja y corrió a él tirándole del brazo—. Charly, venga vamos que ya va a comenzar.

—Y yo que pensaba que no tenías ganas de entrar —declaró el hombre sorprendido por el cambio de actitud de su compañera, que en toda la noche no le había hecho ni caso.

—¿Bromeas? —Linda no lo miró, lo agarró de la mano y tiraba de él—. Estoy taaan emocionada de estar aquí que planeo grabar el evento y tenerlo como un recuerdo para toda la vida.

La extraña pareja entró cuando aún había sitios suficientes para elegir la mesa. Linda supo hacia dónde dirigir sus pasos. A una distancia lo suficiente larga para que el hombre al que planeaba grabar no se diera cuenta de lo que hacía y lo considerablemente cerca como para poder tener buenos planos de él y su... «lo que fuera». Si una buena exclusiva estaba segura de redirigir su carrera y esta vez regresar con la cabeza bien alta a la prensa rosa.

## Capítulo 24

—No me mires así.

La voz femenina llegó a sus oídos. Era una súplica a la que no podía atender.

—¿Así cómo, Lynette? —Su voz ronca delataba el estado en que se encontraba.

—Como si yo fuera lo más bello e importante de este lugar —susurró ella bajando el rostro.

—¿Y qué pasa si lo eres? —Su tono era apremiante— ¿Qué pasa si, para mí, eres lo más bello y sensual que existe aquí y en cien mil kilómetros a la redonda?

Ella sonrió y giró su cara ocultando el rubor. Negó un momento.

—No lo soy, aquí hay mujeres hermosas...

—¿En serio? —preguntó asombrado— Yo no he visto a ninguna otra, solo a ti.

—No hagas que me enamore de ti —suplicó ella—. No sigas diciendo esas cosas, porque de verdad una chica podría caer y no me gustaría malinterpretar nada de lo que ha ocurrido entre nosotros.

—¿Y qué hay de lo que quiero yo, Lynette? —Esta vez su pregunta la hizo mirarle a los ojos.

La música del piano envolvía toda la estancia creando un ambiente ideal para una declaración.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz trémula.

—Te quiero a ti —contestó con franqueza—. No quiero una aventura, sé que no eres una mujer de esas y yo no quiero ser solo un amante que te hace sentir bien un rato y después ver que llega otro más listo a robar lo que es mío —negó categórico—. Yo también tengo miedo a enamorarme, pero estoy dispuesto a correr ese riesgo contigo.

La joven lo miró sorprendida y conmovida por aquellas palabras que le llegaban tan profundamente a su herido corazón, haciéndolo latir con fuerza.

—Pero, ¿por qué yo? Soy gorda, ya no soy una jovencita y disto mucho de ser una belleza.

—¿Y por qué no? —preguntó esta vez decidido a hacerle ver lo que él

admiraba—. Lynette, eres una mujer que deja huella de forma permanente e imposible de olvidar. Solo te estoy pidiendo una oportunidad. No te pido que te enamores ahora, tengo un gran bagaje, por eso quiero que primero me conozcas y luego, si quieres, ámame y quédate a mi lado. No puedo garantizarte el «vivieron felices para siempre», pero puedo prometerte que tendremos momentos inolvidables.

Joe sabía que si él fuese un caballero le confesaría a lo que se había dedicado la mitad de su vida, pero como no lo era decidió dejarlo para más adelante. Primero le presentaría al hombre y después le daría a conocer su pasado, no quería perderla.

—No sé qué decir, esto no lo esperaba, yo...

—Vayamos paso a paso. —Su mirada traviesa fue acompañada por una descarada sonrisa—. Empecemos por las cosas malas: He de confesar que me levanto con mal aliento por las mañanas y realmente me pone de muy mal humor que me roben algo del plato, sobre todo si se trata del postre, eso es lo único que no comparto. Y tú tienes mal genio, ¿pero sabes qué? —le besó la mano—, eres una mujer cálida, sincera, leal, inteligente y jodidamente caliente

—¿Caliente? —preguntó divertida.

—Lynette, tengo la polla dura desde que salimos de casa. Preciosa, necesito hundirme en tu cuerpo, pero me prometí demostrarte que puedo portarme bien. Así que, vamos a intentar llegar al intermedio antes de que te asalte.

Joe sonrió al escucharla reír y tratar de ahogar aquel encantador sonido para no interrumpir el recital, que hacía ya bastante había quedado en el olvido. Lo que no se esperaba fue sentir un travieso pie escalando a través de sus pantalones. Lynette ocultó su sonrisa pícaro en la copa de champagne que fingía beber.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándolo a los ojos—. No me gusta que me mientan, tengo que asegurarme.

Joe abrió ligeramente las piernas invitándola a continuar con su exploración. Cuando sintió que lo tocaba en las rodillas, el mismo se encargó de llevar el delicado pie a su entrepierna donde su palpitante pasión se alzaba dispuesta a demostrar que en verdad la deseaba con desesperación.

Sin embargo, los dos sabían jugar a ese juego y él era un maestro en ello. Tomó la mano femenina y comenzó a besar cada delicado dedo, jugando con

ellos con la seguridad de que tenía la atención de su mujer precisamente donde la quería: en su boca. Sonrió con la arrogancia que lo caracterizaba y sin apartar la mirada de sus ojos metió el dedo anular en su boca.

La escuchó jadear cuando comenzó un juego que imitaba las caricias que recibía en su duro miembro. Su lengua chupaba las falanges del dedo demostrando lo que quería hacer en el cuerpo de ella.

Lynette abrió la boca intentando tomar un poco más de aire. Su cuerpo ardía de necesidad, su centro dolía y exigía hambriento el toque que aún no llegaba. Su corazón latía desbocado.

—Necesito un poco de aire —gimió cuando volvió a sentir cómo succionaba su dedo.

La joven se levantó de salto y tuvo suerte de no tirar la silla. Tomó su bolso y se encaminó a la salida, pero una mano la atrapó fuertemente por la cintura.

—Yo sé lo que de verdad necesitas...

Joe no iba a permitirle huir, jamás. Estaba cansado de esperar, de jugar al gato y al ratón. El gato tenía hambre, demasiada y era hora de la cena.

Salieron casi corriendo del recinto llegando a los ascensores en un suspiro, las puertas se abrieron y ambos entraron. Sin esperar que las puertas se cerraran. Joe pulso el número uno, antes de pegarla a una esquina y atraparla entre sus brazos para pasar a devorar sus labios como llevaba haciendo desde que la vio esa noche.

La pareja no se fijó que una mujer los grababa fascinada por la escena que estaban dando. Una vez que tuvo lo que quería suspiró satisfecha.

—Gracias, Joe Kramer —agradeció Linda Shane en voz alta lanzando un beso al aire.

Se giró y entró corriendo al salón donde su compañero la esperaba sonriente.

—Linda, preciosa, estaba pensando que podríamos...

—Adiós Charly —La reportera cogió su bolso y lo dejó plantado sin ningún tipo de explicación.

Linda sentía que por fin la suerte le sonreía y esa oportunidad de oro no la iba a desperdiciar. Tenía algo caliente entre sus manos.

Salió del recital mirando el móvil, asegurándose de que tenía tantas

fotografías como las que necesitaba, ya imaginaba en portada al chico favorito del porno femenino. No perdió el tiempo. Ese tipo de primicias estaban muy bien pagadas. Por fin vería su regreso por todo lo alto.

## Capítulo 25

Joe cerró tras de sí la puerta de la habitación y se apoyó en ella sin apartar los ojos de la mujer que tenía enfrente.

—Si quieres arrepentirte, aún tienes cinco segundos antes de que te bese.

La voz masculina la hizo saltar, su tono ronco y vibrante le dejaba claro lo afectado que se encontraba.

—Tú también puedes salir corriendo si quieres —contraatacó antes de sonreír con vanidad—. Aunque aceptémoslo, te estás muriendo porque no salga por esa puerta y me quede justo aquí.

—Y cinco... —Joe dio dos pasos, atrapéndola por la cintura, con la mirada perdida en sus labios—. Ahora, aunque supliques, no vas a salir de aquí hasta que me sacie de ti y eso no va a ocurrir, por lo menos no muy pronto. —Tomó entre sus manos la castaña cabellera hasta formar una coleta y tiró de ella haciéndola arquear suavemente su cuello—. No habrá clemencia para ti, no seré benévolo.

Y la besó, de forma exigente provocando a Lynette oleadas de fuego que recorrían su cuerpo y consiguiendo que se abandonase ante aquel primer contacto. La lengua de Joe entró imperiosa, cobrando un terreno que ella de buena gana cedía. La pegó mucho más a él, no quería que hubiese espacio por el que se colara ni una brizna de aire.

Las manos femeninas fueron directas al culo prieto, clavando sus uñas y sonriendo satisfecha cuando le escuchó gruñir aun con su lengua dentro de su boca.

—Me estás volviendo loco.

La joven sintió un reguero de besos que partían desde su clavícula y ascendían por su cuello hasta llegar detrás de su oreja. Su piel se erizó ante las dulces caricias y de su garganta emergió un dulce jadeo.

—¿Sabes cuánto llevo soñando por volver a hacerte mía? —le susurró.

Su cuerpo fue recorrido por la mano masculina que vagó primero por uno de sus pechos sin llegar a tocar sus pezones, para luego bajar por sus costillas hasta llegar a su trasero.

—No será por falta de oportunidades —refunfuñó provocativa.

—Quiero todo o nada —aclaró su amante lamiendo su cuello—, contigo no quiero punto medio, Lynette.

Se separó de ella sabiendo que la dejaba jadeante y expectante. Su mirada abiertamente depredadora la iba recorriendo con total lascivia a la vez que se quitaba la chaqueta y la dejaba caer al suelo. La joven comenzó a imitarlo, buscando en su nuca el broche de su vestido. Joe se acercó y la detuvo de inmediato.

—No te atrevas —advirtió—. Me he ganado el derecho a quitarte la ropa.

—Entonces yo te la quito a ti. —Sus manos ya iban raudas y entusiasmadas.

Joe la volvió a detener.

—Tú serás mi espectadora. Por provocadora no mereces más que eso —aclaró antes de alejarse y llevar sus largos y masculinos dedos a su cuello.

La boca de ella estaba seca. Jamás el arte de desanudar una pajarita le había resultado tan jodidamente erótico. Luego agradeció a Dios que solo tuviese un par de gemelos. Cada botón suelto era una experiencia divina tratándose de Joe y sus gatunos movimientos. Exhaló todo el aire que había contenido cuando la camisa dejó libre ese duro y trabajado pecho, tan apetecible, lamible, arañable y realmente mordible. Sus ojos no se desviaron de aquellas manos que la estaban torturando. Expectante tragó saliva cuando liberó el cinturón.

Joe se descalzó al mismo tiempo en que desabrochaba el botón del pantalón. Sonrió con suficiencia al saber que su mujer esperaba ver mucho más, pero aún no se había ganado el tenerlo desnudo. La cogió por su muñeca y con un tirón la tenía de nuevo entre sus brazos. Ella estaba dispuesta a abrazarlo, pero se lo impidió y la giró poniéndola de espaldas a él.

—Sin tocar —ordenó a la vez que retiraba de su espalda su castaña cascada.

Bajó la cremallera del vestido poco a poco, disfrutando de cada centímetro de piel que iba descubriendo. El vestido cayó formando un charco rojo a los pies de la joven. No sintió frío al sentir su piel expuesta, solo el anhelo de seguir siendo parte de ese juego. Un clic sordo marcó la liberación del cautiverio que ejercía el sujetador en sus pechos.

Joe se arrodilló disfrutando de las bragas rojas de encaje, ya habría tiempo para verla con esas bragas de abuela que lo mantenían en vela. Metió sus dedos entre la piel y la prenda y deslizó poco a poco por sus muslos el encaje, disfrutando de las vistas que se iban presentando. El trasero turgente y relleno

de Lynette era perfecto, tenía forma de corazón. Al hombre se le hizo la boca agua, no pudo evitar que aquel ser pervertido que vivía en él diera un azote a la tierna carne y sonrió al ver el suave sonrojo que apareció marcando la firme huella de su marca personal.

—Apóyate en la pared. —Le dejó las bragas por los tobillos admirando la femenina belleza de su chica—. Abre las piernas para mí, déjame conocerte mejor.

La joven lejos de sentirse tímida, en ese momento se sentía hermosa, sin importar su talla, los michelines o la celulitis. Abrió las piernas para él y en un alarde de seguridad levantó el trasero permitiendo que se recrease con su intimidad, con esa parte tan sensible que aguardaba para él.

—Que hermosa eres. —Joe admiró el femenino y húmedo centro—. Espero que estés preparada porque pienso darme un festín en este coñito delicioso y, antes de que intentes evitarlo, voy a probar tu culo. Mi lengua te va a perforar en ambos sitios y juro que lo vas a disfrutar.

Dicho y hecho. La joven sintió la lengua recorrer sus delicados pliegues hasta llegar a un punto que jamás había sido explorado. Dio un ligero saltito pero las manos masculinas la sujetaron impidiéndole cualquier movimiento y mucho menos una retirada.

La sensación era alucinante, la lengua la recorría una y otra vez, la enloquecía, hasta que por fin se decidió a tomar su centro sin reservas atrapando entre sus labios sus pliegues más sensibles. Las succiones comenzaron a hacer mella en ella. Todo su mundo, su universo, se centró en ese punto; su clítoris era deliciosamente torturado sin piedad alguna, haciéndola vibrar, hasta que un grito escapó de su garganta acompañado por otro y otro más.

Joe no podía dejar de devorarla, su sabor a vainilla con ese regusto a sexo era delicioso y adictivo. Sí, definitivamente quería más y lo buscó, no paró hasta sentir como su boca y su cara recibía ese maravilloso chorro orgásmico. Con sus manos apretó con ganas el culo. Lejos de sentirse satisfecho su lengua subió exactamente a ese pequeño y tímido orificio fruncido al que esperaba darle las mismas atenciones.

La joven aún estaba perdida en las sensaciones de aquel primer orgasmo cuando lo sintió. Jamás pensó que ese lugar fuese tan sensible, su primer instinto fue retirarse, pero parecía que su amante se había adelantado a su plan y la sujetó

con mayor fuerza. Los gritos desesperados y un cuerpo tembloroso y vibrante dejaban claro que la muchacha llegaba nuevamente a otro clímax. Sus ojos manaban lágrimas sin poder controlarlas, gotas de sudor perlaban su piel y sus piernas no la sostendrían por completo. Necesitaba bajarse de aquellos tacones antes de romperse el cuello en el intento.

Como si lo adivinase, Joe la elevó entre sus brazos y depósito en la cama. El perfecto cuerpo masculino no tenía ya ninguna prenda, solo su magnífica desnudez daba cuenta de la excitación que se levantaba orgullosa. La mano de la joven tomó el miembro palpitante y comenzó una rítmica caricia que pretendía volverlo loco.

De pronto, el miembro de Joe fue atacado de una forma voraz por la boca femenina engulléndolo por sorpresa.

Joe tuvo que sujetarse a las sábanas con ambas manos hasta que los nudillos se volvieron blancos.

—Toda tuya... —alcanzó a decir con palabras entrecortadas.

Jadeaba y gruñía. Su cadera quería empujar hasta sentir que su miembro entraba directo a la garganta, quería escuchar aquellos sonidos estrangulados, sentir en qué momento la saliva se espesaba, sin embargo, se contuvo. Lynette lo reclamó con entrega, se concentró en saborearlo, en lamerlo y torturarlo.

—Mírame —ordenó—. Quiero que me mires mientras tienes mi polla en la boca. Necesito que sepas a quién estás follando con tu golosa boca.

Ella obedeció haciendo contacto visual y en ese instante hubo fuegos artificiales. Joe supo que por fin la había encontrado, que aquella mujer de curvas voluptuosas se había apropiado de su corazón.

Lynette, no podía apartar los ojos de su amante, subía y bajaba por su erección, se sentía realmente hambrienta de él. Decidió engullirlo hasta la empuñadura, necesitaba hacerlo, sentirlo pleno en cada rincón de su boca, de su garganta. Comenzó a tragarlo poco a poco, sentía las lágrimas querer salir y las arcadas al sentir un cuerpo extraño introducirse. No se rindió hasta lograr su cometido.

Joe disfrutaba sorprendido y satisfecho por el descubrimiento que había hecho con Lynette. En su vida como actor porno pocas mujeres lo habían tragado hasta la empuñadura y con tanto regocijo como ella lo estaba haciendo.

Salió de su boca. Sintió su respiración entrecortada. La sujetó por la nuca y la

elevó hasta él para besarla. Suavemente la tumbó sobre la cama sin que sus labios se separaran de ella. Su cuerpo se acomodó entre los rollizos muslos. Su palpitante miembro encontró la funda perfecta en la tibia y empapada vulva hecha solo para él.

—Joder, que rico y goloso es tu coño, Lynette. Te la estoy clavando entera.

—¿Siempre tienes que ser tan bruto? —Lo mordió al sentirlo abrirse de nuevo paso, con un golpe profundo.

—No. —La beso en los labios mientras su cuerpo empujaba de nuevo—. Puedo ser peor y te va a gustar todo lo que te diga.

—¿Estás segu... ro? —Clavó las uñas en su espalda.

—Te gusta que te hable así de manera sucia cuando te follo porque sabes que tu cuerpo responde, no puedes mentirme. —Bajó a sus pechos metiéndose un pezón en la boca—. Te vuelve loca saber que mi polla está dentro de ti y sí, dije polla porque cuando digo esa palabra te excitas. Escucha la música que haces al chapotear.

Lynette perdió el poder de razonar al escuchar cada frase sucia. Joe tenía razón, le gustaba ese lado perverso y bruto del hombre.

Ambos se entregaron. Todo cambió en ese punto, se hicieron el amor cargado de lujuria, ternura, pasión y entrega. Sus almas se fusionaron cuando el orgasmo los alcanzó. Gritaron juntos su placer, volvieron a besarse hasta que se quedaron inmóviles, jadeantes y sudorosos. Joe intentó no aplastar a Lynette a la vez que trataba de normalizar su respiración y los latidos del corazón. Se miraron y sonrieron satisfechos. Aún no estaban listos para reconocer lo que habían descubierto, pero eran conscientes de que se pertenecían el uno al otro.

Joe rodó al lado de ella y la atrajo hacia él.

—¿Tienes idea de lo maravillosa que eres? —preguntó cuándo recuperó el aliento.

—Algo, sí. —Sonrió con ella picardía—. La realidad es que soy maravillosa y por eso tú, muchachote, eres un tipo con suerte.

Un cachete en el muslo fue la respuesta junto a un beso de pasión.

—Bruja. —Joe se separó de sus labios—. Sí que soy un cabrón con suerte —aceptó—. Te quiero Lynette. Mi corazón está en tus manos, soy tu esclavo definitivamente.

—Joe...

La joven estaba lista para decirle que sentía lo mismo, pero fue acallada por un dedo.

—No lo digas hasta que no lo sientas de verdad. No lo hagas porque te lo he dicho yo. No quiero esa mierda de compromiso cuando alguien lo declara y espera que se lo devuelvan. Necesito que lo digas porque te nace. Y no, preferiría que la primera vez que me lo dijeras no fuera mientras te estoy follando o cuando acabo de hacerlo. Quiero escucharlo justo en el momento que no puedas callarlo más, ya sea saliendo de la ducha, después de mandarme a la mierda o mejor aún: Cuando me veas llegar a ti después de minutos sin verme.

—¿Minutos? —preguntó ella conmovida.

—Nena, estoy tan loco por ti que no pienso dejarte sola mucho tiempo.

Ambos se fundieron en un beso intenso volviendo a despertar sus cuerpos, listos a entregarse a su pasión, a lo que nacía entre ellos y que sus sentidos exigían dejasen crecer.

El móvil que comenzó a sonar de manera insistente despertó a Joe. Estiró el brazo por el suelo buscando el pantalón. No estaba muy lejos. Sacó del bolsillo el móvil para comprobar quién había interrumpido su sueño. Al ver el nombre en la pantalla salió de la cama, no sin antes besar el hombro de su mujer. Entró en el baño y por fin tomó la llamada.

—Sean, dime que tienes algo —dijo con tono sombrío.

—Se puede saber ¿por qué carajos no dijiste nada de tus sospechas a la policía? —El detective O'Connor se escuchaba bastante contrariado—. Cuando hay amenazas de este tipo se avisan.

—¿Sabes cuántas amenazas o cartas de acosadores se llegan a recibir cuando tienes a los medios detrás de ti? —rezongó molesto—. ¿Crees que no me he culpado y reprochado eso mismo?

—Alguien te estaba siguiendo, Joe. Tenía fotos de ti y de tu hermana a la que, por cierto, mantuviste bajo la sombra. ¿Acaso creías que ocultándola tu admirador psicópata no trataría de quitarla de su camino?

—No lo entiendes o te estás haciendo el ciego. —Joe se sentó en el váter—. Si nos presentábamos como hermanos, también la acosarían. Su carrera era distinta a la mía, no tenía por qué sufrir las consecuencias de mi reputación. Yo mando a

la mierda a cualquiera, es la ventaja que tengo. Puedo decidir, ella no. La protegí como mejor pude. Pero... —Abatido volvió a sentir que ese sentimiento de culpa se colaba con fuerza.

—Tu culpa fue no haber advertido a las autoridades. Jamás te puedes tomar a broma el acoso y menos este tipo de amenazas Joe —Hizo una breve pausa—. Estoy investigando y moviendo hilos. Por el momento te sugiero que te cuides las espaldas. El hecho de que te hayas alejado del mundillo del porno no te garantiza que alguien te reconozca.

—Nadie sabe donde estoy y así va a seguir. Mantengo mi perfil bajo, solo... —Apretó los dientes—, mantenme informado si encuentras alguna pista.

—No puedes hacer justicia por tu propia mano —advirtió su amigo—. Pero si, te mantendré al tanto de mis avances. Pienso ir a la ciudad, pronto sabrás de mí.

—Gracias.

De verdad lo agradecía, sabía que si había alguien que le daría respuestas ese era Sean O'Connor.

## Capítulo 26

Ese fin de semana había sido fantástico para Lynette. Salió de casa con una sonrisa resplandeciente. Jamás se había sentido tan feliz, tan llena, tan plena, tan valorada, tan... tan... mujer.

Tenía un novio, uno que jamás pensó tener. Joe, no solo era un amante entregado y dulce, era caliente como el pecado, cuidadoso, morboso, obsceno y lo mejor de todo, totalmente suyo.

Era un día bastante soleado en Buena Esperanza. Caminaba por la calle en dirección al taller de su amiga Regi, le había llamado esa mañana para que se acercara a hablar de “*Manzanito*” y la ella se moría por contarle lo que había sucedido en el Castillo de Villacreces.

Se detuvo junto a los demás viandantes ante la señal en rojo del semáforo. Iba tan envuelta en una nube de ensoñación que apenas se enteraba de lo que sucedía a su alrededor y mucho menos reconoció a la figura que estaba enfrente, al otro lado de la acera haciéndole señales para captar su atención. Cuando lo sintió: Un empujón fuerte y conciso en la espalda la hizo regresar a la realidad. La profesora cayó de bruces a la avenida, dándose cuenta que la luz roja no la amparaba. Por el rabillo del ojo, a su izquierda, logró ver un autobús acercándose peligrosamente. El claxon del vehículo fue lo último que escuchó antes de cerrar los ojos a la espera el golpe letal que terminase con su vida. Un momento que se eternizó, haciéndola consciente del poco tiempo de vida que le quedaba. Chirridos de frenos y el olor a diesel llegaron a sus oídos y fosas nasales. Luego un silencio ahogado.

—¡Imbécil de mierda! —Una voz conocida comenzó a lanzar improperios al conductor—. Os creéis los dueños de la calle ¡Malditos cabrones!

Lynette abrió los ojos al escuchar la voz de su amiga Regi frente a ella y encontrándose con el parachoques del autobús a escasos centímetros de su rostro. El corazón le martilleaba tanto que comenzó a temblar nerviosa por la suerte que había tenido, de lo cerca que había estado de morir

—¿Se puede saber qué coño haces y por qué sigues tirada en el suelo? —La

mano de Regi se ofrecía a ayudarla a levantar, pero eran sus ojos los que le dejaron claro que estaba igual de asustada.

Lynette se puso de pie. Sintió como varios pares de ojos la miraban con rostros asustados, incluido al afectado conductor que respiraba agitadamente, aunque él era consciente de que no había tenido la culpa.

—Vámonos... —pidió nerviosa y temblorosa

La pelirroja obedeció a la súplica no sin antes mostrar el dedo corazón al hombre que estaba tras el volante, así era su amiga.

Avanzaron unos pocos metros hasta de llegar al taller, lo cruzaron dirigiéndose a la oficina para tener un poco de privacidad y calmar los nervios. Lynette se dejó caer en el sofá junto a la puerta y cerró los ojos en un intento de relajar su acelerado corazón.

—¿Qué diablos ha sucedido ahí fuera? —Por fin Regi cortó el silencio ofreciéndole una tila.

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Yo estaba caminando, vamos, venía para verte. —Guardó silencio unos segundos, intentando hilar los recuerdos—. Si te dijera que sentí que alguien me empujó ¿Me creerías?

La mecánica entornó los ojos, dio algunos golpecitos con sus dedos en el escritorio y exhaló.

—A mí también me lo pareció. —Su voz sonaba seria.

—¿Viste quién era? ¿Cómo era?

—La verdad no, es que sucedió tan rápido. Acababa de despedir a un cliente cuando te vi en la acera de enfrente y decidí esperarte. Te saludé y hasta estuve a punto de chillarte porque no me hacías caso. Me cagué de miedo al ver que alguien te empujó por detrás y te caías en plena avenida con los coches pasando a toda velocidad y un puto autobús a punto de aplastarte... ¡Menudo susto me has dado! Hoy me hice más vieja.

—¿Tú? He visto toda mi vida pasar a cámara rápida, de verdad... Aun no sé cómo ha sido capaz de detenerse a tiempo.

—Joder, por suerte iba vacío, si llega a estar lleno de gente hubiese necesitado varios metros más para frenar debido a la inercia. —La pelirroja frunció el ceño molesta—. ¿Me estás escuchando?

El semblante de Lynette se suavizó y una sonrisa afloró en su rostro. Con el solo recuerdo de un hombre de ojos azules los nervios se le calmaron.

—Madre del amor hermoso. ¡Tú has follado! —La acusó Regi con un dedo levantándose de su asiento—. Si ya decía yo que verte con esa cara de pardilla era por algo.

—¿Tienes que ser siempre tan...?

—Lo soy y más te vale que a mi edad no me intentes cambiar. Me conociste así. Tengo boca de camionero, es parte de mi encanto, cariño. Lo sabes y lo sé, ¿Para qué andarme con tonterías? Digo palabrotas, eructo sin vergüenza y no me pederreo en público porque considero que es la cosa más asquerosa que hay, pero lo hago en privado. ¿Qué quieres? Soy así. No soy una damita, eso te lo dejo a ti.

—Eres imposible, ¿Lo sabías? —Lyn contuvo la risa.

Agradecía a su amiga que cambiase de tema. Regi podía llegar a ser a veces un verdadero marimacho si se lo proponía, pero, en medio de todo aquello no podía evitar mostrar un lado delicado y noble, aunque se esforzaba en ocultarlo a la vista de todos.

—Pero aun así me quieres. —La pelirroja reposó su trasero en el escritorio, se cruzó de brazos y con cara de suficiencia la amonestó—. Ahora, vamos a lo que verdaderamente importa. ¿Quién es el tipo al que debo darle las gracias por ponerte la cara de recién follada? —Se acercó a la profesora y tomó su rostro entre sus manos para estudiarla de cerca.

—¿Qué haces, loca? —preguntó entre risas Lynette.

—¿Sabes algo? Te odio, te odio con todo mi corazón —Soltó a su amiga y volvió a acomodarse en el escritorio—. Un polvo hace milagros en el cutis. Sí parece que te han hecho un lifting. Asquerosa, tienes la cara resplandeciente y se te fueron las arrugas.

A estas alturas las carcajadas de la profesora eran imposibles de acallar. Aunque el rubor de saberse pillada no podía borrarse de su rostro, era imposible negar que Regi, tenía el don de hacerla reír con una facilidad aplastante.

—Tu ríe, zorra. Pero a partir de este momento y hasta que yo no moje, tu y yo no salimos juntas a ningún sitio. Qué asco me das... —La mecánica dramatizaba su tono—. Alma pecadora ¡Fuera de mi taller! Aléjate hasta que me traigas un tipo como el tuyo, que después de esto, me doy cuenta que Benji se queda corto.

—Sigo sin entender por qué bautizas a tus... juguetes.

—Amiga mía, si me dan placer, merecen un nombre. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

—Me merezco esa respuesta —la cortó—. A veces siento que hablo con...

—Un cabrón, lo sé. ¡Se me da de puta madre! —El tono de la mecánica mostraba a las claras su orgullo.

—¡Regi!

—¡Lynette! —Ya en ese punto la joven se reía a carcajadas—. Venga bicha, no puedes espantarte de mi forma de ser, no cuando trabajo con hombres que hablan de coños, culos y tetas sin miramiento. No me voy a sentir atacada ni acosada, pero tampoco puedo permitir que me afecte.

—Pero no deberías imitarlos.

—No los imito, me divierto que es distinto. Soy su igual ahí fuera o aquí dentro, tú eres mi excepción. Ahora, insisto, deja de marear la perdiz y suelta: ¿Quién demonios es el hombre misterioso?

—¿Recuerdas que te conté que encontramos un alma caritativa...?

—¡No me jodas! ¿El buenorro del que todo mundo habla? —Regi la miraba con sorpresa—. Así que esa es tu forma de darle las gracias, cochinota.

—Qué idiota eres...

—Lo soy. Debí pasarle revista hace tiempo ¿Hay fotos? ¿Tiene Facebook?

Lynette la miró con preocupación y negó con rotundidad.

—No le gustan las redes sociales, aunque tengo una foto —Sacó su móvil y pronto se lo pasó a su amiga.

—Madre del amor hermoso. ¡Vaya pectorales!

—Regi... —advirtió su amiga.

—Vale, vale, pero no jodas, un hombre de este tipo, con medio cuerpo cubierto con una sábana y en la cama... es la cosa más morbosa que he visto...

—Con sus dedos tocó la pantalla haciendo un acercamiento a la imagen—. Es guapísimo dormido. —Se quedó mirando confusa—. Mmhh... pero no sé por qué, creo que ya le he visto antes. Me suena familiar, pero no me hagas caso... ¿Qué te pasa? —Le devolvió el móvil y se sentó a su lado mirando el rostro compungido de su amiga.

—Demasiado guapo, ¿no crees? —Lynette cerró los ojos para no mostrar la marea de dudas que la inundaban.

—¿Y qué si lo es? —preguntó confusa.

—Mírame.

—Ni hablar, ya te tengo envidia.

—Ponte seria, Regi.

—No, y no lo hago porque estás diciendo gilipolleces. —Comenzó a caminar por el pequeño espacio libre en su oficina—. Claro que no eres una modelo de pasarela, gracias a Dios. Eres una mujer real, con curvas, michelines, barriguita, ¿y qué?

—Que soy especialmente curvilínea, además no soy una jovencita.

—Eres idiota, Lynette, y te gusta martirizarte. Es la maldición femenina. Si entre la puta regla y los complejos que nos mete algún que otro gilipollas ya lo pasamos mal. Disfruta Lynette, creo que te lo mereces. Y si ese hombre te da vida al cuerpo, acéptalo.

—Tengo miedo de que me rompa el corazón —confesó la maestra.

—Entonces conquistalo y retenlo para ti. Y si se atreve a romperte el corazón, no te preocupes que yo le romperé las piernas y me hare una tortilla con sus huevos, que yo por mi amiga ma-to.

—¿Te he dicho que te quiero? —Lynette se acercó a su amiga.

—No y nada de camelarme. Estoy muy cabreada porque tú follas y yo no.

—No te enfades, te prometo que te voy a regalar unas bragas vibratoras, ¿vale? —Incorporándose esta vez de su asiento se acercó a la puerta para mirar dentro del taller—. Ahora ¿me dirás qué pasa con Manzanito?

En ese momento, Regi tomó su papel de profesional y llevó a su amiga de la mano. Tenía mucho que decir acerca de su pequeño Citroën Dos Caballos. Las mujeres hablaron de todo lo que tardaría el proceso para recuperar tan preciado vehículo. Cuando por fin terminaron, ella se puso de pie para retirarse.

—Eh, fea. —Regi la detuvo—. ¿Has decidido algo acerca de «Alantocameloshuevos»?

Lynette arrugó la nariz y negó. Lo cierto es que mucho tiempo y valor no había tenido.

—La verdad es que no, digamos que he estado distraída con cosas más importantes.

—¡Fuera de mi taller! —gritó Regi antes de salir de la oficina corriendo para recibir un nuevo vehículo.

—Loca —farfulló dirigiéndose a la salida sin poder borrar la sonrisa de su

rostro.

Apretaba los puños con furia sin apartar su mirada del taller. No entendía como aquella zorra tenía tanta suerte. Se juró que la próxima vez no fallaría.

Cuando vio salir a la asquerosa gorda se dispuso a seguirla, pero su móvil comenzó a sonar. Reconoció el número y una sonrisa ladina se dibujó en su rostro mientras su mente comenzaba un nuevo plan, uno que no podría fallar. Se ocultó tras un árbol mientras cogía la llamada.

—Hola, Alan —saludó modulando su voz para que sonase como una caricia.

—Quiero verte. —El hombre no se andaba con rodeos.

—En mi habitación en... ¿media hora? —preguntó sin apartar la vista de su enemiga que ya se alejaba sin imaginar lo que la esperaba.

—Ahí estaré.

—No tardes. —Cortó la llamada.

Se dirigió a su vehículo de alquiler.

La zorra no vería jamás por donde le llegaría el golpe final. Agradecía que en ese pueblucho de mala muerte todo el mundo ofreciera información tan rápida y fácilmente. Fue así como supo quién había sido su exnovio, al que conoció en el bar hacía pocos días. Ahora la suerte le sonreía, después de unas copas y una noche de sexo, el hombre comía de su mano. El muy imbécil le estaba soltando toda la información que quería. Si jugaba bien sus cartas podría incluso ser de ayuda para deshacerse de ella. Esto había sido el comienzo, no se salvaría. ¡Ni hablar! Su tiempo había acabado, Joe era suyo y de nadie más.

Se montó en el coche y por fin se dirigió al hotel.

## Capítulo 27

El agua caliente corría por su cuerpo relajando cada zona tensa después de un día de contención. Para una persona como él, el sexo había sido siempre una necesidad física a la cual le sacó partido siendo actor porno, pero después de conocer a Lynette era más fuerte la necesidad de conectar emocionalmente con ella, deseaba acariciar su alma y entregarse sin reservas cada noche. Sin darse cuenta había descubierto la diferencia entre follar y hacer el amor, y eso le asustaba porque lo hacía sentir vulnerable.

Se propuso hacer las cosas bien con su chica y para eso debía contarle toda la verdad sobre su pasado en el cine porno. Ocultarlo sería un grave error para su relación.

Aún no sabía el modo de hacerlo, pero lo haría esa misma tarde. Estaba planeando la mejor manera y aunque sabía que no había nada como ser directo quería el consejo de Sandra. Necesitaba una opinión del sexo femenino para hacer las cosas bien con su rellena y deliciosa chica.

Después de vestirse bajó las escaleras con paso desenfadado.

—Sandra, ¿me puede ayudar? —preguntó.

Entró al salón y sonrió al encontrar a la familia completa en el sofá viendo la tele, pero algo no andaba bien; Bryston y Dalton le miraron con preocupación y Sandra y Carmen no apartaban los ojos del televisor con expresión aterradora. Joe se giró a la pantalla y sintió como el color le abandonaba la cara y un nudo oprimía su estómago cuando leyó la noticia que emitía:

*«El Rey del porno femenino Joe Kramer por fin ha encontrado una reina.»*

Tragó saliva cuando al ver aparecer unas imágenes de él junto a Lynette cuando estuvieron cenando aquella noche mágica. La presentadora del programa criticaba sin piedad a su chica por el exceso de peso, por su vestido, por su cabello... La saña y la crueldad del medio estaba destrozando a su novia sin miramientos.

*«—Mis fuentes me dicen que la misteriosa chica se llama: Lynette Carlo y es profesora de un pueblo Buena Esperanza... —La presentadora los miraba disfrutando al dar la información—. Ya tenemos a uno de nuestros compañeros por ahí, Daniel...»*

La pantalla cambio de escena dejando a la vista el muro de la escuela que él mismo había pintado días antes. Ahí se encontraba un chaval de no más de veintitrés años.

*«—Si, Linda. Ya estamos aquí, esta es la Escuela de Enseñanza Primaria y Secundaria Santa Úrsula, la escuela pública de un pueblo pequeño. Los vecinos nos han contado que Joe Kramer se ha prestado voluntario para las reparaciones del centro. Algunos incluso hablan de que fue aquí donde se conocieron la profesora y el actor.»*

La escena se iba sucediendo, intentaba moverse de ahí, salir a buscar a Lynette y explicarte la situación, ponerla a salvo para que mantuviera su anonimato, pero no podía, seguía contemplando como uno a uno los vecinos contaban maravillas del hombre y se sorprendían cuando les era revelada la antigua profesión del actor. Casi podía sentir el asco de cada individuo del pueblo y por primera vez se sintió sucio, la bilis comenzó su ascenso hasta la garganta.

*«—Daniel, ¿Podemos hablar con nuestra chica estrella? —preguntó la presentadora.*

*—En este momento debe estar a punto llegar, seguro que tiene mucho que contarnos.*

*—Entonces volveremos a tener contacto unos minutos más tarde.»*

—Tío, te dije que era una maestra, la has jodido —le acusó Dalton.

—Cállate —ordenó apretando los puños—. No te atrevas...

—Joe —Sandra lo miraba con angustia—, ve a por ella. ¡Ya!

Y como si fuera un botón el que acabaran de apretar se giró y tomando las llaves de la moto salió como una exhalación.

—Sacad a mi hermana de aquí —ordenó desde la puerta—. No necesito a nadie rondando esta casa.

Bryston y Dalton entendieron a lo que se refería, si en verdad había un acosador, no tardarían nada en enterarse de la localización de su amigo.

Mientras Joe salía de casa comenzó a marcar el móvil de la profesora.

—Vamos, nena, toma la llamada —suplicó antes de montarse en la moto y salir volando a por ella.

Lynette avanzaba por la acera camino de la escuela cuando se dio cuenta que había una multitud de gente cerca la puerta principal. Se sorprendió al ver tal congregación. La curiosidad hizo que acelerara el paso, aunque segundos

después comenzó a angustiarse. Las miradas reprobadoras que le lanzaban algunos padres de alumnos cuando pasaba a su lado no auguraban nada bueno, los veía cuchichear entre sí señalándola. Avanzó contrariada, confusa.

—¡Aléjate de mi hijo! —Una de las madres de su clase le salió al encuentro—. No te quiero cerca de él. El consejo tomará cartas en este asunto, ¡zorra!

Se quedó muda. Las lágrimas querían salir sin entender qué demonios estaba sucediendo para recibir tales ataques, cuando un hombre joven se acercó con micrófono en mano.

—Y aquí llega, Lynette Carlo, la chica del momento. ¿Es verdad que te están convenciendo para hacer cine porno? —El tipo comenzó a acosarla con ese instrumento del infierno—. ¿Cómo llevas que tu novio sea un actor porno de los más solicitados por las chicas?

—¿Qué? Te confundes de persona. Yo no soy... Él no... Déjame pasar. —Comenzó a empujarlo, mientras la duda la golpeaba de lleno en el estómago y el corazón—. Por favor, déjame pasar.

El reportero le seguía poniendo el micrófono en la boca, pero ella dejó de escuchar las preguntas mientras buscaba con la mirada a alguien que le explicara qué estaba ocurriendo. Su móvil sonaba con insistencia a la vez que un nudo en la garganta estaba formándose, su corazón golpeaba con fuerza, sintiéndose ridícula, y avergonzada.

Comenzó a faltarle el aire, su meta era abrirse camino entre tanta gente hasta la puerta de la escuela, necesitaba estar a salvo, le urgía hacerlo. Respiraba ya con mucha dificultad cuando sintió un dolor sordo en el pecho, las piernas le comenzaron a fallar y la visión comenzó a hacerse borrosa, los latidos del corazón los sentía palpar en los oídos, necesitaba respirar con urgencia.

—Lynette. —Escuchó a lo lejos la voz de Leo muy lejana antes de que todo se quedase en negro.

—Preciosa. —La mano de Leo apretaba la suya—, no me vuelvas a dar estos sustos.

El notario, mortificado, pegó la frente a los dedos de la joven que se mantenía en la cama del hospital, con el gotero lleno. Se sentía impotente ante el estado en que se encontraba la joven.

—Menuda se ha liado. —Regi la miraba a los pies de la cama.

—¿Leo? ¿Regi? —La acongojada voz femenina dejaba a las claras que aún estaba confusa—. Ay, ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Comenzó a llorar. El recuerdo de lo que momentos antes había vivido la destrozaba. Siempre había sido una mujer ejemplar, la comunidad le tenía aprecio, sus niños... sus niños.

—¿Recuerdas que te dije que tu chico me parecía conocido? —La mecánica se acercó del lado contrario a Leo y le tomó la mano. Digamos que lo tenía guardado en una de mis colecciones privadas de... —Se sonrojó al confesar— porno para chicas.

—¿Qué quieres decir, Regi? —preguntó horrorizada la joven.

—Algo que todos los telediarios han estado repitiendo una y otra vez durante la mañana. —Esta vez fue Leo quien tomó la palabra y con el mando de la televisión en mano la encendió para enfrentarla con la realidad—. No se habla de otra cosa en Buena Esperanza y en toda la telebasura.

—Esto no me puede estar pasando. ¿Joe un actor porno? Debe ser una broma —La congoja se volvió angustia dando paso a un llanto desesperado—. Mi trabajo, Dios mío, mi trabajo.

—Necesitas relajarte, acabas de tener un ataque de ansiedad y no sería bueno que tuvieras otro.

Solo en ese momento la joven muchacha fue consciente de donde se encontraba. Tenía tanto dolor, estaba tan nublada y confusa que hasta ese detalle se le había pasado por alto.

— ¿Estamos en el hospital?

—Te desmayaste, te trajeron en ambulancia.

—¿Qué va a ser ahora de mí? —Lo miró con angustia—. Leo, esto puede destruir mi trabajo, esto...

—En cuanto me asegure de que estás bien, juro que voy a matar al imbécil que te ha hecho esto —prometió Regi—, y le partiré la cara a cualquiera que se atreva a decir algo de ti.

—Vamos a solucionarlo, un error lo tiene cualquiera. Vamos a arreglar el entuerto. De momento, tienes que estar relajada. Tienes que ser fuerte, han dicho muchas cosas en los medios, estas en primera plana de varias revistas tontas y... —Tenía que ser franco—. Hay bastantes medios por aquí.

—Me ha mentido... —susurró Lyn con el corazón roto.

—Cariño, no lo pienses, te necesito fuerte en este momento. —Leo le acarició el cabello.

—Descansa, ya encontraremos la solución, es una promesa. —Regi le sujetó la otra mano.

Lynette se sentía aturdida por los efectos de la medicación. Quería volver a dormir, ya tendría tiempo después de llorar y pensar que podría hacer. Su carrera, lo que amaba tanto, estaba pendiendo de un hilo. Sin embargo, lo que más le dolía era el corazón roto al saber que Joe podría haberla advertido, dejarle elegir, pero no lo hizo.

No sabía cuántas horas habían pasado, Lynette abrió los ojos y se encontró con unos azules que la miraban con igual angustia. Joe tenía su rostro transformado y la culpa bailoteaba en toda su presencia.

—Vete —ordenó con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Necesito que me escuches. —El hombre le tomó ambas manos—. Por favor, por lo que hemos compartido, escúchame.

—Lárgate...

Lynette se sentía sobrepasada. Si lo escuchaba lo perdonaría, era así de tonta, porque aún lo quería con todos sus sentidos.

—Te juro por mi vida que jamás había querido hacerte daño, no pensé que esto fuese a pasar.

La risa burlona de la mujer no tardó en llegar.

—¿Sabes? Estoy cansada de juegos. Omitir la verdad es una mentira. Una mentira que a la larga sí que puede hacer daño. ¡Sabías que podías joderme la vida y no te importó!

—Te dije que era un puto egoísta, te lo dije porque lo soy. Tenía planeado decírtelo, pero antes quería...

—¿Burlarte? Seguro que pensaste: «Mira a la gorda. Vamos a jugar un poco, después de todo ningún otro hombre se le va a acercar».

Joe se levantó mirándola molesto.

—Sabes que eso no es verdad. Jamás te he tratado de forma despectiva. Me gustas, me encantas entera. Eres magnífica, eres...

—¿Idiota? —Cerró los ojos—. Sabía que lo perfecto no podía ser para mí, pero no imaginé que serías tan rastrero de hacerme esto. ¿Cómo te atreviste a

cortejarme y exponerme de esta manera?

—Lynette, escúchame. No tengo ni idea...

—No quiero escucharte, no quiero verte más. Lárgate. —Ni siquiera se atrevía a mirarlo.

—Podemos arreglarlo, te juro que ...

—¿Qué? ¿Vas a hablar con el consejo de la escuela para que no me expulsen? Maldita sea, te dejé estar cerca de la escuela, de los niños. ¡Soy responsable de niños! —Se llevó las manos a la cara horrorizada—. Dios mío ¿Qué he hecho?

Joe se sintió sucio, por primera vez en toda su vida, se sintió asqueado de sí mismo. Había soñado con el momento en que ella lo supiera, la escena que se había imaginado era tan distinta a esta. Ahora todo era una mierda y fue consciente del terrible error que había cometido al no haberse mantenido alejado cuando pudo hacerlo.

—Te quiero, Lynette —Se alejó dos pasos de ella—. Eres lo más puro y bueno que me ha pasado, un sueño. —Esta vez sentía un nudo en la garganta y el corazón romperse—. Te quiero por el gran corazón que tienes, por el gran amor que puedes ofrecer, por tus valores. —Tragó saliva con dificultad—. Te pido perdón por intoxicarte, por contaminarte. No me volverás a ver, te lo juro.

Y sin decir más salió de la habitación.

Lynette estuvo a punto de detenerlo, de pedirle perdón, pero al final guardó silencio. Se acababa de quedar sola, era lo correcto, pero dolía, joder si dolía. Las lágrimas no dejaban de caer implacables.

—Es mejor así —se dijo antes de romper en sollozos—. No voy a llorar por ti, no lo voy a hacer.

Podría superar la pérdida de Joe, podría superar cualquier cosa, intentaba convencerse de eso, pero el corazón gritaba una súplica: ¡Detenlo! ¡Llámalo! ¿Qué más daba todo aquello si ella sabía de verdad que él tenía un gran corazón? Pero no lo hizo, lo dejó marchar y permitió que con él se fuera toda su alegría y esperanza.

—Adiós.

## Capítulo 28

El latido de su corazón era acelerado y le dolía como si le hubieran abierto el pecho y vertieran ácido en su interior. ¿Cómo podía doler tanto la pérdida de algo que hasta hace poco le había pertenecido?

El camarero sirvió más whisky en su vaso. Joe miró el líquido ambarino antes de expulsar el aire.

—Típico en nosotros, ¿eh? —Dalton llamó la atención en la barra pidiendo un Red Bull con su mano—. Si algo va mal con una mujer nos perdemos en nuestro fiel amigo escocés. ¡Ahogarnos en nuestra propia miseria! Eso se nos da de puta madre. Es una lástima que dejara la bebida por tu culpa.

—Vete a la mierda —bufó el rubio apurando el vaso de un trago antes de pedir otro—. ¿Qué quieres?

—Hacer el ganso. —Dalton sorbió un poco de la lata y suspiró—. Aunque no lo creas me preocupas. Ya he estado en ese punto donde estás ahora y no vale la pena. Las mujeres son una mierda y nosotros mucho más. —Miró al frente a la vez que sus dedos tamborileaban rítmicamente la barra—. Sabías que eso no saldría bien, asúmelo y sigue tu camino.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lo diga más claro? —asintió—. No tenías derecho a pensar que esa mujer era alcanzable, ni a soñar con finales felices. Esta es la puta vida que nos espera, capullo. Somos una lacra, así que asume las consecuencias y volvamos a casa a seguir nuestra vida.

Joe se puso de pie furioso y comenzó a reír.

—No tienes ni puta idea —negó metiendo su mano en el pantalón para sacar la cartera—. ¿Sabes? Ya soy mayorcito para que me des sermones, pero por lo menos, cuando me los des deja el cinismo en casa y dime que la cagué por haberme callado algo tan importante como mi profesión. Recuérdate que ella se merece algo mejor que un tipo como yo. Dime que fui un cobarde por no decir la verdad, pero no me digas que ella es como todas. No lo es.

—¿Seguro? —Dalton también se puso de pie—. Y según tú, ¿cuál es la diferencia? No. Mejor te la digo yo: Ella es una profesora de escuela infantil y

los tipos de mierda como nosotros, no salimos con mujeres así.

—Eso no es verdad —replicó Joe.

—Veo que no lo entiendes —Dalton miró hacia el raso del techo buscando las palabras que necesitaba—. Esta hipócrita sociedad ha estigmatizado a tipos como nosotros, Joe; nos marginan, nos repudian en público cuando en privado todos y todas se la han cascado con nuestras películas. La profesión de actor porno no está bien vista, eso lo sabíamos desde antes de entrar en ese mundo y aceptamos las consecuencias que eso nos podría traer.

—Eso fue porque jamás creímos que nos podíamos enamorar.

—¿Pero es que acaso los actores porno se enamoran? —ironizó su amigo con una fingida sorpresa, aunque en sus ojos se notaba el dolor que siempre lo acompañaban—. Venga ya. Joe, solo sabemos tener la polla tiesa y esperamos a cualquier mujer para metérsela o que se la meta hasta la garganta. ¿Desde cuándo guardamos tiernos sentimientos? Las actrices son unas fulanas y nosotros unos tipos con suerte que ven agujeros listos para ensartarlos. ¿Acaso no lo sabías?

—¿En serio te crees todo lo que dices?

—Da igual si lo creo o no, eso es lo que se espera de nosotros. Por eso tu historia con ella estaba condenada al fracaso desde el inicio. Cuanto antes lo aceptes antes podrás continuar. —Dalton se acercó a él y le dio una palmada en el hombro—. Asúmelo y olvídala.

—No puedo. De hecho, no quiero. Jamás en toda mi vida me ha importado tanto alguien que no fuese de mi sangre. La deseo, pero no solo con la polla, cada célula de mi cuerpo grita por ella. Se ha colado tan profundo que me duele respirar con su ausencia. La quiero Dalton, la quiero de manera profunda y sincera, daría todo por hacerla feliz y borrar este episodio en el que ella ha salido perjudicada por mi puto egoísmo.

Dalton sacó dos billetes del bolsillo del pantalón y los dejó en la barra, se encogió de hombros y por fin asintió.

—Bueno, chavalote, sabía que era imposible hacerte entrar en razón, pero al menos lo he intentado. —En su rostro se dibujó una sonrisa sincera—. Entonces, si de verdad la quieres, ve a arréglalo, ve por ella. Demuéstrame que estoy equivocado.

A pesar de que aún no mostraba mucha simpatía por Gregor a Sandra le molestó que el hombre de rostro tatuado le interrumpiera en su sesión de rehabilitación.

Bryston intentó hacerse el duro ante la mujer que lo miraba con sus dulces ojos azules.

—A ver, —Se puso de cuclillas para estar a su altura—, tienes que hacer caso a tu hermano. Necesitamos sacarte de aquí antes de que lleguen más paparazzis y te descubran.

—¿En serio crees que me importa eso? —Sandra lo miró ofendida—. Es mi hermano y no lo pienso abandonar. Me necesita, Bryston. Tu no lo entiendes.

—Lo entiendo, Sandra —mintió.

Bryston no comprendía ese cariño que se tenían entre hermanos, ni siquiera sabía lo que era ser amado por una madre.

—Pero —continuó hablando—, la realidad es que durante años tu hermano se ha encargado de mantener oculto cualquier relación o parentesco contigo para protegerte. Sé que eso ahora no te importa, pero a él sí. No tires por la borda lo que tanto trabajo y dolor le ha costado. Si quieres de verdad ayudar a Joe no le hagas esto. —Un suspiro escapó de los pulmones del actor, se sentó en el suelo con las rodillas dobladas—. Yo no tengo ni puta idea de cómo funciona una familia, mejor no te hablo del significado que le doy a esa palabra, pero lo que sí sé es que no deberías de ponerle las cosas difíciles. Te necesita fuera de casa para protegerte, ayúdale a no preocuparse, después lo consuelas si quieres, pero ahora no le compliques la vida.

La muchacha se mordió el labio, aceptando que podría tener razón. No le gustaba dejar solo a su hermano, pero tampoco quería terminar siendo un estorbo o complicarle más la situación. Así que, por fin se rindió a lo evidente.

—Tú ganas Brys, me voy, pero con una condición —advirtió con seriedad.

—Dime. —Se puso de pie mirándola expectante.

—Quiero que me prometas que me dejarás en algún lugar seguro y regresarás con él para mantenerme informada, ¿vale?

Sandra contuvo el aliento al verlo sonreír. Era un hombre demasiado guapo a pesar del tatuaje que marcaba la mitad de su cara. No sentía esa fiera atracción hacía él, pero le resultaba imposible no admirar ese rostro marcadamente varonil, tan perfecto. Sintió una dulce caricia con los nudillos masculinos.

—Eso no va a pasar, pequeña, yo estaré a tu lado. Alguien tiene que cuidarte —aclaró a la joven con un tono que no admitía réplica.

—Creo que tengo la solución a eso. —Gregor interrumpió la discusión.

Hasta ese momento se había mantenido como un mero espectador, no le gustaba meterse donde no lo llamaban, pero esta vez haría una excepción, creía tener la manera de ayudar a los Kramer y por alguna razón que él aún no comprendía, algo le llamaba a proteger a Sandra.

—Yo puedo cuidar de ella.

—¿Tú? —preguntó incrédula la joven.

Bryston elevó una ceja esperando a que continuara, siendo consciente de la perplejidad de la joven.

—Sí, yo puedo cuidar de ti mientras ellos ayudan a tu hermano —aclaró—. A varios kilómetros de aquí tengo una casa de campo en la que vivo con mi padre, está lo suficientemente lejos para que no te molesten esos paparazzis y lo suficientemente cerca como para que él pueda venir informarte de cómo van las cosas por aquí.

—Pero...

—Además —prosiguió Gregor sin dejar hablar a Sandra—, así podemos continuar tranquilamente con nuestras sesiones de rehabilitación.

Bryston se dio cuenta que la joven se debatía entre aceptar la ayuda que se le ofrecía o negarse en redondo.

—A mí me parece bien. —Se encogió de hombros mirando a la muchacha esperando su respuesta.

—Pues... si a ti te parece bien y a... eh, a Gregor no le resulta un incordio tenerme cerca unos días, acepto.

Gregor se acercó a la pareja y mirando al hombre tatuado habló con tono serio.

—Sandra estará bien, no debéis preocuparos, yo me haré cargo a partir de ahora.

Carmen irrumpió en ese momento.

—Ya están las maletas hechas, como me lo has pedido —Se dirigió a Bryston—. ¿Necesitáis que haga algo más?

Ya instalada como copiloto en el coche de Gregor, Sandra por fin se decidió a hablar.

—No sé por qué lo estás haciendo, pero gracias... —Se giró para observar a su anfitrión que ya en ese momento conducía a la salida de Buena Esperanza.

—No necesitas agradecerme nada. —Sonrió sin apartar la mirada del camino—. Vamos a enterrar el hacha de guerra unos días —Tomó una avenida y pronto dejaron el pueblo atrás—. No soy tu enemigo, solo me preocupo para que mejores. Eres mi paciente y no voy a permitir que nadie ponga en riesgo los avances de mi trabajo.

—Dádivas quebrantan peñas —parafraseó la joven.

Una risita escapó de la garganta de Gregor que aminoró la velocidad, se giró a ver a la joven y antes de volver su vista al camino añadió:

—Dar tiempo al tiempo, que no se conquistó Zamora en un día. —La sonrisa de suficiencia se dibujó en su varonil rostro.

—Vale, ya has ganado la primera contienda. ¡Has leído el Quijote de la Mancha! —Lo miró sorprendida.

—Bueno, no todo son sanar lesiones en mi vida.

Varios kilómetros después el coche se internó en un camino que podía pasar desapercibido para los curiosos.

—Mi trabajo y, aunque no lo creas, mi satisfacción es verte caminar. Supongo que tienes la misma prisa por caminar, como yo de que mejores.

—Sí.

—¿Qué te gustaría hacer cuando vuelvas a caminar?

—Correr a los brazos de mi hermano y volver a verle sonreír.

—Mantén eso como tu meta, aférrate a esa imagen y verás que pronto lo habrás logrado.

—Lo haré. —Su voz sonó triste y su mirada se perdió en el camino.

—Él estará bien. —cambió Gregar de tema.

—¿De verdad lo crees? —Esta vez su tono se suavizó y su rostro mostró la preocupación de una mujer que podía amar sinceramente.

—Siempre nos sobreponemos, Sandra. Siempre.

El coche se perdió en el bosque con dos corazones confusos, el tiempo demostraría si podía curar heridas o no.

Daría su costilla derecha por poder ver la cara de la zorra cuando entrase a su

casa y descubriese la sorpresa que le había preparado. Eso era lo que se hacía con las putas que miraban a hombres ajenos.

La mujer abrió el ropero del hotel y retiró su ropa, ahí frente a ella apareció una foto de Joe, sonriente.

—Mi amor, me encargaré de ella y después vendrás a mí, ¿verdad? Tu eres mío, mío —repitió con furia antes de comenzar a reír.

## Capítulo 29

La mañana siguiente del catastrófico día, era tan soleada como un día de verano, y Lynette volvía caminando a su casa. Había pasado la noche en observación en el hospital a causa de su desmayo. Había dormido poco y mal pensando una y otra vez en las consecuencias que tendría para ella todo lo ocurrido. Sabía que no tendría muy fácil las cosas, sobre todo con ciertas madres moralistas, pero si encontraba la forma de manejar la situación podría solucionarlo.

Llegó a casa y sacó las llaves de su bolso. Algo andaba mal, todos sus instintos se pusieron alerta al notar un inconfundible olor a pintura. Dudosa, se mantuvo anclada en el quicio de la puerta sin poder moverse mientras un escalofrío recorría su columna. Todo estaba en penumbra y sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la escasez de luz, poco a poco empezó a ver en las paredes unas figuras que no tenían que estar ahí. Una mezcla entre miedo y pánico la impulsó hacia la ventana, descorrió las cortinas de golpe y dejó que la luz entrase como el flash de una cámara, en el recinto. Un grito ahogado escapó de su garganta. Todas las paredes e incluso algunos muebles habían sido atacados por obscenas y ofensivas palabras que iban dirigidas a ella; «Putas» y «Zorra», en varias formas y tamaños, eran las favoritas del agresor. En medio de toda esa lujuria de odio, su atención se centró en la pared principal donde un mural escalofriante, de insultos y fotos, la aguardaba.

El corazón le subió por la garganta al reconocerse en aquellas fotos. Todas dentro en su propia casa. En algunas aparecía leyendo en el salón, en otras preparándose algo en la cocina y hasta fotos de ella desnuda en la ducha. Pero no fueron esas la que le helaron la sangre. Con dedos temblorosos descolgó una del centro del mural; mostrándola en la puerta de su casa mientras se besaba con Joe. Volvió la vista al mural y descolgó otra; ella y Joe haciendo el amor en su dormitorio. Otra igual y otra... y otra... Pero la que más pánico le hizo sentir y que no pudo ni siquiera tocar, fue en la que se encontraba plácidamente dormida, el plano de su rostro era tan cercano, solo a unos pocos centímetros de la cámara, que quien la hubiese tomado tenía que haber entrado en su casa, en su

dormitorio y acercarse hasta el lado de su cama, dejándole claro que no había sido consciente del peligro que había corrido.

Se sintió terriblemente vulnerable. No lo pensó más, subió corriendo a su habitación y sacó una maleta para llenarla de lo imprescindible. Necesitaba salir de ahí, su hogar ya no era seguro. Abrió el primer cajón de ropa y quedó paralizada. Una rosa negra reposaba sobre su ropa interior. La señal era clara: ni huyendo estaría a salvo.

El timbre anunciaba que tenía una visita. Leo se levantó de su asiento y dejando el café aun humeando se dirigió a la entrada, al abrir la puerta se encontró a Lynette llorando y temblorosa. Extendió sus brazos para arroparla y protegerla, como un padre lo haría con su hija.

—Pequeña, ¿qué te ha pasado?

—¿Me puedo quedar unos días en tu casa? —preguntó angustiada.

—Los que necesites, pequeña, los que necesites. Pasa, pasa. Te prepararé una tila.

Intentando acallar los sollozos le contó a su amigo el horror que había encontrado al llegar casa.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haberte hecho eso?

—Nooo... ¿Quién podría odiarme tanto?

—¿Qué hay de esa novia de tu ex? Puede haber sido ella.

—¿Mónica? —preguntó extrañada— Sé que no le caigo nada bien pero no la veo capaz de algo así. Ella disfruta más humillándome en público que con amenazas anónimas. Ni siquiera veo capaz a Alan. —Meditó unos segundos—. Quien me ha hecho esto me odia de verdad y tengo la sensación de que tiene algo que ver con mi relación con Joe.

Al oírse pronunciar su nombre se le saltaron las lágrimas. ¿Qué relación? Ellos habían terminado, él ya había salido de su vida.

—Bueno, entonces tenemos que denunciar lo que han hecho, pequeña. Lo que ha sucedido no es normal y no está bien.

—No, Leo, no puedo. ¿Y si esa persona está ahí afuera esperando a que haga eso precisamente? —Lynette se abrazó a sí misma—. Si ha podido entrar en mi casa estando yo dormida, no sé qué sería capaz de hacerme si acudo a la policía.

—Entraron a tu casa hija, eso es obra de un enfermo —declaró el notario bastante preocupado—. Tenemos que hacer algo.

—Ahora mismo, lo único que quiero es hacer las maletas e irme a China. ¿Quién me puede odiar tanto para hacer algo así?

—El problema no es que alguien te odie, sino que no estás a salvo y por eso insisto en que tienes que denunciar lo que te ha sucedido. No soportaría perderte, pequeña.

—Eso no va a ocurrir, Leo —negó categórica tratando de convencerse a sí misma—. Además, ahora debo de ir a ver al director, antes de que acaben las clases. Tengo que dar una explicación de lo que ocurrió la otra mañana en la puerta de la escuela.

Lynette bebió un sorbo de su tila en un vano intento por tranquilizarse. No podía creer que alguien quisiese hacerle daño, no de forma permanente, ni siquiera creía capaz a la garrapata de Mónica capaz de semejante atrocidad, aunque...

Lynette se sentó en una de las sillas que se encontraban a un lado de la puerta de la dirección. Cerca de ella algunas madres aguardaban la salida de sus hijos. La profesora era plenamente consciente de las miradas reprobatorias que le lanzaban como si fueran dardos envenenados. Las mujeres dejaron de cuchichear y comenzaron a hablar en un tono de voz lo suficiente alto para que escuchase las duras palabras que le dirigían a modo de indirectas.

—Es inapropiado, a saber qué le enseña a nuestros hijos, —Una de ellas mostraba su creída superioridad moral, le encantaba saber cada uno de los cotilleos más oscuros para destrozarse a las personas que estaban por debajo de ella—. Tienen que destituirla. No la quiero cerca de mi Rubencito.

—Va contra las reglas del decoro —asintió Gladys, una de las grandes charlatanas de Buena Esperanza—, es inmoral que siga aquí.

—Suponemos que el buen nombre de esta institución se va a defender. —Nuevamente la primera tomaba la palabra—. Una mujer de ese tipo no puede seguir aquí.

La puerta de la dirección se abrió haciendo que la profesora diese un salto en su asiento, las palmas de sus manos sudaban en respuesta a las crueles

acusaciones que recibía y que dejaban claro que probablemente su futuro en la escuela estaba pendiendo de un hilo.

—Señorita Carlo —El director salió a recibirla. Siempre era muy formal con ella en público—. Pase, por favor.

Simón Gordon era un hombre enjuto de porte bondadoso. Los años no habían sido capaces de cambiar la chispa en sus ojos ni su feen las personas, por eso le costaba tanto ser el portador de tan malas noticias. Odiaba esa parte de su trabajo, pero eran gajes de su oficio.

—Siéntate. —Señaló una de las sillas que quedaban frente a su escritorio—. ¿Cómo estás?

Una vez dentro de su oficina no necesitaba las formalidades de su puesto.

—Si le soy sincera... —Lyn apretó sus manos sobre el bolso—, angustiada, puedo explicar...

El director negó con la cabeza mirándola con seriedad.

—A mí no me tienes que explicar nada, hija —advirtió en tono preocupado—. Dado los recientes acontecimientos el consejo de administración de la escuela ha decidido reunirse a puertas abiertas para exponer tu caso y también el del señor Joe Kramer del cual con toda probabilidad se prescindirá de sus servicios y de los de su ayudante, y se decidirá si...

El director no sabía cómo encontrar las palabras.

—¿Si? —preguntó Lynette.

—Si se te expulsa de la escuela o no —sentenció—. Tienes una semana para dejar claros tus argumentos. Tomate esos días de baja para que te recuperes, medites y puedas encontrar las palabras justas para llegar a cada miembro del consejo. Cuentas con mi apoyo, si eso te sirve de algo.

Lynette sintió que el corazón se le desplomaba, ¿de verdad la iban a despedir?

—Señor, le juro que yo siempre he mirado por la escuela, yo no sabía...

El hombre se levantó y rodeó el escritorio para sentarse en la silla que estaba a un lado de la joven.

—No dudo de tu buena voluntad y realmente habéis hecho algo maravilloso por la escuela, pero comprenderás que ahora esas personas son *non gratas* por aquí.

—Todo esto lo ha organizado Alan, ¿verdad? —acusó la angustiada maestra.

La sorpresa se reflejó un momento en el rostro del director para pasar un segundo después a la decepción.

—Si te sirve de algo, no ha sido él. Alan ya tiene suficiente con lo suyo. —La joven miró confusa al Director. ¿Había pasado algo en estos días? —Ha sido inhabilitado de su puesto en el consejo —Simón se pasó la mano por el mentón con gesto contrito—. La señora Greta Russo vino a mi despacho el otro día para entregar unos documentos que pueden probar que Alan ha estado desviando fondos de la escuela hacía cuentas personales. —Inhaló un poco de aire y negó con tono cansado—. También se tratará ese asunto en el consejo, la diferencia es que lo suyo es un mero papeleo para formalizar su despido y tramitar una denuncia; mientras que lo tuyo, bueno, aún se tiene que deliberar.

Al final las sospechas de Greta estaban fundadas. ¿De verdad había podido hacer algo así su ex?

El alivio que sintió al saber que no era ella la que había encontrado esas pruebas aligeró un poco el peso de los problemas que tenía, no quería que la culpa fuese uno de ellos.

Lynette por fin salió de la escuela, su sorpresa fue grande al encontrar los rostros de los padres de sus alumnos que la obsequiaba con una sonrisa.

—Que sepas, —Yasnaia, la dueña de la cafetería *Dulce&Salado*, tomó la palabra—, que cuentas con nuestro apoyo. Estamos haciendo una colecta de firmas para que no te despidan.

—Es una mierda —dijo Gaby, una mujer regordeta—, pero no estas solas. Hay mucha gente que te apoya, así que seguro que todo saldrá bien.

La profesora se sintió orgullosa de esa gente que le daba su apoyo incondicional. Quizá no todo estaba perdido.

Cuando por fin se quedó sola y comenzó a andar hacia la casa de Leo una voz en tono acusatorio le llegó por la espalda.

—Sé que fuiste tú maldita traidora.

Lynette se giró rápidamente y se encontró con el rostro de Alan desencajado por la furia.

—Nadie se mete conmigo y se va de rositas —continuó—, y mucho menos tú que no vales para nada. —Avanzó dos pasos para que solo ella escuchase lo que tenía que decir—. Esto no se va a quedar así, Lynette, te juro que me la vas a pagar.

No le dio tiempo de defenderse, la dejó plantada en la calle con un nudo en la boca del estómago. Si ya de por sí no se sentía segura, ahora mucho menos con un enfurecido Alan suelto por el pueblo.

## Capítulo 30

El detective Sean O'Connor entró en el bar «Castillo Blanco». El ambiente estaba cargado. Después de echar una mirada como si buscara a alguien se dirigió a la barra donde estaba sentado un hombre fornido de casi dos metros y de cabello rubio que aparentaba no haber sido tocado por un peine.

—Una botella de agua —pidió al camarero mientras tomaba asiento.

El hombre fornido a su lado giró el rostro mientras elevaba una ceja, incrédulo.

—Chaval, si pides eso me dejas en ridículo frente a mis amigos —afirmó mientras observaba junto a su vaso de whisky una ridícula botella de agua.

—Vete a la mierda —replicó Sean sin apartar la vista del frente.

—Esas no son formas de hablarle a un compañero.

Si Sean no conociera a su amigo Collin Wilson pensaría que ese monigote de complexión fuerte y apariencia de armario no habría dudado en levantarse de un salto y romperle el cuello con facilidad, si se lo hubiese propuesto.

—¿Desde cuándo tú y yo somos «compañeros»?

El tipo puso su gran mano en el pecho imitando un agudo dolor mientras sus marrones ojos chispeaban divertidos junto a una sonrisa burlona que se abría paso en su barba tupida.

—Ya veo, Sean, que la vida de casado te ha ablandado. —Le rodeó con el brazo para sujetarle el hombro y acercarlo a él mientras le hacía un mohín con los labios—. Quizás ahora te gustan más los besos y abrazos.

—¡Suéltame, imbécil! —ordenó Sean.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Te da miedo que la gente sepa lo nuestro...?

—Sigues siendo el mismo capullo de siempre, Collin.

—Solo a ti y a mi mujer os gusta llamarme así —comentó reflexivo.

Cuando estaban en la policía, Collin Wilson era conocido como «Calígula» debido al papel de poli malo que le gustaba desempeñar.

—Sentémonos en una mesa —propuso Sean cogiendo su botella de agua.

—Vamos a la del fondo —sugirió su compañero apurando de un trago su whisky.

Cuando tomaron asiento por fin pudieron hablar de lo que realmente los había reunido.

—Supongo que, ahora que me tienes arrinconado, vas a intentar meterme en algún lío. —Calígula subía y bajaba las cejas sin quitar la sonrisa burlona de su rostro.

—En realidad, vengo a pedirte un favor —corrigió Sean—. No te va a llevar mucho tiempo y no infringe muchas normas.

—O lo que es lo mismo, me necesitas porque te has atascado en un caso. —Se cruzó de brazos y dejando escapar el aire, sentenció—. Me has decepcionado. Esto no te habría pasado si no hubieras elegido el traslado.

—Era elegir este destino o pasarme el resto de mi vida detrás de una mesa revisando y rellenando informes.

—Eso te pasa por dejar que te disparen.

—Cállate, imbécil. —Sean instintivamente se llevó la mano al hombro—. Al menos a mí no me dieron en el culo. Tuvo que ser duro elegir el traslado a inteligencia sin poder sentarte en una silla.

—Gilipollas, yo me llevé la peor parte.

—Eso no lo dudo, es el único caso que conozco que con una sola bala le hagan cuatro agujeros.

Los dos rompieron a carcajadas. Poco a poco las risas disminuyeron hasta que quedaron relajados.

—Dentro de poco es el cumpleaños de mi pequeña Didi, lo recuerdas ¿verdad? —preguntó Calígula tamborileando los dedos sobre la mesa, imitando un gesto desenfadado—. La enana espera que a su fiesta aparezca Batman. —Esa última palabra sonó con retintín—. Así que... un favor por otro.

—No pienso disfrazarme de Batman —aclaró.

—Lo harás. Primero, porque soy tu amigo. Segundo, porque sabes que yo lo haría por tu hijo. Y tercero, porque ese favor que piensas pedirme va a hacer enfadar al jefe, lo comprendes, ¿verdad muchachote?

La mirada oscura de Sean se volvió más negra que la obsidiana. Detestaba que su antiguo compañero le conociera tan bien.

De su chupa de cuero, Sean sacó un sobre bien doblado y se lo dejó encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —Calígula cogió el sobre sopesándolo— ¿Tu testamento? ¿Al

fin me dejas tu colección de porno cuando te mueras?

El rubio grandullón extrajo de su interior varias fotografías de pésima calidad y un pendrive.

—¿Sabe tu mujer que estás espiando a otra? —preguntó elevando la ceja— Lo digo porque Edén te puede cortar las pelotas por esto y yo no quiero que mi chica crea que te estoy ayudando. No planeo correr la misma suerte.

—Déjate de estupideces y dime que puedes aclararme estas imágenes. —Lo miró con decisión—. En ese pendrive está el video de donde las he sacado. Busca los minutos que vienen apuntados aquí —Señaló cada fotografía—. En el pueblo no tengo los recursos necesarios, pero tú...

—¿Con qué urgencia lo necesitas? —preguntó el otro observando concienzudamente las fotos.

—¿Para ayer?

—¿Se puede saber...? —Calígula volvió a meter todo en el sobre.

—No, ni una pregunta. —Sean extendió la mano a su amigo—, pero te deberé una si lo haces.

—En mi casa, de Batman...

## Capítulo 31

Había pasado una larga semana y seguían siendo noticia. Joe estaba furioso por las especulaciones que se iban inventando y que afectaba también a Lynette. Cuando Lauren, su ex agente, se puso en contacto con él prometiéndole un gran contrato por su regreso, supo que era necesario cortarlo todo de cuajo.

—¡Será posible! —Carmen se levantó del sofá indignada y señalando con un dedo acusatorio a la televisión continuó— ¡Qué poca vergüenza! ¡Menudas mentiras! Si yo tuviera unos años menos y mucho dinero ya os estaríais enterando de la demanda que os metía.

Joe miró la pantalla y apretaba los puños sintiendo la impotencia que lo aquejaba desde que todo había comenzado.

—Colega, creo que es el momento de que hagamos algo —decidió Bryston dando una pequeña palmada en el hombro de su amigo.

—Tú pide y romperé alguna que otra nariz. —Dalton, sentado a un lado de Carmen, se giró para apoyar la propuesta.

—No vamos a pegar a nadie —zanjó Joe—. Cualquier cosa que hagamos provocará que esto se haga más grande para ella y la alejará más de mí. Lo último que necesita la reputación de Lynette es que digan que, aparte de actor porno, también soy un delincuente. Quiero que esto termine, necesito que la dejen en paz, pero aún no sé cómo hacerlo.

—Fácil no lo vas a tener. —Bryston veía la televisión.

Carmen se giró para observar a Joe y el corazón se le encogió al verlo tan desolado. Se notaba lo mucho que le afectaba la pérdida de Lynette.

Joe sintió la cándida mano apretando la suya y agradeció que en ese momento le reconfortara. Esa mujer no lo había mirado como si fuese una escoria, no lo juzgaba y, sobre todo, no se había retirado.

—¿Por qué te has quedado, Carmen? —preguntó con sus ojos azules suplicantes por alguna otra palabra de aliento— ¿No te das cuenta que la gente habla?

La mujer tiró suavemente de la mano del hombre dirigiéndole al sofá donde se encontraba Dalton y al que rápidamente se unió Bryston.

—Este es ahora vuestro hogar. ¿Qué sería de un lugar así sin que un vecino diese un escandalito de vez en cuando? —preguntó con la ternura de una madre, su sonrisa era franca como toda ella.

—Pero esto no es un simple «*escandalito*» —interrumpió Bryston  
Carmen negó y miró con los ojos entrecerrados.

—Este es un buen pueblo —continuó la mujer—, cuando hay un problema lo arreglamos y el mundo sigue. Seguro que la semana que viene habrá alguien más metiendo la pata.

—Aunque arregle esto o consiga que se olvide, ella no me querrá cerca —confesó Joe dolido.

—Bueno, no puedes culparla. Estuvo mal que le ocultases ciertas cosas. Ahora ella necesita un espacio y poder darse cuenta de lo que verdaderamente siente, si es que siente algo. Eres muy guapo y puedes deslumbrar con tanta... virilidad y tu personalidad, pero Lynette tendrá que decidir qué es lo que verdaderamente le importa y ahora mismo, tiene la cabeza hecha un lío.

Joe sabía que no había actuado del todo bien, siempre lo supo. No era un niño o un adolescente, se calló deliberadamente para ponerla a obtenerla. Conquistarla sin antes haber mostrado las cartas no había sido honesto. Ahora la reputación de Lynette estaba manchada por su culpa.

—¿Qué puedo hacer ahora?

Dalton y Bryston guardaron silencio sin encontrar las palabras que ayudaran a su compañero.

—Solo hay una cosa que puedes hacer —sentenció Carmen señalando con un dedo la pantalla del televisor.

Joe entendió perfectamente a lo que se refería. Él nunca había sido hombre de llevarse bien con la prensa, pero por Lynette estaba dispuesto a todo.

—Tienes razón, Carmen. —Se levantó—. Es el momento de ser un caballero y hacer lo correcto. Voy a la ciudad, es hora de dar una entrevista.

La cámara le ponía tenso, su mirada estaba clavada en la entrevistadora que tenía frente a él.

—Gracias por esta exclusiva, Joe —agradeció Linda acomodando unos papeles en la mesa.

—Gracias a ti por darme la oportunidad de explicar mi versión de lo ocurrido. —El ex actor se acariciaba la yema de los dedos mientras le acomodaban el micrófono en la camisa—. Quiero que sea algo rápido.

—Ya claro, como si alguien como tú terminase algo rápido —ironizó la presentadora.

Joe tuvo que contenerse al escuchar una cuenta atrás. No iba a ser fácil.

Cinco... Cuatro... Tres...

—Buenas tardes a todos. Hoy tenemos en el plató y en exclusiva al chico del momento; uno de los más aclamados actores de cine para adultos especializado en porno femenino.

Linda explicaba entrando en demasiados detalles en el pasado de Joe, tanto de su trabajo como de su vida personal. Por suerte el nombre de su hermana permanecía al margen.

—Hace un tiempo —continuó—, nos sorprendió a todos y a todas con su repentina retirada y desde entonces ha estado desaparecido, hasta ahora. —La presentadora dirigió una mirada a su entrevistado—. Joe, hace unos días saltó la noticia de que te volvieron a ver en público y en compañía de una señorita con unas características físicas distintas a las que nos tenías acostumbrados. ¿Nos puedes aclarar si es verdad que estás montando un nuevo estudio de cine para adultos con mujeres de talla grande?

La rabia comenzó a hacerse presente; el color rojo le cubrió el endurecido rostro y su mandíbula tensa era el fiel testimonio de que intentaba controlarse. Inhaló un poco de aire y se dispuso a hablar.

—No sé de dónde están sacando esa información, que por supuesto es falsa.

—Nuestras fuentes...

—¿Quieres que te diga lo que son tus fuentes o lo que han hecho? —negó furioso— Linda, habéis jodido la intimidad de una profesora con información falsa, para llenar un espacio en una revista o tu programa. Habéis manchado la reputación de una mujer que está entregada a su carrera, que no tiene una sola gota de maldad en su cuerpo y que no merecía lo que le ha sucedido.

—Bueno, Joe...

—No he terminado —aclaró antes de que la entrevistadora tomase de nuevo la palabra—. Me retiré del cine y de los medios porque no estoy interesado en seguir en este circo. Os pido, y apelo a la decencia que supuestamente tiene esta

cadena, para que nos dejen en paz. No sigáis intentando perseguir una noticia que no tiene nada de noticia. La señorita Lynette es una buena amiga a la que aprecio mucho y punto.

—¿Amiga? Querrás decir amante, ¿no? Joe, la gente de tu profesión no tiene amistades platónicas, de echon dudo mucho que puedan enamorarse. —La mujer miró a sus compañeros buscando complicidad—. Enamorarse está fuera de vuestro alcance.

Joe no se inmutó, su voz comenzó a ser pausada.

—¿Enamorarse? ¿Que podrías saber tú de lo que es el amor de verdad?

—Bueno, en realidad...

—¿Has sentido alguna vez —la interrumpió—, cómo tu mundo empequeñece cuando estas junto a esa persona y que todo a tu alrededor empieza a cobrar sentido?

Linda guardó silencio y Joe siguió hablando como no hubiese nadie a su alrededor con la mirada perdida en sus manos.

—Te das cuenta que todos tus problemas se reducen a cómo puedes estar siempre con ella y hacerla feliz. —Su voz se iba convirtiendo en un susurro—. Sientes que debes darle las gracias al mundo por permitirte estar vivo y poder compartir con ella sus sueños, sus temores, sus dudas. Compartir las alegrías y las tristezas. —Elevó el rostro—. Sientes que debes ser mejor persona ya que tu yo actual no es lo suficiente bueno para estar con ella.

Nada se escuchaba en el plató. Nada se movía. Esa inmensa quietud solo fue rota por el propio Joe cuando quitándose el micrófono de la camisa se levantó y se dirigió a la salida. Atrás solo quedó silencio.

Calígula, estaba concentrado en el video limpiando la imagen hasta que por fin los pixeles dejaron ver el rostro que el detective O'Connor le había pedido.

—La leche... —Marcó un teléfono mientras escaneaba la imagen y comenzaba a enviarla a un correo—. Eh, colega... quiero que mires lo que te envió, y recuerda, me debes una, de Batman.

Sean salió disparado mientras marcaba el teléfono de Joe. Las dudas estaban aclaradas, no había sido un accidente, el acosador tenía rostro y nombre.

## Capítulo 32

Gregor entró al salón empujando la silla de ruedas de Sandra. Los ejercicios de la mañana habían dejado muy cansada a la joven. La acercó al televisor, le puso el mando entre las manos y se agachó frente a ella.

—Espero no tardar. Te dejo al cuidado de mi padre, así que estas en las mejores manos, ¿vale?

La joven asintió con una sonrisa.

—Vale. No te preocupes por mí y gracias nuevamente.

El rehabilitador asintió satisfecho mientras sus ojos se perdían en los azules de la mujer que tenía frente a él. Hasta entonces no se había dado cuenta que eran como dos zafiros. La alarma de su móvil lo volvió a traer a la realidad.

—Se me hace tarde —advirtió con gesto preocupado—. ¿Estás segura que no necesitas nada más?

Sandra asintió con seguridad.

—Tengo todo lo que necesito. —lo tranquilizó elevando el mando del televisor—. Vete ya.

Gregor se incorporó y se acercó a ella hasta que sus narices casi se rozaron.

—Espero que entiendas una cosa. —Tomó aire y continuó—. Para mí es importante tu rehabilitación y para ello quiero que confíes en mí. A cambio necesito saber que yo puedo confiar en ti. Nuestra relación se debe basar en eso, en la confianza mutua. Si necesitas algo no dudes en pedírmelo.

—Que sí, pesado, y la verdad es que no necesito nada. Así que puedes irte con tranquilidad.

El hombre asintió y depositó un beso en su cabello.

—Regresare pronto.

Sandra le vio salir y suspiró resignada. Jugó con los botones del mando que tenía en su regazo y encendió el televisor. Hizo zapping buscando algo que llamase su atención. La puerta de la calle volvió a abrirse y un hombre ya mayor de complexión fuerte entró en casa.

—Hola, bonita. ¿Ya se ha ido Greg?

Andrés se le acercó con ese gran cuerpo que, a pesar de los años, aún parecía

el de un oso por lo fornido que era.

—Sí.

El hombre se dejó caer en un sofá que estaba a su lado. Sacó del bolsillo trasero del pantalón una libreta pequeña y rebuscó en la camisa un boli.

—Viendo la tele, ¿eh?

—No hay nada interesante —se quejó Sandra.

—A esta hora no —admitió el hombre moviendo la cabeza provocando que su abundante cabello cano emitiera destellos plateados—. Solo hay programas del corazón y cotilleos sobre famosos.

La joven detuvo su dedo en uno de esos programas. Miró incrédula las imágenes en pantalla. No daba crédito a lo que estaba viendo. ¡Era su hermano! Rápidamente subió el volumen. Estaba dando una entrevista y se le veía realmente incómodo, pero poco a poco esos nervios fueron desapareciendo. Sandra le vio más tranquilo y notó como su voz se volvía más suave e íntima. Estaba abriendo su corazón. Las lágrimas asomaron por las mejillas de la joven.

—Joe —susurró.

Su hermano terminó de hablar y levantándose desapareció. La cámara volvió a enfocar a la entrevistadora que se mostraba ausente, sin saber qué hacer o decir.

—Vaya, menudo chico. —Andrés había dejado de apuntar en su libreta para escuchar el programa—. Ese sí que ha sido alcanzado por Cupido.

Sandra apagó el televisor y se quedó pensativa unos segundos.

—¿Estás bien pequeña? —preguntó el viejo.

—Tengo que volver al pueblo.

—¿Qué?

Andrés elevó sus espesas cejas sin apartar su vista de la joven que ya en ese momento estaba comenzando a maniobrar la silla de ruedas.

—¡Era mi hermano!

—¿El de la tele? ¿Ese chico era tu hermano? —preguntó el hombre confuso.

—Tengo que volver, tengo que hablar con ella.

—Espera, espera un momento, pequeña. Gregor no está y no puedes ir a ningún lado hasta que él vuelva.

—¡No lo entiendes! ¡Mi hermano está sufriendo! ¡La ha perdido! —Casi gritaba esas palabras entre lágrimas—. Necesito volver enseguida y hablar con

Lynette.

—Tranquila muchacha —Intentó calmar a la joven—. Cálmate. Veremos qué se puede hacer.

Sus ojos no se apartaron de la frágil joven que tenía en frente. Se sentía conmovido, tenía que admitir que era un blando cuando una mujer sufría por su familia. Desvió la mirada sopesando los pros y los contras, después volvió su vista a la lista que tenía apuntada en su libreta.

—Bueno, yo iba a bajar hoy a Buena Esperanza para hacer unas compras —meditó—. Quizás tarde un par de horas en hacer mis cosas y pasar a saludar a un amigo. —Clavó sus ojos en la joven—. Tú podrías hacerme compañía en el coche. Es un trayecto largo para un viejo como yo. Después te recogería.

La joven se puso a su lado y le abrazó con las obvias limitaciones de las sillas de ruedas.

—Dame un minuto —pidió Sandra.

Acercó su silla al teléfono fijo de la casa, marcó un número y esperó paciente. Al fin suspiró de alivio al escuchar una voz al otro lado.

—Carmen, soy Sandy. —Sonrió al hombre que la observaba—. Necesito un favor. ¿Me podrías dar la dirección de Lynette?

Myrna seguía con los ojos a Regi mientras que, caminando de un lado a otro, discutía por teléfono con uno de los proveedores.

—¡Gilipollas! —La pequeña pelirroja colgó el teléfono con brusquedad y se giró para enfrentar a su amiga—. Nada. Las piezas originales no las vamos a encontrar a un precio asequible. Lo siento amiga, tendrás que ganarte el perdón de Lyn de otra manera.

Tomó por los hombros a la mecánica. Sabía que el no haber avisado que estaría fuera del pueblo por tener que recibir un tratamiento no la disculpaba de haber abandonado en el peor momento a su mejor amiga. Así que, poniendo la mirada suplicante, esa que lo conseguía todo, la dirigió a la pequeña pelirroja.

—Por favor, Regi. Ambas sabemos que el Manzanito es su bien máspreciado. Ayúdame a conseguir ese alternador que tanto necesita.

—¡Está bien! ¡Está bien! Veré qué puedo hacer. Quizá pueda encontrar un alternador que le sirva en el desguace de coches de Bran a las afueras del pueblo,

cerca de las vías del tren. Pero a cambio de eso, tú me vas a ayudar antes en una cosa. —El brillo en sus ojos era una advertencia al peligro que presagiaban—. Me vas a acompañar a... un lugar especial.

—Ay no, la última vez que fuimos a un «lugar especial» contigo fue a ese bar de moteros. Aún siento escalofríos al recordar la mirada de esos hombres, como si fuéramos piezas de exhibición.

La mecánica desestimó la observación de su amiga. Salió con rapidez de la oficina y de un salto se subió a la grúa.

—¿Vienes o no? —urgió a su amiga asomando su manchado rostro por la ventana.

Myrna miró con resignación a la pequeña mecánica, se encogió de hombros y corrió para meterse en el lugar del copiloto.

—¿A dónde vamos?

La pelirroja arrancó el coche.

—A hacer un ajuste de cuentas y luego al desguace a por el regalo de nuestra amiga.

Encendió la radio buscando un poco de rock pesado, era momento de sacar a la chica diabólica que llevaba dentro y hacer justicia.

No tardaron mucho en llegar al lugar. Regi comprobó que la dirección coincidiera con la que había conseguido. Sus ojos se posaron sobre un todoterreno tuneado con llamas en el capó aparcado en frente de la casa.

—Ese es —dijo para sí misma acompañada de una sonrisa malvada.

Abrió la guantera y sacó un destornillador.

—Myrna, tu turno. —Apuntó a su amiga con la herramienta—. Quiero que hagas algo por mí. Vamos a cambiarnos de sitio. Vas a conducir la grúa, ¿vale?

—¿Que yo qué? —preguntó horrorizada a la pelirroja mecánica.

—Venga ya Myrna, no es la primera vez que lo haces.

—No me pidas esto, Regi —negaba la otra—. ¿Qué vas a hacer?

—Mejor que no lo sepas. Tu hazme caso, se lo debes a Lynette —Le recordó la pelirroja que la miraba con total seriedad tras sus grandes gafas.

—Odio que uses esa excusa. —Su tono era resignado en el momento que se quitó el cinturón de seguridad.

Regi bajó de la grúa y Myrna tomó el volante. La pequeña pelirroja asustó a la profesora apareciendo de golpe por la ventana.

—Ah, y no apagues el motor. —Desapareció con la misma velocidad con la que se asomó.

Con sonrisa diabólica y herramienta en mano, se acercó con sigilo hasta quedar a un costado del todoterreno.

—Esto por mentiroso —sentenció enterrando con fuerza el afilado destornillador en el neumático—. Y esto —comenzó a rayar toda la pintura—, por hacerla llorar, gilipollas.

Quedó enfrente del capó y ahí fue donde su trabajo se hizo más concienzudo.

—¡Qué cojones! —El grito de un hombre alto con medio rostro marcado le anunció que la habían pillado infraganti—. ¡Mi coche!

Regi, que era velocista ante el peligro, en menos de un minuto ya estaba subida en la grúa escuchando los chillidos de Myrna al arrancar a toda máquina. El gigante corrió tras ellas y la joven le sonrió un momento antes de mostrarle el dedo corazón.

## Capítulo 33

Los sofás se encontraban apilados en una esquina bien cubiertos con una manta aguardando a que el tapicero viniese a por ellos para dejarlos como nuevos. Mientras tanto, Lynette repasaba con la brocha una de las paredes.

Prefería no darle más vueltas a la cabeza. No podía permitirse el lujo de pensar en Joe y justificarle, necesitaba que aún le doliese para no salir corriendo tras él.

Se alejó para observar con ojo crítico la pared. Estaba orgullosa de sí misma, no solo por el gran trabajo que había hecho en estos días, sino por no sucumbir al pánico que significaba volver a su hogar y enfrentarse a la pesadilla que había pasado al descubrir que habían violado la intimidad de su casa y de su vida con aquellas fotos. Aún temblaba con cualquier ruido extraño.

Dejó la brocha y subió a su habitación para cambiarse de ropa. Era hora de regresar con Leo, hasta que no le instalasen la alarma no pensaba volver a dormir en su casa.

Acababa de subir las escaleras cuando escuchó que algo se rompía en la planta de abajo. Un sudor frío comenzó a perlar su frente a la vez que el corazón le golpeaba con fuerza.

—¿Quién está ahí? —preguntó tratando de parecer serena aunque temblaba de pies a cabeza.

Bajó los escalones aferrándose al pasamanos, sus piernas temblaban como si fueran de gelatina. Cuando llegó al salón vio en el suelo los trozos del florero que se había roto. La cortina ondeaba sobre la mesa donde antes estaba, dejando claro que un vendaval se aproximaba. Comenzó a reír casi histérica.

—Ay Dios, pensé que las había cerrado. Tengo la cabeza... —negaba acercándose para cerrarla y aceptando que estaba nerviosa—. Supéralo Lynette —se riño—, no puedes vivir con miedo eternamente.

El timbre de la casa sonó haciéndola saltar de nuevo ante el sonido. Se llevó la mano al pecho y sacudió la cabeza. Volvió a sonar. Corrió hacia la entrada y abrió la puerta quedándose sin palabras al ver quien estaba al otro lado del marco.

—Sandra.

—Hola, Lynette.

Sandra la saluda un momento antes de girar su rostro y dirigirse a Andrés que aguardaba de pie en la puerta del conductor.

—Vengo por ti en una hora, ¿vale? —le recordó el hombre que ya abría su puerta.

La joven asintió sin perderlo de vista hasta que desapareció por el camino, solo en ese momento se volvió para ver a la mujer que la miraba con gesto interrogante.

—¿Me invitas a pasar? —preguntó rezando en su interior porque no le cerrasen la puerta en las narices.

Lynette, confusa por una visita que no esperaba, asintió, dejándole libre el paso. La silla de ruedas entró hasta llegar al salón. La muchacha se dio cuenta que quizá había llegado en un momento inadecuado.

—¿Estás haciendo obras? —Sus ojos se centraron en los muebles apilados en una esquina.

—Algo así. —Lyn prefería no entrar en detalles.

Un incómodo silencio se creó entre ambas mujeres. Lynette miró expectante a la muchacha que jugaba con uno de sus dedos. Sandra por su parte, pensaba el modo adecuado de comenzar a hablar.

Con un suspiro la ex modelo decidió que no tenía mucho tiempo así que lo mejor era no andarse por las ramas.

—¿Has visto la televisión hoy, ese programa que dio la noticia?—preguntó esperando la reacción de la mujer que tenía frente a ella.

Lynette negó furiosa.

—No, ya tuve suficiente con verme ahí estos días. —Su tono denotaba el dolor que aún sentía—. Dudo mucho que hayan cambiado las cosas y si se han inventado algo nuevo prefiero ignorarlo.

«Si tú supieras», pensó Sandra.

—¿Le quieres?

—¿A quién? —preguntó Lyn fingiendo ignorancia.

—A Joe. ¿Le quieres? —Tomó su mano— Sé que, en estos momentos, ni remotamente lo deseas cerca y que de hecho para ti puede resultar imperdonable su comportamiento, pero... ¿Sientes algo que no sea odio o indiferencia?

Lynette, miró sorprendida a la joven. Negó despacio con la cabeza.

—Yo... —Se agachó a la altura de la joven—. Tu hermano es de esas personas que deja huella, pero ahora prefiero estar furiosa con él, ¿entiendes?

—Te entiendo, pero me gustaría que supieras por qué te ocultó las cosas.

—Tampoco hay que ser muy lista, Sandra —interrumpió sin rencor en su voz—. Comprendo que no quisiera decirlo, después de todo es su vida y él tenía el derecho de contar lo que consideraba oportuno, pero...

—Mi hermano no es mala persona y no actuó premeditadamente para ocultarlo. Estoy segura de que quería decírtelo, estaba preparando el terreno para que no te alejaras. Supongo que resulta ridículo, después de todo, ya eres una mujer adulta que no necesita juzgar la profesión de otra persona para crear un concepto coherente de ella, ¿verdad?

—Eres muy astuta, sabes preguntar sutilmente si lo juzgo o no, y lo cierto es que no lo hago.

—La cuestión es que usualmente un actor... del cine para adultos —enfaticó esas palabras—, generalmente no llama la atención de los medios, pero eso no sucede con él, Joe es de los pioneros del cine adulto para mujeres.

—¿El creyó que si me lo contaba le rechazaría?

—En realidad sí. Piensa con la cabeza fría, un tío llega a tu vida y te dice: “Lynette me encantas. Ah, y por cierto, espero que no te importe que haya sido actor porno”. —afirmo con énfasis—. Creo que no es tan fácil que lo aceptases. Él está acostumbrado al rechazo, no a ser aceptado.

Lynette abrió la boca para aclarar su punto de vista, pero se dio cuenta de que precisamente se había comportado como él esperaba.

Sandra la observó, sabía que sus palabras la habían hecho pensar.

—Cuando tuve el accidente. —Tragó saliva con dificultad—, me vine abajo. Mi carrera de modelo estaba acabada. Mi futuro y mi cuerpo quedaron fundidas a esta silla —Apretó los dientes—. Yo no quería vivir una vida así.

Lynette se mordió el labio al escuchar la rabia de la joven.

—Pero Joe —continuó—, jamás iba a permitir dejarme caer. Ni siquiera lo dudó, dejó su carrera, vino a mí y comenzamos una vida juntos en un lugar en el nadie pudiera saber de su pasado. Me buscó médicos, especialistas, todo lo que hiciera falta, costase lo que costase para que yo volviese a caminar. Eso, Lynette, muestra su gran corazón y lo que es capaz de hacer por la gente que ama. Y él

siente mucho por ti.

Lynette aguardó, pero no por mucho tiempo. Sus brazos pronto rodearon a la joven a la que admiró por la fortaleza que estaba mostrando y el gran amor hacia su hermano.

—Mi hermano te quiere de verdad, créeme. No soy nadie para pedirlo y seguramente tienes el derecho de echarme de tu casa, pero te suplico que lo medites y que le des la oportunidad de escucharle. Te pediría que lo aceptaras porque sé que eres la indicada para enseñarle que realmente vale la pena amar.

Quería decirle que sí, que sí que podría enseñarle muchas cosas, pero no era a ella a quien tenía que decírselo, además, primero quería dejar las cosas claras entre ellos, necesitaba escuchar de su boca las razones que había tenido para callar.

Se puso de pie con una sonrisa.

—Necesito pensarlo. ¿Quieres un café? —ofreció para tener tiempo de meditar lo que tenía que decir.

—Por favor.

El café estaba listo y estaba terminando algunos bocadillos para compartir con la joven. Necesitaba realmente esos momentos para concentrarse en otra cosa que no fuese en Joe.

—¡Suficiente! No somos niños, podemos salir adelante, si es verdad que me quiere, porque yo lo quiero. Lo quiero —aceptó y con lágrimas en los ojos tomó la bandeja lista y salió al salón.

Tan solo había dado un paso fuera de la cocina cuando supo que algo no iba bien. Sandra no se encontraba en su silla de ruedas, la puerta estaba abierta, recordaba haberla cerrado.

—¿Sandra? —Avanzó con paso tembloroso.

La encontró inconsciente en el sillón. Quiso correr al teléfono cuando una mano con un trapo le tapó la nariz y la boca, la fuerza que imprimía el otro cuerpo la sometía mientras el cloroformo entraba a sus pulmones y sus piernas se doblaban.

Andrés aparcó y salió del coche, esperaba haber dado tiempo suficiente a la muchacha, había llegado la hora de volver a casa. Observó que la verja de

madera estaba abierta, quizá ya lo esperaban pensó y en tres zancadas se aproximó a la puerta. De pronto, se detuvo en seco. Algo no andaba bien, todas sus alarmas se activaron al ver la puerta principal abierta.

—¿Hola? —habló con voz alta desde fuera— Sandra soy Andrés.

Un silencio fue la respuesta. Empujó con el pie la puerta y miró en el interior. Su rostro palideció al reconocer la silla de ruedas volcada y una bandeja con tazas rotas esparcida en el suelo.

—No, no, no... —Sacó el móvil del bolsillo de su camisa y marcó de inmediato—. Hijo, es Sandra...

## Capítulo 34

Acababa de llegar a casa, estaba sorprendido por el descubrimiento que había hecho en el set de grabación; no quería a Lynette, la amaba. Esa verdad se hacía cada vez más fuerte a medida que los segundos pasaban junto al deseo de recuperarla.

Aún no había bajado de su moto cuando reconoció a sus amigos junto al todoterreno de Bryston. Dalton se sujetaba el estómago sin parar de reír mientras su compañero miraba horrorizado su coche.

—¡Es una psicópata! —Se quejaba con las manos en la calva cabeza.

—Tío, es que eres tan inútil que no pudiste ni alcanzarla. Joder tenía que haber tenido una cámara. —Dalton se limpiaba una lagrimilla—. Gilipollas, ni siquiera apuntaste la matrícula.

—Tampoco hay que ser muy listo, eh. Solo hay que buscar una grúa y a una mocosa delincuente para azotarla y hacerla pagar. ¡Mi coche!

Joe por fin se había acercado lo suficiente para darse cuenta de todo lo que sucedía. El todoterreno, el tesoro máspreciado de su amigo, se encontraba rayado con una leyenda que rezaba “Me gusta que me den por culo”. Trató de contener la risa.

—Parece que tienes una admiradora, Brys —comentó tosiendo para que no se le escapase la risa.

—¡Ha sido aquella pequeña pelirroja! A la que casi atropellaste el primer día que fuimos a trabajar a la escuela. Joder, esa tía está loca, pero me la va a pagar lo juro —Bryston parecía furioso—. Cuando la pille...

El móvil de Joe empezó a vibrar. Se sorprendió al reconocer en la pantalla a alguien que no pensaba volver a ver, por lo menos no desde que se retiró. Se alejó de sus amigos y tomó la llamada.

—¿Rubí?

—Cariño. —La sensual voz al otro lado ronroneaba al saludarlo—. He estado pensando mucho en ti.

—Nena, ¿qué puedo hacer por ti? —Le contestó con cortesía.

Como siempre que hablaba con compañeras de trabajo, prefería ser directo y

abreviar la llamada.

—Te echo de menos. —Su voz sonaba casi rota.

—Rubí... —amonestó.

—No, Joe, lo digo en serio. Siempre te he querido y sé que tu sient... —El ruido cercano de un tren le impidió entenderla.

Se escuchaba tan cerca que tuvo que apartar la oreja del móvil para que no molestase. Joe agradeció en esos momentos que aquello le evitase escuchar la declaración.

—Rubí —volvió a tomar la palabra—, yo creo que no deberías volver a llamarme. Yo te aprecio como la compañera de trabajo que fuiste, pero tú y yo sabemos que no hay nada más.

—Es por esa maestra de mierda, ¿verdad? —comenzó a alterarse—. Es esa cerda la que te ha metido esa idea, ¿no? Ella no es para ti. Ella jamás será para ti y me voy a encargar de que te des cuenta que tengo razón.

—¿De qué estás hablando? —Joe sintió un escalofrío.

—Tu eres mío Joe, siempre lo has sido. Todo lo que he hecho ha sido por ti y no me lo puedes pagar pensando en otra. No puedes. Tu y yo vamos a estar juntos. Esa zorra ya es historia.

—¿Qué? ¿Qué has hecho Rubi? —preguntó esta vez con el miedo atenazando el corazón— ¿Dónde estás?

—Eso ahora da igual. No te preocupes, todo terminará pronto.

—¿A qué te refieres?

Bryston y Dalton se acercaron a su amigo al que se le veía bastante alterado.

—No te preocupes, mi amor. Después de esto vamos a estar juntos de nuevo, te lo prometo. —La llamada se cortó.

—¡No me cuelgues...! ¡Rubí! —gritó.

Joe con manos temblorosas alejó el móvil para remarcar de nuevo.

—Rubí... Rubí... Maldita sea, Rubi... Contesta... —El móvil no daba señal de respuesta.

—¿Rubi? —preguntó Bryston— ¿Que ha hecho esta vez esa rubia loca?

El rugido de una moto los interrumpió. Sean O'Connor desmontaba y se acercó a Joe con paso acelerado.

—¿Dónde está tu hermana? —exigió saber el detective.

—Ohm... ¿Mi hermana? —preguntó confuso, intentando ubicarse—. Está...

Está con Gregor, su rehabilitador, fuera del pueblo. ¿Por qué?

—Tenemos el rostro de tu acosadora Joe. La que atacó a Sandra. —Sacó un papel doblado de su chaqueta—. ¿La reconoces?

Joe cogió velozmente el papel y al desdoblarlo se quedó pálido como el mármol. Era la fotografía que él mismo le había entregado, pero ahora se veía más claramente el rostro; era el de una mujer que él conocía demasiado bien.

—Vaya, hablando del diablo... —ironizó Dalton al ver la foto por encima de su hombro.

—¿La conocéis? —preguntó Sean.

—Es Rubí —Elevó la mirada al detective—. Acabo de hablar ahora mismo con ella

—¿Que tú qué? —exclamó incrédulo.

Todo empezaba a encajar en la cabeza de Joe.

—Lynette. Va a por Lynette. Tengo que ir a su casa.

—Te sigo —afirmó Sean regresando a su moto.

—Ey, nosotros también vamos —Dalton les gritó dirigiéndose a su Ducati Diavel.

—No estarás insinuando que me suba a esa monstruosidad, ¿verdad? —exclamó Bryston.

—Calla y sube —le ordenó Dalton lanzándole el casco.

Pronto tres motos y cuatro hombres recorrían una agónica distancia.

Cuando estaban llegando reconocieron las luces de las patrullas de policía cerca de la casa de Lynette. Joe sintió el corazón en la garganta. Aceleró hasta llegar y se detuvo bruscamente. Bajó de la moto con la desesperación y el miedo de descubrir que sus peores temores se podrían volver realidad. Reconoció a Gregor junto a un hombre mayor hablando con uno de los oficiales.

—¿Tú qué cojones haces aquí? ¿No se supone que debes estar cuidando a Sandra? —La cólera de Joe iba en aumento—. ¿Dónde está mi hermana?

—Hola Joe, veras...

—Es culpa mía, hijo —interrumpió el padre—. No debería haber...

—Calla papá. Yo soy el único responsable de lo ocurrido.

—Gregor —exclamó Joe furioso—. ¿Dónde está Sandra?

—Joe, ¿podemos hablar un segundo? —Sean cogió su brazo para alejarlo y hablar con él—. He hablado con Alissa la jefa de policía. Al parecer hay indicios

de un forcejeo en la casa.

—¿Qué? ¿Lynette está bien? —preguntó angustiado.

—Joe, no hay nadie dentro. Parece ser que se la han llevado.

Las piernas le flaquearon a Joe.

—También... —Hizo una pausa buscando las palabras adecuadas—. También hay una silla de ruedas.

Los ojos se le llenaron de rabia dirigiéndose al rehabilitador.

—¡Tú! —Corrió hacia él pero Bryston y Dalton detuvieron su avance—. ¡Maldito cabrón! ¡Hijo de puta! —chilló, gritó y forcejeó— ¡Tenías que cuidarla!

Sus amigos tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para detenerlo.

—Joe, lo siento. Lo siento mucho.

—Ha sido mi culpa —confesó el hombre mayor que se veía derrotado—. Ella solo quería ayudarte para recuperar a tu chica, y yo... yo no debí sacarla de casa.

—No ha sido tu culpa, papá. Ha sido la mía, yo no debí haberme ido, si hay que buscar un culpable, ese soy yo.

—Tú... Solo tenías... —Joe aflojó su cuerpo—. Solo tenías que protegerla —susurró.

Sean se puso frente a él con un sobre entre las manos.

—Sé que no es buen momento, pero han encontrado esto en uno de los cajones.

Sacó del sobre unas fotos donde aparecía él con Lynette y se las mostró.

—Ella... —Joe cogió con miedo las fotos como si le quemasen—. Ella es la culpable de todo esto. Lo había planeado desde el principio.

—¿Quién, Joe? —preguntó el detective— Cuéntamelo. Necesito que me digas todo lo que recuerdas de aquella llamada, los detalles, ¿entiendes? Deben estar cerca.

El abatido hombre meneó la cabeza intentando recordar las amenazas y los gritos de Rubí, se esforzó por hacer memoria hasta que un detalle vino a su mente. Su mirada se iluminó.

—¡El tren!

—¿El tren? —preguntó O'Connor desconcertado.

—Cuando me llamó hubo un momento en que no pude escucharla debido al ruido de un tren que pasó muy cerca de donde estaba.

—Perfecto. ¡Señor! —llamó el detective a la jefa de policía—. Necesitamos un

plano del pueblo, rápido.

Alissa sacó uno que guardaba en la guantera y lo extendió sobre el capó.

—Veamos. Hay una vía de tren que pasa bordeando el pueblo por aquí —Señaló—. Desde el desguace de Bran a las afueras hasta está hileras de viviendas cerca de la estación.

—Espera un momento —Joe echó a un lado a la agente acercándose más al plano—. Reconozco este terreno, es el de la casa que Lynette quería que restaurásemos —Se quedó pensativo unos segundos—. Ahora lo recuerdo. Miriam, la chica de la inmobiliaria, nos dijo que una mujer con la misma descripción de Rubí se había interesado mucho por la casa.

—¡Esa es! —afirmó Sean volviendo a doblar el plano.

La jefa de policía se adelantó al detective y empezó a dar órdenes para que sus hombres se movilizaran.

—Supongo —se dirigió Sean a Joe—, que, aunque te diga que es mejor que esperes en tu casa me vas a mandar a la mierda, ¿verdad? —sintió la fija mirada del ex actor—. Lo sabía.

—¡Para aquí! —ordenó de golpe Regi.

Myrna pisó el freno a fondo hasta que la grúa se detuvo.

—Vaya. Nunca había estado en esta parte del pueblo —comentó echando el freno de mano.

—Esta es como mi segunda casa —explicó la pelirroja mientras se recogía el pelo en una cola—. Vengo muy a menudo a buscar piezas para los coches y en otras ocasiones para hacer compañía al viejo Bran.

—¿Bran? ¿No es el viejo que ganó hace unas semanas la lotería y se fue al caribe a celebrarlo?

—Y no me llevó con él. ¿Te lo puedes creer? —Salió del vehículo de un salto.

—Entonces si no está, no deberíamos entrar. Es una propiedad privada.

La pequeña mecánica empujaba la verja de entrada.

—Eso le pasa por dejarme aquí mientras que él se toma unos daiquiris en alguna playa calurosa. —Secó su frente con la manga del mono de trabajo—. Bueno, tú ve por ahí y yo iré por aquí. Si encuentras un alternador en buenas condiciones me avisas.

—¡Vale!

Avanzó unos pasos antes de darse la vuelta.

—¡Regiii! —llamó a su amiga que se ya se había perdido entre unos coches—.

¿Cómo es un alternador?

## Capítulo 35

Rubí colgó el teléfono con la euforia dibujada en su rostro. Todo estaba saliendo mejor de como lo había planeado inicialmente. ¿Quién le hubiera dicho que iba a poder terminar de una vez con la primera mujer que la quiso separar de Joe? Era una lástima que no se hubiese roto el cuello cuando la empujó por las escaleras. Esta vez, se encargaría de hacer un trabajo perfecto. Ambas rameras pagarían con su propia vida la osadía de haberse interpuesto entre Joe y ella. Cuando todo terminase, Joe se daría cuenta de que la necesitaba e iría a por ella, aceptando lo evidente: Que eran el uno para el otro. Nadie sospecharía de ella; finalmente el pelele de Alan era la última pieza para que todo encajase. Un ex novio vengativo que ajusta cuentas con la mujer que lo traicionó, luego se desharía de una testigo ocasional y como no podría vivir con esa culpa acabaría con un fatídico suicidio cerrando por fin aquel teatro.

Se sentó en la mullida cama y cerrando los ojos se dejó caer hasta quedar acostada. Escuchó la puerta abrirse y unos pasos acercarse. El colchón se hundió a su lado y unos labios rozaron su hombro. Un gemido escapó de su boca al imaginarse a Joe rozándola con la lengua, pronto las manos masculinas se fueron a sus pechos y no dudaron en sacarlos de su prisión para quedar expuestos. Una boca avariciosa tomó los pezones succionándolos con desenfreno mientras su tanga era arrancado de un tirón. Abrió las piernas en bienvenida; necesitaba a Joe y sus exigentes demandas. Mordió los labios cuando dos dedos sin cuidado entraron en su vagina. Sí, necesitaba que la tomara y que desbordase su pasión con ella. Las delicadas manos de Rubí buscaron la cabellera larga de su amado, encontrándose entonces con la realidad justo en el momento en que sintió la embestida. Al abrir los ojos no pudo evitar sentir el asco que le despertaba Alan y su enfermizo deseo por follarla. Sabía que pronto terminaría. Se arqueó, sujetando sus pechos entre las manos, ofreciéndolos a la vez que las embestidas se volvían más rápidas hasta que por fin él terminó en un gemido de satisfacción. ¡Cuánto iba a disfrutar deshaciéndose de ese asqueroso! Ni siquiera sabía echar un polvo en condiciones, pobre idiota.

Lynette despertó con un ahogado gemido al oír el inconfundible sonido del tren, sentía el cuerpo entumecido y la boca seca. Quiso mojarse los labios, pero una mordaza se lo impidió al igual que no pudo abrir los ojos porque algo se los tapaba. Inhaló profundamente captando un olor extraño, pero a la vez familiar.

Intentó comprender qué estaba pasando. Solo recordaba a Sandra tumbada en el sofá y a alguien sujetándola por detrás mientras le tapaba la boca, después de eso, solo oscuridad.

Estaba tumbada con las manos y pies inmovilizados, sentía el frío suelo en la mitad de su rostro. Intentó soltarse en un gesto inútil que solo le provocó dolor al sentir el duro plástico de las bridas cortar su piel. Sus brazos estirados en la espalda la dejaban en una situación incómoda y dolorosa. Con gran esfuerzo consiguió sentarse.

Un gemido a su lado hizo que se removiera asustada, tardó poco en saber que era alguien en su misma situación: «Sandra». No tenía ni idea de que estaba sucediendo y el miedo, o más bien el pánico, estaba comenzando a recorrer su espalda.

Reinaba el silencio hasta que una puerta se abrió despacio y unos pasos se acercaron a ellas. Una mano la cogió del cabello echándole hacia atrás la cabeza y un doloroso tirón retiró la cinta de su boca.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? —pregunto al vacío.

—Lynette.

La voz de su ex novio la hizo casi llorar de alivio.

—Alan, gracias a Dios que estás aquí...—Una fuerte bofetada la hizo callar y caer al suelo de nuevo.

—Cállate, gorda asquerosa ¿Cómo has podido? —Volvió a ella para coger su cabello de nuevo, incorporándola con violencia— ¿Cómo has sido capaz?

—¿De qué hablas? —Sorprendida y con lágrimas empapando la venda de los ojos intentó entender qué sucedía— Alan, no sé de qué...

Una nueva bofetada cruzó su cara.

—¿No lo sabes? —Su rostro quedó tan cerca que ella pudo sentir su aliento—. Me han despedido por tu culpa, zorra. ¡Tú me has delatado!

—Te juro que no sé de qué....

—Mientes, maldita. —Sus dedos sujetaron la barbilla de la joven con saña,

enterrando las uñas en sus mejillas—. ¡Tú me has entregado a Greta Russof! Tiene montones de pruebas en mi contra. No podías quedarte quietecita después de ser un incordio en todos estos años, ¿eh? —Su mano se aferró al cuello— Soporté demasiado tus quejas y tu asqueroso cuerpo para que me lo pagues así.

Cada palabra dolía y la llenaba de miedo. ¿Qué clase de hombre había estado viviendo a su lado? Ahogó un sollozo cuando recibió otra bofetada.

—Eres una puta retorcida, una rata traicionera, pero ¿sabes qué? Lo vas a pagar muy caro, te vas a arrepentir de lo que me has hecho.

—Alan... te juro por mi vida...

—Me arrepiento de haber perdido el tiempo contigo, zorra.

Una sutil risa se dejó oír detrás de Alan acompañada de una conocida balada romántica. Había alguien más allí y parecía que disfrutaba con lo que su ex le estaba haciendo. Aquel aterrador regocijo quedó enmudecido por el martilleo metálico de una pistola. El cuerpo de Lynette se contrajo sin poder dar crédito a lo que estaba a punto de suceder.

No era justo, aún tenía mucho por hacer. ¿Así iba a acabar todo? Negó llorando, implorando a un destino que estaba a punto de acabar mientras las manecillas del reloj avanzaban.

—Perdóname, Joe... —susurró sabiendo que no podría hacer nada por salvar su vida.

## Capítulo 36

El tiempo parecía estirarse como un chicle, cuanto más rápido quería que pasase más lento iba, se le estaba haciendo eterno a Joe. Cada pensamiento era más horrible que el anterior y en todos Lynette y Sandra se encontraban sin vida. Rememoró esa impotencia que sintió cuando se encontró a su hermana en un estado delicado en el hospital. La culpa se volvió a clavar en su interior, él era el único responsable de que dos mujeres inocentes estuvieran en manos de una loca obsesiva. Rezó a ese Dios en el que nunca creyó, suplicando para que ambas estuviesen a salvo.

Por fin pudo ver a lo lejos la casa a la que se dirigían. Un par de coches patrulla de la policía ya se habían posicionado cerca. Sean los alcanzó primero. Joe y sus amigos le siguieron de cerca. El detective habló con la jefa de policía, luego se dio media vuelta hacia ellos colocándose un chaleco antibalas.

—Escuchan música en el interior. Os tenéis que mantener a una distancia segura, no podéis entrar con nosotros, ¿queda claro? —advirtió mirándolo con seriedad.

—Ni por un segundo pienses que voy a permitir que me dejes aquí fuera mientras mi hermana y Lynette están ahí dentro en peligro. —La furia en sus ojos era palpable.

Su amigo lo miró como el profesional que era.

—Joe, confía en mí y en estos hombres, saben hacer su trabajo.

—Sean. —Cogió el brazo del detective con fuerza—. Por favor.

O'Connor conocía bien a su amigo y discutir con él solo sería malgastar un tiempo que no tenían. Debían actuar con rapidez.

—Está bien. Solo tú y siempre detrás de mí. Ni por un momento intentes hacerte el héroe, porque me estoy jugando el pellejo al dejar que un civil esté aquí en lugar de en su casita. Toma, ponte esto. —Le golpeó en el pecho con otro chaleco antibalas—. Los agentes entraran primero.

En ese momento llegaron Gregor y su padre, rápidamente supieron que debían mantenerse al margen hasta que todo pasase.

Todo el perímetro estaba rodeado para evitar que la mujer escapase. Los

agentes ya estaban posicionados. Sean se acercó a la puerta principal con Joe muy cerca de él, a su espalda.

La música sonaba alta desde afuera, la canción: *I Always will love you* de Whitney Houston llegó a los oídos de Joe, le recordó una escena que hizo con Rubí donde sonaba esa misma canción de fondo. El corazón le latía con fuerza. Tres golpes en la puerta lo trajeron de vuelta a este momento, Sean se identificaba ordenando que abrieran y el silencio fue la única respuesta. Dos golpes más y nada ocurrió. El detective dio dos pasos atrás encañonó el arma a la cerradura de la puerta y disparó.

El olor de pólvora llenó los pulmones de Lynette mientras los gritos aterrorizados de Sandra, que despertó del disparo, y de ella misma dejaban claro que aún seguían vivas. El golpe sordo de algo contra el suelo la hizo saltar sobre sí misma sin entender qué era lo que pasaba.

—Shhh. —Un seseo y unos pasos comenzaban a acercarse—. ¡Callaos ahora mismo! —La voz de una mujer ordenaba con una frialdad helada— Más os vale mantener esa boquita cerrada.

Lynette sintió como de un fuerte tirón liberaban sus ojos. Parpadeó varias veces intentando enfocar a la persona que tenía enfrente, pero por instinto sus ojos fueron a una figura que se encontraba junto a ella. El cuerpo rígido y sin vida de Alan yacía en el suelo sobre un charco de sangre y con un agujero en su sien derecha. Las náuseas comenzaron a ascender al igual que sus ganas de gritar de pánico.

—Era diestro, ¿verdad? —La voz de la mujer era fría— ¡Contesta zorra!

La profesora asintió sin poder apartar la vista del hombre que alguna vez compartió su vida con ella. Los sollozos se hicieron imposibles de acallar.

Los chillidos ahogados de Sandra se escuchaban a pesar de la mordaza.

—¡Cállate, ya! Maldita estúpida, tenías que haberte roto el cuello cuando te empujé por aquella escalera. —Furiosa le dio una patada en el estómago dejando a la joven sin aliento.

Lynette apretó fuertemente los labios y su cuerpo empezó a temblar.

—Más os vale que estéis calladitas o juro que os mato de una vez —amenazó situándose frente a ellas, dejando a su espalda la única vía de escape: la puerta.

Sus ojos se dirigieron a la otra mujer que en ese momento susurraba alguna estupidez. No pudo evitar sentir toda su furia dirigida a esa usurpadora. La tomó

por los pelos.

—Mírame, maldita asquerosa... —ordenó disfrutando del miedo reflejado en los de su víctima—. ¿Cómo te has atrevido a mirarlo y robarme su atención? —Su respiración se agitaba solo de pensar que esa zorra había intentado quedarse con su hombre.

—Por favor... —suplicó Lynette a la desconocida.

—¿Tienes miedo? —negó— Aún no sabes lo que significa de verdad esa palabra, pero no te preocupes que pronto lo vas a averiguar.

Dio un tirón más brusco solo por el placer de hacerle daño a la mujer que tenía sometida y con una sonrisa enferma cerró los ojos.

—¿Tienes la puta idea de lo que significa tu asquerosa presencia cerca de él? —Su tono era peligroso.

Lynette sintió el frío metal del cañón del arma rozando su mejilla. Contuvo la respiración y cerró los ojos ante aquella tortura.

—Mírame —ordenó de nuevo Rubí—, no te lo voy a volver a repetir. Quiero que se te grave mi cara y que sepas a quién has intentado joder.

—¿Quien...? —Tragó saliva entre lágrimas— ¿Quién eres?

—La mujer a la que pretendías robarle su hombre. Te creíste mejor que yo y eso, zorra, jamás será posible. Porque yo —enfaticó la última frase acercándose hasta que sintió su aliento—, soy más lista. Fue muy fácil investigar tu vida y tomar esas fotos ¿Te han gustado?

—¿Fuiste tú?

—Tuve que contenerme para no romperte el cuello. No mereces una muerte lenta. Así que, cuando conocí a tu ex planeé todo esto. Podía utilizarlo de cabeza de turco.

Rubí la soltó, se irguió en toda su estatura y dio unos pasos atrás de espaldas a la puerta.

—Ahora voy a asegurarme que todo termine como tiene que ser, sin ninguna de vosotras dos, Joe será mío al fin. —Elevó su arma—. ¡Iros al infierno!

Lynette con los ojos bañados en lágrimas percibió una sombra que se movía con cuidado detrás de la mujer. No hubo tiempo para mucho más, todo ocurrió en pocos segundos.

Rápidos y en orden cada uno de los policías entraron asegurando la casa. Sean y Joe fueron los últimos en entrar.

—Salón limpio.

—Cocina limpia.

—Subid a los dormitorios —ordenó Alissa.

La música era más fuerte en la planta superior.

—¡Detective! —gritó alguien desde arriba— Venga a ver esto.

Ambos hombres subieron las escaleras a gran velocidad deteniéndose a pocos metros de la puerta de la habitación de donde salía un agente.

—Ni rastro de las mujeres, señor —explicó a Sean—. Pero tiene que ver esto. Es... Es enfermizo.

O'Connor se detuvo al umbral de la puerta encontrándose con un auténtico santuario. Fotografías de Joe en distintas poses y tamaños empapelaban la pared detrás de la cama y parte del techo. Al lado, un televisor encendido con una película porno. Avanzó al interior dejando paso a un nervioso Joe que se quedó inmediatamente bloqueado.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó el detective apagando la fuerte música de un iPod y señalando al televisor.

El actor sintió las náuseas ascender a su garganta al reconocerse en las fotografías pegadas en la pared y en la escena porno que tuvo con Rubi.

—Aquí hay más. —Sean avanzó hasta otra de las paredes—. Son más fotos tuyas y de...

—Lynette —Alcanzó a decir.

—Joder, sí que tienes una admiradora —declaró Sean observando algunas de las fotos.

—Casa vacía —anunció uno de los agentes.

—No están aquí. ¡Mierda! —gritó Sean.

Joe avanzó hasta la cama sentándose en el borde. ¿Dónde estaban Lynette y su hermana? El pánico recorrió su cuerpo y un dolor sordo se instaló en su pecho, consciente de que si las perdía, si algo les pasaba, jamás se lo podría perdonar.

—¿Detective O'Connor? —preguntó la jefa de policía que rápidamente se asomó por la puerta.

—¿Sí? —contestó Sean acercándose.

—Hemos recibido una llamada. Las han encontrado.

Aquellas palabras provocaron que Joe saltara hacia la agente con mil preguntas en su cabeza, de las cuales solo pudo hacer una:

—¿Dónde están?

—En el desguace de Bran.

## Capítulo 37

El cuerpo de la mujer yacía inconsciente junto al de Alan. Lynette contenía aún el aire sin reconocer a la mujer que sostenía un tubo metálico entre las manos. Regi entró con paso decidido y dio una patada a la pistola para alejarla de la loca que había atacado a su amiga.

—¿Has llamado a la policía, Myrna? —preguntó la pelirroja comprobando que aún estaba viva la mujer a quién había golpeado.

—¡Ya te dije que sí! —Entró mirando con horror la escena— ¡Ay Dios! ¡Ay Dios! —chillaba sin saber qué hacer.

—Myrna, cállate y ayuda —Se aproximó a su amiga magullada y tomó su rostro entre sus manos—. Lynette, respira, mírame. Ya ha pasado todo.

—No... no... —El llanto y los temblores fueron más intensos—. Por favor, Dios mío, por favor no nos hagáis daño.

—Lyn, Lyn, mírame soy yo, Regi —habló con tono tranquilizador—. Estas bien, ya ha terminado todo. Ahora necesito que respire. —Giró su cabeza hacia la puerta—. ¡Myrna, busca unas tijeras, leches!

—¿Regi? —preguntó centrado su vista en aquel rostro familiar—. ¿Eres tú?

—Sí, Lynette, soy yo. Cálmate, estáis a salvo.

Su voz la tranquilizó hasta que rompió a llorar pegando el rostro en el pecho de su salvadora.

—Regi. Regi. Cuánto miedo he pasado. Ha sido...

—Tranquila, ya ha terminado. Shhh... Tranquila —La abrazó para darle consuelo—. La policía ya viene en camino.

Myrna apareció con unas tijeras en la mano.

—Vale, vamos a... —Reconoció el cuerpo del hombre que yacía muerto en el suelo— Ay Dios... Ay Dios... Es Alan, está muerto... ¡Ha matado a Alan!

—¡Quieres centrarte! —Regi le riñó— Ahora nos necesitan tranquilas —ordenó con seriedad—. Corta estas bridas mientras yo voy a revisar a la otra chica.

La pelirroja se irguió con calma y se acercó a la joven rubia que lloraba y gemía con angustia. Con mimo la levantó hasta dejarla sentada liberando la

mordaza y la cinta que cubría sus ojos.

—Lo siento —Myrna se disculpó evitando mirar los cuerpos en el suelo y concentrándose en su amiga—. Todo está bien, todo está bien.

Lynette sintió el doloroso alivio de la liberación de sus miembros ya dormidos antes de ser abrazada y arropada con todo su cariño.

Regi tomó la cinta que había cubierto a la chica y se acercó a la agresora. Le colocó las manos a la espalda y las amarró con fuerza.

—Por si despierta —hablaba en voz alta—. Con una loca así cualquier precaución es poca.

Myrna asintió a la vez que soltaba las bridas de la otra muchacha.

—Pobre Alan, no pudimos llegar a ayudarlo.

—Estaba con ella. Él me hizo esto. —Lyn tocó su rostro amoratado, estaba más calmada, aunque las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas—. Trabajaban juntos. Dios mío...

—¿Y por qué lo ha matado?

—Lo quería culpar de nuestras muertes y que luego pareciese un suicidio. Así nadie sospecharía de ella.

—Pero, ¿quién es ella? —preguntó Sandra temblando.

—No lo sé —contestó Lynette acercándose—. ¿No la reconoces? Decía que ella te hizo daño.

Sandra negó.

—Jamás en mi vida la había visto. —Un sollozo salió de su garganta.

El inconfundible sonido de las sirenas de policía se escuchaba acercándose.

—¡Por fin! —Myrna se aproximó a la puerta.

Joe bajó de la moto y avanzó entre los coches pasando al lado de un par de chicas que estaban siendo interrogadas por Alissa.

— ...entonces escuchamos un disparo en la casa de Bran. Yo cogí...

Aceleró la marcha con el corazón en un puño. A un costado suyo escuchó un grito.

—¡Joe! Mírame.

La voz de Rubí le hirió como un cuchillo al rojo vivo. Joe vio cómo unos agentes se la llevaban esposada a uno de los coches patrulla.

—¡Tú!

Intentó correr hacia ella lleno de rabia, pero fue detenido por Bryston.

—Lo hice por ti, por nosotros. ¡Tienes que entenderlo, Joe! ¡Me perteneces, eres mío! —Intentó forcejear hasta que por fin abrieron la puerta del vehículo— ¡Mírame Joe! —exigía desesperada— No voy a permitir que nadie se interponga más entre nosotros. ¡Tuve que hacerlo! Mírame... mírame —suplicó luchando contra los oficiales al ser metida en el interior—. ¡Joe!

Los gritos de la mujer dejaron de ser escuchados.

Todo se detuvo a su alrededor cuando vio salir del interior de la casa un saco negro sobre una camilla. El corazón le fue atravesado dolorosamente y sus piernas perdieron la fuerza de sujeción dejándole caer de rodillas. No podía soportar lo que significaba eso. Las lágrimas anidaban sus ojos y un aullido de dolor desgarró el aire.

—Eh, eh, tranquilo amigo. —Los fuertes brazos y la voz de Bryston lo sostenían.

—Joe, Joe. —Dalton se puso a su misma altura—. No es ninguna de ellas, no lo es —prometió su amigo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó confuso.

Dalton rodeó con la mano su mandíbula que dirigió a dos ambulancias a varios metros en esa dirección. Joe pudo reconocer en una de ellas a una magullada Lynette que hablaba con uno de los oficiales. Su primer instinto fue acercarse a su maravillosa mujer, abrazarla y suplicarle perdón una y mil veces. Se estaba poniendo de pie cuando la escuchó.

—¡Joe! —gritó Sandra al alejarse el paramédico.

Vio a su hermana, a salvo, en la otra ambulancia. Ambas mujeres, los seres más importantes para él, estaban con vida y por Dios que así iban a continuar.

Una dolorosa decisión se formó en su mente cuando sus ojos volvieron a Lynette. El único culpable de todo aquello era él. Tenía que actuar como debía haberlo hecho desde el principio si hubiese sido un caballero... negó y cerró los ojos. Por fin se decidió a avanzar dirigiendo sus pasos a una de las dos ambulancias.

—Golondrina —estrechó a su hermana entre sus fuertes brazos—. Lo siento tanto, tanto.

—Tú no hiciste nada. Fue ella Joe, ella me empujó por aquella escalera.

—Sandra abrazó a su hermano con fuerza y un llanto desesperado.

—Shhh, todo ha terminado. Estás bien, nadie te va a hacer daño. Te juro que voy a cuidar de ti para siempre —prometió.

Gregor miraba a una distancia prudencial. Ella estaba bien. Se giró para ver a su padre que aún seguía con rostro afligido.

—Vámonos padre. Ella está a salvo. Nosotros ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Lo siento hijo, si yo no...

—Olvídalo, no fue tu culpa, no le des más vueltas.

Ambos se alejaron sin mirar atrás, escuchando solo el sonido de las ambulancias alejarse.

Leo servía una taza de café agradeciendo poder tomarse un respiro. Habían pasado dos días desde que su pequeña había sido secuestrada por aquella loca. Todavía por las noches Lynette despertaba gritando o saltaba ante cualquier ruido. Ese día las muchachas la habían sacado de su apartamento y se la llevaron dispuestas a ayudarla a pasar el mal trago.

El sonido del timbre le anunció que tenía una visita inesperada. Con paso cansado se dirigió a la puerta, acercó su ojo a la mirilla y arrugó el ceño al darse cuenta de la persona que aguardaba impaciente al otro lado. Dejó escapar un suspiro cansado antes de abrir la puerta.

—Carmen... —pronunció confuso su nombre.

Leo la vio cruzar el umbral con paso enérgico, como el que aún recordaba después de tantos años.

—Mi visita no es para socializar —aclaró la mujer sentándose en el sofá—. Vengo a hablar de nuestros muchachos.

—¿Nuestros muchachos? —preguntó el notario avanzando hasta ella.

No pudo evitar admirar la madura belleza de aquella mujer con la que había vivido enfrentado en el pasado.

—Eso mismo... —Tamborileó los dedos nerviosa. Llevaba demasiado tiempo sin hablar con el hombre que había significado tanto para ella en su juventud.

—Tú dirás...—Leo se sentó en el sofá que estaba a un lado de su inesperada

invitada.

—Oh, por favor. —Carmen hizo aspavientos con las manos, como si con eso despejara los años de paz entre ambos—. No hay que ser tontos ni sumar dos más dos. Lynette sufre por mi muchacho y él por ella. Ya la prensa y la loca psicótica han hecho suficiente, es momento de que ambos se arreglen.

—Bueno, si «*tu muchacho*» hubiese sido honesto con ella desde el principio —le recordó el notario.

—¿Quieres caer en ese juego? Porque a eso puedo jugar yo también y muy bien —amenazó la mujer elevando el mentón.

Él decidió callar, no era necesario traer viejas rencillas. Lynette no solo sufría por lo sucedido, sino también por el hombre que había desaparecido de su vida.

—No está bien que nosotros nos metamos, no somos casamenteros... —Siempre había pensado que, en problemas de dos, no podían entrar tres.

Carmen sonrió de manera franca y negó.

—No, no debemos, pero lo que sí podemos hacer es que Buena Esperanza apoye a Lynette, que esas hipócritas no convenzan al consejo de destituirla en su trabajo. Solo así Joe no creerá que le ha destrozado la vida por completo y ella al final podrá decidir qué hacer después.

El hombre se rascó la barbilla sopesando lo que le estaba planteando. Lo cierto era que las malas lenguas en un pueblo chico podían destrozarse cualquier oportunidad de una pareja.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó esta vez interesado— Soy todo oídos.

—¡Tenemos que defenderlos!

—¿Tu y yo? —preguntó Leo elevando una ceja—. El consejo de la escuela es en dos horas. ¿Crees que en ese tiempo vamos a encontrar la manera de ayudarla?

—Tu no entiendes el poder que tienen unas faldas bien puestas, Leo. Pero te necesitamos a ti también, un hombre honorable que ha sido un ejemplo para todos. Vamos a demostrar que no hay malos vecinos en este pueblo, vamos a lanzar un grito solidario por Lynette. —Ella acercó su mano a la del hombre y la apretó—. Sabes que Ana no habría dudado en hacerlo.

Ambos guardaron silencio recordando el eco de una mujer que pisó fuerte, que luchó por sus derechos y vivió a su manera.

## Capítulo 38

Regi por fin encontró un aparcamiento cerca de la escuela Santa Úrsula, cuando apagó el motor se giró para ver a su amiga con la mirada perdida en el horizonte, sus ojos verdes se notaban acuosos, velados por una infinita tristeza.

—¿Estás bien? —Conocía la respuesta, pero también sabía que Lynette necesitaba desahogarse un poco más.

—Creo que no voy a volver a estar bien en mucho tiempo —contestó girando su aún hinchado rostro hacia su amiga—. Me da pánico cualquier ruido extraño.

—Es normal que todavía tengas miedo, no ha sido fácil todo lo que has pasado. Solo deja que pase el tiempo —aconsejó Regi frotándole el brazo—. Vas a salir de esta porque eres de las personas más fuertes que conozco.

Lynette no pudo contener las lágrimas ni siquiera el gemido que intentó acallar con su mano en la boca.

—Le he perdido, Regi. De todo esto, lo que más me duele es que perdí al hombre de mi vida sin darle una sola oportunidad de explicarse.

—¿Estamos hablando del mismo tipo que te metió en todo esto? —observó su amiga seria.

—Hablo del hombre que me vio por primera vez como soy. —Su voz vibraba ante esas palabras—. Hablo del tipo que me abrió el corazón y que me enseñó a sentirme y a valorarme como una mujer de verdad, de ese que me dijo un «*Te quiero*» sincero y al que yo no le pude decir lo mismo. —Sus lágrimas ya caían copiosamente—. Hablo de mi Joe al que no le di la oportunidad de nada, al que traté como esperaba que lo tratase si me decía la verdad.

La pelirroja elevó una ceja confusa.

—A ver si me entero. Entonces... —Hizo una pausa sopesando lo que su amiga estaba contando—, me estás diciendo que te la suda que haya sido actor porno, ¿no?

Su amiga asintió con vehemencia.

—La verdad es que lo que haya hecho en su vida pasada no me importa. Al principio estaba cabreada, y mucho, porque no me dijo nada, pero tampoco lo puedo culpar. Joder, estábamos empezando a conocernos y es verdad que me

había advertido que tenía un pasado. Dios, cada vez que recuerdo nuestra última cena no paran de volver a mí esas frases, en las que me advertía de que había cosas que pensaba contarme, pero no en ese momento. Él sí pensaba decírmelo, Regi, sí pensaba hacerlo, pero todo salió mal y —Ella alzó su rostro desesperado— yo lo eché de mi vida, le dije que no quería volver a verlo.

—¡Pero tenías razón al hacerlo! Te falló, él tenía que...

—No, Regi, no lo entiendes. —Lyn se limpió las lágrimas—. Es más fácil salir huyendo que exponerte a un nuevo fracaso —Se le escapó un hipito—. En mi cabeza no paraba de pensar que él se aburriría pronto de mí, porque no soy bonita...

—Joder Lynette, estas realmente mal si vas así por la vida. Eso no son más que tonterías, hay que ser demasiado superficial para no ver la gran mujer que eres.

—Lo sé, maldita sea. —Esta vez su tono era furioso—. Ahora lo sé. ¡La he cagado! Porque me he dado cuenta de que él es el hombre ideal para mí, que lo necesito, lo necesito conmigo, porque sin él me siento incompleta. Lo quiero, Regi, no se lo dije y lo eché de mi vida.

—Entonces aquí viene la pregunta del millón: ¿Qué quieres hacer? Yo sé lo que yo haría, pero no sé qué quieres tú.

Lynette miró hacia la escuela y después a su amiga.

—Antes que nada, quiero solucionar esto. Debo encaminar de nuevo mi vida, pero sin depender de él ni de nadie, esa es la única manera de poder volver a tenerlo en ella. —Miró sus manos y soltó el aire contenido—. No quiero depender de un hombre para ser feliz y tampoco quiero ser una dama en apuros esperando a ser rescatada. Yo solo quiero ser una mujer que ama al hombre perfectamente imperfecto, aunque él no sea un caballero, ¿me entiendes?

Regi asintió y le dio dos palmaditas en la pierna.

—Ahora te vuelvo a preguntar: ¿Estás lista para tomar el destino entre tus manos?

Lynette miró a su amiga, elevó el mentón y la sonrisa llegó hasta sus ojos.

—Sí, estoy lista.

—Entonces vamos allá.

Ambas bajaron del automóvil. Avanzaban juntas cuando divisaron a Myrna a las puertas del recinto, al verlas echó a correr a su encuentro, las alcanzó y sin

tomar aire soltó la bomba:

—¡Fue Mónica! ¡Mónica fue la que traicionó a Alan!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó confundida.

—Ella entregó todas las pruebas en contra de Alan. Ha sido apoteósico, por lo menos ha hecho una cosa decente.

—¿Fue ella?

—Te lo juro. Se enteró que Alan lo estaba engañando con otra y como venganza entregó a la señora Russof la documentación que lo comprometía. Acaba de contarlo todo, pero ya te daré los detalles después —Cogió a Lyn por los hombros—. Te están esperando. No te pongas nerviosa porque nosotras vamos a estar contigo. No estarás sola, ¿entiendes?

Lynette abrazó a sus amigas antes de erguirse y avanzar con paso decidido. Necesitaba terminar con eso.

Joe las observó desde la distancia. Había ido con la intención de dar la cara ante aquel consejo. Quería proteger a Lynette; quería exculparla públicamente de todas esas acusaciones que estaban destruyendo su reputación, como haría un verdadero caballero, pero él no era ninguno. Además, si él entraba allí nadie le escucharía, solo verían al actor porno que había escandalizado a todo el pueblo.

Lynette entró al recinto donde iba a celebrarse la reunión a puertas abiertas. La pista de baloncesto era el lugar cubierto más amplio que tenía la escuela. Entre las gradas vio a varios padres, los mismos que la habían criticado y atacado por su comportamiento, suspiró y siguió caminando hasta la mesa donde los cinco miembros del consejo la observaban: Simón Gordon, el director, sentado a la derecha del todo le dedicó un sutil guiño de ojo; Moira Redondel, a su lado, la saludó con un asentimiento de su muy rizada cabellera; Don Francisco García, el más antiguo miembro del consejo presidía la mesa con gesto inexpresivo; Trevor Amano, sentado a la izquierda, no apartaba su azulada y gélida mirada de Lynette, la cual agradeció que usase gafas, y estaba segura de que eso detendría el poder de congelar cualquier cosa; Melyssa Mier, en el otro extremo de la mesa, torció el rostro y con él su aguileña y enorme nariz con gesto desaprobador.

Visto lo visto no estaba segura de lo que podría pasar, dos miembros de su lado y por lo menos otros dos en contra.

—Lynette Carlo. —Don Francisco tomó una carpeta entre sus grandes manos y se puso de pie, era un hombre algo mayor que aún conservaba la altura y el porte de su juventud—. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Sí, señor. —Lo miró con seguridad.

—Aun así, creo que voy a leer el informe que nos ha llegado ¿Te parece bien?

—Por supuesto. —Lynette se sentó en la silla que había vacía frente a la mesa y esperó la lectura.

—Se te ha mandado llamar por....

De repente un tumulto se escuchó a las puertas del recinto dando paso a un grupo de vecinos del pueblo encabezados por Carmen y Leo que avanzaban con firmeza, seguidos muy de cerca por varios padres, entre los que reconoció a la pareja de pelirrojos, a Yasnaia de *Dulce&Salado*, a la jefa de policía, Alissa, Miriam de la inmobiliaria y decenas de otras caras conocidas estaban ahí.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber Melyssa poniéndose de pie.

—Que yo sepa nada —respondió en voz alta Yasnaia que ya se cruzaba de brazos—. Solo venimos a mostrar apoyo a la profesora.

Lynette sintió un nudo en la garganta al sentirse de pronto tan querida. No tenía palabras para agradecer una muestra de cariño como la que en esos momentos estaba recibiendo.

—Esto es...

—Un consejo de puertas abiertas, Melyssa —le recordó Don Francisco—, y eso quiere decir que tienen derecho a estar aquí, tanto como el que más. Así lo solicitaron los padres que pusieron esta queja, —Mostró el informe— y a pesar de mis reticencias tú fuiste de las que apoyó esta petición. ¿Has cambiado de opinión? Porque ya no puedes echarte atrás.

La mujer torció nuevamente el gesto y se sentó.

—Continua, quiero acabar pronto con el tema de esta pervertida.

Francisco la miró con ojos entrecerrados y negó, luego se dirigió a Lynette, tomó aire y continuó.

—Hace unos días recibimos un escrito firmado por varios padres donde nos expresaban que diste trabajo «voluntario» —enfaticó— a dos hombres de dudosa moral y reputación, exponiendo así a los niños de la Escuela Santa Úrsula, por no mencionar tú muy cuestionable moral y...

—¡Ay, por favor! —Carmen no pudo contener más el exabrupto y negó

enérgicamente la cabeza—. ¿En serio os habéis cuestionado la moral de la profesora Carlo, Gladys? —Se dirigió a una de las madres que dio un respingo al escuchar su nombre—. Tú has firmado eso, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —Esta vez tomó la palabra Trevor—. El escándalo que hemos tenido en Buena Esperanza no es nada positivo para la escuela, la señorita...

—No estoy de acuerdo. —Leo se adelantó con paso firme al centro de todo—. Que yo sepa en ningún momento ha estado en peligro la integridad de la escuela.

—Los niños... —Los ojos azules de Trevor eran fuego fatuo—. Esos hombres son unos delincuentes.

—Perdón. —Tomó la palabra la jefa de policía—. Personalmente he buscado antecedentes penales de ese hombre y sus compañeros y solo encontré un par de altercados donde actuaron en defensa propia, casi por las mismas razones que aquí se les acusa, por prejuicios debidos a su profesión.

—¡Porque son actores pornográficos! —Melyssa golpeó la mesa—. Todos sabemos lo pervertidos que son. Su moralidad es baja, no tienen principios —habló alto intentando llegar a todos los padres—. A saber qué clase de perversiones ha hecho esta mujer en el interior de la escuela. No me quiero imagi...

—Así que, ¿todo esto es porque son actores de películas para adultos? —preguntó con calma Leo.

—No estamos para justificar a esos pervertidos. —Torció el gesto Melyssa.

—No, estamos aquí para dilapidar y enjuiciar injustamente a una profesora que ha dado todo por el pueblo que tanto ha querido, ¿no es eso? —exclamó Carmen—. Por una mujer que ha hecho de la docencia su vida.

—Señores, no caigamos en juicios baratos. —Leo tomó la palabra de nuevo—. Buena Esperanza se ha distinguido por la bondad de las personas, porque somos tolerantes y sobre todo gente buena. No cometan el error de deshacerse de una profesora que ha amado a nuestros hijos.

La expresión de Don Francisco seguía imperturbable.

—Simón —llamó la atención del director—, ¿nos podrías decir si la señorita Carlo alguna vez ha faltado a sus responsabilidades o han tenido alguna queja de ella?

—Es una profesora ejemplar, ya quisiera yo tener más como ella en la plantilla —defendió sin apartar sus ojos de la profesora.

—Lynette, ¿hay algo que quieras decir?

La profesora tomó aire y asintió. Se puso de pie y se dirigió a los cinco.

—Solo hay algo de lo que realmente me arrepiento y me avergüenzo, y es haber permitido que me señalasen con el dedo cuando jamás os he dado motivos para ello. Amo mi trabajo y si decidís que puedo continuar aquí, os prometo seguir haciendo lo que mejor se hacer: Enseñar.

Don Francisco asintió y echó un vistazo más a las personas que aguardaban el veredicto.

—Creo que estamos listos para hacer nuestra votación. Eleven la mano....

Joe miraba el cielo, el corazón le golpeaba con fuerza, temía que la vida de Lynette cambiase drásticamente por su culpa. De repente se dio cuenta que la gente empezaba a salir. Una pareja conocida para él se le acercó.

—Eh grandullón, te hemos echado de menos ahí dentro.

—Rochet —saludó al hombre pelirrojo.

Joe dibujó en su semblante una media sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Tres a favor dos en contra. No la han despedido —explicó Rochet adivinando la preocupación de Joe.

—Me alegro. —Un gran peso se desvaneció de su pecho.

—Yo también —completó el hombre mientras se le acercaba una niña pelirroja—. Nairy, ¿y mamá?

—Está allí. —Señaló a un grupo de mujeres que reían.

Rochet cargó a su hija y nuevamente dirigió su atención a Joe.

—Ahora eres parte de Buena Esperanza. Pronto todo esto se olvidará y será agua pasada.

—Eso no va a pasar. —Joe tomó su casco entre las manos.

—¿Estás seguro? — El pelirrojo le detuvo por el brazo—. Oye que no somos un mal pueblo, hay algunos locos, pero no somos malas personas.

Joe miró a lo lejos a la mujer que su corazón había elegido, contuvo el aliento para no gritar de dolor. Arrancó la moto sin darse cuenta de que una mujer pelirroja se había acercado.

—Dejo el pueblo. Es lo mejor, no quiero hacerle más daño. Cuídate.

—¿Se va? —preguntó la mujer incrédula al verlo marchar.

—Gaby... ni una palabra.

—De eso nada, Rochet, de eso nada. —Se giró dirigiéndose a la profesora a voz en grito—. ¡Lynette!, ¿me das un minuto?

## Capítulo 39

Las rodillas le temblaban, las manos le sudaban y la puñetera faja le estaba impidiendo respirar. Llevaba dando vueltas en círculo buscando las palabras para enfrentarse a la batalla más difícil de todas, tenía que ganarla pues su corazón estaba en juego y no iba a admitir una derrota.

Agradeció a Gaby que le avisara del plan de Joe cuando este se lo confesó a su esposo. ¡No podía irse! No sin antes confesarle todo lo que sentía y que su abrasado corazón le pedía que lo gritara alto y fuerte.

Se limpió el sudor de las manos en la falda y cuando sintió que la respiración se le calmaba tocó el timbre de la casa.

La puerta se abrió y un hombre de cabello castaño y rostro pétreo se quedó frente a ella. Sin decir nada elevó una ceja aguardando a que la joven dijese algo.

—Yo... —Se retorció las manos y bajó el rostro.

Tras un suspiro exasperado volvió a mirar al tipo que esta vez la observaba con condescendencia.

—Tienes que estar muy segura de lo que vas a hacer. Él ya ha sufrido bastante y... —Dalton se pasó la mano por el cabello—... si estás segura de que no le harás daño, de que realmente es lo que quieres, puedes pasar.

—Le quiero —confesó en voz alta—, y si él me deja, deseo hacerlo feliz y demostrarle con hechos que es el hombre de mi vida.

Dalton sonrió haciéndose a un lado.

—Gracias señor... —Alargó la frase todo lo que pudo.

—Dalton, y no me llames nunca más señor, me hace parecer extremadamente viejo.

—Lo siento, señ... Dalton.

—Está en la cocina. —Con una señal le mostró hacia dónde dirigirse—. Bryston, Sandy —llamó en voz alta.

Dos caras asomaron desde el salón y sonrieron cómplices al ver a Lynette.

—Joe, mientras terminas la cena, vamos a por unas cervezas. —El hombre de cara tatuada ya sacaba a Sandra—. No tardamos nada, nada.

La joven en silla de ruedas pasó por al lado de Lynette sin apartar la mirada

ni aflojar la mueca sonriente que tenía. Su mano tocó a la de la joven y en sus ojos Lynette pudo entender un «gracias». Luego los vio salir. Giró todo su cuerpo y escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas. Era ahora o nunca, caminó sigilosa hasta encontrarse en la amplia cocina. El aromático olor del curry inundaba el ambiente. Ahí estaba Joe, de espaldas a ella y concentrado cortando verduras. No la oyó entrar y si lo hizo no se dio la vuelta.

—Hola, Joe... —El cuchillo se detuvo—. Supongo que te preguntarás qué hago aquí. —Dio un paso tímido.

Le observó tensarse y elevar el rostro, pero eso fue solo unos pocos segundos, luego volvió a bajar la mirada y continuó con su labor como si allí no hubiese nadie más, como si solo hubiese escuchado el sonido del viento a su espalda.

—Han sido unos días duros, ¿eh? —La joven carraspeó e inhaló un poco de aire—. ¿Sabes? Tenía un buen discurso, uno donde te pedía disculpas de mil maneras distintas; por haberte tratado tan mal ese día en el hospital, por no querer volver a hablar contigo y rechazarte. De hecho, tienes todo el derecho del mundo a ignorarme como ahora mismo haces.

Él soltó con un golpe el cuchillo y vertió lo que había cortado en una de las ollas que bullía, luego con el silencio que le seguía acompañando seleccionó algunas zanahorias.

—Fui una cobarde —continuó Lyn—, pero tampoco es que me lo hubieras puesto fácil, ¿sabes? No te rechacé por lo que fuiste, sino porque te lo callaste. —Se frotó las manos y negó—. No... No estoy acostumbrada a tener la atención sobre mí. En realidad, creo que no estaba lista para verme a través de tus ojos.

Joe se alejó de la encimera y se acercó al frigorífico sacando un *tupper* para volver a dirigirse a su posición un momento después.

—No te voy a quitar mucho más tiempo, pero creo que es importante que sepas algo. —Tragó saliva—: que gracias a ti me descubrí como mujer. Yo estuve mucho tiempo dormida, mi autoestima no es que me ayudase mucho, soy gorda, no soy una belleza y tampoco soy una chiquilla, pero, ¿sabes qué? Me has hecho ver que de verdad valgo la pena y que me dé cuenta de que tengo otras cualidades que son mucho más importantes y valiosas que las meramente físicas. Soy inteligente, soy culta, soy sensual, tengo buen humor y además soy capaz de aceptar cuando meto la pata, como ahora.

Las lágrimas ya corrían por sus mejillas. Era difícil estar demasiado cerca de él y no tocarle.

—Una vez me dijiste... —Apretó los labios y cerró fuertemente los ojos dejando caer las últimas lágrimas—, que te dijera «esas palabras», no cuando me las hubieras dicho tú sino cuando me naciera. Ha habido tantos, tantos momentos en los que te las he querido decir... Pero eso ya no importa. Ahora estoy aquí. —Se limpió las lágrimas y sonrió sabiendo que su tiempo se acababa—, y necesito decirlo, me nace decirlo, porque cuando hay sentimientos se deben expresar a la persona correcta en el momento que el corazón lo grita. Así que, Joe... Te quiero.

Un sollozo pausó el momento, lamió sus labios y continuó:

—Te quiero por mirarme cuando ni yo misma lo hacía; te quiero por aparecer y enseñarme a ser mujer; te quiero porque eres un gran ser humano; te quiero por ser el mejor hermano; te quiero por esa naturaleza altruista que tienes; te quiero por entregarte sin reservas; y te quiero, aunque me den ganas de pegarte por ignorarme, porque me hiciste feliz el tiempo que duró este sueño.

Joe se apoyó en la encimera deteniendo cualquier acción, inhalando y exhalando. Pero una vez más y después de elevar su vista al cielo, volvió a tomar el cuchillo y a concentrarse en su tarea. Lynette comprendió que esa era la señal de salida. Lentamente se dio media vuelta, pero se detuvo antes de salir.

—Esta es la parte donde me dices: «Espera, eres una idiota, pero por favor no te vayas». Después vienes a mí y me besas como si no hubiera un mañana y hacemos el amor como conejos.

—No me sé ese argumento. —Fue la respuesta seca de Joe que seguía sin volverse.

Lynette asintió y avanzó lentamente, dando tiempo a que la llamase. Esperaba de forma desesperada que él se hubiese conmovido y por fin la perdonara. Pero no ocurrió nada. El traqueteo en la cocina le decía que no iría por ella. Las lágrimas no la dejaban ver nada, los sollozos desgarradores se sucedían mientras paso a paso se alejaba del hombre al que amaba.

Cada centímetro dolía. El corazón sangraba a cada latido y quería gritar sin poder acallar el dolor que sentía ante la pérdida irremediable. Por fin llegó a la puerta. Pegó su frente en ella sabiendo que era la última vez que estaría tan cerca de él.

—Te quiero —susurró antes de tomar el pomo entre sus dedos.

—No te vayas... —La voz detrás de ella era una súplica—. No te vayas, no me dejes solo de nuevo.

Lynette se giró para encontrar a su hombre mirándola con lágrimas en los ojos. Se acercó a ella atrapándola en sus brazos.

—Joder, Lynette, no te vayas. —La besó por todo el rostro—. Lo siento tanto, jamás me lo voy a perdonar...

—No digas nada... —Sus dedos silenciaron los labios masculinos—. Yo no me perdono por ser tan estúpida.

—Fue mi culpa que pasaras por todo esto. —Joe tenía la voz rota.

Ella negó y se abrazó a él con fuerza. ¿Qué más daba todo eso si podían estar juntos?

—Eso ya no importa... ¿me quieres?

—¿Lo dudas? —preguntó el rubio con una sonrisa.

—Dímelo —pidió la profesora, abrazándose a él.

—Te quiero... —La besó en los labios— Te quiero, maldita sea. Lo intenté, quería alejarme, pero has venido y ya no tienes escapatoria. Ya no puedes echarme atrás, ¿lo entiendes?

—¿Y quién quiere hacerlo? —preguntó la joven con una sonrisa enamorada—. A partir de ahora más te vale no volver a aparecer en ninguna película de ese tipo jamás, porque ahora eres mío y no comparto. ¿Ha quedado claro?

Él asintió y no dijo nada más porque se perdió en un beso que suplicaba ser entregado.

—Mi sexy y deliciosa Lynette. —Joe la apretaba entre sus brazos—. Necesito sentirte y asegurarme que estás aquí.

—¿Qué te detiene? —preguntó con una sonrisa radiante.

—¡Al carajo la cena! —La tomó entre sus brazos y subió las escaleras hasta llegar a su habitación donde con suavidad la bajó con un brillo travieso su mirada—. Dime que traes esas bragas de abuela, dime por favor que las traes.

Lynette se sonrojó recordando que precisamente ese día llevaba unas que reunían ciertas características. Le entraron ganas de darse cabezazos contra la pared por no haber ido primero a cambiarse a casa. Suspiró y asintió.

—Bien. —Se alejó de ella abriendo su cajón y sacando una cajita le sonrió—. Quitate todo lo que llevas puesto menos las bragas y ponte esto, ¿de acuerdo?

—¿Qué es? —preguntó mientras iba siendo empujada al baño.

—Ya lo veras...no tardes, mi autocontrol está al límite.

Cinco minutos después se miró en el espejo que le devolvía la imagen de una mujer sexy, vestida únicamente con un collar de perlas, unos guantes blancos de seda que llegaban un poco más abajo del codo y sus bragas de abuela. Recogió su cabello en un moño y la verdad es que se veía voluptuosa e increíblemente sexy. Por primera vez no fue consciente de los kilos de más, de los michelines o la celulitis.

Cogió el pomo de la puerta y lo giró. Él estaba ahí en medio de todo ocupando el espacio como un dios pagano. No había rastro de ropa en ese cuerpo viril y varonil que aguardaba expectante por ella. La mano masculina se alargó aguardando.

—No sabía que tenías un fetiche con estas cosas. —Lynette se acercó a él sin dudar.

—Nena, llevo soñando contigo y esas bragas desde que te conocí. —Apretó su cintura entre sus manos y la giró para colocarla frente al espejo—. Esto superas mis expectativas.

La besó como llevaba deseando hacerlo desde el día que pensó que la había perdido y la estrechó entre sus brazos como anheló hacer cuando la vio en la ambulancia. En ese momento se prometió ser su defensor, su guerrero o su caballero cuando hubiese otra batalla que luchar.

—Te quiero tanto, Lynette, que duele —confesó entre los besos que seguían el compás de los pasos que daba para dirigirla a su lecho—. Jamás te alejes, no vuelvas a alejarme de tu vida.

Cayeron en la cama perdiéndose entre los alientos. Los fuertes brazos se aseguraban de mantenerla a salvo, pegada en ese delicioso contacto piel con piel. La boca seguía un camino de besos que iban desde los labios carnosos y femeninos hasta la clavícula, bajó hasta encontrarse con las fresas maduras que coronaban sus pechos, y siguió descendiendo sin detenerse ni un momento hasta encontrarse con el monte de venus de la mujer que pensaba idolatrar con su lengua.

No le quitó las bragas, ni siquiera se molestó en hacerlas a un lado. Joe excitaba a Lynette pasando su lengua sobre la tela, negándose aún ese placer de internarse en esa fuente. Sus manos temblaban del caudal inagotable de ese

sentimiento que nacía y desembocaba en una alegría infinita al saber que ella correspondía. Con el tiempo se amarían, lo sabía, pues solo con el trato y siendo conscientes de sus virtudes y defectos podrían aprender a reconocer que había algo más profundo entre ellos. Joe quería que fuera ella la que lo enseñase a amar, y él se comprometía como alumno aventajado a aprender rápido y para toda la vida.

—Joe... —susurró la joven arqueándose para él—, no me tortures.

—Nena, tú no puedes hablar de torturas ahora —contraatacó divertido antes que sus dientes se hicieran cargo de las bragas y con suaves y deliciosos tirones las fue retirando, descubriendo la desnuda feminidad—. Jo...der, Lynette.

—¿Te gusta? —preguntó pícara.

—Me encanta... —Procedió a demostrarlo haciéndole el amor con su boca, probando su delicada estrechez y sorbiendo su delicioso néctar con sabor a ella.

—Oh, Dios... —gimió la succulenta belleza dejándose llevar a ese punto de no retorno, a ese maravilloso lugar que solo ese hombre sabía entregarle.

Joe reclamó de una estocada el lugar que le pertenecía, besó a su mujer en los labios permitiendo así que degustara su propio y magnífico sabor. No se hacían el amor solamente con el cuerpo, el alma se seducía y se entregaba, rindiéndose a esos sentimientos que quedaron acallados por días.

—Te quiero, Lynette —repitió una y otra vez el actor.

—Te quiero, Joe —correspondió ella, necesitando decirlo después de ese silencio al que los había obligado.

Se perdieron y fundieron el uno en el otro. Se entregaron como dos mitades que el universo había separado y ahora volvía a reunir. Se reconocieron y su dicha fue tanta que el clímax los elevó más allá del límite permitido, ahí donde los guardianes vigilantes del cielo se encontraban y regresaron gozosos y satisfechos, sintiéndose plenos y correspondidos.

—¿Te quedarás conmigo para siempre? —preguntó Joe.

—Y mucho más.

Y así sucedió. Se quedaron juntos y aquel que jamás fue un caballero, vistió la armadura del hombre enamorado.

# Epílogo

Tres mujeres disfrutaban de la especialidad de *Dulce&Salado*: «Las Jarritas golosas», un succulento batido servido en una jarra coronada por un donut, nata y algunas delicias más para el paladar más goloso y exigente. Las tres se iban turnando los sabores mientras el placer de tal pecado se marcaba en sus rasgos con sonrisas satisfechas, por lo menos en Carmen y Lynette, mientras que Sandra en su silla de ruedas seguía refunfuñando.

—¿Quién se cree que es? Es un informal, un impresentable. —Sandra sorbía sin disfrutar del todo.

—Por lo que tengo entendido, vosotros dos no os llevabais bien o eso fue lo que me dijo tu hermano —aventuró a decir Lynette tomando una mini galleta oreo.

—Eso fue al principio. La verdad es pensé que la cosa había mejorado un poco. —Se quejó la joven.

—¿Entonces qué pasó?

—¡No lo sé! —respondió entre dientes— Su actitud cambió después de... de aquello. No volví a verle, dio por terminada nuestra terapia y devolvió los cheques. Dice Joe que le mandó un email recomendando a tres terapeutas y a mí ni siquiera me contesta las llamadas.

La mujer mayor sonrió intuyendo algo que al parecer se negaba a ver la otra. Guardó silencio limitándose a sorber de su pajita.

—¡Ese cretino está en deuda conmigo...! Ese cabeza de chorlito tiene que recibir lo que merece... —Una sonrisa diabólica se dibujó en el su dulce rostro de Sandra—. Una patada en el culo o mejor en los huevos, por dejarme tirada así como así.

Carmen se miró las uñas y concentrada en ello hizo su pregunta.

—¿Y por qué no vas a buscarlo?

—Venga ya, Carmen. Vosotras sabéis que tengo al sabueso de mi hermano en todo momento detrás de mí —bufó molesta, aunque sabía a qué se debían todos los miedos de Joe, pues tampoco alejaba su ojo vigilante de Lynette.

—Yo creo que deberías hacer caso a tu hermano. A mí me parece que la

nueva rehabilitadora está cualificada para atenderte igual que él, ¿no?

—Lo quiero a él. —aclaró Sandra decidida.

—Pues ya sabes qué hacer, muchacha —zanjó la mujer de mayor edad, encogiéndose de hombros—. Píllalo por sorpresa y no le permitas decidir. Eres una Kramer, ¿no es así? Si hay algo que he aprendido de vosotros es que sois muy tozudos. Así que, ve a patear ese culo y por lo más sagrado, ¡abandona esa silla de ruedas ya!

Sandra apoyó su codo en la mesa pensando en un plan para poder acercarse al rehabilitador. Unos segundos después sus ojos brillaron al encontrar la solución. Se dirigió a su amiga que en ese momento estaba jugueteando con un niño que le hacía muecas desde la ventana de un automóvil.

—Si convenzo a Bryston para que me lleve a su clínica, ¿tú me harías el favor de distraer a mi hermano para que no salga corriendo tras de mí?

En ese momento la aludida se giró y miró a la muchacha que la miraba suplicante y a su lado Carmen, que la alentaba con esa sonrisa llena de sabiduría que solo los años podían otorgarle.

—Está bien, pero que conste que soy una víctima de tus truculentos planes. —aceptó Lyn.

—Diabólicos querrás decir —corrigió Sandra.

La joven comenzó a reír, contagiando a sus compañeras que un momento después volvieron a disfrutar del agradable momento.

Lynette y Joe habían compartido una magnífica sesión de cine. Aún tenían mucho que aprender el uno del otro, pero lo que ya sabían les hacía compatibles para alguna que otra escapada cinematográfica. Esta vez ambos habían decidido no perderse lo último de Marvel.

La moto llegó a casa cruzándose con el rayado coche de Bryston. Joe vio a una chica en la ventana del copiloto que se despedía con una sonrisa traviesa.

—¿Esa es Sandra? —preguntó incrédulo.

Lynette puso los ojos en blanco, sabía que esta era el momento en que le tocaba distraerlo.

—Sí, lo era —dijo bajándose de la moto a la vez que intentaba retirarse el casco.

—Espera un momento. ¿Tú sabes a dónde va? ¿Sabes algo que yo no? —la observó con suspicacia.

—Vamos adentro, tengo ganas de algo caliente y a ti sobre mí muy dentro... —propuso la joven avanzando hasta la puerta bamboleando las caderas, conoedora de que en ese momento tenía toda la atención de su chico.

Joe se relamió los labios, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se negó en rotundo. Él no era el tipo de hombre que caía ante esas deliciosas curvas, jamás se permitiría ser manipulado, ni hablar.

—Llevo las bragas que te gustan. ¿Qué te parece si esta vez les haces el agujerito que tanto querías? —La diosa voluptuosa se giró mirándolo con promesas lascivas dibujadas en sus ojos.

Tragó saliva. ¡Él solo era un hombre! Dudoso miró el camino y a su mujer de hito en hito.

—¿A dónde va? —preguntó bajando de la moto.

—A patearle las pelotas a Gregor —contestó Lynnet mirando cómo su chico se le acercaba con ese paso gatuno que la hacía suspirar.

El hombre comenzó a reírse a carcajadas. Cuando llegó a ella la atrapó entre sus brazos y la besando con toda la pasión que tenía.

—Esto es un truco para que no vaya tras ella, ¿verdad? —Sus manos ya bajaban al suculento culo.

—Y... ¿Funciona? —preguntó la joven entre suspiros.

—Definitivamente. —Joe besó su boca con ganas, perdiéndose en el delicioso aroma a vainilla—. Pobre diablo, no quisiera estar en su piel —declaró antes de abrir la puerta y empujar a su mujer lejos de miradas ajenas.

—Un momento, ¿estás diciendo que si Sandra te hubiera propuesto ir a buscarlo ...?

—Yo mismo la habría llevado —asintió cerrando la puerta y devorándola con los ojos—. Ahora, profesora Lynette, más le vale que levante ese vestidito y me deje ver lo que me ha prometido.

La joven rio olvidándose de todo salvo de su hombre. Se giró y subió las escaleras a la vez que se quitaba la ropa dejando un camino que él debía seguir.

Si fuera un caballero esperaría a que ella llegase a su habitación y le haría el amor en la cama, pero como no lo era... se lanzó escaleras arriba pillándola en el camino. Era momento de estrenar cada rincón de su casa, se lo había

prometido.

Y así fue...

## AGRADECIMIENTOS

Hay tanta gente a la que quiero agradecer el apoyo incondicional que me han dado para terminar esta obra.

A Alissa Brontë que, con sus tirones de orejas y su presión, sé que habría tardado un poco más. Gracias, mujer, eres grande ¡Y lo sabes!

A Miriam Buñuel, porque con tu fuerza y tus miradas acusadoras me obligaron a retomar a este hombre.

A Magela Gracia que es la persona más pesada y cansina que pueda existir.

A Lorraine Coco, por darme su apoyo en los momentos de oscuridad.

A Noa Xireau, que apareció un día y me sigue marcando. Gracias por tu apoyo.

¡Brujas todas! Ya lo tenéis aquí.

A mi Rochet, que también lo ha pasado mal. Su entrega y apoyo han sido la fuerza que me ha obligado a moverme, cuando yo pensaba que no era capaz.

Y finalmente, a ti lector, al que le debo tanto, comenzando por una disculpa. Gracias por aguardar y esperar por mí. Ambiciono que disfrutes de esta historia, que aceptes a estos hombres imperfectos que harán todo por conquistarte.

Si quieres conocer más de mi obra. Visítame en:

<http://ailinskye.jimdo.com/>

Sígueme en Facebook:

<https://www.facebook.com/Ailin-Skye-Escritora-683122791759653>

O en Twitter:

<https://twitter.com/AilinSkye>